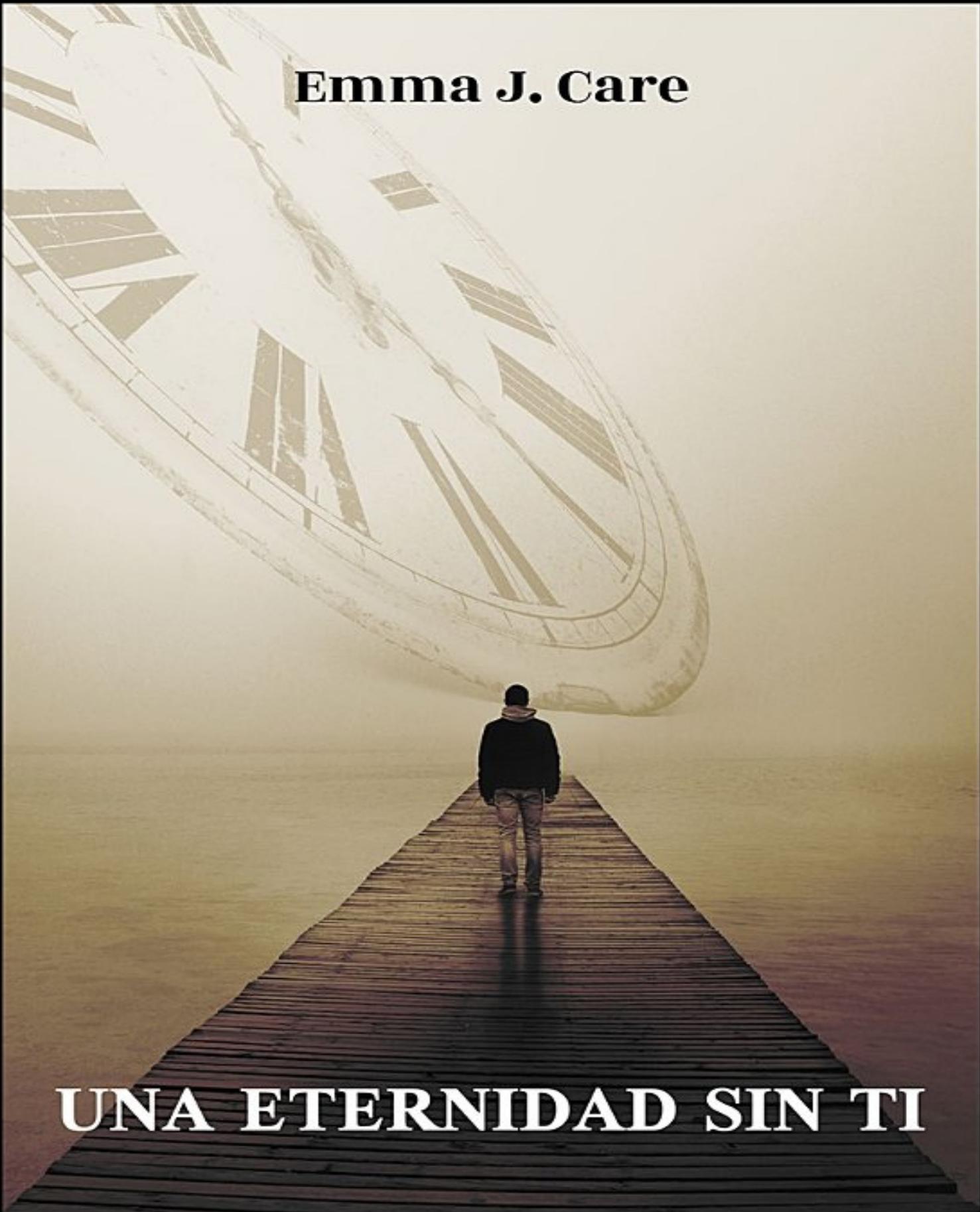


*Selecta*

**Emma J. Care**

A person stands on a long wooden pier extending into a misty sea. In the distance, a large, tilted, translucent boat is visible, appearing to be part of a dream or a vision. The scene is atmospheric and surreal.

**UNA ETERNIDAD SIN TI**

Una eternidad sin ti

*Emma J. Care*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*There's no time for us,  
There's no place for us,  
What is this thing that builds our dreams, yet slips away from us?  
Who wants to live forever?  
Who wants to live forever?  
Queen, Who wants to live forever*

# Prólogo

## Su regreso

*Universidad Estatal de Salem, Massachussets.  
Agosto de 2014.*

«**A**quí estoy de nuevo».

De pie, con la mirada perdida en el que iba a ser, durante todo ese año, su despacho –una estancia simple, con olor a nuevo, incomparable al suyo de Harvard–, recordaba esos dos malditos siglos de vida en los que había visto cómo el ser humano se corrompía; cómo el mundo, en vez de mejorar, se transformaba en un lugar abyecto, y allí estaba él para dar buena cuenta de ello. Mas, transcurriera el tiempo que transcurriese, solo había algo que no mudaba dentro de su corazón: la esperanza de recuperar su vida. Aquella vida normal que una vez había perdido; que una vez se le había arrebatado y que una pitonisa del tres al cuarto, o eso creía, le había profetizado. Una vez más se había equivocado por prejuizar, debido a la impaciencia que se adueñaba de él.

Maritha Mae no había errado.

Su rictus, así como la tensión de los músculos de su cuerpo debajo de la tela de su traje de corte clásico, no daba muestra de emoción alguna, pues en esas dos centurias había aprendido a mantener a raya sus sentimientos. Al no filtrarse al exterior, se alejaba de la gente. Su indiferencia era tal que nadie

sospecharía que el corazón retumbaba en su pecho por estar de vuelta en el lugar que lo vio nacer, Salem, sin temer que nadie lo reconociese. Del pueblo de sus recuerdos no quedaba nada, salvo las lápidas que rememoraban la masacre de la cacería de brujas. No así su atmósfera: sus habitantes no disimulaban la suspicacia que despertaban los desconocidos; te miraban por el rabillo del ojo atentos a posibles faltas; le susurraban al de al lado para que se fijasen en uno. No, esa idiosincrasia se había mantenido.

La pitonisa, en la lectura de las cartas, le había interpretado que ahí estaba su futuro y salvación, en un ser maravilloso, en cuerpo y alma de mujer. La había visto gracias a la intervención de Malcolm. ¿La había encontrado él? ¿O ella lo había buscado?

Fuese como fuese, podía alegrarse. La rabia y la desesperación padecidas en esos dos siglos hallaban su recompensa. Habían merecido la pena.

No quería experimentar tal dicha; no quería que su nerviosismo lo echase todo al traste, ni darle más vueltas cuando ya podía contemplar la luz al final de aquel túnel cuya oscuridad había tenido que cruzar para llegar a ese instante.

## Capítulo 1

### Los designios del destino

*Collins Beach. Salem, Massachussets.*

*Noche del equinoccio de otoño, 2014.*

—La carta astral no se equivocaba. —Minna leía encorvada sobre el ancestral caldero, concentrada en las transformaciones que auguraban el devenir del futuro—. La misión de mi nieta será luchar por aquel a quien ama.

Aquella noche, cerca de Collins Beach, la casa propiedad de las Owens desprendía un lívido fulgor. Aparentaba estar encogida sobre sí misma, apesadumbrada. La congoja también se sentía a su alrededor: el sauce lloraba; el abedul se lamentaba; el rosal procuraba no languidecer. El resto de las plantas se mantenían expectantes, puesto que el tiempo y el destino mostraban su ávido plan entretejido en las estrellas, y alarmaban a las dos mujeres, conocedoras de sus intenciones.

Minna y Stella Owens se resguardaban en la placidez mágica de la oscuridad.

—¿Se conocen? —inquirió Stella, su hija, irguiéndose temerosa.

Madre e hija no podían ser más opuestas: Minna, con un escaso metro sesenta y de cuerpo robusto, mostraba la sapiencia en las arrugas que surcaban las facciones de su redondeado rostro. Sus ojos aguamarina, que contemplaban todo aquello donde otros no llegaban, daban paso a una nariz recta y una boca

de labios finos, siempre amable y sonriente, o severa si la situación así lo requería. Por el contrario, su hija, casi diez centímetros más alta que ella, de complexión estrecha, se caracterizaba por las suaves líneas alargadas de su rostro, de piel blanca. Unos ojos marrones vivaces que estudiaban al detalle todo aquello que se proponían y lo que no; los labios estaban debajo de una nariz pequeña y a la vez recta, únicos rasgos comunes en ellas dos junto con el color de sus cabellos castaños, ahora cano en el caso de Minna.

—No conoce lo que todavía desconoce. —Movía los brazos para aligerar los efluvios emanados del caldero por la cocción de las plantas.

Stella pudo relajarse y respirar tranquila; su madre nunca erraba en sus predicciones, muy estimadas entre sus conocidos. Confiaba ciegamente en ella.

—Fíjate. —Le señaló su madre la cocción—. La mandrágora está... —Su voz se perdió en medio de un grito de ave. El caldero tembló y en su interior, como si de una maravillosa matriz se tratase, se dibujó una figura—. Un albatros —musitó.

Stella dio unos pasos hacia atrás paralizada a un tiempo con aquella visión.

—Es el mismo pájaro que vi en las luces del ocaso. —Miró a su madre, cual estatua de sal, frunció la nariz, entrecerró los ojos en un gesto de disgusto y se limitó a preguntar lo que sospechaba—. Sabes lo que significa, ¿verdad?

Minna asintió imperceptiblemente. A sus setenta y ocho años, no tenía que recurrir al grimorio familiar para desentrañar la simbología escondida detrás de ese animal.

—El alma de un muerto en el mar regresa —esclareció al fin.

Fruto de su revelación, una fuerte ráfaga de viento frío, procedente del océano Atlántico, abrió de golpe el ventanuco que daba al exterior y apagó algunas velas a su paso. Un estruendo al otro lado del sótano las sobresaltó y quebró la tranquilidad del aquelarre. Madre e hija clavaron, al unísono, la mirada en el objeto que se había estrellado contra el suelo.

—La escoba ha caído, tenemos visita —informó la anciana.

## Capítulo 2

¡Bienvenido, *míster* Surrealismo!

*Is this the real life?*

*Is this just fantasy?*

Queen, *Bohemian Rhapsody*

Ava Owens caminaba al lado de su amiga y compañera de piso, Pippet. El paso militar que marcaban sus tacones contra la acera le hacía gracia. Sus labios bien perfilados, resaltados por el brillo rosa con que los había pintado, dibujaron una sonrisa nerviosa que no le acarició los ojos. Era sábado por la noche y hubiese preferido quedarse en casa tirada en el sofá, pero su amiga había decidido cambiarle los planes por esa salida nocturna que, más bien, le desagradaba. Lo que ninguna de las dos chicas sabía era que sus zapatos se acercaban no solo a la discoteca, sino también a aquello que estaba marcado en sus destinos.

¿Quién lo sabía? Nadie.

Nadie sabría especificar cuándo la vida le iba a mostrar ese momento que llevaba esperando, quizás, desde hacía tiempo. En qué hora, minuto, segundo o fecha le mostraría aquello que anhelaba, como cualquier mortal; o que soñaba de manera premonitoria e intuitivamente, consciente de que sucedería sin poder explicarle al mundo esa seguridad. Así que se callaba para no tener que decir que era su destino, algo que muchas personas no entenderían ni se creían.

No. Nunca se sabía en qué instante, con qué decisión, se iba a cambiar el

rumbo de los acontecimientos o se iba a tomar el camino que a cada uno le correspondía, a ciegas, pues tampoco se sabía que así debía suceder.

New Rhapsody era el nombre de la discoteca que un viejo compañero de instituto, Mike, había abierto en verano. Alejada del centro para no molestar a los susceptibles vecinos, pero lo bastante cerca para convertirse en el lugar de recreo favorito de los estudiantes universitarios, sus enormes letras en azul eléctrico deslumbraban incluso antes de llegar a la puerta; la música, que a un volumen atronador se colaba en los oídos, conseguía que, sin haber entrado, se tuviera que elevar la voz.

—¿Lista para la confraternización? —la inquirió Pimper, que temblaba no de frío, ya que era una noche demasiado cálida para ser octubre, sino de la emoción.

Ava puso los ojos en blanco al oír aquella palabra que odiaba gracias a su madre. Era su lema, compartido por Pimper: «confraternizar». Era decir: o se confraternizaba o se moría, no había término medio. Ava tendía más a la segunda alternativa. No era que fuese muy halagüeña la opción, lo sabía a la perfección, pero por su carácter tranquilo la mayor parte de las veces prefería quedarse en casa y confraternizar con el nórdico o la almohada; o, ya puestos, con los dos. Quienes la conocían sabían que no le gustaba salir de fiesta. Algo que se encargaban de criticar. Su madre, desde luego, no perdía la ocasión; en cambio, Pimper la respetaba mucho más.

—No —contestó en un tono un tanto borde a la vez que su nariz se fruncía.

—Te estaba tomando el pelo —prorrumpió en risas.

Mostrando un fingido disgusto, la señaló con el dedo.

—Me vengaré.

Nada más decirlo, sus hombros se hundieron. «Te espera una larga noche», se animó irónica así misma.

Tras la puerta la recibió una tremenda ola de calor originada por el gentío, que se distinguía a pesar de la falta de luz, algo a lo que sus ojos tuvieron que acostumbrarse. Ese ambiente tan agobiante provocó que el vaquero pitillo que

vestía, al igual que su top negro drapeado, se le pegase a la piel y le diera la sensación de que la ropa le sobraba. La falta de ganas dio paso al agobio; este se fue convirtiendo en una especie de cabreo. En el aire flotaban las fragancias de los perfumes mezcladas con ciertos olores corporales que los ventiladores no solventaban, lo que le contrajo el gesto en una mueca de desagrado. A medida que avanzaba, su cuerpo, sensible a una energía desconocida, se tensó; sus sentidos se pusieron en alerta; su corazón se agitó debido a una extraña presencia que se apoderaba de todo el local, y no era la muchedumbre que se movía al son de *Love me again*, de John Newman. Nadie a su alrededor le hacía el menor caso, salvo aquellos a quienes molestaba mientras se acercaban a una esquina libre.

Nunca le había sucedido algo semejante.

Sus sentidos, como buena bruja, nunca se alteraban sin motivo alguno.

Esa noche lo hicieron, no sabía si para bien o para mal.

—Voy a pedir algo para beber, ¿qué quieres? —le chilló su amiga al oído.

—Cualquier bebida sin alcohol.

Pipper desapareció progresivamente entre la gente, lo que le permitió a Ava fijarse en lo elegante que iba con un vestido corto amarillo, adornado con una fina puntilla del mismo color. Si hacía una comparación, ella salía perdiendo, pues se había puesto lo primero que había encontrado en el armario. ¿Cómo pensar en arreglarse si quería estar en pijama? Meditó en ello para restarle importancia a la situación. Se apoyó en la pared con las manos en la espalda. Necesitaba arrimarse a algo sólido, ya que temió caerse, porque aquel ente la atenazaba cada vez más fuerte. La debilitaba. Por encima de las cabezas de los bailarines improvisados que tenía delante, miró a un lado y otro. No había nada raro ni nadie fuera de lo normal. Solo los intentos de Pippet por abrirse paso sin verter ni una gota de las copas.

—Toma, un mojito sin alcohol.

Cogió la copa disimulando la poca confianza que le inspiraba aquel nombre —debía ponerse al día con los cócteles—. Alternó la mirada entre su amiga y el

contenido, que se asemejaba más a una ensalada bien aderezada que a una bebida apta para la salud.

—Sí, sí, sin alcohol. Ya me dirás si está bueno o no.

Sin más dilaciones, dio un sorbo para saber qué era lo que tenía entre las manos. El líquido transparente resultó ser, primero, muy refrescante por ese intenso sabor a menta; después, un poco empalagoso —la gran cantidad de azúcar que había en el fondo del vaso era más que visible—. Sin embargo, una vez en el estómago, un extraño regusto le impregnó en la garganta.

—Sabe a hierbas. —Sacó la lengua fuera en una mueca de asco.

—El mío está bueno. No tanto como el que tomé en La Habana, pero es aceptable. —Pipper volvió a beber, esa vez con los ojos cerrados, lo más seguro que para olvidar el recuerdo de aquel viaje tras el cual había pasado de ser una mujer fuera del mercado a estar soltera y sin compromiso.

Ava la copió: dio varios sorbos y comenzó a observar a la gente con una falsa despreocupación. Las líneas suaves de su rostro, de frente ancha, mudaron al apretar las muelas y pronunciar su angosta mandíbula, cambio que no le pasó desapercibido a Pipper.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Sé que no te gusta salir de noche y te agradezco que estés aquí conmigo.

—Estoy bien, de verdad, solo que hoy el ambiente está un tanto sofocante.

—Relájate, ¡la noche es joven! —La abrazó para insuflarle tranquilidad, igual que siempre.

A medida que los vasos se vaciaban, Pipper fue sucumbiendo al ritmo de la música. Se movía con una gracia innata; su estrecho cuerpo se cimbreaba elegante, ligero, al compás de los movimientos que marcaban sus pies; sus curvas se acentuaban debajo del vestido, hecho que despertó el interés de algunos hombres. Ella, a lo suyo, continuó bailando. Siempre había sido una excelente bailarina. Cuando por motivos de estudios se trasladaron a vivir a Nueva York, se apuntaba cada año a clases de bailes de salón. Esa afición,

según ella, le reportaba tranquilidad, y se reflejaba en su rostro de nariz pequeña, respingona, en la boca sonriente de labios carnosos, en el rubor de sus mejillas, así como en el brillo de sus ojos marrones. Esa era una de las muchas cosas que Ava admiraba de ella: por muchos problemas que las acuciasen, sabía desconectarse y pasarlo bien. Ava era todo lo opuesto: primero, arrítmica. Pippet se había colocado frente a ella para animarla a bailar; cogidas de las manos, dio unos pasos algo coordinados, pero al final se convirtió en un pilar, o cualquier elemento de sujeción de la pared. Y segundo, no podía desconectarse de aquello que agitaba todas sus percepciones sensoriales. De ahí que estuviera bebiendo a lo loco, casi de modo desesperado.

Lo que más anhelaba era que las agujas del reloj corrieran igual de rápido que su bebida.

—¡Mis plegarias se han hecho realidad! —exclamó Pippet sin disimular su entusiasmo. La tenía agarrada de la camiseta con tal fuerza que se la estiraba—. Los dioses del Olimpo han bajado a la Tierra.

—¿Qué? —Aproximó su cabeza a la de su amiga para enterarse mejor.

—Mira disimuladamente al piso superior —le indicó acercándosele más al oído, conteniendo el aliento—. Hay dos pedazos de hombres que no nos quitan ojo de encima.

No le costó dar con ellos. Apenas se distinguían sus facciones, dadas la negrura de aquella zona y la distancia que los separaba. Eran más o menos de la misma estatura; uno estaba apoyado sobre la barandilla, el otro tenía las manos en los bolsillos. Ninguno apartó la vista de donde estaban las chicas.

—¿A ti cuál te gusta?

—El más alto —dijo Ava sin pensar ni separar la vista de él. Tampoco entendió el porqué. Aquel hombre no era tipo.

—Perfecto, a mí me encanta el otro —suspiró.

Compartieron una mirada y una sonrisa cómplices; era la primera vez que les sucedía algo así. Sus ojos retornaron a aquel misterioso par. Ava se sentía tan

enganchada a ese hombre que, de repente, el local se vació. Solo estaban ellos cuatro. La situación ya no tenía calificación posible. Era incapaz de romper el contacto visual. En cuestión de segundos, Ava había experimentado tal atracción que el nerviosismo del principio pareció esfumarse; la piel se le erizó más, y a su obnubilada mente acudió la versión de Fergie: «*Tell me quando, quando, quando...*».

—Disimula, aún van a pensar que estamos locas o somos unas acosadoras —la riñó Piper.

Abrió la boca por su reproche.

—Bueno, lo que me faltaba por oír, ¿acaso ellos disimulan? —protestó, levantando la mano hacia el lugar donde estaban situados.

—¡Baja el brazo! Da igual lo que ellos hagan, nosotras no debemos. ¿Qué pensarán?

—Me niego —arremetió—. No sabemos cuánto tiempo llevan ahí observándonos, por lo que yo también tengo el mismo derecho. —Volvió a fijarse en aquella zona y la decepción la golpeó en toda la cara—. No están —informó a Piper.

—Chica, los has intimidado —soltó de una manera tan espontánea que Ava se sintió en parte culpable. De repente, Piper volvió el rostro hacia ella, con los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta todo lo que le daba—. ¡Vienen ahí! —Agitó las manos para liberar el estrés—. No te pongas nerviosa, que yo estoy temblando.

Efectivamente, los dos hombres se dirigían al lugar donde ellas se encontraban. Las miraban de una forma tan intensa que no permitía lugar a dudas: estaban dispuestos a atacar o a arrasar.

Se situaron delante de ellas cual muro de contención. Ava se puso de nuevo contra la pared; tener a aquel hombre a escasos centímetros la cohibió. Cierta inquietud se apoderó de ella, cada articulación, tendón y músculo le temblaba. No era el caso de su amiga, pues bailaba como si no hubiese un mañana. Ellos... Bueno, ellos ni se inmutaban, solo bebían, ni intercambiaron ninguna

palabra. Nerviosa, bajó los ojos a las puntas redondas de sus botines de tacón en el mismo instante en que el surrealismo estaba a punto de alcanzar sus cotas más altas.

Pipper, en décimas de segundos, le pegó una cachetada en el trasero al tipo que le gustaba.

¡Le había tocado el culo sin cortarse!

Él se giró hacia ella.

—Uy, lo siento, se me escapó la mano...

Ava no sabía dónde meterse. Se moría de la vergüenza, pero no perdía detalle de la reacción que él podía tener. Ni mucho menos fue descortés: con una enorme sonrisa, ¡le guiñó un ojo! Lo peor: la manera arrebatadora y sensual de su gesto, como un hombre que quería conquistar su plaza.

Sin salir de su asombro, por definirlo de alguna manera, con las manos sudadas y su estómago agarrotado por los nervios, Ava se encontró de frente con una mirada gris, un rostro alargado que quedaba un poco oculto por la oscuridad del local y también por la barba negra que cubría sus mejillas, no así sus altos pómulos. Él asintió con la cabeza. Fue un movimiento casi imperceptible que solo ella captó. Nunca le habían hecho un gesto tan pasado de moda y, al mismo tiempo, tan cortés.

Nunca le había ocurrido con ningún hombre que, sin abrir la boca, la privara de sí misma.

## Capítulo 3

### Noticias del domingo resacoso

Ava estaba agazapada en la amplia cocina de la cafetería. Separada de esta por una puerta que ahora estaba abierta, sus cuatro paredes, en las que se alternaban los azulejos originales y la pintura blanca, formaban un cuadrado perfecto. Toda la estancia era dominada por la gran mesa de acero, justo delante de los fogones de gas; sobre ella había un enorme estante rectangular del que colgaban todos los utensilios. También habían querido preservar los antiguos muebles de color blanco, que resaltaban con la encimera de mármol oscuro. Las puertas vidriosas de las alacenas, junto con los led del techo y la ventana de tamaño mediano que había encima del fregadero, le proporcionaban una gran luminosidad. Sin duda, era su lugar favorito, que en ese momento disfrutaba con una taza de café, que sostenía entre sus manos para calentarlas. Paladeó su intenso sabor, y su agradable temperatura la despejó tras una larga noche de insomnio. En el aire, los aromas a caramelo, limón, chocolate o nueces –que indicaban que Minna, su abuela, había elaborado sus pasteles como cada domingo– flotaban suaves, sosegaban su encabritado corazón y calmaban su mente turbada por unos ojos grises que se asomaban a su recuerdo cada vez que cerraba los suyos. Con las caderas apoyadas en la fría encimera, aprovechando aquella quietud que la rodeaba, que contrastaba con los ruidos procedentes del otro lado de la puerta – conversaciones de los clientes o la radio–, escuchaba la charla entre su madre

y Pipper.

—Me alegro de que lo hayáis pasado bien, sois jóvenes y estáis en la edad de disfrutar —animó Stella, siempre con la voz juvenil que la caracterizaba.

—Sí, a ver si Ava quiere repetir el sábado que viene.

—Aceptaré, mi hija solo necesita un empujoncito para desatarse —afirmó con demasiada seguridad—. Cuéntame, Pipper, ¿conocisteis a alguien? — Cambió de tema intencionalmente, al igual que su tono, mucho más curioso.

Esa curiosidad era la que no soportaba Ava de su madre.

Stella Owens, maestra de vocación, se había negado a continuar con el negocio familiar, la cafetería, para estudiar en la universidad, donde conoció al que sería el amor de su vida y padre de su hija, Bill, un hombre que la adoraba más que a su vida. Arriesgándose a las críticas que le lloverían de ciertos sectores sociales de Salem, formó una familia sin casarse; aspecto que le causó serios problemas en la escuela primaria de la ciudad donde impartía clase porque muchos padres no querían que ella fuese la profesora de sus hijos —todos los jóvenes del pueblo habían pasado por sus manos—. Se casó con Bill en el decimoctavo cumpleaños de Ava y lo cuidó hasta que murió de una grave enfermedad, hacía ya más de una década. En 2011 había dado un giro a su vida: decidió jubilarse. La explicación que recibieron Ava y Minna fue «Quiero dedicarme más a mí». A partir de ahí hizo de todo un poco: cuidaba de Minna, quien no requería de sus cuidados; se apuntó a la piscina. Todos creyeron que iba a clases, pero no, ella no necesitaba un monitor, sí un socorrista que, tras dar varias volteretas por haberse apoyado en la corchera, la salvase. Después de aquel accidente, la abandonó por un tranquilo club de lectura romántica.

Ava, conociendo las intenciones ocultas de su madre, dejó la taza sobre la encimera tan rápido que la porcelana, al chocar contra el mármol, produjo un pequeño estruendo que encogió la cocina. Salió como una exhalación con el estómago agarrotado.

—No, mamá, no conocimos a nadie.

Fue junto a su abuela, que estaba sentada en un taburete leyendo un antiguo recetario que cerró al llegar su nieta. Le rodeó los hombros con un brazo mientras el otro reposaba en la barra, donde estaba arrimada. La saludó con un cariñoso beso, aunque su madre tuvo que acercarse a ella para recibirlo. Desde su posición, de soslayo, vio cómo Piper estaba congelada en el sitio.

—Stella, ¿crees que estarían aquí si hubiesen conocido a alguien? —Minna la miró por encima de las gafas con la cabeza ladeada.

Stella hizo uno de sus aspavientos, que recordaba a las bailadoras de flamenco.

—Por favor, no me refiero a mantener relaciones...

—Siempre pensando en lo mismo desde que lees ese libro erótico-guarrillo —bromeó. Giró el rostro hacia su nieta para esconder su sonrisa.

A Ava le encantaba cómo su abuela la chinchaba, aunque aquello tenía tintes de ser cierto.

—¡Mamá! —exclamó Ava, boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy vieja, no ciega, gracias. No hace falta ser muy inteligente para deducirlo, porque no paras de suspirar —repuso con seriedad y como si no fuese con ella.

—Me refería a salir más, está en la edad. Ava solo necesita un empujoncito para desatarse.

—Entonces no sería Ava —le aclaró.

—Mamá, no voy a desatarme, gracias por tu interés. Si es de vital importancia, ya te contrataré para que me des unas clases intensivas.

Su madre, algo mosqueada por ese último comentario, entró detrás de la barra y se puso a fregar unas tazas con un gesto torcido que afeaba la suavidad de su rostro. Se sentía incomprendida.

—Me puedo equivocar —intervino Piper—, pero habla de tener pareja, no de sexo, sobre lo cual voy a ser totalmente sincera. Hoy por hoy, prefiero una relación que cuaje a fuego lento; no me interesa una rápida. Ya he besado

demasiadas ranas en estos últimos años.

—Somos dos —ratificó.

—Hija, tú tampoco es que hayas besado tantos sapos —espetó su madre en venganza.

De todos era conocido que nunca perdía la ocasión para matizar o apuntillar aquello con lo que no estaba de acuerdo. Tras su triunfal comentario, guardaron silencio, salvo Minna, que se dirigió a su nieta.

—¿Ha sucedido algo que deba saber? —La pregunta susurrada de su abuela la cogió de sorpresa. Negó con la cabeza sonriendo, mintiéndole, pese a que ya intuía algo.

Ava aprovechó la salida de unos clientes, un joven matrimonio con dos niños pequeños, para evitar que su abuela descubriese su engaño.

—Por cierto, Minna, cuando puedas ¿échame una mano en las cartas? —le pidió Pipper.

—Espera a la semana que viene, querida. Es el plenilunio: las fuerzas astrales cambian y lo convierten en el momento propicio para leer aquello que está por venir.

Muy poca gente en Salem sabía de los poderes de las Owens y del don, entre otros muchos, que tenía Minna de predecir el futuro a través de las cartas, como su hija y su nieta. Sus más allegados la tenían como un verdadero oráculo, alguien a quien recurrir ante los sucesos más trascendentales de la vida o a quien pedir consejo en aquellos más confusos; de ahí que jamás desoyeran un consejo de la anciana, a la que le encantaba hacer conjuros nuevos y practicar otros viejos.

—Hablando de todo un poco, hay una noticia que debemos comunicaros.

—¿De qué se trata? —Ava colocó en la bandeja los pocillos que había dejado la pareja.

—¡Ay, sí! Es cierto, mamá, no me acordaba. —Stella se limpió las manos en un paño y, con sus ojos marrones brillantes, anunció la buena nueva—: Tu abuela y yo presidiremos y presentaremos el comité de Brujería de

Halloween...

—Con la posibilidad de repetirlo en el solsticio de invierno —terminó Minna.

—¡Enhorabuena! Esperabais esa noticia desde hacía años. —Le dio un abrazo a su abuela y se estiró por encima de la barra para darle otro a su madre.

—Muchos, y por fin se ha cumplido. —Su amplia sonrisa era la muestra tácita de su alegría.

—Lo siento, llamadme ignorante, ¿hay comité de brujas?

Pipper alternaba su mirada entre cada miembro de aquella familia sin dar crédito a lo que acaba de oír.

—De siempre. ¿Mi hija no te lo contó?

«¿¿Dónde está la cámara oculta?!», gritó para sus adentros Ava al tiempo que repasaba mentalmente aquella vieja lista de advertencias interminable que su madre le repetía hasta la saciedad, mientras su abuela le pedía discreción. Ava había querido compartir esa parte de su vida con su amiga, pero su madre no se lo había permitido para protegerla de los comentarios maledicentes. Ella nunca se había avergonzado de ser bruja, siempre estuvo muy orgullosa. Desde que se fue a vivir con Pipper no le había escondido nada, incluso de vez en cuando practicaba algún pequeño conjuro, había creado su propio invernadero en casa y compartía algunos conocimientos con ella.

—¿Debo recordarte que eras tú la que no me dejaba contarle adónde íbamos? —Se cruzó de brazos bastante alterada—. Obedecía tus órdenes.

—Ahí la niña tiene razón, Stella —la defendió Minna.

Stella, dispuesta a no perder la sonrisa, las obvió con un gesto de mano.

—Te cuento. —Stella se acercó más a Pipper para que nadie escuchara lo que iba a confesarle. Solo quedaban ellas cuatro en la cafetería—. Son reuniones, obligatorias en los solsticios y optativas en los equinoccios, en las que nos juntamos brujas de todo el país; a veces también vienen de Europa. Compartimos conocimientos, nos ayudamos las unas a las otras en nuestras

cuitas, y preparamos la gran fiesta nocturna en la que bailamos desnudas alrededor de la hoguera a la luz de la luna.

Ava no sabía dónde esconderse. Una petición muda bramaba en su cerebro: que el suelo bajo sus pies se abriera y la engullera. Como no iba a ocurrir, se llevó las manos a las mejillas a la vez que negaba con la cabeza. Después de tantos años en los que no había podido hablar sobre los comités, su madre lo retransmitía como quien habla de la meteorología.

—¿Tú ibas y bailabas desnuda? —inquirió Pipper estupefacta.

—Desde luego —se apresuró a contestar Stella—, y lloraba a lágrima viva porque no quería regresar.

—¡Hala! ¡Qué escondido te lo tenías! Estas cosas se cuentan antes, que una ya no tiene edad para imaginarse a su mejor amiga bailando en pelotas.

Ava bufó frustrada, también crispada.

—Tranquila, mi niña, ya sabes que tu madre es un poco incontrolable cuando se lo propone. —Su abuela le dio unas palmadas cariñosas en la espalda a la vez que ponía los ojos en blanco, gesto que había aprendido de ella.

—Ava, hija, no te avergüences. Somos brujas, no dementes.

## Capítulo 4

### Departamento de especulaciones y otras historias

Tras lo acontecido aquella mañana de domingo, Ava ansiaba que los días siguientes fuesen de lo más normales. Deseo que le fue concedido: el trabajo en la cafetería, la recepción de mercancías, trabajar con nuevos proveedores y productos, por tanto, ¡fue un no parar! Llegaban a casa, comían cualquier cosa y para la cama.

Debido a todo ese ajetreo, se mantuvieron ocupadas para no recordar a aquellos hombres que iban y venían a sus mentes. Les habían robado la sesera y la cordura. Si había que recriminarles algo era no hablarlo entre ellas, ya que las dos estaban en la misma situación. Ava lo sabía. Conocía muy bien a su amiga; no se quedaba mirando a la nada si no había una razón: el desconocido. Estaba visto que los Bee Gees habían acertado al bautizar a la noche del sábado: fiebre.

Una fiebre que Ava padecía de madrugada. Los cuatro elementos dominaban las fuerzas astrales y la naturaleza que, apaciguada bajo la bóveda celestial y el intermitente tintineo de las estrellas, seguía viva en el correteo del mapache, en las andaduras del zorro, en el silencioso vuelo de la lechuza y en la vívida y sabia mirada del búho, cuyo suave ulular le advertía, aun con los ojos cerrados, de una presencia arribada de otro tiempo. Desde la madrugada del domingo dieron comienzo unos extraños sueños; no eran premoniciones, ni

tampoco visiones, sino *flashes* entremezclados, inconexos, en los que esos ojos grises lo observaban todo. En otros se veía a sí misma interactuar con gente de otro lugar, o era mera espectadora de otro tiempo al que no pertenecía, y que no sabía si podría situar en la Historia. Al final siempre sucedía lo mismo: cuando el reloj de la ciudad marcaba las tres y cuarto de la madrugada, se despertaba sudorosa, con la respiración entrecortada, el pecho agitado y el corazón en la garganta, tan desbocado como un caballo salvaje imposible de domar.

Después, tras recuperarse un poco, le costaba conciliar el sueño, y lo peor de todo era que, al levantarse por la mañana con el sonido estridente del despertador, no se acordaba de nada, o solo de una imagen que no tenía un significado especial. Sin embargo, como se repetían, la última noche decidió encender cuatro velas fabricadas por su abuela, una en cada esquina de la habitación. Seleccionó aquellas de flores de jazmín mezcladas con muérdago y romero. El suave frescor de su aroma la ayudaría a conciliar el sueño. Por si eso no era suficiente, se tomó una infusión de semillas de amapola, menta verde y valeriana para relajarse y, también, aliviar el estrés acumulado en el transcurso de los días. Logró dormir sin sobresaltos.

Esa mañana antes de salir del baño se atrevió a hacer lo que en días anteriores no había podido: mirarse en el espejo. Contaba con que el cansancio se revelara, pero no de aquella manera: su melena castaña clara estaba más apagada de lo habitual. En su rostro anguloso, excesivamente blanquecino, se resaltaban mucho las líneas que surcaban su frente, como las oscuras y abultadas ojeras que bordeaban los párpados inferiores. Tenían algo bueno: el color azul de sus ojos era más resultón al quedar encuadrados por sus cejas bien cuidadas. Su nariz recta y sus labios eran herencia de las Owens, no así ese mentón fino, que se pronunciaba cada vez que apretaba la mandíbula.

Limpiando la gran mesa de acero de la cocina de la cafetería, comprendió por qué su abuela le había hecho aquella pregunta el domingo, pues su rostro

debía de dar síntomas de su fatiga. A medida que frotaba cada vez más rápido, trataba de buscar alguna explicación a esos sueños. No la había.

—¿Te apetece una copa de vino? —Pipper asomó la cabeza por la puerta.

Ava pegó un brinco que le aceleró el corazón, pues no contaba con la repentina presencia de su amiga.

—Por mí, sí —repuso sin resuello por encima de su hombro.

—Ven, date prisa —la urgió agitando una mano.

Sin demora, se quitó el delantal y lo tiró de cualquier manera sobre la mesa. Con paso ligero fue junto a ella, que estaba sirviendo en la barra dos copas de vino tinto.

No hacía ni una hora, la cafetería estaba llena de gente, sobre todo de universitarios, y ahora, vacía, rezumaba una serenidad rara en ella; transmitía paz. La suave melodía de la canción que sonaba en la radio, *Mandy*, de Westlife, permitía descansar a sus paredes, oyentes mudas de los secretos que, día tras día, entre sorbo y sorbo, todos los clientes susurraban o contaban a media voz. De gran tamaño, la metamorfosis de aquel primigenio local, propiedad de la bisabuela de Ava —quien trabajó muy duro para darle el correspondiente lugar en el pueblo, y cuya abuela afianzó—, había sido espléndida: salvo la pared del fondo, que aún estaba cubierta por murales donde aparecía la vieja cafetería, liberaron el resto del horroroso papel para dejar al descubierto la piedra original. Sus recovecos, más parecidos a los mordiscos de un roedor, cambiaron de estado adornados con las velas aromáticas de Minna. La madera del suelo, ahogada por la mugre y el polvo tras años cerrada, respiró una vez pulida y recuperó sus visibles anillos, como el color marrón pálido del castaño americano. También de madera eran las mesas y las sillas, dispersas de tal forma que ellas podían servir sin molestar al resto de los clientes; la barra hacía juego con los taburetes. Una gran sorpresa fue la recuperación inesperada de las estanterías originales, donde se ubicaban la cafetera y los licores, que daban un aire *vintage*. La gran remodelación la sufrieron las ventanas, que desaparecieron en favor de una

enorme cristalera que permitía la entrada constante de luz. Ese día, más de la mitad del local estaba iluminado por los rayos del sol de principios de octubre; eso producía un halo que las rodeaba y transformaba los murales, a los que no llegaba, en sombras del ayer.

—Venga. —Pipper le tendió una de las copas—. Brindemos por el amor y que este año lo terminemos con pareja.

El cristal emitió ese característico sonido tan escuchado en las grandes celebraciones. Tomaron un sorbo; el líquido dejaba en el paladar un agradable sabor dulce en el que se notaba el ligero sabor a frutas.

—Está bueno. —Pipper giró su copa a la luz, observando cómo el granate se coloreaba.

—¿Dónde lo compraste?

—No lo compré, me lo dio el distribuidor hoy por la mañana para probarlo. Es de importación —aclaró.

Ava dio otro sorbo a su copa.

—A la que no le gustan los vinos —recriminó, enarcando una ceja—. Anda, comamos algo o vamos a coger una melopea monumental.

Se acomodaron en la mesa más cercana a la barra, donde Pipper había colocado unos trozos triangulares de sándwiches. Ava los atacó nada más sentarse; era uno de los efectos que el alcohol provocaba en ella: o le daba somnolencia, o le despertaba el apetito. No obstante, no se había percatado de que su amiga comía con desgana.

—No han venido —soltó Pipper de repente sin más explicaciones.

—¿Quiénes? —preguntó con la boca llena, y ni levantó la vista del plato.

—Ellos.

Aquella escueta respuesta hizo que le prestase más atención. Alzó las cejas con expresión interrogante.

—Los misteriosos del sábado por la noche —informó con tono reprobatorio.

—¡Sí que te ha dado fuerte! —Se arrepintió nada más decirlo, pues el aura de su amiga brillaba un tanto entristecida y su boca, siempre dispuesta a una

sonrisa, dibujó un mohín. Tampoco su camiseta rosa con un alegre estampado floral le daba alegría.

—Lo sé, es una locura. —Se reclinó en su asiento.

Ava dejó a un lado su apetito. Sobre el plato puso el trozo de sándwich que le quedaba y razonó sobre aquello que las perturbaba por el bien de ambas.

—No sabemos nada de ellos; si son solteros, casados, ni tan siquiera lo más básico: sus nombres.

—Ni de dónde son —añadió sin ánimo, cabizbaja, jugando con los dedos en su regazo.

—Exacto. Del pueblo, no, a mí no me suenan, ¿a ti? —Pipper negó en silencio—. Quizás estaban de paso o vinieron a solucionar alguna gestión y aprovecharon para pasar el fin de semana, lo que explicaría que el sábado se marcharan temprano. También te digo: tremenda casualidad que parasen por aquí para tomar un café.

—Sé lo que me vas a decir: debo olvidarme de ese hombre. —Se frotó los ojos echándose hacia delante, para luego mirarla. En ellos un destello de desesperanza los ensombrecía, y en este Ava observó el suyo propio—. Hay casi un cien por cien de posibilidades de que no lo vuelva a ver en mi vida, pero no soy capaz de quitármelo de la cabeza, todos los días pienso en él. Y seguro que tienes razón, a lo mejor es padre de familia y yo aquí, deseosa de verlo otra vez.

—Lo que no nos impide reconocer que eran guapos... —Apoyó la mejilla en los nudillos de su mano derecha y dejó vagar la mirada en un punto invisible de la mesa.

—¡Guapo! —Su elevada voz retumbó en las paredes y produjo eco—. Era muy atractivo y desprendía una sensualidad fuera de lo común, es más, debería estar prohibido pasear por la calle con esa cara de no haber roto un plato... Conmigo rompería la vajilla entera.

—E iban muy bien vestidos —dijo en un susurro.

—¡Ya te digo! Seguro que es un pijo de esos que se matan en el gimnasio.

—Metrosexuales, se llaman.

—Pues eso, que debajo de la camisa hay un pedazo de tableta de chocolate con la que retozar.

—Vamos, que no te arrepientes.

Ava se dejó caer hacia atrás, cruzando una pierna sobre otra. El anhelo que desprendía en esos segundos su amiga era tal que el ambiente alrededor de la mesa se saturó. Pippet comenzó a jugar con una miga de pan, perdida en sus pensamientos, inconsciente de todo.

—Cómo me voy a arrepentir si es lo que deseo —rebatíó con énfasis.

—No me refiero a eso, sino al hecho de haberle pegado en el culo —aclaró sonriente.

Pippet se echó hacia delante, nerviosa.

—¡Qué glúteos, Dios mío! En mi vida he tocado un culo tan duro, era pura roca, un diamante que jamás cataré. Los diamantes de Tiffany no están hechos para el populacho. Bueno, y el tuyo ¿qué? —inquirió Pippet para que hablase de una vez. Ava estaba muy callada.

—No me acuerdo. —Alzó la vista al techo, así no miraba a su amiga.

—¿De qué?

—Si olía a algo...

—¡Perdona! ¿Has tenido delante de ti a un hombre y no sabes si olía a humanidad o no?

—Exacto, solo sé que tenía barba y unos alucinantes ojos grises que no puedo olvidar. —Se encogió de hombros y enganchó las manos en el borde de la mesa—. Como ves, estoy en una situación muy parecida a la tuya. Ese desconocido me sorprendió, no sé porqué.

—¿Qué nos pasa? —Su amiga se puso en su misma posición.

—Hemos tenido un flechazo.

Pippet bufó despectiva.

—No estoy de acuerdo. Por un flechazo no sientes la necesidad de abrirte a un extraño, de querer contarle todos tus secretos, hasta los más íntimos, esos

que no cuentas porque te desnudarías ante el mundo. A ese hombre no sería capaz de esconderle nada.

Tras sus palabras, Ava se acordó de aquellos días en los que, de niña, su abuela le enseñaba simples y viejos conjuros, pócimas, y le relataba antiguas historias, entre ellas, la de las almas gemelas. Contaba la leyenda que desde el principio de los tiempos existía una única unidad, la más pura de las creaciones, donde todo era amor y alegría inigualables. Sin embargo, no se experimentaba nada, ni se sentía, ya que era imposible en ese estado perpetuo de felicidad. Los opuestos que la rodeaban, tales como amor/odio o sombra/luz, no se vivían del mismo modo. Por eso, las fuerzas astrales regentes procedieron a una dolorosa división hasta alcanzar el nivel individual: esa maravillosa unidad se dividió en dos partes llamadas gemelas. Cada alma tiene un solo gemelo en el universo. Cuando se encuentran, de inmediato se reconocen, y al final se manifiestan porque están íntimamente unidas y convierten esa unión en la más sagrada. De esta manera se vuelve a la unidad primigenia.

—Con la suerte que tengo, se llamará como mi difunto.

—¡Qué va, mujer! —Tenía que sonar desenfadada para que su amiga no supiese que no le había estado prestando atención, algo que le molestaba mucho.

Pipper la apuntó con el dedo.

—Se llama David, te lo digo yo.

—Tus teorías nunca se cumplen —le recordó con burla.

Ava estiró el brazo con la mano abierta, a la espera de que su amiga la aceptara. Lo hizo de buen grado. Al juntarse, a través de la sensibilidad de la piel, Ava captó la ansiedad que padecía. ¿Cómo era posible que las dos se sintiesen así?

—Ya, pero, después de tanto tiempo sin fijarme en un chico, resulta que encuentro uno que me gusta y cabe la posibilidad de que viva en el otro extremo del país, ¿qué digo?, del planeta, y yo aquí, babeando por él. Hasta

puede ser un fantasma.

El tintineo de la campanilla las sobresaltó tanto que poco les faltó para soltar un grito. Rompió también aquel momento en el que las dos chicas, al fin, exponían sus pensamientos sin ambages.

De inmediato, se pusieron en pie por la irrupción del matrimonio Morris y las hermanas Borrow, todos ellos muy amigos de Minna, cuyos rostros reflejaban una gran indignación y desconcierto.

—¡Hola! —los saludó Pippet con una sonrisa.

—Buenos ojos os vean, muchachas —devolvió el saludo John Morris.

—¡Cuánto tiempo, queridas mías! —La exagerada alegría de Martha Borrow no cogió desprevenidas a las chicas; siempre se alegraba al verlas.

—¿Qué os trae por aquí a estas horas? —inquirió Ava con curiosidad a los visitantes.

—¡Estamos en un sinvivir, chiquillas! —La señora Morris negó con la cabeza, fatalista.

—¿Es que no os habéis enterado? —La pregunta de Sophia Borrow era para confirmar que ellas no sabían nada nuevo.

—Enterarnos ¿de qué? —La impaciencia ya hacía mella en Pippet, a quien nunca le gustaron los misterios y menos al olerse un cotilleo.

—La Casa de los Siete Tejados fue vendida —reveló John con cierta acritud.

Después de los juicios de brujas del siglo XVII, dicha casa se había convertido en uno de los emblemas de Salem. Su fama, incluso su nombre, se debía a Nathaniel Hawthorne, escritor del famoso relato *La casa de los siete tejados*, de ahí que constituyese uno de los reclamos turísticos más importantes.

—No pueden venderla —reaccionó Ava en protesta.

—Sí —confirmó John, reposando en la barra un codo—. Siempre y cuando permitan las visitas.

—Vaya bobada, comprar una casa que tienes que enseñar a todo el mundo —

rechistó Sophia apretando los labios, efecto por el que los pelillos del bigote se le notaban un poco más.

—Soy de tu misma opinión, hermana.

—Se debió de poner mucho dinero encima de la mesa para que se acordara esa compra —señaló Piper.

—¿Se sabe algo del comprador? —El interés de Ava ya radicaba en el supuesto nuevo vecino o vecina.

La señora Morris chasqueó la lengua, molesta por la falta de información.

—No; yo, al menos, no me enteré de nada.

—¡Claro que sí! —exclamó Martha, poniéndose recta para darse importancia.

Aquellas gemelas de lengua afilada estaban en su salsa, pues les encantaba tener noticias frescas, además de ser el centro de atención, como en ese momento.

—En la frutería de Derby Street —ilustró Sophia, que, a modo de sonrisa, estiró los labios, uniendo sus manos debajo de sus pechos—, dos mujeres hablaban de que la compró un hombre.

—Aquí hay gato encerrado, os lo digo yo. —Martha agitó su dedo índice. Bajó la voz para que nadie la oyese, aunque no había gente. Aun así miró a ambos lados, por si acaso—. ¿No os parece muy sospechoso? Un hombre. Ahora digo yo una cosa: ¿para qué quiere una casa tan grande un hombre?

## Capítulo 5

### Sucesos del sábado por la noche

La noticia de la venta de la casa había dejado un rastro de incertidumbre en toda la ciudad. Nada se sabía del comprador, por eso los habitantes extendían rumores –algunos sin fundamento, otros un tanto esperpénticos– que no eran más que eso, rumores que no esclarecían nada, sino que enredaban todavía más el asunto si cabía. Lo cierto era que, con el paso de los días, las dudas y el desconocimiento se hacían mayores. ¡No había otro tema de conversación! Los más consecuentes, incluso los precavidos, entraban en ese juego; muchos de ellos hasta paseaban por delante de la casa para sacar algún detalle jugoso. Se convirtió en el pasatiempo de gruñones y cascarrabias, que solo se quejaban de «esos pesados turistas que no se aburren de los cuentos de brujas».

Las chicas, a pesar de que no querían participar de todos esos cotilleos, no podían escaparse, ya que siempre venía alguien a la cafetería con nuevas preguntas sin esclarecer. Ellas ya tenían bastante con sus cuestiones personales como para dedicarle un segundo de su tiempo al nuevo inquilino de la casa. Aquella conversación sin terminar gravitaba entre las dos. Pipper la dio por finalizada dos noches después al pedirle a su amiga que no dijese nada de lo que habían hablado, ni tan siquiera a Minna y a Stella, pues, en palabras textuales, «Ya es suficiente tener que aguantar quiénes fueron mis padres». Ava se lo prometió y así lo cumplió.

No tocarían el tema más.

Solo confirmaron que el sábado saldrían de fiesta porque ellas lo valían y se lo merecían.

Esa noche la expectación era máxima; la anticipación a lo que pudiera suceder era tal que Ava tropezó varias veces en los adoquines de la acera antes de llegar al local. Dentro, dos pares de ojos se convirtieron en radares que exploraban el territorio enemigo, sin embargo, no encontraron lo que buscaban. La decepción se apoderó del corazón de las chicas, que notaron cómo el desánimo hacía mella en ellas, y la alegría y el nerviosismo que habían ido acumulando durante las horas previas desaparecían poco a poco.

—Hoy no vienen —sentenció Pipper, que en el fondo no quería perder la esperanza—. Venga, pidamos algo para beber.

Fueron a la barra, donde un sonriente Mike echaba una mano a los camareros sirviendo las consumiciones. No les quedó más remedio que disimular.

—¡Ey, chicas! Qué alegría teneros aquí otra vez. Esto significa que lo estoy haciendo bien.

—No lo dudes —afirmó Ava, satisfecha con la buena suerte que parecía correr la discoteca.

Sin poder contenerse, echó un vistazo por encima del hombro.

—Es el mejor local a dos kilómetros a la redonda —reconoció Piper—. Debes estar orgulloso, has montado un buen garito y la muestra está en la gente. —Le dio unos golpecitos en el antebrazo.

—Veremos, de momento solo pido que se mantengan los clientes. —Chasqueó los dedos al acordarse de algo—. Por cierto, el sábado pasado ligasteis —comentó divertido, apoyando las manos en la barra.

Las chicas se quedaron de piedra; el tiempo pareció congelarse; sus oídos dejaron de oír la música, que no estaba precisamente bajita y tampoco era *chill out*. El mundo había parado de girar; sus pies se quedaron anclados en el suelo, parecía que estuviesen pegados a él. Cruzaron una mirada de desconcierto, y lo único que sintieron en aquellos segundos fueron los latidos

de sus corazones justo en el cogote. Mike, viendo el estado en el que estaban, se apuró a aclarar:

—Dos tipos trajeados estaban muy interesados en vosotras, pero no os preocupéis, no les conté nada.

\*\*\*

Situadas en su esquina apuraban una su *cosmo*, la otra, su *sex on the beach*. Las dos consumiciones eran con alcohol para que las ayudasen a asimilar mejor aquella noticia. Desbarraron. A cada segundo que pasaba estaban más inquietas; cualquier cambio en la música las asustaba. En definitiva, estaban de cuerpo presente, mientras sus mentes consideraban un tema totalmente opuesto a todo lo que las rodeaba. Pippet no paraba de repetir el que era su nuevo mantra:

—Eran ellos, estoy convencida.

—Claro que eran ellos, el detalle de los trajes da la clave —repuso Ava entre dientes.

Nerviosa, solo dejaba de morderse el labio inferior cuando bebía, al tiempo que veía cómo su amiga empalidecía aun estando maquillada y, lo que era más extraño, no bailaba.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó meditabunda.

—No sé, pero estaría más segura si alguien me dijese que son policías.

No quería pensar en ello, pero la situación no le daba buena espina: dos desconocidos, que las habían tenido a tiro de piedra, no habían intercambiado una triste palabra con ellas ¿y habían interrogado a Mike para sonsacarle información? No, no era ni usual ni natural, tampoco pintaba nada bien.

—Lo que nos pasa a nosotras no le pasa a nadie, te lo aseguro.

—Esta situación es muy rara.

—¡Que no, mujer! Es el karma, que se está cachondeando de nosotras. Nos debe de ver dos aburridas con vidas monótonas y nos puso a estos dos, como

pudo haber puesto a dos monos.

—Pipper... —la reprendió.

—¿Quieres oír que es raro? Lo es. ¿Que da miedo? También. Incluso pueden ser unos pervertidos, sí, y de la que nos hemos librado. Mejor así, que no vengan

—¿Cómo estás tan segura?

—Tengo un pálpito: esta noche no vienen.

«Será ingenua», se quejó Ava para sus adentros. Respiró profundamente deseando que por una vez la predicción de su amiga fuera cierta. Pero era consciente de que, si esos dos hombres tenían tanto interés en ellas, harían todo lo contrario: aparecerían.

De algún modo que se le escapaba, su amiga intuyó su incomodidad, se enganchó a su brazo en ademán cariñoso y apoyó la cabeza en su hombro.

—Disfrutemos —le dijo al oído.

Tenía razón. Ava se dejó llevar con el objetivo de olvidarse de todo. El alcohol, ayudante infame, obró toda su magia; de ese modo pudo desinhibirse. Se entregó por completo al ritmo de la música —no era su favorita— y hasta Piper se quedó asombrada al ver a su amiga darlo todo. Hacía años que no se soltaba, a no ser que fuese con la cocina.

Disfrutaron ajenas a lo que estaba por suceder.

A escasos metros de la puerta de entrada, dos hombres caminaban con aire despreocupado, a no ser que se les prestase atención. Entonces, se descubría que el hombre de tupida barba marrón claro estaba nervioso, como lo demostraba el movimiento de sus manos en el interior de sus bolsillos. Su compañero, de apariencia cabreada, tenía la mandíbula apretada y expresión severa en la boca. Se pararon unos segundos en el umbral, con lo que consiguieron que algunas mujeres se fijasen en ellos y parpadeasen. Entraron con paso seguro, solo les faltaba que Etta James cantara su famosa *I just want to make love to you*. Ellos eran muy conscientes de la fascinación que despertaban entre el público femenino. Solo estaban interesados en las chicas

a las que vieron bailar de camino a la barra.

Su presencia en la discoteca había originado que el cuerpo de Ava se tornara hiperestésico al extraño rayo de electricidad estática que recorrió la estancia y que terminó absorbiendo cual agujero negro. Tuvo que agarrarse a la repisa de la pared y llevarse una mano al pecho; aquella energía la había dejado exhausta, con las extremidades flojas. En busca del foco, paseó sus ojos de un lado a otro hasta dar con ellos.

«¡Lo sabía! Otra de tus teorías se va a al garete», reprochó a su amiga mentalmente con bastante acritud.

Pipper continuaba contoneándose relajada, feliz, lo que la cabreó más. Pisó el suelo con más fuerza y le dio unos fuertes golpecitos en el omóplato. Ella se giró haciéndole un gesto con la cabeza.

—Y no venían, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—¡Fíjate en quiénes están en la barra! —chilló por encima de la música para que se enterase bien.

Pipper se puso de puntillas para compensar su corta estatura.

—¡Por favor! Qué guapo está hoy —exclamó agitada y con las mejillas sonrosadas.

Ava se dio de bruces con la realidad. Su amiga ni se había dado cuenta de que había errado en sus predicciones. Sintió la necesidad de gritarle que como pitonisa no tenía futuro. Lo peor de todo era que no se equivocaba: no podía apartar la vista de ellos. El dueño de los ojos grises vestía un pantalón vaquero —no se distinguía el color por la falta de luz— con una camiseta blanca y una chaqueta de punto que se pegaba como una segunda piel a sus bíceps; su color teja contrastaba con su barba. Ava, hasta ese momento, no se había fijado en su cabello: una media melena que se rizaba un poco en las puntas. El halo de misterio que desprendía proyectaba la imagen de hombre inalcanzable. El otro, al que miró de refilón, había conjuntado una camiseta con una americana blanca a cuadros.

Estaban para mojar pan y no parar.

Sin embargo, había una diferencia respecto al sábado anterior: los nervios o la incomodidad de Ava poco a poco se fueron tornando en atracción. Las puntas de sus dedos le cosquilleaban, deseaban acariciarlo; su piel clamaba por sus atenciones. Él, como si la sintiese, giró la cabeza hacia ella después de pedirle la consumición al camarero. Sus miradas se conectaron a pesar de la distancia y la gente que se interponía. Crearon una burbuja en la que se libraron de la realidad y que los dejó allí solos.

—¿Esa tipeja los conoce? —La indignación en el tono de Pippet despertó a Ava del embrujo de aquellos ojos grises.

Sin apartar la mirada de donde estaban, fue testigo de cómo ellos saludaban de manera muy amable a una mujer.

—Me suena muchísimo.

—Trabaja en la televisión local —dijo Pippet con los brazos en jarras—. ¿No serán famosos?

La duda cubrió las líneas alargadas de su rostro.

—Es una broma, ¿verdad? —La miró horrorizada.

—Vienen ahí —le avisó. Se puso delante de ella justo en el momento que se abrían paso entre la gente en su dirección sin quitarles ojo de encima—. ¡Ay! De esta no salgo viva. ¡Madre mía, disimula!

Tan rápido como lo dijo, se puso a bailar como si no hubiese un mañana. Ava no podía, el cuerpo no le respondía a ningún estímulo, solo su corazón, que golpeaba enfebrecido en su pecho. A medida que ellos se acercaban, ella se iba encogiendo sobre sí misma.

—Hola, guapa —le dijo a Pippet su adonis. De cerca era un chico delgado, de rostro muy juvenil y geométrico en el que destacaban sus impresionantes ojos azules, chispeantes, de mirada pícaro, la nariz recta y una boca sensual de igual sonrisa. La mandíbula, muy marcada, quedaba cubierta por la sombra de la barba. Su pelo rubio oscuro, de rizos alborotados, lo hacía sobresalir entre los demás hombres.

—Hola —repuso sin aliento.

Ava pudo comprobar que a su amiga la ponía nerviosa de lo mucho le gustaba, pues estaba más tímida con una sonrisa tonta que jugaba en sus labios. Intentaba bailar, pero se quedaba en un extraño movimiento que no seguía ningún ritmo.

Ella estaba paralizada por tener enfrente a aquel hombre que le sonreía casi forzado. Descubrió unos hoyuelos detrás de la barba —hecho que le cortó la respiración—. Al desaparecer ese gesto, el vello oscuro endureció su rostro. Su gran estatura y su modo de vestir lo convertían en el típico caballero seductor de las novelas románticas, de quien la protagonista huía corriendo porque le robaría hasta el alma.

En cambio, allí estaba ella, amoldándose a esa situación rara. Muy rara. No sabía qué hacer, pues él no parecía dispuesto a nada. Con el paso de los segundos, su cuerpo se aterió más debido a que estaban tan pegados, lo que provocaba que sus brazos se rozasen y que esa suave fricción repentina generase un excitante cosquilleo en su cuerpo. La respiración ya hacía rato que se le había acelerado, y cada terminación nerviosa respondía a él. Cerró los ojos e inspiró. Al abrirlos, las fuerzas le fallaron, las piernas le flaquearon, tuvo la sensación de que el suelo se movía, ¿o se abría? Estiró un brazo para agarrarse a algo.

Nunca supo si lo logró.

*Una joven cayó al suelo sobre sus rodillas, abatida. Tapó su rostro con las manos, de ese modo ocultaba sus sollozos al viento que, indiscreto, podía arrastrarlos hacia cualquier lugar. Lloraba desconsolada. Un aura triste rodeaba su ser; una gran pena fustigaba su corazón; sentimientos dolientes enterraban su alma en un profundo agujero del que no había salida. Quería gritar de impotencia, mas no tenía fuerzas. Solo lloraba con la esperanza de licuarse y desaparecer como lo hacían las lágrimas entre sus dedos. Nadie notaría su ausencia, ni su marido, al que adoraba más allá de la razón.*

*Él se empeñaba en despreciarla.  
Abandonarla.  
Ignorarla.*

## Capítulo 6

### Él, Superman; tú, Lois Lane

**A**va se incorporó en la cama, sobresaltada.

La claridad que le pinchó los ojos la obligó a cerrarlos de nuevo.

Respiraba descompasada; la sensación de ahogo le era insoportable, notaba que el aire no le llegaba a los pulmones. Se llevó las manos al pecho. La asfixia aumentaba a causa de la percepción de que su habitación se iba empequeñeciendo. Lo veía tan real que en sus cuerdas vocales quedó clavado un grito de pánico, cuando en realidad era un cuarto de tamaño medio; las paredes, pintadas en rosa pastel, creaban un cuadrado perfecto, como todas las de la casa. Su cama, colocada al Norte, centraba los demás muebles con sus dos mesitas de noche; a sus pies había un baúl donde guardaba las mantas; frente a ella, hacia la izquierda, había un pequeño armario empotrado; a escasos centímetros, el tocador. Al lado de la puerta un gran espejo de forma ovalada proyectaba la claridad de las dos ventanas de enfrente, donde también estaba la butaca en la que ponía la ropa. De su techo alto, pendía una bonita lámpara de candelabro *vintage* con sus cristales colgantes. Era sencilla, como ella.

Angustia. Eso era lo que tenía.

La había perturbado en sueños, la atenazó al despertarse y apretaba ese invisible nudo atado alrededor de la garganta. Se volvió tan insoportable que la asolaron unas irrefrenables ganas de llorar. No había un motivo real que la

empujase a un estado tan lamentable. Aquellos a los que quería estaban bien; no lo entendía. Se abrazó las rodillas, recogidas contra su pecho; apoyó la barbilla en ellas mientras a la mente regresaba la desoladora imagen de la implorante mujer.

Ese recuerdo desgarró algo en el interior de Ava. Quizás un trocito de corazón.

—Ya estás despierta —anunció Minna, entrando en la habitación con una taza humeante entre sus manos.

Stella, nerviosa, iba detrás de ella. Nunca la había visto así. Su cara era la reverberación de la preocupación; las delicadas líneas se tornaban severas, más envejecidas incluso; sus ojos cristalinos amenazaban con desprender un mar de lágrimas. Se tapó la boca con manos temblorosas escondiendo sus emociones y, sin poder controlarse más, se abalanzó sobre Ava como si no la hubiese visto en siglos. Ava se dejó abrazar; las dos lo necesitaban.

—Ava Owens, ni se te ocurra volverme a dar un disgusto tan grande, ¿me oyes? —apuntó Stella, por si no la escuchaba bien.

Se mantuvo en silencio, era lo mejor.

—¿Cómo estás? —Minna le ahuecó los almohadones, después se sentó en el borde de la cama. Su rostro redondeado aparentaba tranquilidad. Siempre sabía controlar sus emociones y mantener la mente fría cuando los demás perdían los estribos.

—Cansada. —Suspiró pesarosa recostándose. No estaba muy segura de que esa palabra resumiese el estado en el que estaba. Pero debía valer por el momento—. ¿Qué hacéis aquí? —Era pregunta obligada.

—Cuidarte —le aclaró su abuela, acariciando sus manos—. Estás fría. Tómate esta tisana de pasiflora con amapola de California; te recompondrá, te ayudará a descansar y relajarte.

Se estiró y alcanzó la taza que había dejado en la mesita de noche. La acercó a sus labios con tiento. El líquido ya no quemaba y tenía un ligero sabor dulce por el azúcar, con un cálido aroma floral.

—¿Qué me ha sucedido?

Durante unos minutos aquellas dos mujeres se quedaron calladas, como si procesasen lo que acababa de preguntar.

—Sufriste un desvanecimiento en la discoteca. No lo recuerdas —afirmó un tanto sorprendida Minna.

—Cosa extraña la tuya —comentó Stella entrecerrando los ojos en su dirección. Arrugaba la nariz, gesto muy habitual en ella, y con la mano derecha al lado del cuerpo de su hija aguantó el peso del cuerpo—. Un desmayo no provoca pérdida de memoria. Hija, ¿cuál es la razón de tu malestar? Tu salud nunca se ha resentido de esta manera.

—Tuve una visión, o eso creo.

Entre sorbo y sorbo les fue explicando lo que había visto en aquella triste ensoñación que le había hecho perder el sentido. Con cada nueva palabra que añadía, el sufrimiento del fantasma era más notorio. Un escalofrío le cubrió el cuerpo; la encogió más sobre sí misma, le congeló la sangre de tal modo que su interior casi se quedó yermo.

Las tres a un tiempo percibieron una presencia extraña que se asentó en la habitación.

Minna y Stella compartieron una mirada con la que no tenían que decir nada y que solo ellas comprendían, lo que le indicó a Ava que callaban más de lo que hablaban, cuando en aquel caso también le incumbía a ella, por razones obvias. Sin poder aguantar más, lo dijo.

—¿Qué ocultáis? —Puso la taza en la mesita de noche—. No disimuléis, algo calláis.

—Debes descansar —recomendó Minna. Oteó la habitación—. Stella, vamos a quemar un poco de retama amarilla. Purificará la casa y alejará presencias perniciosas.

Ava no insistió, ya que sintió los efectos de la infusión. Poco a poco fue cediendo a la somnolencia hasta sumergirse en un plácido sueño.

\*\*\*

Tras pasar todo el día durmiendo, Ava se dio una ducha refrescante y relajante. Un cuarto de hora más tarde salió del baño, situado frente a la habitación de Pipper, entre una espesa nube de vaho, sintiéndose mejor. Se dirigió a su cuarto, donde encontró que cerraba una ventana. Ya no le parecía tan amenazador como por la mañana.

—He aireado un poco la habitación mientras te aseabas y te he estirado la cama —dijo en un intento de parecer despreocupada.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

Su amiga se acercó a ella. Se abrazaron. Ese contacto reconfortó a Ava más de lo que nadie se podría imaginar. Cuando se separaron, pudo ver la preocupación en sus ojos.

—Y tú no vuelvas a darme esos sustos —bufó desinflándose—. Si no era por la intervención de Malcolm y Alan, que nos trajeron a casa, no sé qué hubiese ocurrido.

—¿De quiénes hablas? —Frunció el cejo extrañada—. Por favor, Pipper, dímelo. Es suficiente que mi madre y mi abuela me oculten cosas.

—Ya me contaron unos pajaritos que no recuerdas. —Ava asintió—. Bien, antes de nada, pasa para la cama —le ordenó con decisión.

Ava se tiró encima de la cama, agarró la almohada y se sentó como un indio. Pipper se colocó en la butaca y, estirando las piernas, apoyó los tobillos cruzados en el borde.

—Los misteriosos de los sábados ya tienen nombre: Malcolm es el tipo que me gusta, Alan es el nombre del tuyo —aclaró de forma sencilla y escueta.

—Bueno, eso de mío... —recalcó la última palabra—. No es mi tipo de hombre.

—Lo que hay que oír.

—Es la verdad —le replicó.

—Tú di lo que quieras, pero, gracias a la rápida reacción de Alan, no te

pegaste un buen golpe contra el suelo.

Ava se quedó boquiabierta con aquel detalle que su amiga le podía haber ahorrado. Era tal el bochorno que enterró la cara en la almohada. Quería desaparecer.

—¡Qué vergüenza! —Su voz sonó amortiguada.

Unas carcajadas llenaron la habitación. Indignada, levantó el rostro. Ahí estaba Pippet encogida en la butaca, riéndose a mandíbula batiente sin cortarse.

—No me hace gracia, me gustaría verte en mi lugar —dijo molesta.

—Vamos, Ava, no es para tanto; a lo mejor ni se acuerda. —Aguantó la risa a duras penas.

—Es decir, se acuerda —la corrigió—. Cada vez que dices una cosa, ocurre lo contrario.

—Peor sería que lo hubieses insultado —indicó certeramente—. Es más, le debemos estar agradecidas: fue él quien llamó al doctor Roberts...

—¿Y qué dijo? —la interrumpió con interés.

—Lo achacó al estrés, diagnóstico que no gustó a tu abuela cuando se lo comenté por la mañana. —Durante unos segundos, se quedó mirando a Ava meditabunda, antes de continuar—: Tu madre tiene razón al llamarlo tu «Superman».

«¿Mi qué?!». Si pensaba que lo había escuchado todo, se equivocaba. Su madre se había superado: convertir a su hija en una Lois Lane moderna y a un desconocido en un superhéroe. Era demasiado fuerte para su estado mental. De igual manera, no le gustaba el hecho de que su madre estuviese enterada de ciertos detalles.

—¿Le has hablado a mi madre de ellos? —No disimuló su malestar.

—Ava, tranquila, solo le dije que me habían ayudado, no di nombres ni me referí al otro sábado...

—Eso le da igual, ya lo ha llamado mi «Superman». ¿Cómo lo llamará después? ¿Romeo? —Para no pensar más en su madre, decidió cambiar de

tema—. ¿Qué tal con Malcolm? ¿Qué impresión te dieron?

El interés de su amiga se reactivó. De hecho, parecía que estuviese esperando esas preguntas, pues se acomodó en el borde de la butaca embargada por la emoción y con ojos chispeantes.

—Con Malcolm muy bien, es simpático, muy agradable, entrañable... — Suspiró—. Alan es más taciturno y menos comunicativo. No digo que sea desagradable, pero es callado, algo reservado. Y no, no creo que vengan a la cafetería, porque no saben que es nuestra.

—Saben dónde vivimos, casi es lo mismo. —Puso los ojos en blanco—. ¿No hay nada más? —Su propia curiosidad iba también en aumento.

—Que yo recuerde, no... ¿Me permites decir algo?

—Sorpréndeme.

—Ver el cuidado con que Alan te cogía en brazos fue muy romántico. Me gusta la pareja que hacéis, juraría que te miraba con admiración...

—¡No inventes! —le advirtió en un intento por no ser crédula.

—No estoy inventando nada, es mi impresión —le expresó con claridad—. Ava, me da la impresión de que a ese hombre le gustas. —Miró su reloj de pulsera, bostezando—. Hala, me voy a dormir, que para mí ha sido la noche más larga. Buenas noches.

Le lanzó un beso a la vez que se ponía de pie.

—Hasta mañana.

Ava se tumbó y, durante un rato, estuvo con la mirada fija en el techo, repasando todo lo que le había contado su amiga. «Alan». Se dio media vuelta y, con ese nombre colgado en la punta de la lengua, se quedó dormida de nuevo.

## Capítulo 7

### ¡OJO! Los augurios del horóscopo

—¿Qué haces?

Ava entró en la cafetería con dos bandejas de pasteles en las manos, justo al tiempo que se iba un cliente. El aroma a manzana dulce de las tartaletas y a chocolate de los muffins se mezclaba con el del café, lo que originaba un ambiente sabroso. Tenían una pinta deliciosa: hasta el más desganado se moriría por hincarles el diente.

—¡Los he encontrado! —exclamó Pipper sentada a la mesa con el Mac delante, tapándose la boca y con las cejas alzadas. Ava, desde la barra, podía escuchar el martilleo de su corazón.

—¿A quiénes?

—A Malcolm y Alan —especificó.

—Sí, ya, ¿qué más?

—Mira, ven —le pidió.

Obedeció un poco renuente, ya que había más posibilidades de que su amiga se equivocara que de que acertara. Pero cuando vio que el hombre de la pantalla era Malcolm, se tuvo que tragar sus propias palabras.

—Ay, pues sí.

—¡Ves, mujer de poca fe! —protestó a la vez que bajaba la pantalla. Se sentó de medio lado con su brazo izquierdo apoyado en el respaldo—. Te resumo: se llama Malcolm Wood, es profesor de Historia Colonial Americana

en la Universidad de Harvard. ¡Ves! Lo que decía, es un pijo guapetón de Harvard.

—Vaya...

—¡Espérate! —la interrumpió—. Hay más, mi investigación no termina aquí, ¿tú qué piensas? Alan Payne, profesor de Magia y Brujería en Europa en la Temprana Edad Moderna, y, agárrate, ¡este año lo pasan aquí, en la Universidad Estatal de Salem, donde impartirán clases como profesores invitados!

—¿Perdona?! —Ava era incapaz de asumir aquella información. Profesor de magia que salvaba a una bruja. La realidad superaba la ficción.

—Lo que oyes, coincidencia, ¿verdad?

—Ni que lo digas, porque pueden vivir aquí. —Ava tomó asiento al lado de su amiga.

—A esa misma conclusión llegué yo. No he terminado.

—¿Hay más?!

Su risilla nerviosa indicaba que se acercaba lo mejor.

—Estos dos tienen redes sociales con perfiles públicos, por eso descubrí que... —Prolongó el misterio—. Malcolm nació el 4 de julio del 77.

—Tiene treinta y siete años —calculó Ava—. No aparenta tanta edad.

—¿A que no? Será de buena calidad, por eso se mantiene joven. —Se encogió de hombros—. Alan, alucina, nació el 24 de diciembre de 1975.

Ava no pudo expresar todo lo que se le pasaba por la cabeza: primero, que su amiga había sido abducida por un agente del FBI y no sabía de su potencial; segundo, que estaba eludiendo una cuestión fundamental.

—¿Están casados? ¿Tienen pareja? —Ava tragó con fuerza; lo peor aún podía estar por llegar.

—No. Hasta donde yo sé, están solteros y sin compromiso —comunicó para su alegría—. Si no fuese así, no estaría relatándote todo esto, más bien estaría tirándome de los pelos.

—Cierto. —Mirando a su amiga, no pudo evitar preguntarle—: ¿Has hecho

todo esto ahora?

—¡Qué va! A ratos, ¿o quién crees que atendió a los clientes mientras estabas en la cocina? Ahora que sé sus fechas de nacimiento, maté dos pájaros de un tiro: leí los horóscopos.

—Como se entere mi abuela, te retira el saludo. —Ava conocía la aversión que Minna les tenía, según ella, a esos aficionados, pues no era partidaria de esas engañifas.

—Lo sé, cuento con tu discreción. —Levantó otra vez la tapa y pinchó varios enlaces en el historial—. Toma, lee.

Giró el portátil para que leyese. Sujeta al borde de la silla, Ava comenzó:

**TAURO:** Un hermoso encuentro con...

Taurino, el amor te acompaña allá donde vayas. ¡Está muy cerca de ti! Tu realidad sentimental está cambiando y el amor llama a tu corazón. Un hermoso encuentro con esa persona que te interesa dará un giro inesperado a tu vida amorosa. ¡Adelante! Es hora de amar y ser amado. Y no te inquietes si todavía esa persona no te ha declarado su amor. Todo llega a su debido momento.

**CÁNCER:** El amor tiene múltiples caras, debes estar atento.

Estás de enhorabuena, canceriano: un aura de festividad te rodea y esto te aportará un grado mayor de energía. Acontecerán numerosas sorpresas en el ámbito amoroso, si estás soltero o soltera. Conquistarás a quien tiene los ojos puestos en ti. Grandes cambios se proyectan en tu futuro más inmediato: posibilidad de un viaje; nuevos proyectos... solo déjate llevar.

**CAPRICORNIO:** El amor te sonrío.

Algo que creías perdido reaparecerá; estate atento, capricorniano, pues todo puede ser posible si estás abierto a una nueva relación amorosa. El amor te sonreirá en un rostro más joven que tú. Hay un aire nuevo en tu entorno sentimental. Sé feliz, capricorniano, tu vida interior se renueva...

¡La lectura se detuvo en el momento en que una mano pequeña, de finos

dedos, le agarró el muslo por debajo de la mesa, en tanto que sonaba la campanilla de la puerta.

—¡Joder, están ahí! —Pipper apretó su agarre—. Tu abuela dirá lo que quiera, pero esto nos ha acertado a la primera. No salgo viva; si estas son coincidencias, benditas sean.

A la cafetería arribaban, como empujados por una fuerza superior, Malcolm, que sonrió nada más ver a Pipper, y Alan, que las saludó con un extraño gesto de cabeza. Oteó todo a su alrededor hasta que sus ojos se toparon con los murales; hipnotizado, se acercó a ellos con paso seguro y las manos metidas en los bolsillos. Ava lo siguió con la mirada; los nervios hicieron explosión en su estómago como una bomba atómica, aunque le supuso un esfuerzo mayor disimular la atracción que le despertaba tenerlo cerca y más cuando lo encontraba tan atractivo con sus vaqueros negros y su jersey de un color azul eléctrico, que marcaba su ancha espalda y unos brazos fuertes, quizás trabajados en el gimnasio. Era demasiado guapo para dejar de mirarlo.

Malcolm se acercó a ellas con ese aire aniñado y despreocupado:

—Buenos días, chicas, qué alegría encontraros por aquí —saludó con una voz masculina, clara y profunda, que casi no correspondía a su aspecto.

—Eh... sí... —balbuceó Pipper al tenerlo delante.

—Es nuestro negocio. —Ava salió al rescate de su amiga, que había perdido la capacidad de hablar. Aunque a ojos de cualquiera pudiera parecer tranquila, por su perfil relajado y ese amago de sonrisa en los labios, lo cierto era que estaba hecha un manojo de nervios.

—Te... —Tosió—. ¿Te sirvo algo? —Pipper volvió a la Tierra.

—Un café solo sin azúcar, por favor.

Se levantó apoyándose en la mesa, como una anciana a la que le costaba tomar impulso, y con paso torpe se metió detrás de la barra.

Ava hizo lo mismo, pero por otro motivo.

—¡Ey, Ava! ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

Aquel hombre desprendía una gran simpatía que permitía que se sintiese muy a gusto a su lado. No pudo evitar sonreírle.

—¿Qué tal estás? ¿Vas mejor? —Se apoyó en la barra muy relajado, como si la conociera de toda la vida. Se fijó en que, a veces, miraba a Piper por encima de su cogote.

—Sí, me he recuperado, y gracias por ayudarme.

—No se dan. Estábamos a vuestro lado y, realmente, a quien debes agradecerse es a él. —Levantó su brazo derecho y con el pulgar señaló a Alan por encima del hombro.

Ava asintió en silencio, mentalizándose de que debía acercarse y hablar con él. A su espalda la conversación se iba tornando más íntima y personal:

—Tu café —dijo Piper con voz queda.

—Muchas gracias. Eres más guapa a la luz del día —declaró Malcolm con un sosiego alucinante.

—¿Me estás tirando los tejos? —inquirió, melosa.

A medida que Ava se acercaba a Alan, las fuerzas de la atracción la empujaban hacia delante, a ese hombre que la había salvado de las leyes de la gravedad sin tener por qué hacerlo. A cada paso, se sentía más insegura; le daba la sensación de que sus pies apenas tocaban el suelo; los nervios le provocaban que el corazón se le acelerase y las manos le sudasen. Su mente bullía de palabras, frases; algunas inconclusas, otras no eran las correctas... Formulaba una y otra vez la misma pregunta utilizando diferentes términos. No quería sonar muy directa, tampoco demasiado grosera. ¿Desde cuándo le daba importancia a eso?

—Esa era la antigua casa de comidas —explicó.

Él no le había preguntado nada, a pesar de que miraba la fotografía ensimismado, como si estuviera estudiando cada detalle.

—Hum...

—Quise ponerlas para que su historia no se olvidase. —Ahora ya no hubo respuesta de ningún tipo, así que se lanzó—: Quería darle gracias por...

—¿Necesita que la lleve otra vez en brazos? —Su impertinencia, la incongruencia de su pregunta y su tono cruel la hicieron encogerse. Jamás imaginó que detrás de ese atractivo hubiese un hombre tan maleducado.

—No... eh... Yo... quería darle las gracias por lo que hizo. —Su voz sonó insignificante, del mismo modo se sentía a su lado.

—Dadas quedan. Ahora, ¿me hará un café largo con unas gotas de leche para llevar?

En ese instante, Alan volvió la cabeza hacia ella y se sostuvieron la mirada. Ava pudo ver claramente su rostro, endurecido por algún motivo que le era desconocido. ¿Era por ella? Sus fieros ojos grises se oscurecieron de desdén, abrió las aletas de la nariz y sus labios fruncidos remarcaron las líneas de expresión a los lados de su boca. Para él era *persona non grata*. Ava giró sobre sus pies, decepcionada con ese hombre y aceptando el pedido. Uno que no iba a cumplir. Claro que le iba a preparar un café, pero uno distinto. De espaldas a todos, en un vaso de plástico, vertió café puro, largo, un pequeño chorro de leche con una pequeña nube, dos terrones de azúcar y un toque de vainilla, pues había que endulzar aquel malhumor.

—Paga tú, ¿vale? Me tengo que ir al despacho. —Sin mirar a las chicas, Alan se despidió—. Buenos días.

Tiró de la puerta dándole un gran trago al café. Fuera, en la acera, alternó la mirada entre Ava y el vaso. Movié la cabeza, una sonrisa ladeada apareció en su boca y echó a andar.

—Un poquito maleducado tu amigo —apuntó Pipper.

—Alan es mi primo hermano, no un amigo —corrigió Malcolm, inquieto por aquel comportamiento tan rudo.

Esa noticia cogió a las chicas desprevenidas. Eran como la noche y el día.

—No suele comportarse así. —Malcolm estiró las comisuras de sus labios en una mueca incómoda. Luego, metió la mano en un bolsillo con la intención de pagar.

—A estos invita la casa —se adelantó Ava.

Alzó las cejas.

—Insistimos, tómallo como una especie de compensación por lo del sábado  
—reafirmó su amiga.

\*\*\*

Alan Payne siempre había tenido su vida bajo control. Se aseguraba de dominarla para no dejar nada al azar. Sin embargo, con aquella joven se sentía en tierra de nadie, sobre todo, desde que la había tenido en brazos, tan pegada a él, respirando ese aroma dulce a pasteles que desprendía su larga melena rubia. Acomodarla en su cama había sido lo más estimulante que había vivido en mucho tiempo, y escuchar de boca del doctor que su salud renqueaba había sido un disparo con el que no contaba. Separarse de ella había sido duro, pues le hubiese encantado cuidarla.

Ahora, allí, sentado en su despacho —ese cuchitril de olor aséptico y tamaño reducido, en el que su escritorio, de buena madera, al igual que las tres estanterías colocadas, una a su espalda, otra a su derecha y la tercera enfrente, ocupaban casi todo el espacio, junto con las dos sillas que tenía delante de la mesa—, se sentía como un animal enjaulado. Se levantó y abrió la única ventana, a su izquierda, que daba al exterior. Se dejó caer en su silla soltando un bufido. Más inquieto que en días anteriores, se recriminó a sí mismo el trato que le había conferido cuando solo pretendía ser agradecida con él. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se había comportado así? No eran preguntas baladíes, todas tenían una misma respuesta: ella. Una muchacha que arremetía contra él con la fuerza de un ciclón. A sus casi doscientos años, le reventaba no poder controlar su cuerpo, ¡parecía más un adolescente hormonado que un hombre maduro! Desde que la había visto, antes de coincidir con ella en la discoteca, ya no la había podido sacar de su cabeza, que, sobre todo con lo acontecido el fin de semana, exhibía imágenes de ese cuerpo de no más de un metro setenta y cinco, estrecho, en el que se intuían bien las curvas femeninas, pechos

pequeños muy sugerentes a través de la ropa, piel blanca como la de una perla...

«¡Basta!», bramó para sí.

Cabreado consigo mismo, lanzó el lápiz cual proyectil sobre la mesa. Rebotó con tanta fuerza que cayó al suelo. Impotente, apoyó los codos en el escritorio y la frente en las manos. Ni pasados dos segundos, se mesó el pelo y se despeinó; ya se arreglaría antes de entrar en clase. Ahí estaban los nervios; no le permitían olvidar el capullo antisocial que había sido.

—¿Alguien te dijo alguna vez que eres un idiota profundo? —espetó Malcolm a su primo entrando en tromba en el despacho—. Me importa bien poco que los demás se enteren. ¿A qué viene tu comportamiento?

—Ni puta idea —repuso lacónico.

—Que no lo sabe —masculló—. ¡Y una mierda que no lo sabes! —Su voz sonó como un estruendo en mitad de la semitranquilidad del despacho y congeló el ambiente que los rodeaba

Alan se acomodó de nuevo en la silla. Puso el tobillo sobre la rodilla derecha, los codos en los reposabrazos de su silla y la espalda recta en el respaldo, mientras miraba a Malcolm, que tenía una postura defensiva. El rostro se le había contraído en una mueca de cabreo: el ceño fruncido, mandíbula y labios apretados; parecía que se oían rechinar sus muelas. Estaba más incómodo todavía, algo que Malcolm cazó al vuelo. Los dos eran conscientes de su inminente enfrentamiento. Alan trataría de eludirlo como fuese.

—Me pueden los nervios. Procuero controlarlos, pero ella me hace sentir débil, un quinceañero, no sé cómo explicar...

—La has tratado como si fuese tu criada. —Malcolm suspiró, frustrado. Le sostuvo la mirada a su primo. Si de algo podía presumir era de lo bien que lo conocía, y por el brillo apagado de su grisáceo iris dedujo qué ocurría—. Sé que todo este asunto te asusta; no eres el único, a mí también me sucede. Ahora solo quiero que le pidas perdón.

—Lo intentaré...

—Lo harás.

—¡Lo intentaré!

—¡Lo harás, joder! —gritó por encima de él—. Me gusta Pipper y deseo seguir viéndola; como tu comportamiento egocéntrico interfiera, no tendré tanta consideración.

Marchándose, lo abandonó a su suerte con sus remordimientos.

## Capítulo 8

### Hécate

Los días posteriores, Ava tuvo que lidiar con la presencia frecuente de Alan. Malcolm no le molestaba, le agradaba su afabilidad. Poco a poco se fue ganando la confianza de las dos entre bromas, conversaciones serias que terminaban en risas, sus chistes malos; incluso se quedaba hasta que cerraban. Su caballerosidad embelesaba a la chica en la que había puesto los ojos: Pippa. Para ella su prioridad siempre había sido la cafetería, tuviese pareja o no, pero desde que lo conocía estaba en las nubes; cuando estaban juntos, toda su atención iba para él. Su amiga lo había pasado muy mal desde que sus padres perdieron la vida en una comuna *hippie* por una sobredosis y se fue a vivir con las Owens. Había soportado los chismorreos de la ciudad, las miradas de pena o indulgencia, y ahora que la veía así, Ava era incapaz de recriminarle nada; al contrario, estaba muy contenta por ella. Además, él parecía corresponderle.

Otro caso era Alan. Llegaba con Malcolm y se marchaba solo. El aire indiferente que apreciaba en él la cabreaba. A veces, solo con verlo entrar se ponía a la defensiva porque en su corazón todavía palpitaba aquel infructuoso encuentro. Incluso estaba a la espera de que le llamase la atención por el café que él no había pedido. Nunca había pasado. Aun así, se escaqueaba de atenderlo, salvo una vez y se le había ido de las manos:

—No me has preguntado a mí —había protestado Alan, incrédulo.

—¡Que te sirva tu madre! —había estallado.

El resto de los clientes había enmudecido, y se había ganado las protestas de Pippet. Con toda razón. Sin embargo, no había quedado ahí: cuando se disponía a marcharse, Alan la había importunado una vez más:

—Dile a tu amiga que aprenda a atender a un cliente —le había comentado a Pippet, a sabiendas de que Ava lo escuchaba.

—Y tú aprende a tratar a una mujer —le había asestado desde el otro lado de la barra.

A partir de ahí se había abierto un estado de guerra entre ellos que no le permitía a Alan acercarse. El orgullo era otro obstáculo, ya que muchas veces ni se miraban a la cara. Ava disfrutaba de lo lindo al comprobar los cabreos que se agarraba Alan. Sus bufidos los hacían partícipes a todos. Tenía claro que hasta que no le pidiese disculpas, no iba a atenderlo como debía. Todo a expensas de la desesperación de Pippet y Malcolm.

La mañana del día en que la luna estaría llena, Malcolm apareció solo. Ava se asustó y se preocupó a partes iguales. Quería preguntar por él; la curiosidad la mataba por dentro, quería gritarle a Malcolm que lo fuese a buscar, pero se controló. Actuó como si no fuese con ella. Habría triunfado si no hubiera sido por lo que él le había dicho antes de salir: «No acierta en el modo de pedirte disculpas». Fue tal la sacudida que le produjeron aquellas palabras que tardó un rato en volver a la realidad. Cuando lo hizo, se acordó de algo en lo que hasta ese momento ni había reparado y que podría ser una solución para las dos.

—¿Te va a echar las cartas mi abuela? —le preguntó a su amiga.

Pippet chasqueó la lengua.

—Se me ha olvidado hablarlo con ella. Llevo unos días que no sé dónde tengo la cabeza, la verdad.

—No te preocupes, se me ha ocurrido una cosa.

\*\*\*

El plenilunio se dejó sentir desde que despuntó el alba.

La brisa fluía cansina y pesada.

El canto de las aves era más estridente de lo normal.

Los perros, más que ladrar, proferían aullidos a una luna que todavía estaba oculta tras la luz del astro rey. A la noche se convertirían en lobos.

Lo que restó de día, Ava organizó todo para realizar un pequeño conjuro gracias al cual Pipper podría predecir si Malcolm era el hombre definitivo o no. Si por ella fuera, no haría nada, pero su amiga se merecía saberlo. Solo esperaba que fuese favorable. Se realizaría a medianoche: a esa hora la luna alcanzaría su cenit. Se debía ser muy meticuloso para no cometer ningún error, más cuando una persona ajena al mundo mágico estaba de por medio y podía resultar dañada de algún modo.

Siguiendo las enseñanzas de su abuela, purificó la casa quemando madera de sándalo, que ayudaba a limpiar las malas vibraciones que podrían interferir en el ritual. Recorrió todos los rincones, excepto uno: la habitación al fondo del pasillo. Era la más grande de todas, alargada, con una minúscula ventana que daba al exterior. El techo estaba inclinado debido a la caída del tejado sobre ese lado de la casa. Las paredes y el suelo, a diferencia del resto de la vivienda, estaban forradas con madera de sauce, árbol de extraordinario poder protector. De decoración austera –un mueble y un viejo sofá–, en ella crecían hierbas y plantas mágicas desperdigadas por el suelo. Allí empleó la caña de azúcar. Una vez que estuvo lista, dibujó en el centro un gran círculo hecho de velas blancas y pétalos de rosas rojas, imprescindibles, pues se trataba de un sortilegio de adivinación amorosa.

Llegado el momento, a dos minutos de que el reloj marcase la hora convenida, las dos chicas permanecían de pie dentro del círculo, cogidas de las manos y con las mentes en blanco. Ava dio las instrucciones.

—Repíte conmigo: «Oh, Hécate, blanca como el día. Muéstrame al amor de mi vida».

Sin interrupciones, las fueron pronunciando cada vez a mayor velocidad.

Pronto, sus voces cobraron más potencia. El ambiente se hizo pesado, aunque una ligera brisa que soplaba cerca de sus oídos reiteraba cada palabra. Ava percibió cómo el calor mágico elevaba la temperatura de su cuerpo para que pudiera traspasar la línea del espacio y revelar a la persona que el destino le tenía preparada.

Mas no le deparó ningún supuesto novio, marido o amante. Ava se transportó a otra época, que surcó a vista de pájaro.

Al borde de un acantilado, la mujer de su visión invocaba, en lengua desconocida, a alguna criatura sobrenatural utilizando las fuerzas de la naturaleza: el viento soplaba como una noche de tormenta y revolvía sus oscuros cabellos; el mar embravecido golpeaba las rocas; el fuego expulsaba grandes llamaradas y chispeaba en un hoguera que estaba delante de ella, hecha con cantos rodados y otros objetos entre los que se distinguía una muñeca de mandrágora, además de un ramillete de flores. Un cuervo, casi salido de la nada, graznó al alzar el vuelo tras haber recibido algún tipo de orden de la mujer. Era su secuaz.

Ava abrió los ojos desconcertada por esa nueva visión que nada tenía que ver con el propósito del conjuro. Cuando fijó la vista, vio a una mujer al lado del ventanuco, rodeada por una especie de nebulosa oscura que desdibujaba sus rasgos y la confundía con la penumbra de la habitación, puesto que las velas se habían apagado. Su luctuosa aura irradiaba una negatividad que se filtraba por los poros de su piel. Las dos se miraron fijamente.

—Me ves —dijo con una voz profunda salida de ultratumba. Soltó un aterrador alarido y desapareció por la ventana, que se abrió de golpe.

## Capítulo 9

### Un taxi y dos maletas

*Collins Beach, Salem.*

*Esa misma noche.*

En el jardín trasero de las Owens había una cabaña, oculta gracias a los antiquísimos arces que lo cercaban. Maltratada por el paso de los siglos y embebida por el deterioro, la naturaleza pretendía cubrirla con la ayuda de la enredadera que la envolvía con su reverdecido abrazo; el musgo, ennegrecido o amarillento por el calor del sol, enmascaraba las grietas de la techumbre todavía en su sitio, mientras la maleza que crecía salvaje escondía el rosal y las peonías, desfiguraba la *Verbena Officinalis*, el estragón o los beleños. El sitio rezumaba tristeza, mas detrás de esa desidia había una explosión de vida: era el invernadero de las brujas. Se notaba en la algarabía de aromas que lo rodeaban, combinados con las chispeantes partículas de humedad que impregnaban el ambiente. El tiempo estaba cambiando.

Sentada a sus pies en una vieja hamaca de mimbre, bajo la luz de la luna llena, Minna contemplaba el firmamento durante el plenilunio, ya que tras él se produciría un nuevo devenir. Prestaba oídos finos, aun cuando no lo parecía, al inquietante ulular de búho –mensajero entre las criaturas sobrenaturales y las terrenales–, que le informaba con detalle sobre un futuro no muy lejano, motivo por el cual su bravo corazón palpitaba encabritado en el pecho.

—¿Ves, Percy? —le dijo a su gato negro mientras le acariciaba el lomo—. Lo pronosticado hace treinta años se cumple, las señales eran correctas. —Orgullosa, respiró hondo—. Él porta una pesada carga sobre su alma. No me gusta el halo oscuro que pende sobre su cabeza, entraña un gran peligro que solo dejará desolación. —El gato se erizó—. Sshh, tranquilo... Stella, sal de ahí atrás.

Su hija, que lo había escuchado todo, salió de su oscuro escondite y se presentó ante su madre iluminada por la luna.

—El taxi nos espera.

—Muy bien. Percy, infórmame de todo lo acaecido a mi regreso.

Lo besó entre sus puntiagudas orejas al tiempo que el gato le regalaba unos ronroneos. Se levantó, ágil para su edad, y el animal saltó de sus brazos para encaminarse a la cesta en el interior de la casa principal, delante de cuyo frente las esperaba un coche.

Madre e hija caminaban en silencio, una al lado de la otra, con paso lento, también seguro.

—¿Será buena idea que nos marchemos tan pronto? —inquirió con grave inquietud. Agarró a su madre por el codo y la paró. No quería dejar a su hija sola si corría peligro.

—Así debe ser. Es la historia de Ava con el hechizado; deben enfrentarse a ella y arriesgar lo más preciado que se le ha regalado al ser humano: el corazón.

—Entonces, ¿a qué peligro te referías?

—El peligro que conlleva no aprender a amar es a lo que deben enfrentarse los dos. Si nuestra niña no lo consiguiera...

—A-Ava... Mi... hija... —tartamudeó Stella.

—No entra dentro del plan de las Moiras que eso suceda, de momento; si no, se hubiese vaticinado y sabes que no lo he leído. Mas debe andarse con ojo, a ese hombre lo ronda una sombra oscura. —Viendo que su hija se asustaba más, Minna se apresuró a añadir—: Confíemos en mi nieta: es inteligente, de esta

saldrá ilesa. Venga, ahora marchémonos, o el taxista no nos esperará.

Se dirigieron al taxi que las llevaría a un lugar lejos de Salem, de Ava.

No tenían fecha de regreso.

## Capítulo 10

### Doble I: Invitación e insistencia

—¡Abuela! —llamó sin obtener respuesta—. ¡Mamá!

Antes de que el reloj marcara las seis de la mañana, Ava había decidido conducir hasta Collins Beach en busca de respuestas. Debía hablar con su abuela y su madre de lo acontecido la noche anterior. Subió las escaleras que estaban frente a la puerta y que llevaban al piso superior a la carrera. Se adentró en el estrecho pasillo que repartía las habitaciones. Miró en cada una de ellas; todo estaba ordenado, no había nada fuera de su sitio. Ellas, por el contrario, no aparecían. Bajó de nuevo y fue hacia el amplio salón, donde había dos enormes ventanales entre los cuales estaba la gran chimenea, ahora apagada. Próximo a ella, el sofá de pana marrón, de tres plazas, junto a la vieja butaca de piel de su abuela. A ambos lados de la estancia, dos muebles fabricados con madera de cedro, árbol de propiedades mágicas, le daban un aspecto señorial. En el alféizar de una de las ventanas, enroscado en su cesta, encontró a Percy, el gato, que le regaló una mirada sesgada por interrumpirle su plácido sueño.

—Se han ido —dijo Ava con voz queda.

—Miau...

Ava se dejó caer en el sofá. Estaba exhausta después de haber soportado la euforia de Pipper, debido a que Hécate le había profetizado a su futura pareja: Malcolm. Pero a ella... Esa noche no había dormido. Tres dudas fundamentales

giraban en su mente: ¿qué quería ese ser?, ¿con qué intenciones venía?, ¿o había sido solo un efecto del plenilunio? Había esperado que su abuela tuviese alguna respuesta o, por lo menos, que le explicase qué le sucedía, porque estaba segura de que tanto ella como su madre algo sabían. No obstante, ellas tenían otros planes: marcharse sin despedirse.

Lágrimas de frustración comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Con la cabeza echada sobre el respaldo, se tapó los ojos con las manos ocultas en los puños de la chaqueta. Pasado un rato, se las limpió tan fuerte que la lana le raspó la piel y se marchó igual que había llegado. Sin embargo, antes de montarse en el coche, contempló la casa: a escasos metros del mar; construida en madera —parca en cuanto a detalles; pintada en color verde olivo, salvo el porche blanco, que daba la bienvenida—, engañaba cual maga al ojo inexperto del hombre, que no distinguía sus tres alturas rematadas en un tejado que, con la inclinación adecuada, evitaba la acumulación de nieve durante los largos inviernos. Era uno de los más singulares tras el de la Casa de los Siete Tejados, en virtud de sus cuatro gabletes que, vivaces, oteaban los puntos cardinales. Entre ellos se alzaba una gran chimenea con varias salidas de humo, tantas como habitaciones había en su interior.

Llegar a la cafetería supuso mentirle a Pippet, pues en todo ese tiempo no se le había ocurrido hablarle de la mujer de sus visiones, transformada en un fantasma que todo parecía indicar que la conocía y, probablemente, se estaba poniendo en contacto con ella. Para su alegría, su amiga estaba acompañada por Malcolm.

—Hola, ¿dónde estabas? Me tenías preocupada —le preguntó Pippet al verla.

—Fui a casa de mi madre —le comentó colgando la chaqueta en el perchero.

—Me podrías haber dejado una nota...

—Salí muy temprano y no iba a despertarte. Di por hecho que lo imaginarías. —Ava se encogió de hombros—. Hola, Malcolm.

—Hola. —Se giró en el taburete hacia Ava con interés—. Le he dicho a

Pipper que un compañero de departamento ofrece una fiesta de Halloween pasado mañana y me gustaría que vinieseis.

«¿Ir con el borde de tu primo? Ni de coña», razonó.

—Eres muy amable, pero no, gracias, no tengo el cuerpo para fiestas.

Dicho lo cual, sin dar opciones a insistencias inútiles, se internó en la cocina. Era su lugar favorito: allí podía relajarse, recluirse del mundo y estar en soledad. Aquel día lo necesitaba de verdad, pero Pippet pareció no entenderlo.

—¿Por qué rechazaste de esa manera su invitación? Lo dejaste cortado. —El tono molesto que empleó su amiga no agradó a Ava, que apoyó las manos en la mesa de acero. La frialdad del metal le erizó la piel de los brazos.

—Mi madre y mi abuela se han marchado sin despedirse —le explicó de espaldas a ella.

—¡Oh, pitufa! —Se acercó a ella, la tomó del brazo y las dos amigas se abrazaron—. No les daría tiempo, o se olvidarían con las prisas de su viaje al comité.

«Una bruja no actúa sin un motivo. Tampoco se olvida de nada», se expuso a sí misma.

\*\*\*

Malcolm caminaba acelerado por el campus, sorteando a los alumnos que invadían a esa hora el jardín. Los pies le quemaban por llegar junto a Alan y hablar con él a las claras. Sus planes se podían venir abajo por la ansiedad y las preocupaciones que atoraban la mente de Ava, y su cita con Pippet podía desaparecer si esa noche ella rechazaba su invitación. Como si su primo lo hubiese escuchado, lo vio salir por la puerta principal de la facultad, distraído en un pòsit. Lo tocó en el hombro.

—¡Qué susto me has dado! —protestó Alan con el corazón en la boca.

—Lo siento —repuso.

Alan se fijó en lo colorado que estaba, por lo que no perdió la oportunidad de bromear.

—¿Estás bien? Te veo un poco acelerado y para tu edad no es bueno, te puede dar una apoplejía.

—Vete a paseo. —Alan estalló en risas—. Tienes que hablar con Ava.

—¡¿Qué?! —Él se quedó horrorizado por tal petición—. ¿Estás de broma?

—Baja la voz —le dijo entre dientes.

Miró hacia ambos lados y con un movimiento de cabeza le indicó que fueran hacia la sombra de un árbol, donde podrían hablar con un poco de más intimidad. En la hierba todavía permanecían los huecos de los estudiantes que se habían sentado allí.

—Tú no sabes lo que me estás pidiendo, ¿verdad?

—Eres el único...

—Malcolm, no quiere hablar conmigo, no puede verme ni en pintura, me rehúye, me ignora y las pocas palabras que me dirige son insultos...

—No exageres, no te ha insultado —lo corrigió apoyando el hombro en el tronco.

—Suelta palabras malsonantes cada vez que me tiene cerca. —Alan cambió la frase.

—Habla con ella. Hoy las he invitado a la fiesta de Mark y lo ha rechazado. Me temo que Pipper también lo hará. —Chasqueó la lengua.

—Espera a su respuesta —le aconsejó.

—No, quiero que hables con Ava —insistió, cabezón.

—¿Y qué voy a lograr yo? Si a ti te dijo que no, a mí me da una patada en el culo, siendo suave.

—¡Convéncela! —exclamó, nervioso—. Por favor, échame una mano con esto.

Alan resopló.

—Me estás lanzando a la boca del lobo.

—Y yo te doy una nueva oportunidad para que le pidas disculpas. —Agarró

fuerte el cinturón de su mochila—. Vamos, Alan, nos estamos jugando mucho, tenemos que conquistarlas.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. —Negó con la cabeza, aunque reconocía que su primo tenía razón.

—¡Bien! —Apretó el puño en señal de victoria—. Te debo una. —Le dio unas palmadas en la espalda en gesto de agradecimiento. Alan negó con la cabeza—. Esta noche salgo a cenar con Pippet; Ava estará sola a la hora de cerrar la cafetería.

—Lo tenías todo planeado —afirmó Alan, rendido.

—No, todo no, faltaba que tú aceptaras.

\*\*\*

Hacía poco que había anochecido; las calles de Salem estaban desiertas y la única muestra de vida, aparte de algún coche puntual que circulaba, eran las luces de las ventanas de los edificios. La gente estaba resguardada en sus hogares de la helada casi invernal que caía sobre la ciudad, que ya humedecía los adoquines y cubriría todo con un manto blanco. Solo una persona padecía esa inclemencia parada en la acera, frente a la cafetería, y con las manos metidas en los bolsillos: Alan. Ahí estaba él, cogiendo aliento —que creaba una nube de vaho blanco alrededor su rostro cuando lo soltaba—, además de paciencia, para tratar con la mujer a la que tenía que convencer... Mejor dicho, con la que debía intentar hablar; si eso salía bien, lo otro lo conseguiría. Cruzó con determinación la carretera y abrió la puerta. Tuvo que agacharse para poder entrar, ya que la reja estaba bajada hasta la mitad.

—Está cerrado. —Escuchó la voz de Ava desde la cocina, seguida de sus pasos. Él guardó silencio—. Lo sien...

—Hola, soy yo. —Contuvo la respiración. ¡Estaba más guapa que nunca! Llevaba un cómodo chándal cubierto por un mandil y el pelo recogido en una coleta. Dos mechones rebeldes que se habían soltado destacaban sus finas

facciones de piel anacarada, algo coloreada en las mejillas, y hacían brillar el azul de sus ojos, al igual que el rosado de sus labios, del grosor perfecto. Jamás se cansaría de mirarla.

—Te veo —dijo con voz trémula—. Malcolm se fue no hace ni un cuarto de hora...

—No vengo por él —la interrumpió—. Vengo por ti.

Ella abrió los ojos todo lo que dieron. Aquella expresión casi infantil a él le hizo mucha gracia y, si hubiera podido, se habría reído.

—¿Por qué no vienes a la fiesta? —Lo estaba haciendo mal, muy mal.

—Cómo vuelan las noticias —musitó más para ella que para él.

—Responde.

—No me hables en ese tono. Si no, vete. —Le señaló la puerta con el dedo índice.

—Por favor...

—No me apetece ir.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque no; no debo ninguna explicación, y menos a ti.

La reticencia y la negación en las palabras de ella no lo tomaron de sorpresa.

—No te pongas así, es solo una pregunta. —Se frotó las sienes con los dedos—. ¿Por qué no quieres venir? ¿Es porque voy a estar yo?

—No, no es por ti, no seas tan engreído —le espetó ella con los brazos en jarras—. El mundo no gira alrededor de tu ombligo.

—Te estoy hablando de buenas maneras, aunque no eres la primera que me lo dice. —Le sonrió de modo socarrón—. Solo quiero animarte a que vayas, y te doy mi palabra, si es que sirve de algo, de que cuando te quieras marchar te traigo de vuelta.

—Creo que no.

Ella también estaba nerviosa; eso, o la estaba cabreando más. Alan no sabía cómo interpretarlo. Tenía que arriesgarse, debía insistir:

—Si no quisiera que vinieras, no estaría aquí. Ven. Verás cómo se divierten los profesores carcas y extraños de la universidad. Créeme, hasta en eso son especiales. Dignos de estudio.

Si después de eso le decía que no, se daría por vencido. Sin embargo, una leve mueca de sus labios lo hizo no perder la esperanza.

—Está bien, iré, pero no prometo ser la alegría de la fiesta.

—No te preocupes, a mí estas cosas tampoco me van y menos disfrazarme. Ya voy todos los días. —Aquellas palabras eran totalmente ciertas.

—Va a resultar que eres simpático. —Soltó una risilla.

—A veces lo intento, muchas de ellas sin éxito.

Ella captó algo por encima de su hombro y miró hacia la calle.

—Ven hasta la cocina. No quiero que la gente piense que la cafetería está abierta y a alguien se le ocurra entrar.

—La reja está casi baja —repuso él con contundencia, mirando hacia atrás.

—En este pueblo a veces da igual.

Ava giró sobre sus pies, apagó la luz y quedó solo la claridad que salía de la cocina. Alan, con una sonrisa triunfal en los labios, de esas que hacían doler los músculos de la cara, la siguió. ¡Lo había conseguido! En dos zancadas entró en aquella estancia conocida y desconocida al mismo tiempo: su estilosa planta cuadrada albergaba lo antiguo —el beige de los horrendos azulejos que hacían llorar la retina, no comprendía que siguiesen allí impolutos; el blanco del suelo o de las alacenas—, junto con lo moderno —las luces, la encimera de mármol, el conjunto de la mesa de acero y el inmenso rectángulo encima con todos los utensilios colgados, o el horno de grandes dimensiones—. Había mejorado desde la última vez que la vio.

Se quitó el abrigo del mismo modo que arrinconó los recuerdos de aquella época. Tenía que centrarse en el presente, en la mujer que estaba allí, inclinada sobre un bizcocho, pues su conversación no había terminado todavía.

—¿Qué haces? —inquirió con curiosidad situándose al otro lado de la mesa.

—Glaseando este bizcocho, así mañana lo serviremos con los desayunos.

—Tenemos que hablar.

—Tú dirás, te escucho. —Ella seguía a lo suyo, por lo que Alan dudó si era un buen momento.

—Quiero pedirte disculpas, no te merecías que te hablase de aquella manera.

—Sí, fuiste un verdadero maleducado. —Ni tan siquiera levantó la vista del bizcocho—. Si no las acepto, ¿qué pasaría?

—Lo entenderé y no me quedará más remedio que emplear todo mi tiempo en convencerte. Seré el doble de insistente que fui antes.

—Vale, las acepto. —Ahora sí que lo miró a los ojos.

Se sostuvieron la mirada manteniendo un silencio que podría resultar incómodo, pero no lo era. Ava lo estudiaba y él se dejó. Si hubiera sido otra persona, le habría soltado una de sus borderías; no obstante, ella era diferente. Además, debía mantener la buena sintonía, si no, Malcolm lo colgaría de la rama más alta de cualquier árbol. Ava fue quien rompió aquella burbuja que había a su alrededor para retomar el trabajo, lo que él aprovechó para poner voz a lo que guardaba desde hacía días.

—Espero que a partir de ahora me puedas servir un café.

—Si te portas bien, sí.

Alan se envaró. ¡¿Cómo que si se portaba bien?! Él siempre se comportaba bien. Bueno, en ocasiones, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer ante aquella cabezota:

—Yo me portaba correctamente, eras tú quien no me hablaba.

—Yo no te hablaba porque tú me provocabas.

—Yo te provocaba porque tú me insultabas. —Alan cruzó los brazos sobre la chaqueta de su traje gris oscuro, lo que creó una extraña lazada con el chaquetón que colgaba de su brazo. Adquirió una postura más defensiva.

Ava soltó la cuchara dentro de un cuenco y esta chapoteó al hundirse en el almíbar.

—Yo te insultaba porque quería que me dejases en paz.

—Yo te hablaba porque era el único cliente al que ignorabas.

—Tenías lo que te merecías; si no me hubieses hablado así, nada de esto habría pasado.

Jaque mate. Era un león acorralado ante la verdad. No podía protestar.

—*Touché*. —Alan se acercó a ella recorriendo con su dedo índice el borde de la mesa. A ella se le aceleró la respiración, como a él. ¿Sería posible que ella sintiera la misma atracción? No quiso seguir meditándolo—. Debemos volver a empezar. Mi nombre es Alan Payne, encantado.

—Ava Owens.

Alan, sin poder contenerse más, cogió un mechón de su pelo entre dos dedos y se lo colocó detrás de la oreja; luego le regaló una caricia que sería la más excitante de su vida.

## Capítulo 11

### Halloween

«Tomad, os dejo varios vestidos para esta noche. Elegid el que más os guste. Me voy corriendo, que tengo seminario».

Aquella frase de Malcolm resonaba en la cabeza de las chicas, que compartían su estupor, también su recelo, por los seis portatrajes que les había traído y que estaban colocados sobre una de las mesas de la cafetería.

—Esto es tenerlo demasiado preparado, ¿no? —señaló con cautela Ava, con la cabeza ladeada y cruzada de brazos.

—Ya te digo.

—Hay que preguntarles cuánto les costó el alquiler, paso de deber nada a nadie.

—Pues sí.

Extrañada por su escasa comunicación, Ava miró a su amiga que estaba de cuerpo presente, pero cuya mente habitaba una realidad paralela que se llamaba Malcolm Wood. Sus mejillas arreboladas eran una pista inequívoca de ello.

—Reacciona. —Ava le pegó un suave codazo.

—Sí, sí, ya me había comentado algo durante la cena...

—¿Y no me lo dijiste?

—Te lo dije —afirmó perdiendo fuerza.

—No, no lo hiciste.

—¡Qué fuerte! —exclamó Pipper saliendo de su letargo. Miró a Ava con las cejas arqueadas—. Tía, no sé ni lo que digo. Mira que he tenido parejas, vale, no muy duraderas, pero nunca me había pasado algo así, en serio.

Ava no podía criticarla, pues ella estaba en una situación parecida. Desde aquella noche, solo sentía la cálida caricia de Alan en su piel, a veces tan vívida que todavía su cuerpo se estremecía.

—¿Y cuando lleguemos a la cama? ¡Ay, ay, ay! Anhele tanto verlo desnudo que ese día lloraré de la emoción. —Ava rompió a reír—. Sí, tú riéte. Venga, acabemos de preparar las bandejas de dulces para el truco o trato.

Después de terminarlas y de adornar la cafetería con tenebrosas calabazas, arañas colgantes del techo y las mesas llenas de enmarañadas e interminables telarañas, subieron a casa para vestirse con lo que Malcolm les había llevado. Lo que en un principio parecía lo más sencillo del mundo se convirtió en un revoltijo de faldas, enaguas, finas medias de seda hasta el muslo, corpiños y un largo etcétera de complementos del siglo XVIII que se desperdigaban por la habitación de Ava, algo más grande que la de Pipper. Recurrieron a Internet para vestirse; así cada una se puso su camisa blanca de lino, seguida de las medias sujetas por unas finas cintas de color semejante al crema. Todo muy neutro. Hasta que se toparon con el bisabuelo del sujetador, como bautizó Pipper al temido corsé. Cuando Ava lo tuvo puesto, su silueta fue todavía más fina, a lo que añadió:

—A esto se le llama asesinato encubierto, ¿cómo eran capaces de hablar o de moverse las mujeres? Voy a llevar en el bolso un sujetador.

—Coge el mío —le pidió su amiga posando delante del espejo.

Continuaron ayudándose porque ¿cómo una sola mujer iba a ponerse aquella cantidad ingente de ropa?! Imposible. A medida que el reloj corría, iban añadiendo las almohadillas y nuevas capas de ropa; sudaban cada vez más, por lo que decidieron abrir la ventana.

Una vez arregladas, se contemplaron en el espejo en silencio. Fue Pipper quien lo rompió primero.

—Estos trajes deberían venir con advertencias tales como «Primero: cuidado al agacharse, peligro de desprendimiento de pechos; segundo: ¡ojo con los pezones! O se endurecen o desaparecen».

\*\*\*

—¡Guau! ¿De verdad sois vosotras? —Malcolm estaba anonadado—. Estáis... muy guapas, ¿verdad, Alan?

Nada más verse, Alan y Ava perdieron la realidad de vista. ¡Alan estaba muy atractivo! A pesar del color negro del pantalón, la chupa y la casaca, así como también del lazo que llevaba atado al cuello, estaba muy guapo.

Ava vio cómo Malcolm le pegaba a Alan en el costado.

—Sí, estáis... —Carraspeó llevándose el puño a la boca para disimular—. Muy bellas.

—Vosotros estáis distintos —soltó Pipper—, aunque tenéis suerte: no lleváis corsé y eso es un plus. ¿Vamos? —preguntó alternando la mirada entre todos.

—Sí, vamos o no llegaremos. —Alan le cedió el paso a Ava para, cuando la tuvo cerca, susurrarle—: Estás muy guapa esta noche.

—Gracias.

Los otros dos los siguieron entre risas.

Nada más salir a la calle, Ava sintió que el aire era más pesado de lo habitual. Olía a humedad, a un agua de lluvia que todavía no había bañado la tierra; estaba cargado, además, de una extraña electricidad que le erizó el vello. Era la fuerza del trueno, que ralentizaba el aire por encima de las cabezas de las personas que ya llenaban con sus disfraces y sus risas las aceras adoquinadas del pueblo. Aquello nada tenía que ver con la apertura de las puertas que separaban los dos mundos, pues el cielo vibraba de otro modo: se levantaba una brisa que desaparecía en segundos y se volvía a sentir al cerrarse las puertas; más que en el clima se notaba en el tintineo de las estrellas, que parecía más continuo que intermitente; en las variaciones de la

naturaleza que solo brujas y animales sentían. Alzó los ojos al cielo medio oscurecido. Las nubes eran negruzcas; no eran presagio de algo bueno. «El tiempo está cambiando», pensó.

El monovolumen estaba aparcado justo al lado de la cafetería. Las chicas cerraron no sin antes poner un cartel en la puerta que recordaba que al día siguiente no abrirían. Al tiempo, Malcolm les explicó que los invitados, compañeros de departamento, irían disfrazados como los primeros colonos, militares franceses o ingleses, o como la esposa del anfitrión, profesora de literatura inglesa, que iría disfrazada de Poe.

Alan arrancó y, de forma automática, a medida que tomaba el camino para salir hacia la isla de Nahant, Amy Winehouse invadió el compartimento con su *Back to black*.

—¿Amy Winehouse? —inquirió Pipper atónita. Giró la cabeza hacia Ava con la boca abierta señalando en silencio el reproductor de música.

—Sí —afirmó Malcolm—, le gusta a mi primo. ¿A que tiene más pinta del típico aburrido que solo escucha música clásica? Pues no. —Se giró para hablarles a las chicas—. Se deja la vida por Amy.

Ava confirmó lo que ya sospechaba: eran muy diferentes, hasta en eso, pues a ella le gustaba la sonoridad y la mezcla *pop country* de Lady Antebellum.

—Tampoco te pases —protestó él.

—Vale, está bien, le gusta la música clásica, pero no esos besos largos, imparables y centrífugos, en plan lavadora. —Soltó eso último carcajeándose de él.

Ava esperaba que fuese broma. ¡¿A quién no le gustaba besar?! Alzó la vista al espejo retrovisor y se encontró con la mirada grisácea de él, que la observaba al detalle:

—También me gusta The Box. —Alan volvió su atención a la música obligado por la situación.

—Sí, cambia de tema, que te conozco y ¡uf! Es un gran esfuerzo viniendo de ti. Luego descubre algo nuevo y lo escucha hasta la saciedad. Si lo quiero

cabrear un poco, pongo a Mika. —Le pegó unas palmadas en el muslo a su primo—. Aquí donde los veis, es un buen muchacho, aunque no podría ganarse la vida como animador de fiestas. ¡Yo te quiero igual!

—Tampoco aguanto a los Scissors Sisters... —añadió Alan.

—¡A mí encantan! —lo interrumpió Pipper con ilusión.

La charla le llegaba muy lejana a Ava, que había desconectado hacía unos segundos, ya que por el rabillo del ojo había percibido una especie de *flash*. Al mirar por la ventanilla, vio cómo un enorme rayo iluminaba el cielo encapotado de nubes negras. De repente, una fuerte ráfaga de viento impactó contra el coche y lo desestabilizó un poco.

—Qué rápido ha cambiado el tiempo —susurró Alan.

—Chicos, damos vuelta —propuso Pipper, que se agarró a la mano de Ava.

—Tranquila, lo más seguro es que no llueva cuando llegemos. —El optimismo de Malcolm no alivió los ánimos.

Un increíble manto de agua cubrió el coche; la carretera que cruzaba el mar desprendía el calor que había acumulado los días anteriores y originaba una bruma que dificultaba la visión, con el añadido de que las olas de un mar embravecido llegaban, a veces, al asfalto.

—Alan, con cuidado —le dijo su primo.

El chirrido de las ruedas fue el preludio de lo que en milésimas de segundo acontecería: otra ráfaga de viento, mucho más virulenta, azotó el coche, y una ola que recubrió la calzada provocó que el conductor no pudiera evitar que el vehículo hiciese *aquaplanning* y se precipitara así al mar. Nadie podía competir con las fuerzas de la naturaleza cuando sus planes estaban marcados por el destino.

Exactamente en ese instante, las campanadas del reloj de la ciudad marcaron la medianoche.

Fecha importante desde los albores de la humanidad y fuera del calendario mágico, el antiguo Samhain marcaba el final del verano. Se abrían de modo sorprendente las puertas que separaban el mundo de los hombres del

sobrenatural; por ello, sucesos inexplicables e increíbles afectaban directamente a las personas: se permitía el paso de los difuntos, que regresaban unas horas a sus hogares; las hadas realizaban sus bellas procesiones para capturar algún hermoso varón, que haría las delicias al regresar a su orbe mágica, o liberaban a aquellos retenidos otrora. En ese mismo instante, en el que cualquiera podía experimentar aventuras maravillosas y extraordinarias, al resonar la última campanada, un rayo impactó en la parte trasera del coche, que no se había hundido, y lo envolvió con su electricidad. La voz de Amy se apagó en una inmensidad abierta, en la que los límites de lo natural y lo mágico se diluyeron invisibles a los ojos de los comunes mortales.

Los gritos de horror fueron el fatal epílogo de una historia... ¿inacabada?

## Capítulo 12

### Viajeros del tiempo

*Ciudad de Salem, Massachussets, 1792.*

Un bulto blanco se hundía en la profundidad del océano.

Como una estrella fugaz se movía en la inmensa oscuridad que la rodeaba, siendo la única criatura que destacaba en las aguas. La naturaleza marina, impávida, observaba su algodónoso descenso, inducido por el peso de sus ropas. Tenía apariencia de un ángel caído.

En la superficie, un hombre buscaba con desespero a su compañera perdida. Buceaba y salía a la superficie para coger más aire. Estaba muy nervioso; en su mente bullían ideas descabelladas, pensamientos abyectos que alejaba con todas sus fuerzas, pues de noche, sin iluminación, su visión era nula. En un acto desesperado, se sumergió de nuevo, esa vez dejándose caer, con los brazos extendidos. Nada. No sentía nada parecido a un cuerpo humano, hasta que las puntas de sus dedos, casi dormidas por la frialdad del mar, rozaron lo que parecían telas. En un impulso las agarró con fuerza y tiró hacia él.

Se impelió a la superficie con su compañera en brazos.

—Ava. —Pronunció su nombre con voz ahogada.

Nadó hasta la orilla, donde la puso sobre la arena.

—¡Ava! —Comenzó a golpearle las mejillas para que reaccionase.

La falta de respuesta hizo que aplicase lo aprendido en las clases de

primeros auxilios. No cesó la reanimación hasta que ella se incorporó y escupió toda el agua que había tragado en su hundimiento.

—Vamos, echa todo —le pidió respirando más tranquilo.

—¡Alan, Ava! —La voz de Malcolm sonó desde algún punto cercano a ellos, pero no lo vieron hasta que estuvo a su lado—. ¿Estáis bien?

—¡Oh, Ava! —Una Pipper temblorosa y sollozante se abrazó a su amiga.

Ella no pudo responder. Su garganta agarrotada se lo impedía, al igual que el hueco en el pecho; era tal el vacío entre ambos que notaba cómo el aire le entraba en el cuerpo y el frío la calaba hasta los huesos y le hacía castañetear los dientes.

—Ahora, sí —suspiró Alan—. Tenemos que pedir ayuda...

—No hay luz —advirtió, irónico, Malcolm.

—A lo mejor el rayo dejó a la ciudad sin suministro...

—¿Y los generadores? —lo interrumpió su primo.

—Pudo afectar a toda la red, pero no nos podemos quedar en la playa —aseveró levantándose—. Ava, ¿podrás caminar?

Las chicas, que todavía se sostenían la una a la otra, rompieron el abrazo.

—Sí —respondió con voz enronquecida. No se reconoció en ella.

Tomando como apoyo la mano que Alan le ofrecía, se puso en pie. Nada más hacerlo, sintió las extremidades flojas debido al pesado vestido. Se obligó a sí misma a dar varios pasos en aquella oscuridad que no tenía final; lo cubría todo con ese silencio atronador que solo permitía colarse al suave vaivén de las olas. Poco después, su entumecido cuerpo acabó por resentirse, de modo que, si no hubiera sido por los reflejos de Alan, habría caído de rodillas al suelo.

—Ey, tranquila —le susurró al oído cuando soltó un pequeño quejido—. Yo te cojo.

Ava se sujetó a su cuello al verse alzada.

—No, Ala...

—Puedo con los dos. —Inclinó el rostro sobre ella en un amago de caricia.

Ava descansó la cabeza en su hombro. Ya nada podía hacer, solo dejarse llevar y confiar en que Alan atravesase toda aquella espesa negrura. Cerró los ojos, así el resto de sus sentidos cobraban protagonismo: bajo su ropa, pegada a su piel, percibía la dureza y fortaleza de su cuerpo; con cada nueva pisada sus músculos se tensaban. Parecían hechos de acero. Recordó la noche del desmayo: «Esta vez soy consciente de él». Quiso sonreír, pero el cansancio no se lo permitió. Desde esa posición, su olfato captaba un perfume vibrante con notas a albahaca, verbena y toques a madera de cedro, tres componentes que tenían una connotación y usos mágicos frecuentes en los temas relacionados con el amor. Era tan intenso que la hacía sentirse segura y le adormecía los sentidos, solo captaba las pisadas del resto, primero sobre la arena y, luego, sobre la hierba, seguidas de los ruidos de un bosque, cuyos árboles parecían hablar entre ellos a su paso, pues los crujidos de sus ramas y troncos se revelaban como tales.

—Alan, aquí, mira —avisó Malcolm—. Pipper, pasaremos aquí la noche.

—No puedo dar un paso más —anunció ella con voz queda.

—Lo sé, lo sé.

—Está abandonada —oyó decir a Alan.

De pronto, el chirrido de una puerta le indicó a Ava que habían llegado a una casa. Cuando la puso sobre algo mullido, su cuerpo no lo resistió más y se desmayó.

\*\*\*

Alan estaba sentado en las escaleras del pequeño porche que tenía la cabaña en la que se habían guarecido. Agotado, rememoraba todo tras el desfallecimiento de Ava: Malcolm había encendido las tres chimeneas de la casa gracias a su maña en técnicas de supervivencia; de seguido, entre los dos localizaron todas las velas que había esparcidas por allí y que, una vez encendidas, les permitieron buscar ropa seca, mientras Pipper se quedaba al

cuidado de Ava. Gracias a su ayuda, pudo desnudarla y mudarle la larga camisa. Luego, la envolvieron en dos capas de lana que había colgadas en el respaldo de una silla. Por si eso no era suficiente, la tapó con una manta sin dejar de estrecharla entre sus brazos, antes de cambiarse, para que el calor de su cuerpo ayudase a elevarle la temperatura. Cuando notó que había mejorado, que incluso su respiración ya era más normal, la metió en el camastro.

Él no se tumbó.

No podía.

No podía estar más tiempo pegado a ella.

Debía calmarse y controlar el deseo. Como le había sucedido aquella primera vez, y todas las siguientes que la tuvo cerca, el contacto con su cuerpo le produjo una enorme erección que, al sentarse, tuvo que acomodar en el interior de su pantalón, ya que no llevaba ropa interior. Tenerla junto a él y saberse su fuente de seguridad lo excitó, y en sus pensamientos no paraba de sobrevolar la idea de darle calor con su cuerpo mientras ella lo recibía en su interior. Era un modo como otro cualquiera, si no fuera porque no hacía tanto que ella ni le hablaba, y que el ímpuls que había logrado con aquella conversación estaba por ver cuánto duraba.

Bufó frustrado. Vio el vaho salir de su boca en una nube que atravesó el ambiente de ese inhóspito lugar donde no había vestigios de civilización. No era tonto, había vivido lo suficiente para darse cuenta de la falta de vehículos motorizados, de asfalto, de red eléctrica, que eran fundamentales desde que habían sido descubiertos. «¿Qué ha pasado?», esa era la pregunta que le asaltaba la mente si se paraba a meditar la situación. Solo estaba seguro de que al despuntar el alba saldría de dudas, pues a saber adónde los había arrastrado la corriente tras el accidente.

Un ruido a su espalda lo puso en alerta.

—Soy yo —habló Malcolm en baja—. Pimper se ha quedado dormida.

Alan guardó silencio. Se inclinó hacia un lado para recoger una ramita del suelo. La deshojó hasta dejarla desnuda.

—¿Sabes dónde estamos? —Se apostó al lado de su primo, apoyando el hombro en la columna de madera que sostenía el tejadillo del porche.

—No sé a lo que te refieres...

—¿Me quieres hacer creer que no conoces este sitio, esta casa? —lo interrumpió, molesto con la evasiva.

—Hemos tenido un accidente y estamos desorientados —dijo entre dientes.

Malcolm saltó los tres escalones que lo separaban de la tierra y con movimientos felinos lo encaró. La rama se partió en las manos de Alan por la presión de su agarre. El chasquido rompió la quietud en derredor.

—¡Estamos en casa! —exclamó con tono hostil.

—¡Es imposible! —Atacó de nuevo—. ¡¿Cómo?! —Lanzó los trozos y dio una patada al aire.

—Baja la voz, que están durmiendo —le recriminó Malcolm frotándose la cara. Su primo no entraba en razón—. No tengo explicación alguna, ¿es lo que quieres oír? Te lo diré claramente: ve pensando en cómo decirles a esas chicas que están en el siglo XVIII.

## Capítulo 13

### Estamos... ¿muertos?

—Ava. —Oyó de lejos la voz de Pipper—. Ava, despierta... —La movió.

—¿Qué?, ¿qué pasa? —Se sobresaltó.

—Tengo miedo —susurró sin soltarla.

Ava abrió la boca para hablar, pero Pipper no se lo permitió:

—No estamos en casa.

Nerviosa por aquellas palabras, Ava se levantó deprisa. Al poner los pies en el frío suelo de madera, tuvo que pararse un momento. La cabeza le daba vueltas. Una vez repuesta, salió de la habitación y cruzó el pequeño pasillo donde había otra, supuso que la de Pipper. Llegó a un gran espacio iluminado por dos ventanas de tamaño medio a ambos lados de la puerta, con las contraventanas de madera un poco plegadas. Una mesa cuadrada y sus cuatro sillas ocupaban el espacio central, asimismo, una gran chimenea dominaba la estancia; próxima a ella había una mecedora. Justo detrás, un mueble bastante grande ocupaba la pared. A su izquierda había una pequeña puerta. Caminó hacia ella y vio una cocina muy antigua.

Se giró hacia su amiga consternada, pues no le había mentido.

Se permitió hacer memoria: la noche anterior iban a una fiesta de Halloween, no obstante, el ambiente había cambiado mucho, quizás había provocado aquella tormenta que... ¡los había precipitado al mar!

—¿Dónde estamos? —musitó Ava—. ¿Y ellos?

—No lo sé, cuando me levanté no había...

—Recuerdo que estaban con nosotras —la interrumpió, nerviosa.

—Sí. Tengo miedo. —Pipper estaba cediendo al pánico.

Ava miró de nuevo a su alrededor. Sintió su cuerpo dolorido, renqueante; echó mano a la pared para tener una sujeción, ya que las fuerzas amenazaban con abandonarla. La boca se le secó a causa de los nervios y, debido a la impotencia, las lágrimas asomaron a sus ojos. No era una chica de emoción fácil, esa era Pipper, pero una mezcla de sentimientos y situaciones la sobrepasaba.

Movida por un impulso, aferrándose a una esperanza que apenas tenía, salió. Una bocanada de aire frío le erizó la piel, le congeló sus pies descalzos. Fue tal la patada de realidad que la respiración se le cortó. Bajó los tres escalones del porche sin importarle estar descalza; corrió en dirección al camino que había tras la pequeña valla. Al traspasarla, su cuerpo, hasta ese momento casi insensible a cualquier estímulo salvo al frío, se volvió, en cuestión de segundos, hiperestésico. Era como si una fuerza desconocida rodease la casa y ella no hubiese sido consciente hasta ese preciso momento. De repente, su conexión con la naturaleza se incrementó, sus sentidos fueron más sensibles al graznido del cuervo; a la brisa que procedía de aquel lugar donde el mar acariciaba tierno el encapotado cielo, su sempiterno amante, y que arrastraba aromas impropios del siglo XXI: sí, olía a mar, pero también a humo. No al de un incendio o al del tubo de escape de miles de coches, sino al de las chimeneas, cuyo ambiente creaba una cúpula invisible que los rodeaba. Su vista, desde el extremo de aquel terroso sendero, alcanzaba a ver una aldea que no le era familiar. Una mano tiró de su brazo derecho. Se volvió hacia su amiga, que estaba lívida.

—Ya sé lo que nos has pasado: hemos muerto en el accidente...

—No —sentenció Ava.

—Por eso estamos aquí —la quiso convencer—. Esto no es real.

—¡No es cierto! —le gritó soltando toda la adrenalina del cuerpo, con lo

que la asustó más.

—¿Cómo sabes que no estamos muertas? No puedes tener la certeza...

—Porque no sentiríamos nada, ni el frío ni las piedras que pisamos —la interrumpió enfadada.

Ava oteó una vez más aquel vestigio de humanidad antes de correr, víctima del pánico inoculado por medio del alma convulsa de Pipper. Quería cerciorarse de algún modo de que estaban en lugar seguro sin importarle las piedras que se clavaban en las plantas de sus pies como agujas afiladas. La camisa, que se le pegaba al cuerpo, la transformaba en una fantasmagórica aparición en las sombras del bosque. Corrió procurando ver entre los árboles aquel lugar que quedaba bajo sus pies. Iba tan empeñada en sus observaciones que tropezó con alguien. Frente a ella estaba Alan, que la sostenía por los hombros. Su rostro estaba descompuesto por la preocupación; las líneas de expresión que le rodeaban la boca eran más profundas.

—¡Pipper! —Oyó a Malcolm.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado con nosotros? —los ametralló Pipper, llorando—. Estamos muertos, ¿verdad? Perekimos en el accidente.

—Volvamos a la casa —propuso Alan con voz átona.

El camino de vuelta lo hicieron en silencio, solo roto por los constantes lloros de Pipper que, poco a poco, fueron calando hondo en Ava. A veces debía limpiarse las esquinas de los ojos. Ya en la casa, se acomodaron en las sillas.

—¿De dónde venís? —inquirió Ava frotándose los pies uno contra otro.

—Decidimos salir a echar un vistazo —explicó Alan— a ver si encontrábamos a alguien que nos ayude.

—En lugar de eso, nos llevamos un susto de muerte al descubrir a gente en carros tirados por caballos —concluyó Malcolm—. Hemos...

—Nos habéis raptado... —Pipper empezó a lloriquear.

Malcolm acudió a su lado y la abrazó. Ella se dejó escondiendo la cara en su hombro.

—No —susurró con cariño.

—Sí, di la verdad, lo habéis hecho —hipó lacrimosa. Malcolm iba a apartarse, pero ella no se lo permitió—. No, no me sueltes.

—A ver, ¿no te das cuenta de que si quisiéramos raptaros hemos tenido muchísimas oportunidades antes de Halloween? —analizó.

Malcolm, impotente ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, miró a Ava suplicando auxilio. Ella se levantó y le acarició la espalda a su amiga.

—Oh, Ava —volvió a suspirar Pipper, ciñéndose a ella.

—Yo tengo una teoría algo descabellada, pero, después de devanarme los sesos y de discutirlo con él, es lo único que se me ocurre —dijo con cautela Alan.

A Ava le asombró el cuidado con el que intervino.

—Alan, ¿qué es? —insistió.

—Creo que hemos viajado en el tiempo —confesó al fin—. Si eso es posible —musitó.

—¿Qué?! —exclamó Pipper, separándose de ella.

El corazón de Ava perdió varios latidos mientras su mente viajaba años atrás, a una tarde en la que, revisando el grimorio de las Owens, encontró una entrada referente a ese tipo de sucesos, que muy pocas personas vivían de manera natural. Le había parecido tan increíblemente fantasioso que había pasado aquellas páginas. Pronto, ella misma, a medida que barruntaba más y más, se vio dividida, aunque su mitad bruja, a la que quizás debería aferrarse para no decaer, le recordaba que «en las poderosas noches de los solsticios y de Halloween, cualquier suceso es posible porque los límites que separan lo natural de lo mágico desaparecen». La voz de su abuela sonó en alguna parte oscura de su cabeza con esa frase que siempre repetía.

Durante unos segundos cerró los ojos, angustiada: no tenía intención de decirles que era bruja. Pero todo había cambiado. ¿Cómo podría mantener a salvo aquella parte de su vida? Al abrirlos, no le pasó desapercibido el rollo

de papel que Alan tenía en una de sus manos y que estrujaba con fuerza.

—Sé que esto no sirve de prueba, que cualquier coleccionista o *friki* puede tenerlo en casa. Lo que no es normal es encontrarlo en el suelo, pisoteado. —  
Extendió encima de la mesa el papel.

Ava, presta, lo cogió. Se trataba de *Salem Gazette*, antiguo periódico que se publicaba en la ciudad en el siglo XVIII. Pipper se separó de ella y quiso ojearlo.

—Aquí no hay ningún *friki* —protestó Alan más cabreado.

—Yo veo dos —los acusó ella.

—Es original —afirmó Malcolm sin moverse.

—¡Esto no dice nada! —acusó Pipper, alterada.

—Pipper, déjalo hablar... —Ava la intentó calmar.

—Sé que es original porque he revisado varios números en el archivo de la Universidad Estatal de Salem al recabar información sobre unos antepasados que vivieron aquí aproximadamente por estas fechas —les esclareció y despertó el interés de las chicas—. Trabajar este año en Salem nos daba la oportunidad de continuar investigando el árbol genealógico de nuestra familia. No sabemos nada de ellos, de ahí que sepa reconocer bien la *Gazette*, porque investigaba las noticias y sucesos que hay registrados por si me acercaban a ellos.

—Mirad, no sé lo que nos ha pasado, ¿vale? —Alan empezó su defensa con las aletas de la nariz dilatadas, el perfil severo remarcado por la mandíbula apretada; sus iris grisáceos estaban oscurecidos como un día de tormenta—. Lo que he visto es que no estamos en el siglo XXI. Si no nos creéis, vayamos al pueblo —finalizó la conversación.

—¡¿Ahora?! —El enfado de Pipper dio paso otra vez al miedo.

Ava se acercó a ella en silencio.

—¿A qué viene este cambio repentino? —inquirió Malcolm, estupefacto.

—¿Quieres que te sigan llamando mentiroso a la cara? —Su primó negó con la cabeza. Alan las miró—. A vestiros ya.

Su reacción sorprendió a Ava.

\*\*\*

Ava ayudó a Pippet a vestirse después de rebuscar entre las habitaciones ropa seca, ya que sus trajes todavía estaban húmedos. El atuendo se complicó un poco: por encima de la camisa que ya tenían, tuvieron que ponerse un corsé de dos cuerpos que se ataba por delante y por detrás, además de aprovechar la humedecida almohadilla de color indefinido, la enagua y, sobre ella, una falda de color marrón sin abertura delantera, a juego con el corpiño.

Estaban sentadas en el borde de la cama de Pippet. La habitación era igual que la de Ava y su decoración, más sencilla: una cama, un palanganero con espejo y un pequeño mueble con ropajes de cama y vestimentas. La única ventana daba a la parte trasera de la cabaña. El silencio en el que estaban sumidas solo era roto por los lloros incesantes de su amiga.

—En serio, un viaje en el tiempo, ¿es eso posible o nos están tomando el pelo? —inquirió con voz temblorosa.

—Puede ser. —Ava giró el rostro hacia su amiga—. Mi abuela me comentó alguna historia y, la verdad, nunca me dijo que fuese posible, pero sé que varias páginas del grimorio familiar tratan este tema. Hace años que lo leí...

—¿Y qué decía? —la interrumpió sentándose de cara a ella.

—Recuerdo poco. —Ava, durante unos segundos, hizo memoria—. Creo que en determinadas épocas del año pueden suceder estas cosas... También había un hechizo, no sé cuál —se defendió—. Halloween es una de esas fechas, por eso no les llevé la contraria a Malcolm y Alan. Ya me conoces, soy muy desconfiada; sin embargo, en sus ojos vi sinceridad. Estaban muy alarmados y no sabían cómo decírnoslo.

—Entiéndeme, quería una explicación. —Bajó la vista avergonzada—. Me pasé, lo sé.

—No.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque estabas nerviosa, todos lo estábamos, y seguimos estándolo—  
razonó, aunque ella estaba más bien preocupada.

Pipper volvió a mirarla. Era la única persona, junto con Minna y Stella, a la que no le podía ocultar nada.

—Tengo miedo...

—Y yo. —Ava se acomodó a su lado.

—No, Ava, miedo a todo. —Alzó los brazos—. Esta casa no es nuestra, ¿dónde están sus dueños? ¿Qué pasará cuando regresen? Nada de esto es nuestro. ¡Estamos cometiendo un delito! —La angustia le estranguló la voz.

—Ojalá tuviese todas esas respuestas —deseó derrotada.

—¿En dónde estamos? —Tras formular esa pregunta, sus ojos se vidriaron una vez más.

—Eso lo sé: 1792 —le aclaró—. Uno de noviembre; vi el día en la *Gazette*.

—¡Buf! Ir al pueblo... —Ava se calló, no quería atemorizar a su amiga con sus propias dudas—. ¿Sabes cómo regresar a casa?

Negó con la cabeza, apenada. El vacío que le produjo ver el miedo y la tristeza en los ojos de su amiga, reflejo del suyo propio, la desoló y le provocó un nudo en la garganta.

—¿Entonces?

—Si hemos viajado a este tiempo por alguna razón, debería haber otra que nos devuelva al siglo XXI.

—¿Tienes alguna idea? Tú eres la bruja...

—¡Shsss! —Puso un dedo en sus labios para que guardase silencio. De inmediato miró hacia la puerta entreabierta. No había nadie, ellos estaban cortando leña—. No digas esa palabra, no deben enterarse. Prométemelo, por favor, Pipper. Me puede acarrear la muerte en esta época.

Eso era lo que más le preocupaba a Ava en esos momentos. Debía ser su secreto, sobre todo, con respecto a Alan. No, no quería que se enterase.

—Te lo prometo —le dijo sin amilanamiento.

Lo sellaron con un abrazo.

## Capítulo 14

### Un nuevo lugar, una nueva vida

Ava salió de la cabaña seguida por los pasos de Pipper. Caminó con cuidado por el diminuto sendero que conducía a la valla que separaba la linde de la propiedad del camino.

Miró su nuevo hogar. Era igual de pequeña por dentro que por fuera. De una sola planta, se elevaba del suelo sobre una plataforma de piedra que la protegía de la humedad de la tierra. Su aspecto robusto, además de humilde, se debía a que estaba construida literalmente por troncos enteros nada trabajados, separados por una capa de musgo, o eso parecía a aquella distancia. El tejado, de pendientes pronunciadas, estaba revestido con placas de piedra negra, distinto sin duda al caparazón formado por las grandes vigas de madera que había en el techo interior. El porche tampoco era una maravilla: dos columnas sustentaban parte de la techumbre y dividían en dos tramos bien diferenciados el pasamanos. Su tosquedad se tornaba en calidez, incluso en belleza, si se comparaba con su entorno, ya que el pequeño jardín delantero crecía salvaje. Las hierbas se enredaban, cuan altas eran, en los arbustos, y los engullían a pesar de ser supervivientes del frío clima. El terreno a ambos lados, y por extensión el jardín trasero, era una verdadera maleza en la que no se distinguía las malas hierbas de las buenas, aunque se podía apreciar que un día la mano del hombre había trabajado aquella parcela.

En general, la abulia que embebía la casa desfiguraba lo que había sido

otrora: el bonito hogar de una familia que, por algún motivo, se marchó. La melancolía que desprendía se intensificaba por los enormes árboles —algunos perennes, la gran mayoría caducos— que la rodeaban y acentuaban su dejadez, su abandono, y le concedían un aspecto más sombrío.

«¿Quién te abandonó de esta manera?», le preguntó Ava, empatizando con su languidez.

—Antes de ponernos en marcha debemos solucionar un punto que a mi querido primo se le ha olvidado —anunció Malcolm, soplando en sus manos para calentarlas.

—¿Cuál? —La acritud de Alan era palpable a pesar de su resignación.

—Si estamos en la Edad Moderna, los hombres y mujeres decentes no se iban a vivir juntos si no estaban casados o los unía un parentesco. Parece mentira que te olvidases de este pormenor. Ahora mi pregunta es ¿cómo nos presentamos ante la gente?

A ninguno se le había pasado por la cabeza. Era una realidad más de esa época. Todo era un disparate. Ava bajó la cabeza para esconder las ganas de pegar un chillido y salir corriendo de allí para que todo el mundo la dejase en paz. Pero no podía.

—Tú mismo te has respondido —le dijo Pipper, vencida por el curso de los acontecimientos—. Matrimonio: tú y yo, que somos pareja, solucionado. Y vosotros igual. —Los señaló.

—Es lo más fácil. —Malcolm se acercó a su mujer para comenzar aquel ardid.

El segundo nuevo matrimonio feliz se esquivaba: Alan se cubría la cara con las manos y negaba con la cabeza en silencio. Ava no pudo reprimir una expresión de sorpresa:

—¿Matrimonio?

—Sí, tiene razón —reconoció Alan—. Es la manera en la que te puedo proteger. Este sitio es impredecible.

Solventado aquel cabo suelto, Malcolm y Pipper comenzaron la marcha.

Alan se situó a su lado y en silencio le ofreció su brazo, un gesto demasiado galante para él. Ava no lo rechazó. Sus zapatitos de tacón dificultaban el andar por aquel ancho camino que era una perfecta pista de patinaje, cubierto por las humedecidas hojas caídas de los árboles que lo rodeaban, que lo convertían en una alfombra marrón monocromática, aunque, si se fijaban, había alguna rojiza o anaranjada, las que menos, tapaban también las piedras que le dañaban las plantas de los pies. ¡Cómo añoraba sus tenis! Tampoco era que la iluminación ayudase a que la naturaleza brillase: el cielo plomizo, cubierto por nubes color gris que impedían el paso de los rayos del sol, amenazaba con llover y convertir los caminos de tierra en barrizales.

Ava, con las orejas congeladas y la punta de la nariz roja, se colocó la capa sobre la cabeza con la mano libre y se arrebujó en ella hasta los ojos, mientras contemplaba el paisaje. Al tomar una curva, el frondoso bosque desapareció. Ante su vista y bajo sus pies se extendía la supuesta ciudad de Salem. Desde aquella altura las techumbres que salpicaban el horizonte urbano originaban una especie de cúpula por el humo que expulsaban todas las chimeneas que se afanaban en mantener calientes las casas. Además, se podía deducir el entramado de calles que daban forma al plano de la ciudad, y que en siglos posteriores iría variando hasta llegar al que ella conocía tan bien. Tampoco había que olvidarse de su extensión, pues ciudades como Danvers estaban incluidas en el extenso mapa que abarcaba Salem en el pasado. Exactamente, esa ciudad pasaría a la historia como el pueblo de Salem, la zona rural, de crecimiento lento en comparación con la que se abría ante ella, cuyas calles desembocaban en el mismo sitio: el puerto, vía de comunicación, de entrada de mercancías, más importante y el sitio perfecto para el florecimiento de la burguesía. En más de una ocasión había leído que la rivalidad entre la zona portuaria y la agrícola fue la causante, en realidad, del estallido de la caza de brujas que, en el siglo XXI, continuaba siendo foco de interés para historiadores y turistas.

Si aún le quedaban dudas sobre la posibilidad de un viaje en el tiempo, allí,

en el mismo instante en que pisó la calzada, lo comprobó por sí misma, dado que aquella no era la ciudad de sus recuerdos. El *shock* de estar ahí, de pie en una escena que parecía sacada de un libro de Historia, provocó que temblase y el corazón se le aceleró por los sonidos de los carruajes y de los hombres a caballo. El gentío acelerado los impelía hacia una calle a rebosar de puestos de frutas, carnes, pescados y otras viandas expuestas. Para su asombro y desgracia, la *Gazette* era original. Una nueva realidad se abría ante ella. Lo imposible era verosímil. Ya tenía una razón para guardar su secreto. «Yo he visto este lugar antes», se admitió a sí misma. Ese *déjà vu* la arrojó a un estado de sobrecogimiento y abstracción. Lo miraba todo en un intento de reconocimiento. Comenzó a buscar en los recónditos escondrijos de su memoria, pues estaba segura de su afirmación: así fue como una idea le pasó por la mente. Fue fugaz, no obstante, dejó un rastro que la motivó a surcar otros derroteros en los que hasta entonces no había caído: ¿tendría que ver con aquellos sueños? ¿Estaba allí por aquella mujer a la que había visto? Se quedó quieta por unos minutos sopesándolo. Podía ser descabellado, pero tampoco hacía tantos días que había sido el plenilunio, y ya sabía cómo ese fenómeno afectaba a las fuerzas astrales.

Absorta en sus elucubraciones, no se percató del leve hedor que se colaba por la lana que le tapaba la nariz. Tampoco se podría haber fijado en cómo la mezcla de serrín y tierra se levantaba a cada uno de sus pasos y manchaba la punta de sus zapatos o el bajo de su vestido. Ni cuenta se había dado de la expectación que levantaba entre los convecinos de aquella ciudad. Las miradas de curiosidad que se posaban en ellos despertaban a la vez susurros quedos, comentarios en voz baja entre la gente que se iban encontrando, gestos con la cabeza, los dedos o exclamaciones que iban haciendo partícipes a más y más personas. Ava no se había dado cuenta de que muchos de ellos les iban abriendo un pequeño pasillo para observarlos mejor. Ella iba tan distraída que se había soltado de Alan y se había parado en un puesto. En pequeñas estanterías de madera en forma de escalones, se depositaban ramitas de

hierbas mágicas, aceites u hojitas trituradas, como hacía su abuela, para las infusiones. Seguro que ella disfrutaría de aquel puesto...

—Tome, un obsequio. —La mujer le extendió una bolsita de lino. Sus vivaces ojos azules podían mirar más allá sin proponérselo, y su boca de labios finos pronosticaría el futuro de cualquiera. Era una versión más joven de su abuela. Ava tuvo que controlarse para no abrazarla. La mujer se acercó más a ella para que oídos indiscretos no la escuchasen—. Enebro de las tierras altas, la protegerá... —Miró a Ava con atención—. Barrunto que no debo explicarle su utilización porque ya lo conoce.

Asintió en su dirección. Su abuela las cuidaba en el jardín trasero de Collins Beach.

—Le proporcionará ayuda en lo que está buscando, guárdela siempre consigo. —La mujer le apretó las manos antes de soltárselas—. Todos los días estoy aquí.

—Vamos, Ava. —Alan tiró de ella.

—Gracias.

La mujer asintió al tiempo que ella se adentraba en el gentío del mercado.

Sujetó con fuerza aquella bolsita para no perderla. Sus pies iban a trompicones debido a las grandes zancadas de Alan. Entre roces y empujones, la capa se le descolocó; de esa manera, el aire, cargado de aromas a excrementos de animales entremezclados con suciedad corporal, cárnicos y pescado golpeó los sentidos de Ava. Se tapó la boca con la mano en la que sostenía la bolsita, pero ni así se deshizo del mal olor.

Una mano pequeña y de finos dedos se colocó sobre su hombro. Era Pipper, que caminaba justo detrás de ella.

—¿Te has fijado en cómo nos mira esta gente? —inquirió intranquila.

Asombrada, comprobó que su amiga estaba en lo cierto: la gente se paraba en torno a ellos; la sorpresa inicial que se dibujaba en sus rostros daba paso a una desconfianza latente y sedienta de errores, aquellos que podrían cometer inconscientemente y levantarían falsas sospechas o más comentarios que los

convertirían en los protagonistas de la semana. Lo eran. Los escrutaban buscando las diferencias por las cuales señalarlos. Ni siquiera disimulaban los cuchicheos a medida que avanzaban entre ellos, tales como: «han llegado», «¿quiénes son esas dos mujeres?», «¿es que se ha vuelto a casar?». Sin embargo, el silencio de algunas personas era más incómodo que las preguntas a las que no podía dar respuesta. La actitud acusadora fue cargando la atmósfera de la ciudad, llenando cada esquina, cada espacio vacío entre aquellos que no tenían otra cosa mejor a la que dedicarse, hasta convertirla en una sombra que se reflejaba en sus rostros y que daba muestras de que lo sucedido a finales del siglo anterior pesaba sobre todos ellos y que cualquier desconocido podía encender la chispa de nuevo.

De repente, Ava sintió un gran peso sobre sus hombros que la empequeñecía, pues no le gustaba ser el centro de atención, siempre procuraba pasar desapercibida.

—Alan, Malcolm. —La voz contenida de una mujer hizo que los cuatro se girasen sobre sus pies—. ¡Oh, Dios mío! Qué alegría, habéis vuelto.

## Capítulo 15

### Deben de ser parecidos razonables

Ava sintió bajo su mano cómo el cuerpo de Alan se tensaba. Ni se acordaba de que iba cogida de su brazo, ensimismada en aquella gente que la hacía sentirse una extraña hasta consigo misma. Allí parada, fue consciente de que temblaba como una hoja a punto de precipitarse al suelo; los nervios le agarrotaban tan fuerte el cuerpo que notó pinchazos en los costados y su respiración se volvió agitada, al contrario de la de él, que se había congelado.

Se fijó en la mujer que se había acercado a ellos a paso apurado. Era de estatura más bien pequeña y de cuerpo algo orondo. Los observaba entre la admiración y la alegría, que suavizaba las profundas arrugas que atravesaban su blanca piel. La cofia cubría un pelo cano, fosco, que bien recogido mostraba la belleza de un rostro redondo. Su expresión la matizaban unas estrechas cejas que daban paso a unos ojos marrones claro avispados como los de un águila, seguidos de una nariz y una boca de labios finos, como sus ademanes.

—Molly —se dirigió a la criada—, prosigue sin mí, y vosotros, a lo vuestro. —Arremetió contra los vecinos sin importarle el qué dirán—. Alejémonos de aquí. —Indicó con un gesto de cabeza que la siguiesen hasta una esquina de la calle, en la intersección con otra. Cuando se volvió hacia ellos, su boca se estiró en una amplia sonrisa cálida—. ¿Es que vais a renegar de esta vieja? —inquirió a los chicos de manera desenfadada.

—Joder —musitó Alan entre dientes, envarado—. No la cono...

—Sí, eh... Sí —lo interrumpió Malcolm con los pómulos tintados de rojo. Movido por un resorte, casi como un autómatas, la abrazó, lo que obligó a Alan a hacerlo también.

De repente, Ava los vio muy incómodos, hasta percibió que saldrían corriendo si pudieran. Ella ya no era la única que se sentía así. Incluso estaban más lívidos, tanto que casi se podía reconocer a través de su piel el color azul de las venas. La anciana los miró con un cariño infinito que le encogió el corazón a Ava, a pesar de que era surrealista.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó en voz baja.

Pipper se encogió de hombros como única respuesta. No podía hablar.

La anciana volvió la vista a la chica sin borrar la dulzura del rostro.

—¿No me vais a presentar a vuestra compañía?

—No, sí, por supuesto —se corrigió Alan, carraspeando y bufando casi al mismo tiempo. Ava se fijó en el brillo del sudor en su frente—. Ella es... Ava, mi... mi esposa. —Esa última palabra la pronunció con un tono tan grave que casi ni se percibió.

—¡Qué alegría, te has casado de nuevo! Ven aquí, muchacha. —Abrió los brazos hacia Ava, que estaba anclada en el suelo debido a aquella afirmación tan categórica que la había sorprendido y le había arrebatado el aire de los pulmones. Una mano grande la empujó, entonces se dejó abrazar.

Era cálido y fuerte, lo que hizo que temblase más.

—¡Oh! Pareces un gorrioncillo asustado; Alan, dale cariño, lo necesita. —Rompió el abrazo para luego rodearle el rostro con sus manos enguantadas—. Estoy aquí para todo lo que preciséis.

—Eeeh... Mi... Ella es Pimper, mi esposa —presentó Malcolm a trompicones por los nervios. Estaba más cadavérico que antes y cambió el peso de su cuerpo varias veces seguidas.

—Soy la señora Fellowes, podéis llamarme Mary. Acudid a mí siempre que lo necesitéis y sin necesitarlo. —Miró a los dos chicos con bondad—. Iba

siendo hora de que sentaseis la cabeza, y me da a mí que vuestra elección es más que acertada, no como la primera vez, Alan. Tu madre estaría orgullosa de tener a esta muchacha de hija.

Ahí estaba otro comentario. Un poso de duda se sembró en el interior de Ava: ¿cómo era posible tanto detalle?

Mary suspiró, perdida en pensamientos lejanos que todavía le rondaban en la mente sin esfuerzo.

—Será... Bueno, nos marchamos —anunció Alan, brusco por los nervios, limpiándose el sudor con el dorso de las manos.

—¡Humm! La mañana se nos echa encima —acabó Malcolm por él.

—Sí, claro. Por la tarde venid a casa, tengo algunas de vuestras pertenencias y... —Los miró con atención—. Sí, venid a comer a casa el domingo después del oficio religioso. Os estaré esperando.

Mientras ellos observaban cómo Mary retomaba su camino, en la cabeza de Ava, a todas las cuestiones que ya se planteaba se unieron las referentes a esa mujer, y no esperó a nadie para formularlas.

—¿Cómo es posible que ella os conozca? Os ha llamado por vuestros nombres.

—Nos creéis con lo del árbol genealógico, ¿verdad? —Alan metió las manos en los bolsillos para tranquilizarse—. Ahora os vais a enterar de otra tradición de nuestra familia.

—Muy ridícula —matizó Malcolm.

—Desde siempre, más o menos, el primogénito se llama Alan o Malcolm, el segundo hijo, el otro, así hasta nosotros —les explicó.

—Os ha reconocido —le asestó Pipper—. Sabía quiénes erais.

—Ya os hemos contado que aquí vivieron unos antepasados, quizás tenemos algún parecido físico con ellos. ¿Cuántas veces una persona tiene más rasgos comunes con sus abuelos o bisabuelos que con sus padres?

—Puede ser —meditó, Pipper.

—Creo que será mejor regresar a casa —propuso Alan.

## Capítulo 16

### Sombras en el tiempo

*Esa misma noche.*

«**D**esperta».

Ava abrió los ojos al escuchar un suave susurro.

Un cálido aliento le había acariciado la oreja.

Se incorporó en la cama un poco confusa. Se frotó los ojos, todavía dormidos, y luego miró el foco de luz y calor que era la chimenea en aquel momento de la noche. A saber qué hora era. Recorrió la habitación, ávida por descubrir quién le había hablado. Sin embargo, la realidad era que estaba allí sola, y los pocos ruidos procedían del crepitar de la madera que ardía. Agitando la cabeza, desdenó la posibilidad de que fuese alguien. «Lo he soñado».

Se acostó de nuevo en un vano intento por dormir, estaba demasiado despejada, pues aquella persona que la había obligado a despertarse le había parecido de lo más real. Poniéndose sobre su espalda miró al techo, así, recordó las sorpresas de aquel día, que habían sido muchas: asumir un viaje en el tiempo; los nervios por mantener su condición de bruja en secreto; la visita al pueblo; la aparición de la señora Fellowes; estar en una casa que no les pertenecía y que los abastecía de víveres. El miedo a lo que les podía acarrear la estremeció y la alteró más.

Girándose a un lado se arropó hasta la punta de la nariz. La humedad de la ropa de cama le hizo arrugarla. Se encogió tanto para no desperdiciar el calor que casi pegó las rodillas a su pecho. ¡No era capaz de dormir! Vuelta del otro lado. Los nervios comenzaron a hormiguarle en el estómago e hicieron que los costados le molestasen. La incomodidad, la intranquilidad la crispaban tanto por dentro que al final decidió levantarse.

Descalza, con el único abrigo que le proporcionaba una capa de lana, salió al porche. El frío de la noche le atizó la cara. Se le colaba pies arriba, se filtraba por la fina tela de su camisa y notaba cómo el vello del cuerpo se le erizaba. El vaho de su respiración se confundía con la bruma que cubría el bosque aledaño cual manto helado a la luz de la luna, y en el límpido cielo se observaban las constelaciones. En el aire se podían percibir, mezclados con el humo de las chimeneas, diferentes aromas: tierra húmeda, hierba; también se apreciaba la madera de los árboles. Si cerraba los ojos, oía el correteo de los insectos, el revoloteo de las aves nocturnas o cómo las hojas del haya, el arce o el roble se precipitaban al suelo en un suave vuelo. No, no había viento que los agitara, solo el estremecimiento que sufrían por estar casi desnudos.

Se sentó en el primer escalón y, apoyando la cabeza en el rústico pasamanos, se embebió de la tranquilidad de alrededor. Empezó a cavilar en busca de una explicación sobre cómo habían podido viajar en el tiempo. Un porqué, debería haber un motivo que los había llevado a cruzar los límites del espacio temporal. De momento, obtenía silencio y oscuridad al respecto. Nadie le podía dar lo que pretendía conocer, o eso creía.

—Abuela —la llamó en voz muy baja.

Si había alguien en la faz de la Tierra que la podía ayudar, o mostrarle la luz al final de ese oscuro túnel, era ella. Entre las sombras del tiempo, sintió un pequeño pellizco en el corazón, que la sobrecogió y la encogió sobre sí misma, pues se dio cuenta de que, en esa época a la que había llegado, ella no existía. Esa verdad provocó que las lágrimas amenazasen con desprenderse de los ojos y que un invisible lazo que le acordonó la garganta le prohibiese

tragar. La probabilidad de no volver a ver ni a su abuela ni a su madre la precipitó al derrumbamiento, pues jamás las había sentido tan lejos. Otra losa cayó sobre sus hombros: ahí estaban las consecuencias de ese supuesto viaje en el tiempo.

Todas las emociones acumuladas desde que había despertado fluyeron hacia fuera. La pena de que aquella terrible posibilidad fuese real, que lo era, le estrujó las entrañas, le cortó la respiración, y la angustia se convirtió en miedo. La rabia, la impotencia, la ignorancia ante todo lo que le estaba pasando iban en la humedad que le corría mejillas abajo. La sentía caliente sobre su piel helada. Con la frente apoyada en sus rodillas y con la naturaleza como única testigo silenciosa, se percató de que ya no percibía el vínculo que siempre la había unido a aquellas dos mujeres que eran su pilar en la vida. Incluso cuando había vivido en Nueva York, estaban cerca. Allí... Allí no había nada porque su corazón se había vaciado al cruzar el tiempo. O eso creía. En el transcurso de los minutos, se liberó de toda la carga emocional que arrastraba desde que su abuela y su madre se marcharon sin despedirse. Luego, sorbió por la nariz, se limpió los ojos con el dorso de una mano y respiró hondo a la vez que otro nombre se le aparecía.

«Alan».

—Estoy aquí —lo oyó decir.

Ava pegó un brinco que la aceleró y la puso más nerviosa.

—¡Qué susto me has dado! ¿De dónde has salido?

El ruido de sus botas lo precedió. Se asemejaban a timbales que retumbaban en la batalla, cortaban el sosiego de la noche y, por si fuera poco, se acompañaban de alguna manera a los bravos latidos de su corazón ansioso.

—Estaba sentado ahí. —Señaló con el dedo índice el otro extremo del porche—. No pretendía asustarte.

—Bueno, si me dices que fue a propósito, no tienes bosque para correr —lo amenazó.

—Uy, estamos un poco agresivos —indicó sentándose a su lado—. Fuiste tú

quien me llamó.

Ese comentario paralizó a Ava; ella había pensado en su nombre, no lo había dicho, ¿o sí?

—¿Has estado ahí todo el tiempo? —inquirió sin aire en los pulmones.

—Sí.

Eso significaba que...

—Co... como... —titubeó, sintiendo cómo se le sonrojaban las mejillas.

—Te oí llorar y no me acerqué para darte la intimidad que necesitabas, aunque no me faltaron ganas de consolarte —reconoció abiertamente. No reparó en el gesto de sorpresa de Ava, que evitó por todos los medios mirarlo por lo avergonzada que se sentía—. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

El silencio se sentó junto a ellos, no para separarlos, sino para juntarlos más sin que lo supieran. Una mirada azul y otra gris se clavaban en el frente y observaban el mismo punto invisible. Estaban muy cómodos el uno al lado del otro, tanto que no necesitaban decirse nada. Mucho había cambiado su situación desde aquella charla que tuvieron en la cafetería. Alan fue quien, con el corazón acelerado como un pura sangre, rompió la quietud.

—¿Puedo saber qué haces aquí tan tarde? —El tono le salió más rudo de lo que pretendía.

—Me desperté y, como no conseguía quedarme dormida, salí. —Ava agarró con fuerza la bastilla de su camisa. Preguntar o no—. ¿Y tú?

—Básicamente, por lo mismo —dijo escueto.

Silencio otra vez. Las palabras entre ellos parecían no fluir, o esa era la sensación que le daba a Ava.

—¿Eres siempre tan obediente? —Alan se movió a su lado y vio cómo estiraba esas piernas largas y fuertes.

—¡Cómo! —Alucinaba.

¿Estaba coqueteando con ella? ¡Coqueteaba con ella! Vaya cara más dura, había conducido el tema por donde él quería. Las mejillas comenzaron a

arderle, solo esperaba que la luna escondiese aquel detalle. Ninguno de los dos se había percatado de que el ambiente a su alrededor había cambiado en cuestión de segundos. Se sostenían la mirada con ojos brillantes y anhelosos, como en la discoteca. Se habían quedado enlazadas en algún punto infinito. Ava comenzó a sentir que el calor de la cara le bajaba por todo el cuerpo y se concentraba en su bajo vientre. El pecho le subía y le bajaba alterado. Alan se volteó para quedar frente a ella. Estaban hechizados por la atracción, tan insoportable que en un arranque Ava retomó el tema:

—¿Por qué me lo preguntas? —La curiosidad ganó esa partida.

—Porque me sorprendió que hicieras todo lo que os pedimos...

—Tenía que hacerlo, no valía de nada que me pusiese en modo histérico, no ayudaría a Pipper ni a vosotros. Los ánimos están muy caldeados... — Apoyando una mano en el suelo con los dedos abiertos, cargó el peso de su cuerpo en el brazo.

Atrapados en el mismo sortilegio, solo existían ellos dos. Él se fue inclinando hacia ella, empujado por una mano invisible. Ava se humedeció los labios con la punta de la lengua, mientras se perdía en aquellas lagunas grises de Alan oscurecidas por el deseo que también la atenazaba a ella. El cuerpo masculino se convirtió en un foco de atracción que la empujaba a acercarse más y más, sin importarle las consecuencias. Se estaba dejando seducir; estaba casi cegada cuando un leve roce en la punta de sus dedos desencadenó un escalofrío que la recorrió entera y despertó las terminaciones nerviosas. Aceleró su corazón, que palpitaba como si quisiera salir del pecho; la temperatura corporal aumentó, le sobraba la camisa. El apetito caprichoso y repentino seguía acumulándose en su interior como una bomba.

Ninguno de los dos se había percatado de que sus respiraciones se habían acompasado tan bien que sus pechos subían y bajaban al unísono. Escasos milímetros separaban una boca de la otra; sus alientos eran uno; sus miradas se tornaron más anhelantes que antes debido a la anticipación. Con las puntas de la nariz pegadas, Alan puso su mano sobre la de ella, lo que provocó que los

dos sintieran cómo una corriente eléctrica los envolvía y creaba a su alrededor una burbuja donde la música la marcaban sus pulsaciones.

Ava le impidió superar el escaso espacio que los separaba:

—Será mejor que vaya a dormir —dijo con la mirada clavada en los labios rosados y finos, de los que sobresalía el inferior.

Tan rápido como pudo, se levantó y corrió al interior de la casa, antes de que él se lo impidiese. Cerró la puerta con el peso de su cuerpo mientras soltaba el aire que había contenido en los pulmones. Apretó los ojos para tranquilizarse y recuperar el poco raciocinio que le quedaba.

¿Ella con Alan?

No, no podía ser, y menos en esas circunstancias.

## Capítulo 17

### Corazones rotos

*Una lengua afilada es la única herramienta  
que se aguza con el uso constante.*

Washington Irving

Ava notaba cada músculo de su cuerpo agotado y agarrotado por los nervios. Desde la madrugada había estado en tensión, lo que le había causado insomnio, aparte de cansancio. Tras meterse en la cama, el frío le había calado los huesos. No era capaz de calentar ni un mínimo espacio. Cada vez se iba haciendo más intenso. Se levantó y se puso las medias: no era que fuese una gran idea, pero logró dormitar muy poco. En esos ratos de ensoñación, una mujer, cuyos cabellos eran del más puro color del azabache, limpiaba el suelo de rodillas, tejía o lavaba, siempre de espaldas. Al abrir los ojos, su cuerpo continuaba en tensión. Su deseo por Alan no hacía más que incrementarse y no había manera de que se calmase. El casi beso la martirizaba: en su imaginación pegaba sus labios a los de él, lo que incrementaba su arrepentimiento por no haberlo cumplido.

Pasó el resto de la noche acurrucada hasta que oyó los primeros ruidos en la casa, entonces decidió levantarse. Como pudo, se fue vistiendo ella sola, ya que sus articulaciones, doloridas como nunca antes, protestaban, y los pinchazos en ellas eran dagas que se le iban clavando. Se recogió la melena en un moño bajo que entraba a la perfección en aquel tipo de cofia. Salió de la

habitación con paso titubeante, recorrió el pequeño pasillo y alrededor de la mesa encontró a Pipper, Malcolm y Alan, que tomaban el desayuno en silencio.

—Buenos días —saludó con voz quejumbrosa.

—Hola. Ven, siéntate —le indicó Pipper con una sonrisa—. ¿Pudiste descansar?

Ava no supo bien qué decir. De soslayo miró a Alan, que se mantenía serio, como si aquello no fuera con él. ¡Ni la había mirado cuando entró! Ese hecho suscitó que el estómago se le contrajera y tuviese ganas de gritarle que se levantara y la besara. Exhalando más fuerte de lo normal, se sentó en el que era su sitio. Cogió su hogaza de pan, le pegó un mordisco desganada. Una bola amarga con un fuerte sabor a centeno se le formó en la boca, imposible de tragar a no ser con la ayuda de varios sorbos de leche. Todo manteniendo el silencio que el resto guardaba.

Ava percibía el ambiente caldeado en el que flotaba una nueva disputa, ya que la tensión se podía cortar con cuchillo. Alan dejó su cuenco sobre la mesa con malas formas; en ese instante, estalló.

—Malcolm y yo hemos estado hablando y pensamos que lo mejor para vosotras, de momento, es quedaros aquí. La conmoción de ayer fue muy fuerte...

—No podemos quedarnos aquí —lo interrumpió Pipper, muy nerviosa—. No sabemos a quién le pertenece esta casa, ¿y si aparecen los dueños de repente? ¿Qué haremos?

—Alan tiene razón —intervino Malcolm.

—Y Pipper también —lo interrumpió Ava.

—Aquí estáis más seguras...

—¿Estáis de broma?! —protestó Ava perdiendo la paciencia—. ¿En serio lo creéis? ¡Corremos peligro en todos los sitios!

—La seguridad que os ofrece esta casa no la tenéis en el pueblo —dijo Alan.

—No os decimos que os encerréis; podéis salir al jardín, pero debéis reconocer que no lo pasamos bien ayer en el pueblo —manifestó Malcolm. Su rostro cuadrado se remarcó más al apretar la mandíbula. Se echó hacia atrás en la silla, se limpió una mano contra otra y se cruzó de brazos.

—¿Vosotros estaréis con nosotras? —inquirió Pipper. Su respiración era desacompasada.

—Claro —afirmó Alan—. No os vamos a dejar solas...

—¡Quiero regresar a casa! —reiteró Pipper, histérica.

—Por eso debemos estar juntos, para lograrlo —le dijo Malcolm para tranquilizarla.

—Mirad lo que habéis conseguido con vuestra patética propuesta. —Ava señaló a su amiga, acusándolos a ellos por aquel dislate.

—Estoy harto de vosotras, de vuestras tonterías, de vuestras suspicacias. Los cuatro estamos...

—Alan, ya —intentó tranquilizarlo Malcolm.

—Déjame terminar —le dijo apretando las muelas—. Los cuatro estamos metidos en este problema y nadie os miente, metéoslo en vuestras cabecitas de chorlito. Ya os hemos explicado por qué esa gente nos saludaba o se paraban ante nuestra presencia. ¡Debemos permanecer unidos!

—Tú no eres ningún perro guardián para mandarnos lo que tenemos que hacer, eres un corriente profesor de universidad. —La furia habló por Ava, que estrujaba la servilleta como si fuese el cuello de él.

Alan se levantó con movimientos pausados, demasiado medidos, como un felino que acechaba a su presa. En su rostro se creaban unos terribles claroscuros a causa de la poca claridad que entraba por las ventanas, y la barba aumentaba su salvaje. La mandíbula, constreñida, mantenía en tensión las sienes; los labios formaban una simple línea, mientras que los ojos echaban llamaradas del color gris más puro. A Ava le temblaban las piernas, ya que era tan impredecible que no sabía cuál sería su siguiente acto. Se acercó a ella y agarrándola de los hombros la levantó unos centímetros del

suelo.

—Si vuelves a insultarme, te aseguro que no me andaré con miramientos, y espero no tener que repetírtelo.

—Me haces daño... —susurró sin aliento.

La soltó como si le quemase las manos. Ava, del empujón, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Al tiempo que Alan daba un portazo, la casa se encogió por el dolor, pues no era la primera vez que era testigo de comportamientos similares.

\*\*\*

Alan Payne estaba sentado a los pies de un enorme castaño. La rugosidad de su tronco se le clavaba en la espalda y podía contar las vértebras. La enorme copa lo protegía del frío y del agua de lluvia que chispeaba en la atmósfera, ya que entre algunas ramas podía observar que el cielo estaba cubierto de gruesas nubes que impedían a la luna alumbrar esa zona sombría del bosque en la que se había guarecido. La humedad enfriaba su trasero, aun así, su cuerpo irradiaba todavía calor procedente de la furia del fragor de la batalla que nadie había ganado y que había roto un corazón. El corazón de la chica a la que se había propuesto proteger en aquella tierra donde cualquier esquina suponía un nuevo peligro.

A escasos centímetros había estado de juntar sus labios con los de ella, hasta que había huído. Él incluso la había comprendido.

Esa mañana, la había asustado con sus burdos modales.

¿De qué se extrañaba cuando su propio apellido lo estaba llamando bruto a la cara? Sin embargo, si pensaba que la guerra había terminado al traspasar el umbral de la maldita cabaña, que en parte tanto odiaba por los malos recuerdos que le reportaba de su verdadera vida, se equivocaba por partida doble: primero, el pasado marcaba a una persona. La perseguía allí adonde fuera. Eso le sucedía a él después de doscientos años de vida. Segundo, había

comenzado una batalla contra sí mismo: una parte le gritaba «idiota»; la otra no claudicaba, aún le tendría que haber dicho más. ¡¿Quién era ella para tratarlo de esa manera?! ¡Lo había insultado a la cara! Al recordarlo le ardía más la sangre en las venas. No, no se arrepentía, y tampoco iba a rebajarse y pedirle perdón. ¡Ella debía dar el primer paso! Ladeó un poco la cabeza; bueno, quizás, solo quizás, había sido un poco brusco cogiéndola de aquel modo; de hecho, había apretado tanto que había notado sus huesos bajo los dedos.

Tragó ruidosamente.

Aquel suceso, su propia huida a toda prisa y, aunque no quisiera admitirlo, el remordimiento le jugaban una mala pasada. Era incapaz de sacarse todo de la cabeza. Dios sabía que intentaba olvidarse de Ava, quería arrinconarla en el lado más oscuro de su mente, estrujarla entre sus manos como un papel para luego tirarla, pero no podía. No tenerla cerca le creaba cierto estado de inquietud. Jamás le había sucedido nada igual, salvo con las personas de su familia. Ella era la chispa que caldeaba su cuerpo, pues le había vuelto a suceder en aquel aciago minuto: había deseado besarla, aunque no había podido, ya que sus ojos azules habían brillado asustados. La imagen se le incrustó en las entrañas, le revolvió las tripas y estrujó los restos que quedaban de su alma.

En ese mismo instante se había roto un corazón. El de ella. Eso equivalía a clavarle una daga al suyo. Estaba tan agujereado que parecía un colador por el que se filtraba la sangre a su placer. Lo había notado, por eso había salido corriendo. Esa era la verdad, por ello postergaba la hora de regresar. No quería enfrentarse a la realidad. Se había comportado como lo había hecho en el pasado. En su pasado. Era muy difícil cambiar, pero había vivido lo suficiente como para mejorar. Ahora bien, cuando alguien lo sacaba de su zona de confort y la situación era un completo hervidero de nervios, no podía controlarse. Tiempo atrás había mentido; no le había costado, aún seguía haciéndolo para mantenerse a salvo.

Jamás se había enamorado. El amor, aquel sentimiento supervalorado por hombres y mujeres, los enloquecía, los llevaba a la muerte. A él, no. A él lo habían matado en vida por no amar. Nadie lo comprendería si lo decía en voz alta, pues todos se llenaban la boca halagando a sus parejas, a los amores de sus vidas... ¡Idioteces! Era la respuesta de los que tenían prohibidas esas mieles, como él, aunque en el fondo de su ser anhelaba levantarse desnudo entre las sábanas revueltas todas las mañanas junto a Ava.

Agitó la cabeza frustrado por ese estúpido pensamiento. ¡Le había mentido! ¿Cómo podía pensar en sexo? Lanzó a ese oscuro infinito que se abría ante sus ojos la castaña que se había demorado en pelar. ¡Era un mentiroso profesional! El estómago se le revolvió al darse cuenta de aquel pequeño detalle. No podía hablarle de ello a Ava, no después de lo ocurrido. Había metido la pata hasta el fondo. «¡Los dos!», se corrigió. Pues los dos se había hecho daño a un tiempo.

Se mesó el pelo y en un impulso se levantó. Había decidido que era hora de regresar. Ella estaría durmiendo, y mañana se vería todo desde otra perspectiva. Los dos tenían el corazón roto y nada se podía hacer ya, tampoco llamar a una ambulancia que los salvase ni a médico que lo remediara, así que... Intentaría hablar con ella. En el fondo se estaba quemando vivo porque quería saber si todos estaban bien.

Empezó a andar con la seguridad de que esa noche no se harían más daño.

\*\*\*

En la habitación, de pequeño tamaño, austera en muebles –solo contaba con un palanganero, un pequeño armario al lado de la puerta y dos mesitas a ambos lados de la cama–, Ava estaba de pie en una esquina, cerca de la chimenea, donde no alcanzaba su luz ni la de la vela. Las sombras que la rodeaban parecían esqueletos que aguardaban para apresarla. Entre sus manos sostenía una bolsita de suave tela; las yemas de sus pulgares la acariciaban y

en el tacto se distinguían las hojas puntiagudas del enebro. Aquella mujer –que siglos atrás sería conocida como *herbariae*, para muchos erróneo equivalente de bruja, concepto que no correspondía con la realidad– no se había equivocado. Ella conocía bien el significado de la planta mágica, que protegía la casa, a su portador y se empleaban en los hechizos de amor. Su abuela le había enseñado durante su infancia y adolescencia toda la simbología, así como el poder de cada planta recogida en el grimorio de las Owens. Con aquella ramita en las manos, le surgieron varias preguntas: ¿a qué se refería esa mujer? ¿Qué estaba buscando y qué la ayudaría a encontrar el enebro? Se esfumaron tan rápido que no pudo prestarles la atención debida por culpa de otros pensamientos, más horribles que aquellas figuras oscuras que cubrían la madera del techo.

Al igual que fantasmas que danzaban en el interior de su cerebro, las secuencias vividas con Alan se deslizaban a cámara lenta: el enfado, su rostro encogido en una mueca de malhumor, la fuerza que aplicó al agarrarla y levantarla del suelo. Su corazón palpitaba de miedo, la dominaba, pues aquellos instantes en los que el mundo dejó de girar, él habría sido capaz de todo.

Era verdad que su relación con los hombres siempre había sido bastante distante. Nunca llegó a fiarse de ellos, sobre todo, tras su experiencia con J. J. Mathews, un compañero del Instituto Culinario de América, que había pretendido aprovecharse de su buena mano con la repostería, no solo para aprobar ciertos exámenes, sino también para un futuro negocio. Él había construido castillos en el aire a sus espaldas; al descubrir que estaba con ella por mero interés, no por amor, había roto la relación, con lo que se había ganado su enemistad perpetua. En cambio, la situación con Alan no era la misma, ni la de ninguno de los hombres con los que había estado. Su presencia le desbocaba el corazón en una carrera frenética; pronunciar su nombre le reseca la garganta, y aquella mañana los remordimientos por no haberlo besado la habían carcomido. De ahí que lo hubiese insultado. Había sido un

gesto muy feo, lo reconocía, sin embargo, no iba a pedirle disculpas. Su actitud para con ella había sido desmedida. Tenía un carácter impredecible, egocéntrico, maleducado... No, esa vez, aunque le viniese con mil perdones, ella no los aceptaría; no iba a permitirle que la tomase por tonta o estúpida. ¡Que los metiese por donde le cupieran! Ella no iba a dar su brazo a torcer. Ya le daba igual haber viajado a un siglo que no le correspondía; la compañía de su mejor amiga y Malcolm, cuya presencia nunca le había molestado, le era suficiente.

Alan no existiría a partir de ese instante para ella.

Asintió convencida de aquella afirmación. Iba a poner todo su empeño en ello, aparte de buscar la manera de regresar al futuro. Acarició la bolsita una última vez antes de meterla otra vez en el bolsillo de su falda, colocada en una silla junto con el resto de su ropa, y se sentó en el borde de la cama frente a la chimenea, que supuestamente debía caldear la habitación, aunque todavía tenía frío. Se estaba quitando las medias cuando la puerta se abrió de repente. Miró por encima del hombro y se encontró con Alan. Como si el colchón la quemara, se levantó cual resorte mientras el corazón le tamborileaba en su pecho.

—Creía que estabas dormida. —Habló desde la puerta, sujetando todavía el pomo y con los ojos abiertos por la sorpresa de encontrarla en aquella tesitura.

Ava, azorada, echó mano a la ropa y se tapó como pudo con la falda cuando Alan le recorrió el cuerpo, cubierto por la camisa, con una mirada hambrienta.

—No, no lo estoy, ¿qué haces aquí? —inquirió tratando de mostrar una tranquilidad que no existía.

—Lo mismo que tú...

—Responde: ¿qué haces aquí? —Ava apretó más la falda contra su pecho a medida que su respiración se iba acelerando.

Con una parsimonia impropia de él, Alan cerró la puerta. Ella comprendió que se avecinaba tormenta. Él adquirió una apariencia arrogante al meter las

manos en los bolsillos.

—Vengo a acostarme —contestó con firmeza.

—¡De eso nada! —Dio un paso adelante soltando la falda, y las rodillas chocaron contra la cama. Estaba perdiendo la paciencia—. Tú no tienes permiso para entrar en esta habitación como si fuera tuya, ¿es que no hay sitio en el cobertizo? —terminó con la respiración agitada.

Alan se colocó al otro lado de la cama con los brazos cruzados. Su presencia llenaba aquella estancia y empequeñecía a Ava, al tiempo que saturaba el ambiente hasta hacerlo casi irrespirable.

—Lamento informarte de que no hay cobertizo.

—Pues aquí no puedes quedarte, esta es mi habitación.

—Permíteme dos incisos: primero, esta es la segunda y última habitación de la casa; por último, no es tu habitación porque no te pertenece, así que tengo tanto derecho como tú a utilizarla.

—No voy a compartir contigo...

—Lo harás.

Dicho lo cual, se quitó las botas. La estupefacción de Ava era tal que la mandíbula se le desplomó al suelo. La sangre, más caliente de lo normal, le corrió por las venas y ocasionó una mezcla explosiva de enfado y un extraño nerviosismo, que rozaba la excitación. Apretó los puños a los lados de su cuerpo, se inclinó un poco hacia delante dispuesta a atacar, con los labios fruncidos y las aletas de la nariz dilatadas. Justo en ese instante, la chimenea crepitó y la asustó.

—No.

De un salto, Alan se tumbó en la cama con las manos en la nuca sin disimular su triunfo.

—Procedemos del siglo XXI, y esto, querida mía, se llama igualdad. Para que me entiendas: ya no solo las mujeres disfrutáis de este placer, sino que ahora los hombres también podemos, estamos en igualdad de derechos. —Le guiñó un ojo.

—Te recuerdo que estamos en el siglo XVIII —lo corrigió como última defensa.

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que vaya a dormir aquí te guste o no. —Su granítico rostro le indicó que no iba a cambiar de opinión.

—Maleducado —susurró.

—No eres la primera que me llama así.

Aquella confesión se le clavó en el corazón con un pellizco que lo encogió. Conocer que hubo otras antes que ella la enervó.

—Me sorprende que haya alguien que te soporte.

—Suelo acercarme a la gente para aprovecharme de aquello que me interesa, no porque me guste relacionarme.

—Además de egocéntrico, egoísta. ¡Hala! Ahí te quedas con la maldita cama, no quiero perder más tiempo contigo.

Ava, fuera de sí, giró sobre sus pies, cogió la capa y, pisando demasiado fuerte el suelo, salió de la habitación en dirección al comedor. A oscuras, salvo por la escasa claridad de la chimenea, cuya llama era casi ridícula, se acercó; necesitaba reavivar el fuego, allí hacía más frío. Cogió el pesado atizador de hierro y removió las ascuas. Al comprobar que surtía efecto, arrojó dos leños. Una lengua de fuego color naranja con las puntas azules los cubrió.

Arrebujada en la ridícula capa de lana, se sentó encogida en la mecedora, que apenas se balanceó. No notaba el frío que se colaba por la puerta de la entrada, pues su cuerpo estaba encendido en llamas imposibles de extinguir. Ese era el poder que tenía Alan, prenderla, consumirla en su propio fuego interior. Respiró profundamente y desvió la mirada al suelo. No quería que salieran chamuscados, ya que entre sus dones se encontraba el de dominar los elementos si se concentraba. Se lo permitía su conexión con la naturaleza, vínculo que procedía de su abuela, quien le había comentado que con el paso de los años iría en aumento. Lo que no sabía era si en esa época lo seguía teniendo.

Cerró los ojos, aunque no durmiese. Se acomodó hasta hacerse un ovillo, escondió la nariz bajo la capa a la espera de que la noche fuese transcurriendo. «Vamos, relájate», se aconsejó a sí misma, pero no pudo. Una suave caricia en la nuca que desembocó en el centro de su estómago le advirtió de la presencia masculina. Él estaba en la habitación. No hizo caso.

Sin previo aviso, unos brazos la levantaron en volandas y la asustaron tanto que tembló de miedo y soltó un chillido.

—Te agradecería que no grites, hay gente durmiendo —le recordó Alan con tono socarrón.

—¡Suéltame! —protestó en voz baja.

Doblada sobre su hombro, pataleaba y le pegaba puñetazos en la espalda; en respuesta recibió un cachete en el culo que la acalló. Cuando entró en la habitación, la dejó en la cama de una forma poco cuidadosa.

Ava se puso de rodillas para encararlo:

—No pienso dormir contigo...

—Deja de comportarte como una cría; somos adultos para que no suceda nada entre nosotros si no queremos, así que métete de una vez en la cama y duerme —sentenció, lo que golpeó a Ava contra la realidad.

Alan, dispuesto a ejecutar su palabra, apagó la vela de un soplido que sonó como el silbido del viento; luego se acostó de espaldas a ella. Ava, desconcertada, se fue metiendo entre las sábanas sin ganas de dormir y con muchas de asfixiarlo con la almohada. Se contuvo. Se colocó en la otra punta de la cama, lo más separada de él, porque se avecinaba una noche larga donde las hubiese. Pronto, escuchó la respiración acompasada de Alan y el calor de sus cuerpos calentó la cama bastante rápido, lo que agradecieron sus extremidades agarrotadas.

No supo en qué momento se durmió.

\*\*\*

*Su ausencia en la cama me despertó, con las primeras luces de la aurora, aterida de frío. Me tapé la cara con las manos para no caer en la desesperación de su marcha no anunciada. En estos cuatro años me convertí en una vagabunda que implora amor. ¡Quién tuviera la fuerza suficiente para derribarlo! No conocía magia, conjuro o hechizo que lo hiciese. Lo intenté todo. Desolada, solo me quedaba llorar. Llorar de rabia e impotencia cuando un «te amo» no podías decir. Me desnudé ante mi cruenta realidad, que, gota a gota, vertía sobre mi piel el veneno de la venganza, pues ¿qué había más poderoso y volátil que un corazón herido por un amor no correspondido?*

## Capítulo 18

Nombre científico:  
*Burrocardus officinalis*

—¿Se han marchado? —inquirió Ava asomando la cabeza por el lateral derecho del porche.

—Sí, ahora explícame qué pasa aquí —repuso Pippet, molesta por su actitud.

Esa mañana Ava se había levantado extremadamente temprano.

Se había despertado sobresaltada, el corazón le martilleaba en el centro del pecho; una pena la había sobrecogido tras el sueño en el que vio a aquella mujer llorar otra vez. Sus sentimientos se habían confundido con los de ella. El nudo invisible que le atenazaba la garganta se transformó en una soga que le impidió tragar y que el aire le llegase a los pulmones. Fue tal la amargura que había experimentado que no se había percatado de que los sudores fríos se mezclaban con la humedad de las lágrimas.

Ni cuenta se había dado de que se había despertado llorando.

Había vuelto la vista y entre la penumbra había comprobado que Alan seguía durmiendo. Al menos no lo había alertado.

Se había levantado con cuidado, mareada, ya que en ese estado de desesperación la habitación le daba vueltas. El suelo se había movido en un baile mortal esperando a tragarla. Se había vestido como mejor pudo y había

salido de la casa sin calzarse. Al bajar los tres escalones del porche, había caído de rodillas al suelo en el momento en que su estómago convulsionaba. Una horrible presión le había oprimido la cabeza y había hecho explosión, al final, en dolor cuando las arcadas cesaron. Poco a poco se fue tranquilizando, a medida que las lágrimas continuaban brotando. El lucero del alba la había sorprendido todavía lacrimosa. ¡Qué contradicciones tenía la vida! Mientras ella se hundía de pena, en el horizonte despuntaba una amalgama de colores: el cielo ardía entre el amarillo y el rojo, chispeaba con el rosa, el lila, aunque las nubes se teñían de un azul todavía apagado. La noche, agotada, se había retirado lenta, al tiempo que el frío de la mañana la había calado hasta los huesos, le había dificultado respirar, pues le había raspado en la garganta aquel ambiente tan gélido. Pero había valido la pena, ya que en él se habían podido percibir los olores más puros procedentes del bosque, de la hierba cubierta por el blanco manto de la helada, del humo de las chimeneas o del que procedía del mar. Le había resultado increíble cómo desde allí había podido alcanzar a olerlo. Lo que realmente la había maravillado había sido escuchar cómo el canto de las aves amenizaba el comenzar del nuevo día.

—Empieza cuando quieras, tengo todo el tiempo del mundo. —Pipper se apoyó en el alféizar de madera de la ventana con las manos entrelazadas, expectante.

—No lo aguanto, ¡es un farsante! Detrás de esa fachada de hombre diez, vestido con esos trajes caros, se esconde un ser deleznable...

—Espera, espera, ¿de quién hablamos? ¿De Alan?

—¡Claro! —Caminaba de una esquina a otra de la casa. Era su modo de quemar nervios—. Es el típico hombre de superficie perfecta, pero en el fondo es una alcantarilla. —Se paró frente a su amiga golpeándose la punta de la nariz con el dedo índice—. Apesta a lo lejos. ¡Es un *burrocardo*!

—Dirás un cardo borriquero —la corrigió aguantándose las ganas de reír.

—Esa planta es demasiado bonita, es un piropo en comparación con él.

—¿Sabes de lo que me estoy acordando? De aquella entrada que colgamos

en Facebook cuando estábamos en nuestro último año en Nueva York.

—Sí, ya sé —resopló—. Parece que escribí mi propia profecía.

La entrada a la que se refería Pipper había sido un experimento que hicieron un frío y aburrido sábado de invierno por la noche, en el que se les ocurrió dividir a los hombres en dos tipos: los *Profesionales del amor*, chicos que lo darían todo por amor, y los *Piratas de amor*, aquellos hombres sin escrúpulos que jugaban con las personas y sus sentimientos.

La habían publicado para que todo el mundo pudiese leerla, dejase su opinión y la compartiesen. Había sido un éxito, incluso surgieron numerosas citas.

—Aun así, Alan debe catalogarse en un nuevo nombre científico: *Burrocardus officinallis*. Esos no tienen educación ninguna, burdos y groseros.

—Te gusta. —Suspiró, más convencida que nunca.

—No.

—Para nada —repuso con ironía.

—¿Sabes qué hizo anoche? —Se paró frente a su amiga con los brazos en jarra, muy muy indignada.

—Tú me lo vas a contar...

—Se presentó en mi habitación y con toda su cara me encasquetó que él iba a dormir en la cama, conmigo. ¡Conmigo! Evidentemente, yo no iba a consentirlo y me fui a la mecedora, pero debía de aburrirse mucho porque vino a buscarme, me cogió entre protestas y me pegó en el culo.

Pipper estalló en risas, tapándose la cara con las manos, para frustración de Ava.

—Gracias por tu apoyo —replicó.

—Es que me imagino esa escena y... —Volvió a reír.

—¡Vale ya!

—Está bien. —Carraspeó—. Ahora te voy a hablar en serio. Alan te gusta, déjame hablar —frenó a su amiga—. No recuerdo que jamás hayas hablado de

un hombre con tal fervor, aunque sea para mal.

—Me gusta quien no debe gustarme, soy patética —se recriminó Ava así misma.

—No eres patética —la corrigió—. Lo que voy a decir no es para que te alteres más, ni para defenderlo, porque su actitud arrogante para contigo no fue la correcta y pierde tan pronto las formas que mete miedo. Sin embargo, lo he visto muy preocupado por ti desde que llegamos a este sitio. Tú no lo sabes, pero nada más entrar en esta casa te desmayaste. Él no te abandonó, ni un segundo se separó de ti. —Ava no podía replicar, estaba demasiado sorprendida—. No hace mucho tiempo que lo conozco, es cierto, pero es suficiente para intuir que le gustas.

—Si esa es su forma de ligar... Lo siento por él, que busque a otra. —Se frotó los ojos.

—Ve aprendiendo a disimular. Mañana es la comida en casa de la señora Fellowes.

Ava la miró con los ojos y la boca abiertos cuanto le daban.

—No me mires así, es lo que hay.

Se llevó las manos a la frente, poco a poco fue echando hacia atrás la cabeza. Se había olvidado de la comida.

\*\*\*

El día reportó excelentes acontecimientos para las chicas. Afanadas en su tarea de limpiar de malas hierbas el jardín, descubrieron un huerto. Entre rastrojos y maleza, reconocieron verduras, muchas introducidas por los primeros colonos, que tras haber sido plantadas allí corrieron la misma suerte que la casa. Casi todas estaban en buen estado de conservación, los animales tampoco las habían dañado, por lo que tendrían una buena fuente de alimento. En las inmediaciones del bosque encontraron arbustos con bayas maduras, como el arándano rojo, además de árboles frutales. Cierto era que no había

otras fuentes de proteínas, como pescado o carne, sin embargo, disfrutar de todo aquello al alcance de las manos las alegró, como el hecho de que Alan y Malcolm, de su visita a la casa de la señora Fellowes, que por motivos obvios no se había producido el día anterior, trajeran consigo una cesta de huevos y un pollo listo para cocinar.

Aquello ya era un golpe de fortuna.

Al caer la noche, Ava estaba extenuada después de haber pasado el resto del día trabajando en el huerto apilando la mala hierba en los límites del bosque, removiendo la tierra con sus propias manos entre las verduras para que respirase, en definitiva, convirtiéndolo en un huerto idóneo, aunque le quedaba una parte, la más alta, en la que le había parecido reconocer plantas poco comunes para servir en la mesa. Aún no lo había confirmado, pues no podía dar un paso sin que las articulaciones se le resintieran. No estaba acostumbrada a ese trabajo físico. Cenó y de inmediato se fue a dormir; se desvistió lo más rápido que pudo y cayó en la cama. Morfeo no tardó mucho tiempo en llamar a su puerta. Además, eso suponía que no se enteraría cuando Alan se acostara.

*En lo alto del escarpado acantilado, en esa noche cálida de estío aireada por una dulce brisa en la que se podían sentir las notas amorosas de Céfito, me dispuse a realizar un pequeño hechizo. En el interior de un círculo mágico creado a partir de cantos rodados consagrados a Hécate; ramilletes de Ángelica, planta para proteger de las penas de amor, y mi muñeca de mandrágora, flameaba vigorosa una hoguera que izaba lenguas de fuego al brillante firmamento cada vez que repetía el pequeño verso en lengua antigua que había aprehendido de madre, en mi encolerizada búsqueda del amor perdido. La luna, dueña de los cielos, era mi única testigo; elevada en sus alturas brillaba amarilla detrás de un árbol yermo, cuyas ramas se asemejaban a horrendas cicatrices que la atravesaban hirientes, sin pudor. Aquella visión era presagio de las laceraciones que el dolor grababa en mí.*

*La naturaleza se fue acelerando.*

*Lo sentí en la tierra, canal de fuerza y materialización de lo que se desea.  
Flotaba en el vaivén de las embravecidas olas del mar, reflejo de los  
sentimientos.*

*El soplido encolerizado del viento me susurraba las palabras lejanas que  
mi amor me regalaba: «No la amo».*

*El pesar que asoló mi pecho hasta vaciarlo me arrancó el corazón, me  
desconcertó y mi poder se disipó. La ira me dobló bajo su maléfica  
enajenación; la pérdida calcinaba mis venas, en su recorrido prendía una  
llama imposible de apagar; ahogada en mis lágrimas, me doblé y, agarrada  
a la falda, arranqué de lo más profundo de mi ser un alarido en el que iba  
impresa mi venganza.*

\*\*\*

—Ava, vamos. Despierta, Ava. —La desesperación de Alan iba *in crescendo*. Un mal sueño la retenía en contra de su voluntad y no le permitía regresar a su lado. Frenético, la asió por lo hombros para moverla con más fuerza—. Vamos, preciosa, vuelve conmigo. ¡Por Dios, Ava, regresa!

De repente, ella abrió los ojos, lacrimosos, vacíos. Era como si su alma se hubiese desvanecido en aquella dimensión en la que se había sumergido. Alan supo que no lo reconocía, lo miraba sin parpadear, hasta que hipó entre lágrimas.

—Alan —sollozó.

—Estoy aquí.

La incorporó y se abrazaron.

Durante aquellos segundos, minutos tal vez, una parte de Alan se resquebrajó por el temor a perderla. Esa sensación jamás experimentada fue como un clavo ardiente que le rasgó el corazón.

—Estoy aquí, estoy aquí y no voy a abandonarte. —La arrulló contra su pecho consolándola mientras ella no cesaba de llorar.

Él procuraba transmitirle una tranquilidad de la que carecía. La pegó a su cuerpo para que ella discerniese que él estaba ahí. También para sí mismo, pues se había prometido protegerla con su cuerpo y su alma después de sentir que se le escurría entre los dedos. Poco a poco, sus mimos fueron surtiendo efecto, Ava se fue calmando.

—¿Quieres hablar? —susurró con sus labios pegados a su sien.

Negó con la cabeza antes de responder:

—No. —En su tono todavía quedaban vestigios de temor.

Alan la apartó y, con sumo cuidado, le rodeó el rostro con las manos. Ver la tristeza en aquel impresionante azul de sus ojos le produjo un latigazo en las entrañas.

—Entonces, acuéstate e intenta dormir, ¿vale? —Recogió algunas lágrimas con las yemas de sus pulgares.

Reprimió el impulso de besarla en la frente. No, no era el momento de llevar a cabo aquella locura.

Ava lo obedeció.

—Si necesitas cualquier cosa, despiértame. —Ella asintió.

Alan, muy a su pesar, se tumbó del otro lado para dejarle su espacio. No quería ser demasiado cargante. Lo que no se esperó fue que ella buscase su cercanía. Se colocó del mismo modo que él, salvando la distancia que los separaba. Pasó sus largos dedos por su brazo y le agarró la manga de la camisa a la altura del antebrazo. Con aquel tembloroso tacto, su cuerpo vibró de la emoción, su corazón le brincó en el pecho y la entrepierna se le endureció. Sin importarle nada, sin perder tiempo, se giró hacia ella.

La sostuvo todo lo que quedó de noche, velando su sueño.

## Capítulo 19

### El rito de Salem

El domingo no empezó de la mejor manera debido a que las chicas se iban a ver enroladas en una actividad que nunca nadie en el futuro les había exigido: asistir a misa.

—Me niego —sentenció Pipper.

—No iré a misa cuando en mi vida he ido —alegó Ava, convencida.

—Es una costumbre de las gentes de este siglo —explicó Malcolm con su habitual serenidad—. Si nos hacemos pasar por personas de este tiempo, debemos ir...

—¿Por qué? —lo interrumpió Pipper, cruzándose de brazos y fulminándolo con la mirada desde su silla.

—Para guardar las formas —intervino Alan—. Nuestra presencia aquí ya ha levantado demasiada curiosidad como para que no asistamos a misa. ¿Pensáis que a mí me agrada la idea?

—Lo parece —le asestó Pipper, tensa—. Lo aceptáis todo con demasiada naturalidad. Es más, ¿ya no debemos quedarnos en casa? —les refrescó la memoria.

—No es lo mismo, Pipper, vamos los cuatro juntos —le dijo Malcolm.

—¡Me niego! —Ava se levantó de su asiento. Fuera de sí, su cuerpo adoptó una postura defensiva—. No voy ni a misa ni a comer con una persona a la que no conozco. Iréis vosotros, que lo aceptasteis sin consultarnos.

—¡Bien dicho! —aplaudió su amiga.  
—Lo requerimos. —A Malcolm le escaseaban las justificaciones.  
—Explícamelo, porque no lo entiendo. —La exigencia de Pipper lo acalló.  
—Necesitamos a esta gente y a Mary. A lo mejor alguien sabe cómo regresar al siglo XXI —repuso Alan con hartazgo.

Ava no contaba con ese comentario tan acertado. Más aún, no había caído en esa idea. No obstante, no estaba dispuesta a dar el brazo a torcer tan fácilmente. Abrió la boca para hablar.

—No, Ava, tienen razón —la frenó Pipper, mesurada—. Se equivocaron en no consultárnoslo antes, en ese punto estoy de acuerdo contigo; ahora bien, la idea que exponen es buena. Debemos descubrir cómo salir de esta época.

—Gracias —le dijo Alan.

\*\*\*

La capilla era un edificio de tamaño mediano que destilaba sencillez, pureza y una fervorosa espiritualidad nada más atravesar la puerta de madera insertada en la torre-linterna, que remataba un picudo tejado octogonal coronado por una cruz. En el interior había un único pasillo flanqueado por bancos, pero lo que más resaltaba era la claridad que entraba por las ventanas y que parecía rebotar en el color blanco de las paredes, lo que le confería un toque místico bastante singular. Tomaron asiento en el penúltimo banco, pues se había reunido un numeroso grupo de feligreses. La mayoría tuvo que permanecer de pie.

Para Ava aquello era nuevo. Su condición de bruja la había alejado de curas, pastores e iglesias. Durante su juventud, su abuela había tenido que mantener las formas delante de todo Salem, por lo que, cuando nació ella, se aprovechó de las libertades que concedía la modernidad para inculcarle a su nieta los pasos correctos. Era cierto que en Nueva York había entrado alguna vez, solo para recrearse en el silencio, en las ricas imágenes, en la suntuosidad de las

construcciones, nunca para rezar.

Jamás esperó encontrar allí la hipocresía que colmaba los cuatro costados de un edificio que se definía como sagrado. Todos los congregados repetían miradas de curiosidad, igual que aquella mañana en el mercado; sonrisas nerviosas se tornaban en falsas al mínimo descuido. La incomodidad se iba apoderando de ella cuando algún buen convecino no disimulaba que allí no había espacio para las dos extrañas; de aquellos que saludaron cordialmente a Malcolm y Alan, incluso les estrecharon las manos, se oían murmullos. En los rostros femeninos se apreciaba la desconfianza en las recién llegadas, acerca de cuyo origen no paraban de especular.

Las dos chicas escamaban y quebrantaban el ficticio sosiego que residía en la ciudad y que todo lugareño mantenía con ímpetu.

A Ava le costó mucho seguir las palabras, quizás sabias, del sermón del reverendo Williams debido al intenso olor a incienso que la relajaba hasta casi adormecerla. Siempre había sido muy sensible al poder relajante de aquellos efluvios. Mantuvo los ojos bien abiertos, todo lo que podía. El anciano solo prestaba oídos a sus propias palabras y así pasaba por alto que los allí presentes no lo atendiesen, pues, con su consentimiento o sin él, su estimado rebaño mantenía una muda conversación.

Alan, de repente, comenzó a moverse inquieto a su lado, como si el asiento le quemase el trasero. Se lo notaba incómodo, sin embargo, la distrajo lo suficiente para enterarse de los consejos de cómo alcanzar la Gracia Divina sin centrarse de manera egoísta en las oraciones, que no tendrían un mayor efecto.

Por el rabillo del ojo analizó aquella actitud y comprendió que esas gentes, se quisiera o no, eran frías, altivas en sus maneras, que estaban más pendientes del prójimo, al que despachaban a gusto con duras críticas. El buen samaritano allí brillaba por su ausencia, lo que abría un abismo entre unos y otros. Además, se podía palpar que todos asistían a la iglesia los domingos en una especie de rito para limpiarse de todo lo acontecido durante la semana, pero

luego nadie se acordaba de que Dios seguía estando ahí, observador, para juzgarlos por sus acciones más que reprochables. No, no les interesaba, pues para ellos solo existía aquel día de la semana. Era un crisol de fingimiento, enmascarado tras las mejores ropas y fragancias. Era un baile de disfraces.

Al final del sermón, la asaltó una pregunta: ¿Salem era igual en el siglo XXI? No respondió.

Se levantaron y los cuatro fueron a saludar al viejo reverendo, al que mintieron en la cara. Tuvo el buen tino de bendecirlos con una sonrisa, lo único sincero en lo que llevaban de mañana.

A su salida, las arpías seguían congregadas a la puerta, aunque fueron salvados por la señora Fellowes, a la que no habían visto, pues siempre ocupaba los primeros asientos. Ella fue la encargada de sacarlos de la burbuja de malestar en la que estaban desde que habían llegado, provocada por esa situación.

A Mary Fellowes, una de las mujeres más inteligentes de la zona, no le pasó inadvertida la tirantez de los dos hombres y la cohibición de las muchachas; miró en derredor, entrelazó las manos encima de su vestido con bordados en negro y espetó:

—¡Venga, a vuestras casas! Esto no es un circo de fabulosas variedades, señores.

## Capítulo 20

### Conociendo a Mary Fellowes

—**A**delante, pasad, que donde mejor se está es cerca de la lumbre —les indicó cuando el mayordomo les abrió la puerta de la casa.

Elevada sobre sus tres pisos, en esa vivienda destacaba el impresionante porche alargado que recorría toda la parte delantera, donde unas columnas de estilo clásico sostenían un pequeño tejado muy inclinado, idéntico a la techumbre que cubría la casa y que atravesaban varias chimeneas de aspecto pesado. Construida en ladrillo rojo estaba revestida por finas placas de madera pintada en blanco, color que contrastaba con el verde intenso de las contraventanas y ventanas, a través de las cuales se podía observar cómo las cortinas estaban recogidas de forma elegante. El conjunto se diferenciaba de las casas aledañas.

La sencillez en la que estaba embebida se reflejaba también en el pequeño jardín delantero, de hierba bien recortada, en el que crecían pequeños arbustos y que continuaba hasta la parte de atrás, aunque el porche impedía su visión.

A pesar de que el día volvía a ser despejado, hacía frío; por ello, un escalofrío recorrió a Ava a causa del cambio de temperatura. El calor de las chimeneas se embriagaba con el apetitoso aroma a estofado de carne, como la austeridad del interior: un aparador adornado con un jarrón sin flores era el único elemento decorativo, junto con dos pequeños grabados colgados. Frente a la puerta estaban las escaleras que subían a los pisos superiores, y el

estrecho pasillo que se abría delante de sus ojos se perdía en un arco oscuro, que debía desembocar en la cocina y otras estancias. Justo donde se encontraban, a ambos lados, había dos puertas exactamente iguales: la de la derecha, cerrada, la de enfrente, abierta y bien iluminada.

—Pasen por aquí —les pidió el mayordomo con una excesiva formalidad, recogiendo chaquetas y capas—. Todo está dispuesto para servir la comida en cuanto esté lista.

—Gracias, Angus.

El mayordomo, con una inclinación de cabeza, desapareció mientras los cinco entraban en un enorme salón comedor en el que sobresalía la chimenea, a cuyos lados había dos ventanas que iluminaban aquella estancia de techos altos y paredes de estuco tapadas por unos muebles de madera noble. En las baldas había figuras, varios libros y otros objetos decorativos. En el centro, abierta y preparada con todo lujo de detalle, había una gran mesa con seis sillas haciendo juego. En la parte del fondo, unos canapés completaban la decoración. A ojos de Ava, aquello sí era un hogar, y no la cabaña en la que vivían. Cualquiera se acostumbraría a vivir junto a la señora Fellowes, que se acomodó en un canapé al tiempo que les ofrecía asiento. Lo hicieron en los otros dos libres, Ava junto a Pipper, los chicos enfrente.

—¿Os acomodáis bien a vivir allí arriba? —inquirió Mary con un interés que para nada era ofensivo ni dañino. Es más, el tuteo confería una familiaridad fuera de lo normal.

A pesar de que la pregunta iba directa a las chicas, los cuatro tardaron en contestar. Sus caras, en segundos, compartieron una inexpresividad evidente, ya que la inseguridad se fue abriendo paso entre ellos, con el añadido de que sus ánimos venían caldeados desde esa mañana, algo que debían disimular. Pipper fue la que tuvo una mayor capacidad de reacción.

—Lo sobrellevamos, aunque es fría —explicó gentil por la calidez que les estaba mostrando la anciana.

—Ahora la estamos ordenando a nuestra manera —aclaró Ava, fingiendo sus

palabras—. Hay mucho que hacer todavía.

Con ademanes igual de finos que sus falanges, Mary entrelazó las manos encima de su pronunciada barriga. Sus ojos marrones brillaron avispados como los de un águila al girarlos hacia los hombres, que todavía permanecían en un segundo plano.

—¡No sé qué perra os ha entrado en seguir viviendo en esa cabaña! —los riñó, lo que provocó que ellos se envararan en su asiento—. Vuestras esposas deberían estar en la ciudad, como les corresponde.

—Bueno... eh... —titubeó Malcolm con el ceño fruncido y encogiéndose de hombros—. Es un buen cobijo.

—Creemos que... —Alan sopesó sus siguientes palabras, como si le costase encontrar qué decir—. Eso, es un refugio después de lo acontecido en el pueblo...

—¡Ya sabes cómo son! —interrumpió Mary a Alan.

Alan bufó nervioso. Se pasó la mano por la frente recogiendo gotas de sudor, quizá debido el embrollo en el que estaban, o eso le pareció a Ava. Era normal, lo comprendía porque ella estaba en esa misma situación. Nunca se le había dado bien la actuación y todo indicaba que a Alan tampoco.

—¡Joder! Digo, maldición. —Agitó la cabeza corrigiéndose así mismo. Ava tragó ruidosamente sin separar los ojos de Mary, que arrugó el gesto ante la grosería de Alan—. Es que este pueblo no es... No sé, es su comportamiento para con nosotros. Usted no sabe cómo nos escrutaban.

—Por Dios, Alan, olvida los formalismos, estás hablando conmigo. —Negó en silencio, como si ya fuese imposible sacar nada bueno de él.

Él se envaró ante aquel reproche.

—Puede que no lo entiendas... No... O sí...

—Arranca, muchacho.

—Allí nos sentimos seguros —confesó Alan con sumo cuidado.

—¿Les has preguntado a ellas? —le espetó Mary sin amilanarse—. ¿O has decidido tú por todos, como siempre?

Alan carraspeó, más nervioso ante aquella mujer.

—En esa cabaña hay tranquilidad.

—Cabezón —afirmó, sonriente—. No has cambiado un ápice desde que no te veo.

Ava, en otra situación, habría pensado que Mary lo conocía. Sin embargo, la realidad era muy diferente, a lo que se añadía su preocupación por que Alan hablase de más ante la presión del momento.

—Ir a la iglesia fue toda una aventura —añadió, bromista, Malcolm, frotando las manos en los muslos.

—Señora Fellowes, es una casita acogedora, y a nosotras siempre nos ha gustado el contacto con la naturaleza, ¿a que sí? —comentó Ava dándole un golpecito a Pippet en la falda para que reaccionase. En esos instantes entendía que debía echarle una mano a Alan.

—Sí, claro que sí. Es lo mejor de ese lugar —corroboró tensa.

—Permitidme un consejo. —Se dirigió a las dos jóvenes, ignorándolos a ellos—. Venid más al pueblo, que os vean, vuestra presencia calmará la curiosidad. —Bajó la voz para que lo siguiente quedase entre ellas—. Y a verme; esta ciudad es aburrida, no hay mucho que hacer ni a quién visitar.

Alan bufó de nuevo. Ava descifró en su mueca de desagrado el mal trago que estaba pasando.

—Sin rechistar, jovencito. Te conozco desde que no levantabas un palmo del suelo, no me das miedo —lo calló agitando un dedo antes de dirigirse a Ava—. Muchacha, de hoy no pasa que me expliques qué has visto en este hombre que protesta hasta debajo del agua.

—Señora, la comida está lista.

Ninguno había oído entrar al sigiloso mayordomo, que, sin saber, había salvado a Alan de un colapso con aquel arranque de la anfitriona.

—Gracias, Angus. Vamos, a la mesa. —Con una mano en el reposabrazos, tomó impulso para levantarse, aunque Alan dudó si acudir en su ayuda o no. Al final, ella la aceptó de buena gana.

Mary se enganchó a su brazo de camino a la cabecera. Alan miró la silla con expresión de susto, hasta que Mary le indicó que la apartase. Galante, lo hizo, al igual que después hizo con Ava. Él se sentó a la derecha de la anciana y Malcolm a su izquierda; al lado, sus respectivas esposas postizas.

Una sirvienta colocó en el centro una fuente de porcelana en la que reposaba una pierna de cordero asada con una guarnición de verduras y otros recipientes más pequeños que contenían la salsa y otras legumbres. Con pulso firme, fue llenando los platos.

—Alan, Malcolm, tengo un trabajo para vosotros. —Desdobló su servilleta para ponerla sobre las piernas. Todos la imitaron—. Es en el puerto y os pagaré bien. ¿Aceptáis? —Esperó la respuesta alternando la mirada entre los dos.

—Sí —confirmó Malcolm, impulsivo.

Su decisión no le agradó a Pipper. Ava lo discernió en las líneas contraídas de su rostro al arrugar su naricilla respingona y al entrecerrar los ojos clavados en plato, a la vez que trinchaba el trozo de carne que le había servido la criada.

Ava entornó los ojos hacia Alan y vio cómo en sus sienes volvían a brillar partículas de sudor. Alan sorprendió a todos al tornarse al mirarla, como esperando que ella mostrarse algún tipo de consentimiento a la propuesta. ¿Qué debía decirle? ¡No sabía qué hacer!

—Está bien. —Buscó el contacto de Ava, reposando la mano derecha en su pierna.

La calidez que le transmitió le recorrió el cuerpo como un rayo que se alojó en su bajo vientre al tiempo que derramaba una descarga de excitación. El calor repentino que comenzó a sentir en sus mejillas la avergonzó. Aquel no era ni el lugar ni el momento.

—Podéis empezar mañana si gustáis —les informó Mary antes de meterse un pequeño trozo de carne en la boca. Lo masticó con gran presteza, pues parecía muy interesada en indagar sobre la vida de esos dos jóvenes matrimonios—.

Bueno, contadme, ¿cómo os conocisteis?

Aquella pregunta, inesperada y directa a partes iguales, los cogió de improviso. No habían acordado entre ellos ninguna historia. Ava se agarró fuertemente a los cubiertos como si fuesen su salvación con la respiración entrecortada.

—En la taberna donde trabajábamos —respondió veloz Pipper. No levantó la vista de su plato; en él estaba escrito el guion que iba a seguir—. Un día entraron y, como por arte de magia, surgió. A día de hoy no tengo una explicación.

—El hechizo del amor... Ignoras cuándo, dónde, cómo prenderá la chispa que haga florecer esa rosa encantada que todo corazón alberga. —Posó los cubiertos en el borde del plato y bebió un sorbo de vino. Recogió con la punta de la lengua unas gotas imaginarias de sus labios—. Os he visto nacer, crecer, convertirlos en los hombres que hoy sois. Por la amistad que me unió a vuestras madres, siempre he sentido la necesidad de protegeros como si fueseis hijos míos, por eso me enorgullece decir que me siento feliz de que hayáis encontrado a estas dos mujeres. Y ya sabía yo que detrás de ese genio que te gastas, Alan, hay un tierno corazón. —Reprimió sus ganas de reír bebiendo.

—Mucho... No, no tengo tanto genio —repuso un tanto molesto.

—Te escondes detrás de una faz que no se corresponde con la realidad ni tampoco con el hombre que eres, lo que te aleja de las personas, incluso de aquellas a las que amas.

«¿Cómo es posible que lo conozca tan bien?». Esa cuestión fue soltando posos de incertidumbre en el interior de Ava y acrecentando la sensación de desconocimiento con respecto a él, aunque debía darle la razón a su amiga: él se preocupaba por ella. Así lo había comprobado la noche en la que soñó con esa mujer.

Pipper rompió el silencio del momento.

—Señora Fellowes, ¿y su...?

—¿Mi esposo? —terminó por ella mientras mezclaba en su tenedor un trozo de carne con unas verduras—. Falleció hace más de dos décadas.

Metió el bocado en la boca.

—¿No ha pensado en contraer matrimonio de nuevo? —inquirió Ava, inocente. Pippet había hecho lo correcto: desviar la atención hacia la vida personal de Mary.

Mary soltó una carcajada después de tragar echando la cabeza hacia atrás.

—De eso nada —respondió, rotunda—. Nadie es consciente de la libertad que me concede la viudez. —Alejó el plato y se limpió la boca con la servilleta, que colocó al lado—. Puedo decir lo que me plazca sin pensar en las consecuencias, fue por eso por lo que me encaré a las cotillas. No obedezco a nadie, salvo a mí misma. Cierto es que mi difunto esposo me dejó los negocios, de lo cual vivo y me enorgullezco. Vosotros sois jóvenes, tenéis otras visiones de la vida, pero yo soy feliz.

—La felicidad hay que aprovecharla porque es efímera. —El argumento de Ava agradó a Mary.

—Exacto, muchacha, dura segundos, por eso no quiero perder la tranquilidad en la que vivo. —Estiró el brazo y estrechó la muñeca de Alan—. Escúchala, es muy sensata, y no impongas. En el amor no se ordena, se conversa. Cuídala. —Le ofreció una sonrisa cariñosa a Ava—. Ella sí me gusta, has escogido bien, no como aquella primera. Te soy sincera: me alegré de su muerte. Tu madre no sé dónde tenía los ojos al fijarse en ella. —Chasqueó la lengua.

Tras esa última sentencia, el ambiente se congeló en la mesa que compartían, salvo para Mary, que ni se percató de los efectos que habían tenido sus palabras. A Ava la alertaron aquellos comentarios dirigidos a Alan: múltiples preguntas bullían en su mente en referencia a su vida personal, una que le era desconocida. Evidentemente, en aquellas circunstancias no podía formularlas, lo cual le agarrotó las entrañas. Sus manos comenzaron a temblarle de los nervios. Levantó los ojos del plato y observó cómo Pippet sondeaba el empalidecido rostro de Alan, en el que volvían a brillar gotitas de sudor. Las

dos amigas se miraron con complicidad, ya que compartían las mismas sospechas: ¿a qué venía esa actitud de Alan? ¿Qué secretos escondía?

## Capítulo 21

### Conversaciones de alcoba y fuego en la lluvia

*Las caricias son tan necesarias para la  
vida de los sentimientos como las hojas para los árboles.  
Sin ellas, el amor muere por la raíz.*

Nathaniel Hawthorne

*Esa misma noche.*

**E**n una de las habitaciones de la cabaña el ambiente era candente. La escasa luz de una única vela en el suelo lo tornaba más íntimo.

La ropa hecha guiñapos se convertía en una suave moqueta que cubría partes del suelo.

En la chimenea chisporroteaban los maderos, envueltos por las llamas que unos minutos antes habían prendido las sábanas de la cama que había enfrente. Entre ellas, dos cuerpos entrelazados, laxos y satisfechos, reposaban desnudos tras haberse entregado a las mieles del amor.

Aquello había sido la culminación del flechazo que experimentaron meses atrás en otro siglo, en una época donde la libertad residía en cualquier ámbito de la vida y no se debía recurrir a la mentira para dar rienda suelta a la pasión propia de los amantes.

Malcolm sostenía entre sus brazos el pequeño y estrecho cuerpo de la que ya

consideraba su mujer, sin haber papeles de por medio. No los necesitaba para demostrarle al mundo lo que sentía por aquella mujer que le había robado el sentido. Lo había demostrado en cada beso, caricia, en cada movimiento. El palpitante a veces desacompañado de su corazón era otra buena muestra de ello. En ese estado de embriaguez, marcado por el ritmo de sus dedos sobre la sedosa piel de su espalda, le regaló un beso en el pelo. No podía contenerse.

Pipper, sin él saberlo, estaba en otra realidad. Con la mitad de su cuerpo sobre él, con la cabeza apoyada sobre su amplio pecho, justo encima de su brioso corazón, y con un brazo cruzado sobre el abdomen fuerte como el hierro, en el que se dibujaban los abdominales que tantas veces se había imaginado, su cabeza no paraba. Era un hervidero de ideas que fluctuaban en todas direcciones, siempre bajo el halo de la sospecha, de la cual no se había desprendido desde la comida. Ciertamente era que con Malcolm perdía toda noción; tenía la capacidad de hacerla olvidar. Pero aquella noche no porque intuía que Ava compartía su mismo estado, por eso decidió indagar por su cuenta en busca de respuestas.

—Malcolm, comprendo que no es el momento, pero ¿te puedo hacer una pregunta? —Acarició el poco vello que tenía su chico en el pecho.

—Claro —repuso sonriente, aunque un poco extrañado por aquella petición.

—¿Qué pasa con Alan?

—No lo sé. —Frunció el ceño lo suficiente para que dos leves surcos surgieran entre sus cejas. Incorporándose, se sentó con las piernas estiradas—. No sé a qué te refieres.

Pipper se separó de él. Apoyó una mano en el colchón para quedar frente a frente, sin importarle su desnudez. Su cuerpo al girar dejó a la vista sus generosos pechos. La piel alrededor de los pezones estaba un poco rojiza debido al roce de la barba de Malcolm.

—¿Qué esconde? ¿Qué es de su vida? —Se fijó en cómo abrió los ojos—. No puedo hablar por boca de Ava; tampoco sé si se dio cuenta de que las palabras de Mary le desencajaron la cara —mintió.

—Pipper, no sabemos nada de esos familiares que vivieron aquí. Esto es tan nuevo para nosotros...

—¿Alan es soltero? —lo interrumpió.

La reacción de su novio, agachar la cabeza y jugar con las sábanas, le confirmó que Alan guardaba algún secreto.

—No, no está soltero, aunque podría ser así —suspiró.

Él rozó la desesperación, como aquella persona que se encuentra en un cruce de caminos. Miró al techo y se atusó el pelo, que quedó más despeinado al originarse una simpática cresta. Pipper, a su vez, se sintió mal, pues en esa tesitura él debía escoger qué hacer.

—Si se entera de que voy a contarte esto me corta las pelotas y se las da a comer a los cuervos... —Se tapó la cara con las manos al tiempo que negaba con la cabeza—. Sé discreta, por favor.

—Por supuesto.

Habló con sus ojos fijos en ella para demostrarle que no le contaba una mentira.

—Alan no guarda ningún secreto, no es un asesino, tampoco un ladrón; es una persona muy celosa de su intimidad y nunca va a contar nada de su vida. No eres la primera que confunde su introversión con misterio. No hace falta que lo diga, se ve a simple vista.

—Se nota mucho.

—Es viudo, sí, de ahí que perdiese el color de la cara; Mary acertó, aunque supongo que será porque uno de esos antepasados nuestros también lo era, no porque ella nos conozca.

—Lo parece, Malcolm —le recriminó exponiendo sus propias dudas.

—Debemos seguirles el hilo a estas personas, Pipper.

—Os tratáis con una familiaridad fuera de lo común...

Se empujó hacia delante para acercarse más ella.

—No podemos cometer ningún error. —Pronunció con claridad cada palabra—. El porqué de nuestra presencia en este siglo es un enigma y, si eso

conlleva hacernos pasar por personas que no somos, asumo ese riesgo con tal de mantenernos a los cuatro a salvo. —Le rodeó el rostro con sus tibias manos—. Amor, quiero que regresemos bien adonde nos corresponde.

La besó en los labios.

—Y yo. —Se sujetó a él por las muñecas.

—¿Quieres conocer la historia de mi primo?

—Sí.

La arrastró con él hasta que notó el cabecero en la espalda. Pippet reposó la cabeza en su hombro, así prestó atención a la historia que él quería narrarle.

—Ya te he contado que he vivido con Alan desde que mis padres fallecieron, de niño. Su carácter independiente ha marcado su personalidad, su vida, incluso; nunca le gustó que le indicasen el camino, sigue sin tolerarlo, pero mi tía siempre quiso verlo con pareja estable. Ese fue el tema por el que discutían: ella no aceptaba muy bien esa soltería perpetua de la que él se vanagloriaba y disfrutaba. Esa obsesión, por llamarla de algún modo, se le acentuó cuando enfermó. Los dos nos volcamos en ella; Alan se desvivió por su madre, diariamente recibía al médico para saber de su evolución, una que nunca llegó porque los diagnósticos eran cada vez peores. Estuvo con ella hasta su último aliento. En ese lapso, cumplió el deseo de ella.

»Se casó, mejor dicho, se malcasó con la hija de una de las amigas de mi tía: Eleonor. Una chica de su edad que venía a visitarla a menudo. A él no le gustaba, es más, ni quería casarse, la noche anterior a la boda me lo dijo. Mi consejo fue el mismo: que pensara bien el paso que iba a dar, pues el matrimonio es una decisión muy seria desde mi punto de vista. Él me respondió: «No lo hago por mí, sino por mi madre; quiero que muera tranquila y feliz». La pantomima siguió adelante...

—Es un acto bastante generoso —analizó Pippet, pensativa, apretando su agarre—. ¿Y la chica? Porque si me pongo en su pellejo, pudo haber jugado con sus sentimientos.

—No te equivocas del todo. —La besó en el pelo—. Él se sinceró con ella,

le comentó la razón por la cual daba ese paso y le aclaró sus sentimientos: no albergaba ninguno en su corazón. No le gustaba. Aun así, ella aceptó, porque sí que estaba enamorada de él.

—¡Buf! —resopló con incomodidad. Se despegó un poco para mirarlo sin romper el contacto—. Ese tipo de historias en las que uno ama y otro no jamás termina bien.

—Efectivamente. El amor debe ser recíproco. Como te imaginarás, todo se complicó cuando mi tía murió. Alan esperó un tiempo antes de comunicarle su decisión de divorciarse. En aquella época no trabajábamos en la misma universidad: Alan era profesor en Columbia; yo estaba en la Universidad de Nueva York. Al poco tiempo de nuestra pérdida, me salió la oportunidad de regresar a Harvard y el que había sido nuestro tutor llamó también a Alan. Ese fue el detonante para que mi primo hablara en serio con Eleonor de ese tema. No aceptó, de ninguna manera.

—Cómo iba a aceptarlo si, tal vez, que no lo sé, estaba perdiendo al amor de su vida —le explicó afectada por aquella triste historia.

—Atiende, no lo aceptaba porque, según su visión, a él ya le daba total libertad, a pesar de que le costaba todo su sufrimiento. —Esperó un momento antes de continuar, por si Pipper quería hablar—. Entonces, viendo que por esa parte era casi imposible razonar, Alan le contó que había aceptado un trabajo en Cambridge. Ella se encolerizó, tomó aquella noticia como una traición por parte de él. Era una discusión tras otra, así varios meses, hasta que Alan se marchó y le dejó los papeles. La familia de Eleonor le aconsejó que se divorciase. Una noche, le envió un mensaje en el que decía que aceptaba; a la mañana siguiente la encontraron muerta.

—¿Murió? —inquirió, asombrada por el desenlace—. ¿Es que estaba enferma?

—Se quitó la vida. Es hasta donde sé porque me negué a escuchar más. Me parecía todo demasiado escabroso para ser cierto, y lo era.

—¿Y Alan? ¿Cómo lo sobrellevó?

Malcolm volvió a acostarse y la incitó también. Estirados, frente a frente, durante unos segundos, o tal vez minutos, se miraron en silencio, reconociéndose, deseándose con la mirada. Ella se humedeció los labios perfilándolos con la punta de la lengua. Él respiró hondo y en un arrebato la atrajo hacia sí. Rodeándolo con una pierna, acortó toda distancia y notó cómo su miembro estaba de nuevo endurecido.

—Fue un golpe —contestó con voz enronquecida—. Tiene muy mal carácter, puede resultar muy grosero, pero jamás le desearía la ruina a nadie, menos a quien apreciaba...

Acarició la punta de la nariz de Pipper con la suya y la besó. Invadió su boca con su húmeda lengua, hambrienta de caricias, anhelante de empezar ese tórrido juego que le prendía la sangre en llamas. Juntos perdían el sentido y la razón, el tiempo se diluía al son de sus corazones, el mundo se detenía en el momento en que el ritmo de la pasión los apresaba. Malcolm rompió la magia que creaban sus bocas para atacar aquel esbelto cuello de piel blanca que lo atormentaba en sueños. Saboreó su piel, lamió las pequeñas partículas saladas de sudor que la perlaban. Subió derramando tiernos besos hasta el lóbulo de su oreja y le susurró:

—Dejemos de hablar y hagamos algo más interesante.

El aliento de él recorrió unos centímetros de su piel desnuda. En su trayecto, la erizó.

—¿Como... qué? —gimió pegando sus caderas a las de Malcolm.

Había veces en que lo mejor era actuar, aquella era una de ellas. Malcolm, confiado, descifró la necesidad de su cuerpo, su ansia pasional, sus anhelos más ardientes. Pipper no vio la sonrisa de suficiencia, ya que era presa de los lagos azules que tenía por ojos aquel hombre que la excitaba. De repente, contuvo el aire en los pulmones al sentir una mano grande entre sus cuerpos. Él sujetó su enhiesto miembro con calma, dominante de la situación; la fue mortificando cuando separó sus tiernos y jugosos pliegues con aquella hinchida punta, en la que brillaba una gotita plateada, acariciando así cada

rincón de su sexo.

A causa del placer recibido, Pipper se estiró en busca de un poco de aire fresco, pero no lo halló. El ardor reinante entre sus cuerpos electrificaba el ambiente que los rodeaba; entrecortaba sus respiraciones; sus alientos se convirtieron en uno, y dos almas gritaron por una pronta culminación que no parecía llegar. Perdida en el frenesí, comenzó a cimbrarse entorno a aquel pene que no se hundía en su interior. ¡Lo quería dentro! Tampoco podía expresarlo, de su garganta solo salían quedos gemidos de placer.

Como si escuchase su súplica, él, con su mano libre debajo de la almohada, la sujetó como pudo en cuanto su miembro encontró la hendidura de carne trémula y, de un certero envite, la hinchó.

Aquella noche el tiempo se ralentizó; la lluvia que al fin cayó sobre la cabaña llevaba impreso el signo del fuego, dado que fue testigo de cómo esos amantes sedientos, con sus caricias, gestos, besos, se demostraban la intensidad de sus sentimientos.

## Capítulo 22

### Tentación

Alan terminó de calzarse las botas y con un suspiro se dejó caer hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

El lamento de un piano resonaba en cada rincón de su mente. Plañía dolientes notas convertidas en la metáfora del llanto de su alma, si la tenía. La melancolía que se desprendía de esa pieza musical clásica, su favorita de todos los tiempos, era la banda sonora que siempre lo había acompañado, pues en aquella sonata se arrancaba de las teclas una voz que parecía describir su existencia.

La melodía era un paseo por las ruinas de su vida, reconstruida mil veces y de la cual no había escrito su último capítulo, porque para él nunca habría un epílogo. Un continuo infinito sin visos de encontrar una omega.

Un monstruo, así se veía desde hacía mucho tiempo.

Un monstruo que tenía la libertad de recorrer el mundo y esconderse en cualquier lugar. Condenado a una inmortalidad casi eterna por no haber amado en su momento, por no haber entregado su corazón a aquella que lo amó más que a su propia vida y que por rabia lo hechizó y lo castigó a una vida perpetua.

Sentado en el borde de la cama, reconoció para sí mismo que, después de dos siglos, se sentía agotado de vagar, de ocultarse para que nadie descubriese su mentira y, al mismo tiempo, su horrenda verdad, que por sangre implicaba

también a Malcolm. El día anterior había supuesto otra prueba de fuego que lo dejó exánime, ya que su actitud debía ser convincente para todos.

Se frotó la cara frustrado.

«Ojalá pudiera arrancarme la piel y dársela de comer a los carroñeros», arremetió.

Un movimiento detrás de él lo devolvió a la realidad. Se giró para contemplar aquella estampa casi salida de la paleta del mejor pintor: una mujer de melena castaña desparramada entre sus hombros y la almohada dormía plácida. Su belleza, exultante cuando estaba despierta, ahora se mostraba serena en brazos de Morfeo. Su rostro de suaves líneas solo mostraba un perfil. La piel color nácar resaltaba sus rosados labios hechos para besar, su nariz y aquellas pestañas largas, en las que no se había fijado hasta entonces, un manto que protegía los océanos que habían capturado sus iris.

Parecía que no le estaba permitido observar su belleza durmiente en todo su esplendor. Pensarlo mientras la tenía delante le encogió el corazón. No se consideraba un hombre que se dejara arrastrar o conmover por las emociones, no obstante, como egoísta que era, aquello lo afectaba personalmente, y la razón lo carcomía por dentro: Ava era la única que podía salvarlo.

—Ángel de cabello color caramelo, mirada aguamarina, sonrisa color fuego, arribaste en mi vida para mi redención. Ojalá... —La voz se le quebró. No obstante, tuvo el valor para acariciarle la mejilla sonrosada por el calor de la cama, con el dorso del dedo. Ese exquisito tacto, que le recorrió el cuerpo a la velocidad de la luz, le provocó una sensación de rechazo hacia su persona. Aquel ser puro, límpido, lo hizo sentirse de nuevo un monstruo y retiró su mano.

Alan recordó las palabras de Maritha Mae.

## Capítulo 23

### Un futuro, una larga espera

*Ciudad de Nueva Orleans.*

*Último tercio del siglo XIX.*

Alan Payne cruzaba la conocida plaza Congo de la ciudad de Nueva Orleans cual fantasma, pues, vestido con un traje oscuro, su figura se fundía con la negrura de la noche y para verlo había que aguzar bien la vista. La presencia de blancos no era muy frecuente, ya que se trataba del barrio afroamericano más importante del país; aun así, no despertaba mucho interés entre las pocas personas que había en la calle. Si repararan en él, verían un hombre alto, delgado, de mirada desconfiada, que disimuladamente atisbaba por el rabillo del ojo. Inteligente, pronto se percató de que, en aquel suburbio al que la mujer había llamado Treme, convivían gentes bienhechoras con otras con un tipo de vida de bajos principios morales o conductas licenciosas, como delincuentes...

—Caballero, no se moje, pase dentro y lo calentaré —le comentó una meretriz cuando pasaba por delante de un burdel.

Las prostitutas buscaban clientes a pesar de aquella lluvia que caía a raudales sobre la ciudad sin dar un momento de alivio. En vez de refrescar el ambiente, la sensación de calor y humedad, como el aumento de la temperatura, hacía que fuese agobiante. Además, su traje se pegaba a sus

extremidades como una segunda piel. El aguacero, si pretendía desinfectar y limpiar las inmundicias que allí vivían, lo único que lograba eran charcos donde la suciedad se emponzoñaba y de los que salía una extraña niebla que se mezclaba con los vapores que procedían de los salones o burdeles, cuyos efluvios hacían el aire casi irrespirable por el hedor que quedaba impregnado en la nariz. Estaba seguro de que si oteaba por encima del hombro se confundían también el humo de las chimeneas de los barcos de vapor. La callejuela lo sofocaba mucho más. Daba la impresión de que sus casas, cada vez más juntas, lo engullían, lo que aumentaba su ahogo.

Pasó de largo ante la mujer de generosos pechos, caderas redondeadas, que se contoneaba seductora, sin gracia, vestida con poca ropa. Apretó el paso calándose el sombrero hasta los ojos para protegerse de la lluvia, aunque el sudor se entremezclaba con algunas gotas de agua mientras consideraba las grandes contradicciones de esa ciudad.

Nueva Orleans, de fuertes raíces francesas y españolas, tenía un clima favorable para cualquier bicho, como los mosquitos, que era bueno para generar una clase de vida callejera porque los restaurantes tenían sus ventanas abiertas siempre al exterior. Su carácter portuario atraía comerciantes de todas las regiones, era una fuente de ingresos muy importante; así se había forjado ese crisol multicultural (francés, español, criollo, procedencia africana de los antiguos esclavos, angloamericanos y un largo etcétera), y se había creado otra de sus grandes paradojas: con un paseo, más o menos, se podía vagar entre la riqueza más opulenta –alguna recaía en manos de los criollos con nombres franceses falsos– y la pobreza más extrema –en la que normalmente residían los que toda su existencia había vivido bajo el látigo de un amo–. La plaza que había dejado atrás había sido lugar de compra-venta de vidas humanas, de ahí su nombre. Para alegría de muchos, aquel abyecto negocio ya había desaparecido hacía más de una década.

Consiguió, al fin, cruzar el camino sin darse cuenta de que el fango se adhería a las suelas de sus zapatos y a los bajos de su pantalón igual que el

pegamento, sin cabrearse por ello. Llegó a la pequeña casa de piedra con la puerta de color blanco, que la diferenciaba del resto. Llamó. Era una construcción humilde, como todas las que la rodeaban, pero entre la oscuridad pudo comprobar que no eran iguales, pues había algunas que resaltaban por la grandiosidad del siglo anterior. Una señora muy delgada le abrió la puerta vestida con un uniforme en tonos azul pastel y blanco, igual que la cofia de la que sobresalían algunos rizos muy prietos de color gris, que contrastaban con su piel morena.

—Adelante, señor. —Le cedió el paso estirando hacia dentro la mano—. *Madame Mae* lo está esperando.

Con una educada inclinación de cabeza, Alan Payne entró, no sin antes sacudir el sombrero para retirar los restos de lluvia y no mojar con incómodas gotas el pulcro suelo. Observó, mientras la sirvienta cerraba la puerta con sumo cuidado de no perturbar la quietud que desprendía aquella casa, las paredes color morado, tintura un tanto rara, a la vez que extravagante. «Qué se puede esperar de la vivienda de una pitonisa», comentó para sí mismo. En cambio, los muebles del pasillo, dos aparadores de madera de aspecto robusto, le daban una elegancia casi impropia. Si se paraba a contemplarlos, llegaba fácilmente a la conclusión de que no pegaban con el morado. En los dos había unos jarrones con flores frescas, en los que solo reconocía la rosa; el resto de las variedades le eran desconocidas.

—Por aquí. —Cogiendo la lámpara de aceite, lo encaminó por el pasillo un tanto estrecho debido a la escalera que llevaba al piso superior. Pasó una puerta entreabierta tras la que solo vio un amplio sofá frente a la chimenea, apagada en ese momento. «Un comedor», pensó. Un poco más adelante había otra. Por raro que pareciese solo vio una vitrina con objetos que no pudo identificar debido al paso apurado de la criada. Agitó la cabeza para no arrepentirse de estar allí. La mujer se paró frente a una puerta algo más pequeña que las anteriores. Pegó dos suaves golpes, como si se tratase de una contraseña.

—Adelante. —Se oyó una voz en la que reconoció a la mujer que venía a visitar.

Salió un exótico olor a incienso que le taponó la nariz.

—Señora...

—Hazlo entrar —la interrumpió, conocedora de la persona que le iba a anunciar.

Adelantándose, Alan traspasó con el pie derecho el umbral de la habitación cerrada a cal y canto. Su reducido tamaño, en vez de dar un aspecto acogedor, resultaba lo contrario, atosigante; no por los muebles, sino porque el suelo estaba cubierto por un montón de alfombras diferentes; además, había plantas por doquier de aspecto cada cual más extraño, reforzado todo ello por los cortinajes de grueso terciopelo rojo —o rojo putón, como lo denominaría Malcolm—, que tapaban las dos ventanas sin permitir que entrase una pizca de luz. Allí podía cometerse una gran orgía y permanecería en el más estricto desconocimiento para el resto del suburbio. Aquella habitación era la entrada a otro mundo del que Alan desconfiaba, ya que se escapaba de su entendimiento y control.

Ella estiró la mano a modo de ofrecimiento. Obedeció en la única silla libre frente a ella. La mesa que los separaba era de madera, redonda y de tamaño medio, cubierta por un mantel en el que se combinaban los morados y los rojos. Había una bola, varias barajas y un quemador de plata del que salía una fragancia a perfume de una mujer. Le gustaba olerlo, aunque cogió la nariz entre los dedos pulgar e índice para frotarla, gesto que no le pasó desapercibido a Maritha Mae.

—Sándalo de contrabando. Favorece la espiritualidad y los poderes mentales, más en noches como esta, de luna llena, donde sus vibraciones son muy sensibles. Quemado con artemisa, ayuda a invocar a los espíritus, pero no estamos aquí para eso.

Alan miró todas las plantas a su alrededor.

—No se inquiete, atiéndame —pronunció con severidad, a lo que Alan

obedeció—. Todas estas plantas son mágicas, ninguna interferirá en mis asuntos ni en los de mis clientes si yo no lo ordeno, pero debe concentrarse en el propósito que lo ha atraído aquí. —Movi6 las manos para dispersar los efluvios—. Aspire. —Le sonri6 mostrando sus dientes amarillentos—. Relájese; abra la mente.

Asintió en silencio, nervioso, envarado, sin apartar la vista de la joven mujer a quien los maltratos de la vida y el pasar de los años habían envejecido antes de tiempo. Con el pelo recogido en un turbante amarillo centelleante, quedaba más resaltado su rostro ovalado, de fina barbilla, labios rojos sobresalientes y carnosos, nariz chata, mejillas amplias, como los pómulos, donde alguna enfermedad había dejado su marca; sus ojos negros eran vivos y brillaban con astucia. Unas cejas finas, bien cuidadas, los encuadraban sobre una frente amplia recortada por la tela. No se podría decir que no era atractiva.

—Empecemos —la urgió.

—Controle su impaciencia, es muy mala consejera —lo retó—. Tranquilícese y, durante todo el tiempo que esté aquí, no cruce las piernas ni las manos —le pidió sosteniéndole la mirada con otra inquisitiva.

Alan bufó cuando ella desvió los ojos hacia los dos mazos de cartas, que cogió y sostuvo en el aire.

—Escoja una de las dos.

Alan señaló la que sostenía en su mano derecha. La mujer, sin quitarle ojo de encima, como si quisiera grabar su rostro en su retina, barajó con rapidez. Paró e hizo tres montones.

—Debe decirme el orden de las cartas.

—Primero el derecho, después el centro y el último. —Señaló cada uno con el dedo índice para que no hubiese equivocación alguna.

Maritha Mae separó los dos restantes y comenzó a colocar las cartas por orden, boca arriba. En cada una de ellas había figuras humanas u otras difíciles de descifrar. Alan se asombraba con cada imagen.

—Sobre su alma pesa una maldición. ¿Ha estado enamorado alguna vez?

—No.

—Reformulo la pregunta, ¿ha estado casado en otra época?

—Sí.

—¿Conocía bien a su esposa?

—No.

—¿Podría dejar de ser tan escueto y explicarse un poco mejor para que me ayude a entender su situación?

—¿Y usted podría contarme qué ve?

La oscuridad de aquellos ojos lo clavó en el asiento, le cortó la respiración por unos segundos, pues cavó en su interior hasta tal punto que temió por su integridad. La mujer no le permitía ninguna chanza, debía obedecer de la mejor manera posible.

—Lo que veo es que ha estado casado un siglo atrás con una mujer bastante peligrosa, una hechicera, que daba mucha importancia a su corazón, el cual usted rompió con sus desmanes y su falta de sentimientos hacia ella.

—No es un pecado estar casado con una mujer a la que no se ama, ¿acaso no hay matrimonios en esas mismas condiciones? —inquirió, exasperado con esa mujer que se estaba adentrando en terreno pantanoso.

—Sí, los hay, y son más frecuentes de lo que nadie se cree, pero en su caso acarreó su propia perdición porque su indiferencia provocó que en ella calasen el resentimiento, el rencor. —Levantó una carta donde había una pareja desnuda y, detrás de ellos, otra mujer a lo lejos—. No hay nada peor que una mujer enamorada; su amor se convirtió en una obsesión por usted y pudo haber rozado la locura barruntando si le era infiel.

—Jamás le fui infiel —repuso sin amilanarse.

Maritha levantó los ojos y comprobó en él la verdad.

—Ella no lo sabía. —Puso la carta en su sitio y cogió el siguiente montón, que fue echando encima de las otras—. Estaba sumida en la más grande de las melancolías... Sufrió hasta su final. A ver. —Cogió la última tanda de cartas y

cubrió las que estaban sobre la mesa—. Tuvo un final muy duro, doloroso, añadiría yo, mas no fue culpa suya, señor, sino de un espíritu femenino irresponsable, que por su propio egoísmo la empujó a una aventura que ella no deseaba. Una mujer que no medía las consecuencias de sus imprudencias y, como buena hechicera, su difunta esposa murió en unas circunstancias muy crueles, hasta ahí puedo leer, y pronunció un hechizo que cayó sobre usted antes de morir, cuando más fuerza adquieren los encantamientos y se impregnan de una energía poderosa.

—¿Y lo puede romper? —inquirió impaciente a la espera de que la mujer se pronunciase—. ¡Dígame algo!

—Le repito que la impaciencia es mala consejera, más ahora, señor, y no, yo no seré quien rompa este maleficio que recae sobre usted, pero otra vendrá, una mujer más joven que aparece en su vida en un futuro todavía lejano. Ella será su redentora. Una mujer de características especiales; por su naturaleza nacerá bajo el signo del agua. —Levantó la vista hacia él, que la observaba con desesperación.

—¿Cuándo ocurrirá?

—Yo no estaré en este mundo cuando esa muchacha nazca. En un futuro muy lejano; mientras tanto, le tocará esperar. Si me lo permite, antes de que se marche. —Se levantó y se acercó a la coqueta que tenía detrás. Abrió el primer cajón y extrajo algo que Alan no pudo ver hasta que lo tuvo delante. Era un colgante con un tótem de madera tallada—. Póngase este colgante y nunca se lo quite, lo protegerá de todo mal, pues una persona como usted está indefensa ante tan largo viaje de vida.

—Entonces...

—Le toca esperar —sentenció—. No sufra, todo llegará. ¡Anita! —llamó a la criada—. Lleve a la salida a este buen hombre.

Alan se levantó en silencio. Metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó unos cuantos billetes bien doblados que dejó encima de la mesa. Salió sin decir nada. La desazón por aquel vaticinio lo desoló. Las

dudas le cubrían la mente como los nubarrones cubrían la claridad del cielo.

Una vez fuera de la casa, que debía olvidar lo más rápido que le fuese posible, respiró hondo, ya que le tocaba buscar la fórmula para narrarle todo a Malcolm.

\*\*\*

Maritha cogió los billetes rápidamente, antes de que saliesen volando, cuando el extraño hombre se fue. Los olió; llevaban impregnada la esencia masculina. Escuchó a la criada acercarse y se los metió en el interior del corsé.

—Mucho tiempo ha estado con ese caballero, señora, nunca dedica tanto a otros clientes...

—Este es especial —dijo con misterio.

—¿Especial?

—Sí, si la impaciencia y su carácter no se lo impiden, debe encontrar aquella a quien ame de verdad para romper un maleficio...

—Interesante —murmuró la criada, asombrada.

Su señora levantó la mano para hacerla callar.

—Lo que no sabe es que ese amor debe ser correspondido.

—¿Por qué no se lo dijo?

—Porque debe averiguarlo por sí mismo. Si no lo logra... —Chasqueó la lengua—. Vagará como un fantasma por la Tierra.

## Capítulo 24

Quien no busca,  
a veces encuentra

*Ciudad de Salem, Massachussets, 1792.*

—Ojalá... —susurró una voz familiar en la lejanía, y una caricia, suave como las alas de una mariposa, le recorrió todas las terminaciones nerviosas.

Ava poco a poco despegó los párpados todavía cosidos por el fino hilo del sueño. Una figura humana se movía con extremo cuidado al lado de la cama para dirigirse luego a la puerta.

—Alan. —Desenredando un brazo de las sábanas, lo sacó fuera. El frío de la habitación se transformó en pequeños cristales de hielo que le cortaron la piel y le erizaron el vello.

Él acudió a su llamada tras dejar la vela en la mesita donde segundos antes había estado.

—Me voy al puerto, Malcolm me está esperando fuera. —Le cubrió su fría mano con las suyas para calentarla—. Duerme, todavía es temprano.

Acto seguido, con las miradas entrelazadas en algún punto de aquel espacio-tiempo que ellos mismos habían atravesado de manera mágica, e inexplicablemente, sin pensarlo, como si fuese lo más normal entre ellos, Alan depositó en sus nudillos un tierno beso. El agradable tacto de sus labios, el sedoso roce de la barba atravesaron el cuerpo de Ava con la energía de un

rayo de excitación que la despertó de los resquicios del sueño. Exhaló un gemido quedo que aceleró su respiración. Manteniendo la proximidad, Ava se apoyó sobre su codo y acercó su rostro al de él de modo que todo parecía indicar que iba a besarlo, pero en el último segundo, justo cuando Alan también iba directo a su boca, ella desvió su trayectoria hacia su oreja.

—Regresa pronto —le susurró de manera sugerente.

Alan deslizó la punta de la nariz por su pómulo. Ava fue testigo de cómo él se lanzaba al vacío, pues, con sus alientos convertidos ya en uno, buscó ferviente su boca. Pero al igual que la infortunada noche en el porche, Ava se alejó, y sus labios se contuvieron en una sonrisa.

Su reacción tuvo consecuencias inmediatas: Alan apretó tanto las muelas que su boca casi se desdibujó. La soltó como si quemara. El gris de su mirada ardía en llamas de furia. Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Jamás me pidas nada que no sientas. Y no, no regresaré.

Aquella fría e indolente despedida fue un mazazo para Ava, una patada en el estómago que le hizo comprender que ella también se moría por un beso de él, pero las dudas se lo impedían. Dudas referentes a Alan, a sus sentimientos hacia ella. Era indiscutible que se sentía atraída por él, no había palabras para definir todo lo que su cuerpo percibía cuando estaba a su lado: su corazón latía desbocado, las manos le sudaban y la respiración se le aceleraba. Nadie, ni él, sabía lo reconfortante que le resultaba dormir a su lado o dejarse abrazar. Desde que descansaba en sus brazos la imagen de esa mujer casi había desaparecido, no obstante, la congoja que le supuso oír aquellas palabras la acercó a los entristecidos sentimientos de ella.

Ava comprendió un poco más a esa mujer con la que soñaba, pues que Alan no volviese le dejaba una marca de dolor incurable. ¿Cómo hacerle comprender que no estaba jugando con él? Con lo cabezón que era, le costaría toda una eternidad. Debía pensar con celeridad...

\*\*\*

Una gota se desprendió del tejado, cayó en su cofia y traspasó a su pelo. Se rascó la cabeza mirando hacia arriba, con la buena suerte de que otra le cayó justo en la frente. Se alejó mientras se limpiaba con los dedos la fría humedad, que la destempló un poco más de lo que estaba. Se adentró en el huerto, que resplandecía una vez arrancadas las malas hierbas. Las verduras respiraban y crecían libres, no así la parte más alta, que estaba próxima al bosque.

Decidida a seguir trabajando para olvidarse durante unos minutos o, a poder ser, durante unas horas de Alan, se arremangó la falda y fue hacia la parte alta, que era una verdadera selva. Durante la noche había caído toda la lluvia que en aquellos días las nubes habían amenazado; la suficiente para que la tierra la tragase, de ahí que no hubiera ningún charco, aunque sí estaba algo más reblandecida. Entre la naturaleza, sin coches ni asfalto, se permitió el lujo de llenar sus pulmones de aquel aire puro en el que se leía la humedad que cargaba y chispeaba en el ambiente. La tierra despedía su intenso aroma, también la hierba mojada y la madera de los árboles, en tanto que la brisa fresca que se colaba entre ellos y de vez en cuando movía las ramas desnudas de arces y robles lograba que el silencio perturbador que guardaba el bosque se viese envuelto de antiguos rumores que acompañaron a Ava hasta cerca de sus lindes. Incluso le pareció que las copas hacían una reverencia y se juntaban como si no quisiesen que ella traspasase aquel límite. Ava agitó la cabeza. Eso no podía haber sucedido.

\*\*\*

Pipper miraba las burbujas del agua amarromada que empezaba a hervir en un pequeño cazo abollado en algunos lados, con la mente perdida en sus pensamientos. Unos que giraban en torno al siglo XVIII, a la posibilidad de regresar a su tiempo, tres siglos después. «Hay que hablar seriamente con Ava», se exhortó. Reaccionó al escuchar el agua derramarse, cual suicidio, del cazo. Cogió un trapo un tanto mugriento y lo apartó a un lado para luego

taparlo, así podía reposar el té recalentado. Sí, también debían buscar la manera de comprarlo. ¡Cómo deseaba regresar al siglo XXI! ¡Cómo lo añoraba!

Con una abrumadora decisión que le espoleaba el espíritu, mientras su alma izaba la bandera de la libertad, salió de la cabaña. Sabía que Ava andaba por algún lado del huerto; siempre se le habían dado muy bien las plantas, sus cuidados y todo lo que conllevaban, algo normal, por otro lado: Minna la había enseñado desde niña. Cómo echaba de menos a esa mujer, sus comentarios a veces sarcásticos, otras picajosos.

Bajó los escalones y se dirigió al lado izquierdo de la casa. Allí, en la parte más alta, encontró a su amiga, que con los brazos en jarras contemplaba lo que parecían hierbas. Así que ese era su secreto: hipnotizarlas. Se arrebujo en la capa que le cubría los hombros y se fue acercando a ella a paso rápido. El té podía enfriarse con ese frío que le calaba hasta los huesos y no podía sacar del interior. La naturaleza le daba la razón, pues a pesar de que la hierba estaba tintaba de un verde que le recordaba a su siglo, permanecía congelada, ausente de la realidad. Era una mera decoración que alguien había puesto ahí.

—¿Qué hacéis aquí? —La escuchó hablar con las plantas.

—Ahora hablas sola, sí que te ha dado fuerte —bromeó sonriente.

Ava se volvió hacia ella lívida; su rostro y su expresión reflejaban la impresión propia de ver a un fantasma. Si se podía describir así, ya que ella no había tenido semejante experiencia.

Agitó la cabeza antes de contestar.

—Pipper, aquí hay plantas como las que cuida mi abuela en su invernadero.

—Plantas de brujas —afirmó sin resuello. Sí, ella había aprendido una lista bastante grande de plantas que tenían propiedades medicinales, pero acarreaban una larga historia *brujeril*.

—Mira. —Ava le indicó con el dedo la dirección—. Ahí está el tomillo, pero es que a su lado está la artemisia, una planta muy usada por las brujas. Allí está el estramonio, una de las más venenosas.

—¡Hala! ¿Estamos en la casa de una bruja? —inquirió sin separar sus ojos

de aquellas aparentemente inofensivas plantas.

—Eso como mínimo.

Su mente iba a mil por hora, analizando hechos que hasta el momento parecían inconexos, aunque todo cobraba sentido.

—Eso explicaría que se haya marchado despavorida abandonando casi todos sus enseres. A lo mejor deberíamos preguntarle a Mary por la gente que vivió aquí, ella seguro que lo sabe.

—No es mala idea.

Se mantuvieron unos segundos en silencio, en los que Pipper tuvo que asumirlo: en el siglo XVIII en Salem, tras los fatídicos juicios que pasarían a la historia, aún había quien se atrevía a tener aquello plantado a los ojos de la gente, arriesgándose a ser juzgada. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y le dejó un pozo de desasosiego. Normal que su amiga estuviese consternada.

—¿Qué buscas?

—Si hay estramonio y artemisia, tiene que haber otras, como belladona, mandrágora, escondidas de la luz del sol...

—Y tendría que haber un lugar en el que se practicaran los rituales.

Ava dio un paso al frente y comenzó a girar sobre sus pies igual que un faro, oteando entre aquellos árboles que estaban más dispuestos a esconder que a mostrar.

—Exacto, pero ¿dónde? —Lanzó la pregunta con ansiedad.

Pipper se acercó a su amiga y enebó sus brazos como las agujas. Siempre lo hacían. En esa ocasión pretendía calmar sus nervios. Sí, era muy extraño, además de peligroso. A ella misma le sucedía, porque había cosas que le rechinaban mucho y aquel era el momento de hablarlo:

—¿Te acuerdas de que en el Instituto Culinario de América nos explicaron que durante varios siglos se utilizaban sótanos para guardar verduras, frutas de temporada, la mantequilla y otros productos?

—Sí —repuso.

—Dentro de casa no vi ninguna trampilla.

—Es verdad. —Ava al fin cayó en ese detalle.

—Aparecerá, estoy segura. —La quiso tranquilizar sin mucho éxito—. Venga, vayamos a tomar algo caliente antes de que nos convirtamos en estalagmitas.

Tiró de ella para regresar a la casa.

Una vez dentro, con la puerta bien cerrada, el calor de la ardiente chimenea las recompuso del frío. Pippet sirvió dos tazas humeantes bien llenas de aquel té que les había dado Mary.

—Lo he recalentado, buena opción cuando la cafetería deje de funcionar.

Ava fulminó a su amiga con la mirada hasta que se dio cuenta de que contenía la risa.

—No me mires así, estoy de broma, ¡cómo estamos, eh! —Asintió con la cabeza al igual que si la estuviese regañando.

Percibió cómo Ava volvía a sumirse en sus pensamientos.

—Ava, ¿por qué no hablas con Alan de esto? Él es experto en estos temas de brujería...

—No, además, dudo que hoy me hable.

—Con sus conocimientos y los tuyos, a lo mejor lográis encontrar una manera de regresar a casa —insistió agarrada a la taza.

—No, primero, porque le tendría que explicar mis orígenes, y segundo, porque nuestra relación no es buena...

—¡Y tú no estás pensando en mí!

Aquellas palabras asestaron un duro golpe a Ava. Sus ojos asustados se lo confesaron sin la necesidad de pronunciar nada. Su amiga no contaba ni con su reacción ni con la recriminación de sus actos. Pippet muy pocas veces la había reñido, ella era la sensata de las dos, pero en aquella ocasión se equivocaba. Se impulsó tan rápido hacia arriba que el chirrido de la silla en la madera del suelo retumbó hueco.

—¡Estás siendo una egoísta! No te importa que estemos en este lugar con tal de mantener a salvo tu secreto cuando a lo mejor lo que necesitáis vosotros

dos es confiar el uno en el otro, y qué mejor manera que contárselo. ¡No voy a quedarme aquí! —Puso el dedo índice en la mesa para enfatizar—. ¡Quiero regresar a mi casa!

## Capítulo 25

### Soy una bruja

*No, we don't need to rush this  
let's just take it slow.*

*Lady Antebellum, Just a kiss*

La figura de Ava quedaba recortada entre la oscuridad que envolvía la estancia y la luz que proyectaba la chimenea. La alargada mesa, las sillas, el aparador y el mueble creaban tétricas sombras que se unían en el techo o, por el contrario, eran fantasmas que la acechaban, mientras se mecía, inconsciente, en la mecedora, movimiento que la adormecía, pues el cansancio iba haciendo mella en ella tras un largo día de trabajo que había transcurrido de manera muy extraña. Las palabras que Pipper le había echado en cara abrieron un abismo entre las dos amigas que ninguna supo cómo salvar. Era la primera vez que sentía a su amiga tan cerca y tan lejos, por ello tomó la decisión de hacerle caso. Estaba levantada a la espera de Alan, que, firme a su palabra, no había aparecido por allí en todo el día.

No sabía cómo, pero metía la pata constantemente. Siempre se había considerado concienzuda, firme en sus decisiones, que pocas veces habían afectado a sus allegados, no así en esa ocasión. Ya no podía fiarse de sus convicciones: cualquier afirmación o negación se convertía en una flecha que perjudicaba a alguien. Por eso, con la cabeza dentro de la soga, hablaría con él, a pesar del miedo a la reacción de Alan. No iba a ser nada fácil, el carácter

que él se gastaba lo podía complicar. Tampoco le gustaría que su confesión provocase mofa, que la tratase como una demente o que lo decepcionase por contarle la verdad de su vida, aunque tenía algo a favor: su especialidad académica.

Sí, debía correr ese riesgo por el bien de su amiga y el suyo propio. En definitiva, por el bien de todos.

Un ruido en la puerta hizo que se levantara de inmediato. Los nervios se le pusieron en tensión, agarrotaron los costados de su cuerpo y le oprimieron las costillas hasta el punto de dolerle en cuanto Alan cruzó la puerta.

—Alan. —Pronunció su nombre a media voz.

Él miró por encima de su hombro, cerró la puerta y se giró hacia ella con gesto adusto.

Ava confirmó que no sería fácil mantener una charla tranquila. Aquel ceño fruncido era una advertencia clara; además, en el gris de sus ojos, oscuros casi como la noche que cubría el exterior, se impregnaba la mirada desafiante mezclada también con la desconfianza.

—Deberías estar acostada. —Esa queja zanjaba cualquier posibilidad de conversación. De hecho, con movimientos bastante violentos se deshizo de la chaqueta, que dejó tirada en el respaldo de una silla.

—Tenemos que hablar —dijo con tono casi suplicante.

—No.

—Sí —arremetió cuando él se disponía a marcharse a la habitación.

Alan bajó la cabeza en señal de que faltaba muy poco para que su paciencia se agotase.

—Ava. —Se mesó el pelo. Ese simple gesto demostraba que se estaba controlando. Al encararla, su rostro, que quedaba casi en la penumbra, era ceñudo, sobre todo, por el efecto de la barba—. Mira, estoy cansando, no estoy para tonterías y no tengo nada de qué hablar contigo. Aunque lo tuviese, no lo haría, porque ya es bastante estresante aguantarte y dormir contigo cuando no nos soportamos. Aquí no tenemos por qué fingir...

—Soy bruja —confesó de improviso.

—¿Qué?

Fue la primera vez que vio a Alan incapaz de esconder su estado tras la indiferencia o la expresión granítica tan característica en él. Aquella declaración lo había enmudecido, de hecho, abrió la boca e, impedido, la cerró. Estaba tan bloqueado que ni parpadeaba.

«¿De verdad no va a decir nada?», se cuestionó. Desconfiada por esa falta de reacción en él, sospechando que podía desembocar en un gran enfrentamiento, se le acercó, lo agarró de la manga de la camisa y lo arrastró a la habitación con el propósito de molestar lo menos posible a sus amigos. Una vez dentro, cerró la puerta con el peso de su cuerpo, pues necesitaba un punto de apoyo. El silencio de él no la estaba ayudando, no sabía cómo interpretarlo.

—Di algo, por favor. —Suspiró más cansada que nunca.

Bajo la luz de las velas que todavía no se habían consumido desde que las encendió por si no aparecía aquella noche, la barba era el único toque de color en el rostro de Alan, ya que su piel era casi transparente.

—Las brujas no existen, deberías...

—Mi familia materna, las Owens, apellido con el que son conocidas en Salem, es oriunda de Inglaterra. Desde allí atravesaron el océano rumbo a Nueva Inglaterra, trayendo consigo todos sus conocimientos. Se salvaron de los juicios que se celebraron aquí manteniendo bien ocultos sus dones y disimularon aquello que las hacía diferentes. Solo cuando los tiempos fueron propicios, les confiaron a los más allegados su secreto y consiguieron su fidelidad. Es verdad que no podemos volar en escobas, pero vemos y predecimos lo que otros no podéis. Ayudamos a la gente siempre que nos lo piden, estamos en contacto con la naturaleza, así desciframos sus símbolos y todo lo que ocurre en ella. Yo... —«Calla, no le cuentes todo», se advirtió a sí misma.

Bajó la cabeza con el fin de reconducir su discurso, pero Alan se adelantó:

—¿Por qué me lo cuentas? —Se mostraba impasible, incluso molesto.

Ava dio un paso adelante hasta situarse frente a él para demostrarle que no le temía y que de ninguna manera iba ceder.

—Porque confío en ti —reveló, tranquila. No le pasó desapercibido cómo se envaró. Sin morderse la lengua, continuó—: Además, sé que eres profesor de Magia y Brujería en la Edad Moderna, creo que ya por eso debes comprenderme.

—¿Cómo lo sabes? —Enarcó una ceja, interrogante.

—Tranquilo, no tengo una bola de cristal. Fue más sencillo: Pípper os encontró en Internet, no me preguntes cómo, y me lo contó. Todo esto viene a cuento por lo que he encontrado en la parte trasera de la casa. Si me acompañas, te lo mostraré.

Nada más decirlo, dio la vuelta dispuesta a salir. De pronto, una mano la sujetó firme por la cintura y le impidió continuar.

—Ava, es tarde, hace frío y no tenemos una linterna para alumbrar en la espesura...

—Lo he limpiado, aunque preferí que se mantuvieran disimuladas. —No se dejó disuadir.

—¿De qué me estás hablando?

—De plantas. Plantas con connotaciones mágicas.

Alan la giró agarrándola firmemente por los hombros.

—No, Ava, mejor mañana por la mañana.

—Pero...

Ella intentó darse la vuelta otra vez, pero Alan no se lo permitió. Sus manos volaron de los hombros a su rostro. La calidez de aquellas manos grandes de dedos finos y largos le traspasó la piel. Le sosegó la ansiedad por todo lo relatado. No obstante, su cuerpo se alteró pidiendo más. La cercanía saturaba el aire entre ellos, les dificultaba la respiración, los hacía víctimas de aquello que no sabían que sentían. Los dos acortaron las distancias. Ava entró sin miedo en un bucle de excitación donde la pasión era la única realidad y lo copió. En el temblor de sus manos se podía descifrar el estado de agitación en

el que estaba. Con dedos temblorosos y abiertos recorrió su barba, un tanto áspera, punzante; sintió el contraste entre la calidez de la sombra velluda y la frialdad de la piel de los pómulos.

Sus alientos, otra vez, eran uno.

Sus pechos subían y bajaban acompasados.

Ava rozó la punta de su nariz con la de él en una dulce caricia.

Ya estaba perdida en esos ojos grises que desde el principio habían revolucionado su mundo y lo habían puesto patas arriba. Oscurecidos cual tormenta, en aquel preciso instante se dio cuenta de que eran su refugio. No importaba que Alan estuviese alegre o enfadado, con él sentía una seguridad que siempre pensó que tenía.

Movida por su propio anhelo, apretó su agarre y lo besó en la comisura de los labios. Cerró los ojos para guardarlo en lo profundo de su mente.

Un leve gruñido salió de la garganta de Alan, que la separó. La miró fijamente hasta que comprobó que le prestaba toda su atención.

—Lento —musitó él con voz enronquecida, sosteniendo más fuerte su rostro entre sus manos—. Debemos ir lento, quiero evitar cometer errores por todos los medios.

Tras su petición, los dedos de Ava recorrieron un imaginario camino descendente para luego aferrarse a las foscas puntas de su pelo, allí donde sus brazos formaban un lazo que no le permitían escapar. Escondiendo la cara en el hueco de su cuello, aspiró esa esencia tan suya, tan vibrante y aromática, en la que la mezcla amaderada con toques a albahaca, verbena y cuero, que la relajaban, la excitó. Apoyó sus labios en la fina piel ya erizada de la base y estos se impregnaron de un sabor picante.

Se fundieron en un abrazo y sus almas hallaron un resquicio de libertad.

## Capítulo 26

### Alan, el profesor

Acostados en la cama, abrazados, con las piernas enredadas, compartían un momento de tranquilidad en sus vidas, al tiempo que observaban arder el fuego en la chimenea que iluminaba muy poco la habitación y creaba un espacio en penumbras porque las velas ya hacía rato que se habían consumido. Un río sosegado fluía en aquel ambiente acogedor, acompañado por un silencio que no era molesto, sino que les reportaba quietud, la propia de las parejas que disfrutaban de su compañía. El sonido frenético de sus corazones era el único lenguaje secreto al que prestarle atención, a la vez que sus metáforas eran un reflejo de las llamas que contemplaban.

Sin embargo, esas circunstancias también les eran extrañas: la cercanía, la calidez de sus cuerpos pegados y separados por sus camisas; acariciarse; sentirse sin rechazos ni dobleces; sin buscar la manera de alejarse por lo dicho o lo hecho.

Únicamente, solazándose en él.

En ella.

En ellos.

¿Por qué les costaban tanto aquellos segundos? ¿Por qué reñir cuando solo querían estar así? ¿Por qué luchar contra la atracción que se palpaba entre ellos? Sin divagar, disfrutaron de haber roto otra barrera.

Ellos no necesitaban más.

—Cuéntame, ¿qué has encontrado? —La voz de Alan hizo eco debajo de la oreja de Ava, que tenía apoyada la cabeza en su pecho.

—Siendo profesor has tenido que leer sobre el archiconocido unguento de las brujas.

—La quintaesencia de las brujas, como conjuros y pócimas. —Girándose hacia ella, Alan apoyó la cabeza sobre la mano, lo que obligó a Ava a moverse.

—Todos ellos desarrollados a partir de las plantas...

—Las plantas de las brujas —terminó por ella—. Una ficción del sector religioso para amaestrar y así tener poder sobre los que se les escapaban o consideraban paganos.

—Es verdad. —Se colocó sobre su espalda y clavó la vista en el techo. Debía explicar lo que le habían enseñado desde niña sin distracciones—. Pero también hay algo de cierto. Todas esas mujeres conocían lo que ofrecía la naturaleza, tanto lo beneficioso como lo dañino, y sí, la acepción de las plantas de las brujas es acertada porque esos poderes te ayudaban a vivir o, por el contrario, te arrebataban la vida.

—No quiero llevarte la contraria porque no estás diciendo nada descabellado, aun así, debes saber que en todas las culturas se conocían los beneficios de las plantas, como de sus frutos, si daban. El beleño, desde la antigüedad celta, era una planta consagrada al dios Belenus, y, después, la Iglesia las bautizó con nombres de santos.

—¿Todas ellas qué comparten?

Alan sonrió. Le hacía gracia cómo una charla normal podía tomar tintes de examen oral. Ava estaba nerviosa, se notaba que no solía hablar de esa parte de su vida, que la diferenciaba del resto de las personas. Su familia la había aleccionado para mantenerlo oculto, bajo un halo de normalidad que se perdía cuando quería explicarse. Para relajarla, si podía, con su mano libre empezó a jugar con un mechón de su pelo, fino y suave al tacto.

—Es un símbolo más de una contracultura regida por la ambigüedad debido

a que todo objeto, o animal, o lo que fuera que cayese en manos de esas mujeres cobraba unas connotaciones diferentes. Era un mundo donde la línea que separaba el bien del mal era muy estrecha, además de peligrosa, y cuando la imagen de Lucifer interfirió en ella, porque así toda superstición tenía sentido y cobraba unos tintes más malignos, se incrementó el miedo social.

—Imagino que habrás dado esta explicación en clase.

—Entre otras tantas. A veces hubo otros factores que promovieron la persecución de las brujas.

—No deja de ser teórica, aunque escapa a mi pregunta. —Agarró con fuerza el borde de la sábana y controló su respiración. Estaba más nerviosa de lo que debía—. Lo que comparten todas esas plantas son alcaloides, cuyas sustancias narcóticas se potenciaban siempre que las recolectaban el día propicio. Es una pena no tener Internet, podría mostrarte más. —Giró la cabeza para mirarlo de una vez por todas. A pesar de la escasa luz, vio que él estaba serio, no había mueca de diversión o, por el contrario, de malestar. No, nada de eso; la observaba como si estuviesen hablando de cualquier otro tema mundano. En silencio se lo agradeció—. Por eso quiero enseñarte qué tenemos plantado.

El ceño fruncido de Alan oscurecía su mirada y, para relajar la expresión, se deshizo del mechón y acarició las cejas finas.

—Mañana me lo enseñas todo. —Chasqueó la lengua, molesto—. Ojalá no tuviera que ir al puerto.

—No vayas —se apresuró a decir.

Le conmovió esa mezcla entre súplica y ferviente deseo de no separarse.

Era la primera vez que una persona le pedía permanecer a su lado.

—Ya veré qué hago. —Le sonrió—. Si voy, prometo regresar antes.

Acercó sus labios a la frente de ella y la besó. Durante unos segundos, mantuvo su boca pegada a su piel. Era una sensación reconfortante, que continuó cuando se apartó.

—¿Me crees? —le preguntó ella con voz queda y temblorosa.

Alan asintió. Solo esperaba que a través de sus pieles ella recibiese esa

afirmación.

—Sí —pronunció al fin para que quedase constancia—. Ahora, debemos dormir.

Se acomodó a su lado.

\*\*\*

—Seguro que has oído hablar de los supuestos vuelos nocturnos de las brujas sobre sus escobas, con las que acudían a los famosos aquelarres — intervino Ava, acuclillándose delante de una planta en la que solo había una flor blanca.

A su lado, Alan la observaba con curiosidad tras esa explicación del imaginario popular.

—Sí, claro, está implícito en su figura, de ahí la ambigüedad de la que te hablé anoche: utensilios benévolos, en sus manos, cobran tintes diabólicos. — Acarició entre sus dedos aquella hermosa flor suave como el terciopelo.

—Pues aquí tienes una de las plantas con las que fabricaban esos ungüentos que les permitían volar, la más peligrosa de todas ellas: el estramonio.

Esa mañana la naturaleza mostraba una faz muy diferente a la que había enseñado hasta entonces. Un manto blanco cubría hierbas y plantas, y las congelaba a los ojos de los hombres; parecía más temerosa de lo normal, como si no quisiera que se la relacionase con el hallazgo de Ava. Se protegía para que no se la prejuzgase. En sus lindes, el bosque también se mostraba más sombrío, incluso altivo. Pero ni Alan ni Ava se daban cuenta de esos detalles.

—No es la única. —Señaló con el dedo—. Allí, al otro lado, está la artemisia.

—¡Alan, debemos marcharnos! —gritó Malcolm.

Él miró por encima de su hombro al escuchar el aviso.

—Vale, regresaré más pronto y hablaremos de todo esto.

Ava asintió en silencio sin oposición.

Alan, sin reparos, se despidió de ella de la manera más insólita: un beso en los labios. Corto, rápido, cuyo efecto fue abrumador. Descolcó a Ava, y la dejó con los pies anclados en el suelo y con el corazón acelerado. Él actuaba como si nada hubiese ocurrido, cuando la noche anterior había pedido lentitud en un ambiente cargado de atracción, sedosa seducción y anhelante anticipación por lo que podía suceder.

¿Qué había sucedido? ¿Era que todavía estaba soñando? ¿Había perdido la cordura? O peor aún, ¿era que el mal olor del estramonio ya le había afectado hasta el punto de causarle alucinaciones?

«¿Esto es ir lento?», se inquirió a sí misma al reaccionar, muy tarde.

—¡Ah! Estás aquí. —Pipper se acercó a ella y se paró a su lado—. ¿Estás bien?

—¿Eh...? Sí, sí.

—Pues no lo pareces —repuso con mirada escrutadora.

Ava se puso en pie un tanto tambaleante. Observó el camino por donde se suponía que Alan se había marchado y, en un movimiento inconsciente, una mano voló hacia su boca.

—Sí, estoy... estoy bien. Alan ya lo sabe todo, hoy hablaremos más —contó rápido, muy impropio en ella.

Echó a caminar como si estuviese fuera de la realidad.

—¿A esta qué mosca le ha picado? —musitó Pipper con los brazos cruzados y gesto de asentimiento.

## Capítulo 27

### Contrastando información

Aquel fugaz beso cambió el devenir de Ava.

Ya no era una mañana más en el siglo XVIII porque en sus labios aún percibía la calidez de los de él, o su barba en el contorno de la boca. Todos aquellos recuerdos que bailaban en su cerebro avivaban un hormigueo constante en su bajo vientre, que la incomodaba y la alejaba de la realidad, pues, si se dejaba arrastrar por las emociones, se encerraría en la habitación y esperaría la llegada de Alan mientras una nebulosa de nuevas ilusiones la cubría, como ya le estaba sucediendo. Sí, aquel escaso medio segundo, o menos, supuso una pequeña inyección de alegría como nunca antes había experimentado.

Un beso que, en definitiva, se podía reflejar en su sonrisa. No sabía que sonreía. El beso de un nuevo comienzo.

Un beso que albergaba, quizás, el calor del corazón o de la pasión contenida.

Por otro lado, la presencia de Pippet la mantenía alerta. Sentía clavada en la nuca su mirada escrutadora; en la espalda recibía los disparos de su curiosidad. Decidada, Ava guardaría aquel beso en el más profundo de los secretos. La discreción era lo mejor cuando la felicidad y la desilusión estaban separadas por una fina barrera invisible. Solo quería saborear en soledad sus mieles, ya habría tiempo de contarlo.

Aguantó estoicamente hasta que, antes de lo habitual, como le había

prometido, Alan regresó.

Al abrirse la puerta una lengua de aire refrescó, si era que se podía definir así, el ambiente de la casa. Aunque el día estaba despejado, la tranquilidad que transmitía no era presagio de que se fuese a mantener, porque el horizonte estaba difuminado por una neblina que anunciaba la inestabilidad y prontas lluvias. Ava vio la mueca de preocupación que apagaba el brillo de sus ojos grises, aun así, nada más verla, se formaron unas arruguillas alrededor debido a que sus labios dibujaron una media sonrisa. Se acercó a ella; no la abrazó ni la besó. Intuía que a él tampoco le interesaba que su primo se enterase de su intimidad, lo cual Ava agradeció.

—Te lo prometí y aquí estoy —le dijo a media voz, acortando más la distancia entre ellos.

—Comprendería que no te pudieras escaquear.

—Me hubiese largado de todas formas.

—A lo mejor te meterías en problemas. —Ava, un tanto cohibida, bajó la mirada en el mismo instante en que la mano de Alan acariciaba sus nudillos. Aquel liviano y espontáneo roce prendió las ascuas de su cuerpo.

La levantó de nuevo al oír la risita por la nariz de Alan. Sí, su expresión demostraba diversión con la boca apretada y sus cejas, simpáticas, casi se unían en el centro de su entrecejo, con lo que marcaban surcos a lo largo de su frente.

—Me da igual —susurró.

—Podías ayudarme con estas cajas, gracias —protestó Malcolm, que sin resuello portaba una pesada caja de madera que dejó encima de la mesa.

Alan salió al porche y, cogiendo la otra, cerró la puerta con un golpe de talón.

—¿Y todo esto? —inquirió Pipper, sorprendida.

—Os lo envía Mary —aclaró Malcolm.

—¡Hala! Pipper, harina de centeno...

—Y de trigo. —Miró a su amiga entusiasmada, mientras se limpiaba los

dedos en la falda.

—Creo que también hay azúcar —anunció Alan tomando asiento—. Podrías hacer un bizcocho —propuso jugando con un dedo sobre la madera de la mesa.

Ava se envaró: ¿le estaba pidiendo que cocinase?

—No estaría mal —asintió Malcolm.

—Es verdad, Ava, hagamos algo dulce y llevémosle en agradecimiento un bizcocho a Mary mañana.

Los miró a los tres, que esperaban como niños una respuesta. Orquestado o no, aquello era un complot en su contra. Respiró resignada.

—Está bien. —Le sonrió—. ¿Todavía quedan arándanos?

—Sí, hay casi un plato lleno.

—Vale, pues los utilizaré para hacer un bizcocho.

—¡Al fin, comida normal! —vitreó Malcolm con entusiasmo casi juvenil

—Malcolm, tengo algo que comentarte —le dijo con cautela Ava.

—Dime, ¿qué es? —Proyectó todo su interés en aquella pregunta.

Le dio la vuelta a la silla que tenía delante y, sentándose en ella al revés, hizo que la madera crujiera debajo de su trasero.

—Es lo de... —intuyó Pipper.

—Sí.

Ava se fijó en el rostro de Malcolm: tenía el entrecejo ligeramente fruncido e, igual que a su primo, se le formaba un pliegue que ensombrecía un poco sus ojos azules, brillantes de expectación. Por el efecto de la luz, la sombra de su alargada nariz cubría parte de su pómulo derecho, en el que aún se podía distinguir un tono rojizo por el esfuerzo de acarrear las cajas y que contrastaba con el color amarronado de su barba. No disimulaba la sonrisilla casi infantil que tenía el poder de relajar y dar confianza, por ello, Ava no se anduvo con remilgos a la hora de confesarse.

—Soy bruja.

Malcolm abrió y cerró la boca varias veces seguidas, antes de exclamar:

—¿Cómo que bruja?

—Una hechicera —clarificó Alan.

—De... Tú... —Se le atascaban las palabras en la garganta—. ¿Eres de las que convierten unos objetos en otros?

—Eso nunca se lo vi hacer, pero hechizos, sí —especificó Pipper, sonriente y orgullosa de su amiga.

—Dos cosas —intervino Ava, manteniendo la serenidad—: primero, solo puedo convertir objetos con la máxima adecuada, no chasqueando los dedos. Eso que se muestra en el cine es falso, como mucho podemos maldecir. Segundo, no soy una hechicera...

—Lo eres —la interrumpió Alan. Estiró las piernas por debajo de la mesa, que ocuparon parte de su espacio, y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

En el color gris de sus ojos Ava observó determinación y seguridad.

—Hay acciones que nos diferencian porque no se practican ni se realizan por el mismo motivo —repuso—. Ellas buscan engrandecer sus poderes. Los beneficios que nosotras obtenemos de nuestra magia debemos devolverlos a la naturaleza.

—Hay hechiceras que no son brujas, pero toda bruja es hechicera. La diferencia entre ambas, en la actualidad, se ha diluido y ya no es clara. Me explico. —Se acomodó echando el cuerpo hacia delante y apoyando los antebrazos en la mesa—. Puede haber una hechicera cuyos poderes no se utilicen para hacer el mal, y puede haber una bruja que haya vendido su alma, por eso los poderes que obtiene proceden de fuerzas malignas.

—Todas podemos ser brujas, según tus conocimientos, pero la diferencia radica en el tipo de magia que practica cada cual. Mediante la palabra invocamos el poder que cada planta o animal posee para hacer el bien; sin embargo, aquellas otras cuyo origen es más oscuro siempre lo harán en beneficio propio para obtener mucho más poder, lo que las hace más peligrosas porque pueden arrebatarnos la vida.

—Me estás dando la razón. Un ejemplo lo tenemos en la mitología griega:

Circe, quien transformó a los hombres de Ulises en bestias, salvo a él, gracias a una planta.

Ava tomó aire, aquella conversación estaba empezando a alterarla. A su mente llegaron frescos los recuerdos en los que su abuela le enseñaba de niña, y no tan niña, sus primeros conjuros, la recolección de plantas o la utilización de los hechizos para cada momento o tema, siempre con el grimorio al lado. Aquel viejo libro, de pastas de cuero gastado por el paso de los años y con una triqueta ensamblada en el centro, era el bien máspreciado de las Owens.

—Nosotras hacemos ungüentos, conocemos los beneficios de cada planta, cuidamos de ellas, invocamos también a la misma Hécate; después le devolvemos el favor. Nuestros poderes se transmiten de generación en generación, casi siempre por vía femenina. Las otras, por el contrario, no harán nada de esto, solo obedecerán a su dueño.

—Vale, después de esta demostración teórica, tú eres de las buenas —afirmó Malcolm.

—Siempre he visto a su abuela y a su madre ayudar a los demás, jamás he visto que practiquen la magia por ellas mismas. Son mujeres que están al servicio de los que las necesitan —resumió Pipper.

—Yo tampoco he dicho lo contrario —se defendió Alan—. Solo mantengo que la diferencia entre esos dos términos es difusa.

—¿Tu familia vivió las persecuciones?

—Sí. Las primeras Owens llegaron de Inglaterra a Salem y vivieron de cerca aquellos juicios, de los que afortunadamente se pudieron librar. Eso no impidió que decidiesen marcharse a Plymouth. No querían que nadie sospechase de ellas. No regresarán hasta el siglo XIX.

Malcolm asintió pensativo, con la barbilla apoyada en su antebrazo.

—De la época colonial es muy famosa *La Biblia del rey Jacobo*. La suelo nombrar y utilizar en mis clases porque la trajeron los primeros colonos, como todas las supersticiones que corrían por la Europa Moderna.

—Sí, la tiene mi abuela en alguna estantería de casa.

—Magia y religión conviviendo juntas. —Rio Alan de nuevo por la nariz—.  
Interesante.

—¿Por qué? —La inocencia en aquella pregunta formulada por Pippet consiguió que el profesor se sintiese un poco más en su salsa—. A ver, llámame ignorante, pero nunca me paré a pensar en ello. Siempre he dado por hecho tu vida sin apenas cuestionarme nada. En muy raras ocasiones te he visto practicar algún rito importante.

Ava asintió, era verdad lo que decía su amiga.

—La Iglesia desde el principio tenía conocimiento tanto del mundo pagano como de la estrecha relación entre naturaleza y mujer —apuntó Alan—; venía para quedarse, por eso el mundo de la medicina, de la adivinación también, debía quedar ligado a ella, de ahí que muchas plantas se conozcan con nombres de santos. De hecho, el término bruja aparece en la *Biblia*, concretamente en el Génesis, así como en la versión del rey Jacobo. —Señaló hacia Ava sin apartar la vista de Pippet. Su postura, su actitud eran muy profesionales, gesticulaba con los dedos dibujando sobre la mesa—. Posteriormente, toda monarquía absoluta lucharía contra el mal endémico de la brujería, de ahí manuscritos tales como *El martillo de las brujas*, y otros en los que se daban instrucciones de cómo cazarlas y conseguir confesiones. Todo fuera de su oratoria era peligroso.

—Entiendo, era miedo a lo extraño.

—Sí, puede considerarse así.

—Deja de aleccionar, pareces el maestro Yoda. —Malcolm inclinó la cabeza en señal de advertencia—. Si eres bruja, ¿sabes cómo regresar a nuestro tiempo?

Aquella cuestión era obligada. A Ava no la cogió de sorpresa, pues los cuatro, aunque no lo reconociesen, lo deseaban.

—Echo de menos el siglo XXI. —Pippet suspiró—. La cafetería, el sonido de la radio; los clientes pesados, los cotilleos, ese bullir de estudiantes adictos a la cafeína y sus caras de perros estresados, el ronroneo de los motores de los

coches, Internet, mi cama, mi ducha... Huelo fatal. —Acercando la nariz a la axila frunció la nariz.

—Yo también lo añoro —declaró Ava con la cabeza gacha.

—Somos tres, y me incluyo en ese grupo de «mi cama». Apenas la había estrenado, como la casa...

—¿En Salem? —En la pregunta de Pipper iba impreso el cotilleo.

—Sí —afirmó Alan.

—La conocéis, es la Casa de los Siete Tejados —manifestó Malcolm con total naturalidad.

La mandíbula de Ava se desplomó al suelo. Lentamente giró la cabeza hacia su amiga, cuya expresión era espejo de la de ella. Aquella noticia que se había extendido por el pueblo como la espuma ahora quedaba resuelta en el siglo XVIII. Los dos sonrieron al ver sus expresiones de estupefacción.

—Normal que no supierais nada, pedimos discreción para evitar a la gente.

—La sonrisa de Alan era triunfante.

—Conseguisteis el efecto contrario porque durante días fue el cotilleo —esclareció Pipper.

—¿Entonces? —Con aquel interrogante, Malcolm se irguió reactivando el tema principal—. ¿Sabes cómo regresar?

—No lo sé.

—¡Eres la bruja!

—Maaalcolm —le advirtió Alan estirando su nombre de más.

—Estoy convencida de que pudimos viajar en el tiempo por la fecha en la que estábamos: Halloween. Un momento raro en el calendario mágico, además de contradictorio: para muchas civilizaciones, una etapa se termina y comienza otra. Tienen lugar fenómenos que solo suceden en los solsticios, como la apertura de las puertas que separan el mundo terrenal del sobrenatural, de ahí que los difuntos regresen a sus casas...

—¿Cuál es la solución? —la interrumpió.

La expectación era máxima y cargaba el ambiente de una frágil esperanza a

la que aquellas tres personas se abrazaban con todas sus fuerzas. Lo último que pretendía era romperla en mil pedazos:

—Hubo una razón por la cual hemos llegado aquí; la misma debe repetirse para que regresemos.

—Debe de haber alguna puerta más, ¿no? —Alan levantó los brazos y chasqueó los dedos en el aire, lo que produjo un sonido que retumbó en las cuatro paredes.

—No sé cuál es esa puerta —reconoció con pesar.

## Capítulo 28

### La cuestión es sencilla, Alan, muy sencilla

Los cuatro compartieron un malestar general debido a que no tenían ni idea de cómo regresar al siglo que habían abandonado.

Después de comer, Pipper y Malcolm salieron. «Necesitamos oxigenarnos», fue la excusa que pusieron para poder pasar un rato solos. Antes de que se marcharan, las dos acordaron que al día siguiente hablarían por fin con Mary.

Alan no perdió tiempo para estrechar entre sus brazos a Ava.

—No encontraba el momento de abrazarte —confesó sobre su pelo.

Estuvieron un rato así, reconociéndose, sintiendo sus cuerpos pegados; sus corazones se acompasaron nerviosos, emocionados. El deseo les ardía debajo de la piel; a través de la ropa Ava percibió el miembro abultado de Alan. Sus mejillas de inmediato ardieron, azorada. Sí, había tenido chicos en su cama, mas ninguno se podía comparar con Alan.

Soltó un pequeño suspiro de placer. Era reconfortante poder estar así con él.

Al separarse, Ava deslizó sus dedos desde las sienes, pasando por sus mejillas velludas, hasta la línea de su mandíbula.

—Tengo que hacer unos pasteles.

—Te ayudo. —La besó en la frente.

No se amilanó en esa faena. Lo hizo con tal esmero que Ava descubrió en él

a un muy buen pinche de cocina. A medida que pasaban los minutos, en la soledad de aquella pequeña cabaña, en ese ambiente de normalidad que los rodeaba, ella observó aspectos desconocidos de él: un hombre bromista con una capacidad de aprendizaje enorme; tolerante con las órdenes, aunque la primera impresión al conocerlo era que las daba él. De repente, Ava vio que la miraba con una mezcla de admiración y cariño que, nerviosa, no supo interpretar, pues, sin él saberlo, la transportaba a una nube de fascinación que jamás había imaginado.

No hablaron de temas importantes o concernientes a sus vidas, pero entre roces, acercamientos, enseñanzas, miradas y sonrisas, derrumbaron unas cuantas barreras. Se sentían tan a gusto el uno con el otro que, de algún modo que se les escapaba, se abrieron mutuamente. De hecho, era tal la complicidad que se había generado que, al llegar Malcolm y Pipper, se asombraron.

\*\*\*

Sin embargo, a la mañana siguiente, un corazón estaba inquieto en el puerto de Salem.

Aquel inmenso espacio al aire libre no le servía a Alan para liberar la tensión que acumulaba desde hacía horas. Incluso le molestaba el brillo y el candor del sol otoñal. Su claridad, que iluminaba la ciudad a sus espaldas, le concedía una apariencia más amable de la que recordaba, pero distinta a la que tenía en el siglo XXI. Se reflejaba en el agua plateada del océano y centelleaba en su suave vaivén; arremetía contra la tierra con unas pequeñas e inofensivas olas, típicas del mar en calma, que, en cambio, a él lo alteraban más.

Solo había una persona que podía aplacar aquella ansiedad que lo hacía trabajar a destajo, más que a ningún otro hombre de los que por allí se encontraban, sin permitirse un descanso, ya que el consuelo era sentir cada articulación y músculo de su cuerpo. Se limpió las gotas de sudor con el dorso

de la mano y se acercó a Malcolm. De espaldas a él, cruzado de brazos, contemplaba el mar.

—Necesito tu ayuda. —Reclamó su atención.

—Claro.

Malcolm se giró sobre sus pies dispuesto a ayudarlo, pero Alan lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—No es nada de trabajo, es por otro asunto.

—Mmm... Vale. —Sonó dubitativo. Entrecerró los ojos a la espera de una aclaración.

—Es por Ava —reconoció al fin.

—¡Oh! —Alzo las cejas y se frotó las manos entusiasmado—. Hoy parecíais más unidos.

—Sí.

—Eso es lo que tienes que hacer.

—Por eso necesito tu consejo.

—Aquí me tienes.

—Desde que la viste y a medida que la has ido conociendo has visto en ella a esa mujer que puede romper la maldición, la que predijo en aquella sesión Maritha Mae...

—Lo digo y lo mantengo: es una chica nacida bajo el signo de agua, es cáncer como yo. Además, de naturaleza diferente: es bruja. Todo coincide. — Se encogió de hombros.

—Si estás en lo cierto, quiero hacer bien las cosas, no me gustaría cometer errores.

—Todos los cometemos. Las personas no somos una ecuación matemática; siempre hay un riesgo, debemos asumirlo, sobre todo cuando se trata del corazón.

Un hombre pasó por su lado mirándolos con mucho interés. Malcolm hizo una señal a Alan para que se acercasen a unos bidones apartados. Malcolm apoyó la espalda en uno de ellos y cruzó un tobillo sobre el otro.

—Creo que le gusto. —Indeciso, Alan se pasó una mano por la nuca.

—Le gustas. —Esa afirmación de Malcolm le hizo revolotear el corazón en el interior de su pecho como una mariposa.

—Eso, los dos... Ahora estamos bien juntos y... —Tragó ruidosamente, hasta notó el movimiento de la nuez en la garganta—. Nunca he deseado a una mujer del modo en que la deseo a ella.

—¡Guau! Vaya cambio —le espetó.

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías. Continúa.

—Tengo miedo. No sé hablar de sentimientos, nunca tuve que exponerlos, tampoco sé cómo hacerlo.

—Primero, no la asustes.

—Yo... No, yo...

—A lo mejor «asustar» no es el término adecuado. —Levantó las manos en su defensa. Meditó unos breves segundos—. Quizás sea más correcto «abrumar». Sí, lo es. A una mujer se la puede abrumar de miles de maneras, y tú, con esa sinceridad tuya, sumado a esa faceta tan brusca que te gastas a veces, es lo que consigues.

—No lo puedo evitar, es mi manera de ser —se exculpó.

—Lo sé, primo, pero cuando vas a abrirte a una chica debes hablar y actuar desde aquí. —Se puso la mano derecha a la altura del corazón—. Esto es lo que debes exponer. Es duro, y a veces te desnudas delante de la otra persona y te quedas indefenso. Es sencillo y, al mismo tiempo, difícil. Eso es lo que tiene hablar de amor...

—Hablar de amor es un poco exagerado —lo interrumpió arqueando una ceja y mantuvo silencio para resaltar que era excesivo referirse a su relación con Ava de aquel modo.

En el brillo chispeante de los ojos de Malcolm se podía atisbar la tozudez.

—Repito: en el amor no caben las medias tintas o la mentira, y en tu caso debes sincerarte contigo mismo.

—A veces... —Dejó la frase inconclusa. Metió las manos en los bolsillos y miró hacia el frente. En el horizonte había una parte en la que cielo, tierra y agua se unían en una estampa que solía ser difícil de contemplar. Tres elementos tan distintos confluían en ese punto que la mano del hombre jamás separaría. ¿Por qué Ava y él no podían generar algo tan mágico?—. Cuando pienso en ella me viene a la cabeza esta canción: «*Well you only need the light when it's burning low. Only miss the sun when it starts to snow. Only know you love her when you let her go*».

—No puedes pensar que las vas a perder o que ella se va a marchar. Te lo dije aquel día en el despacho, es normal estar asustado. «De nada sirve a un hombre ganar la mano de una mujer si no gana con ella el amor de su corazón» —citó a Nathaniel Hawthorne.

—¿*La letra escarlata*? —Malcolm asintió lentamente—. Muchos te llamarían romántico o ñoño.

—No me importa porque tiene razón: debes ganar su corazón.

—Nunca he estado enamorado, no sé lo que se siente.

—Lo sé, y ahí puede que radiquen tus miedos.

Se quedó callado. Alan se volvió hacia él; desde su posición oía los engranajes de su mente funcionar a toda máquina.

—¿Por qué no la llevas a dar un paseo? ¿O de pícnic? A los acantilados; estaréis solos, podréis hablar de lo que queráis sin que nadie os interrumpa. Tal vez es lo que necesitáis, estar solos.

Alan sopesó el plan de Malcolm. No era malo.

—¿Una cita?

—Sí, una cita orquestada por ti. Para Ava será una grata sorpresa, no se lo va a esperar.

—Vale, sí, puede que resulte y allane más la situación.

Malcolm se acercó un poco y le pegó unas palmadas en la espalda como muestra de que, pasara lo que pasase, siempre estaría a su lado. Aunque ya lo sabía.

—¡Adelante, mi pequeño Jedi!

Alan puso los ojos en blanco, bufando.

—Estás como una moto y te vas a ganar que los hombres te miren raro.

—Da igual. —Se encogió de hombros despreocupado.

—A mí no.

—Oye, es una gran peli. ¡Qué digo! Una magnífica saga que inspiró a toda una generación e inspirará a las venideras.

—Vuelvo al trabajo.

Alan echó a andar a grandes zancadas. Ya de espaldas a él, levantó una mano a modo de despedida.

—¡Que la fuerza te acompañe! —exclamó justo en el momento que pasaba un hombre mayor, que le regaló una mirada furtiva—. Buenos días a usted también —lo saludó aguantando la risa.

## Capítulo 29

### Un bizcocho y una conversación

Esa misma mañana, Ava se sentía feliz, radiante, tanto era así que el siglo XVIII parecía no pesarle tanto en los hombros. Incluso su ánimo se veía reflejado en el cielo azul, despejado, que se extendía infinito sobre su cabeza, aunque el sol se veía un poco empañado por los sueños que la habían asolado toda la noche. No había visto a la mujer que frecuentaba su somnolencia, sino al pueblo. Era como si estuviese en el cuerpo de otra persona, tal vez el de ella, y la gente la señalaba; se paraban a mirarla con desprecio u odio; a su paso le conferían palabras hirientes que no escuchó bien.

Aquella sensación la había nublado y acompañado desde que había salido de casa con Pippet. Ni la bondad de la naturaleza que rodeaba su camino —mostrada a través de aquel verde luminoso, o en los colores rojos, amarillos y naranjas de las hojas que todavía pendían con firmeza de las ramas de los árboles—, ni tampoco el canto de los pájaros aliviaban ese malestar que se apoderaba de ella a medida que se acercaban al pueblo. Una picazón la hacía desconfiar.

Con paso constante para llegar a casa de Mary, a quien iban a entregarle el pastel, cruzaron algunas calles bastante frecuentadas por transeúntes apurados, pendientes de sus asuntos; había chismosas que daban el parte. Cierto era que algunos vecinos, sobre todo mujeres, las miraban, aunque ya no se podía comparar con aquella primera vez en el mercado o en la iglesia. Algo había

cambiado.

—Qué maravilla, la gente ya no nos presta atención —dijo Pipper dichosa.

—Si, no hay nada como pasar desapercibida. —Respiró aliviada.

—¿A qué se deberá esa rapidez?

—A lo mejor que ellos vayan todos los días al puerto ha tenido algo que ver.

—Puede que tengas razón, aun así, me alegro de no estar en el punto de mira.

Atravesaron el corto camino de piedras que conducía al porche de la casa de Mary. Pipper llamó a la puerta; ella era la que tenía las manos libres, no así Ava, que sostenía en el hueco del codo la cesta donde se escondía el dulce. En pocos segundos oyeron unos pasos detrás de ella y apareció un sonriente Angus.

—Tengan buenos días —las saludó, abriendo más la puerta para permitirles el paso—. Adelante.

—Buenos días, Angus —devolvió el saludo Pipper con una sonrisa cordial—. ¿Está la señora Fellowes en casa?

—Sí, en la salita. Hoy está baja de humor y puede que ustedes se lo mejoren —les explicó el hombre, que en las arrugas que le rodeaban la boca mostraba su preocupación—. Permítanme sus capas, por favor.

Las colgó con cuidado en un perchero de pared muy rústico detrás de la puerta.

—Sígueme, por aquí.

Las condujo por un pasillo ancho. Falto de muebles, sus paredes blancas estaban casi desnudas, a no ser por dos grabados en los que, si se paraban a mirarlos con atención, se descubría la campiña inglesa. Les cedió el paso a una pequeña habitación; sus paredes estaban cubiertas por estanterías, todas ocupadas con objetos y varios libros. Una pequeña chimenea mantenía una temperatura cálida, y entre tres butacas había una mesa redonda de tamaño más bien pequeño, preparada para servir el té. Sentada a la cabecera, Mary las recibió con una sonrisa, todavía ataviada con la ropa de dormir, tapada por una bata y con una especie de gorrito en la cabeza.

—¡Muchachas, qué alegría! —Su pálido rostro cobró tintes de gozo. Las dos se acercaron a ella—. Sentaos conmigo; Angus, trae dos tazas más.

—¿Está enferma? —preguntó Pipper muy directa mientras se sentaba en una de las butacas, como Ava.

—No lo creo. Ayer fui hasta el puerto y allí me enfrié.

—Leche caliente y unas gotas de *whisky* —le recetó Ava—. Mi abuela en invierno a veces lo toma.

Mary las miró sonriente.

—Hemos venido a traerle un regalo —comentó Pipper imitándola.

—¡Con lo que me gustan las sorpresas!

Ava destapó la cesta, metió en el interior las dos manos y sacó el bizcocho, que puso encima de la mesa.

—Queremos agradecerle toda la ayuda que nos está ofreciendo sin conocernos...

—A vuestros maridos los conozco desde que eran recién nacidos y los aprecio como si fuesen mis hijos, por eso me permiten el lujo de regañarlos.

—Y ellos a usted —añadió Pipper siguiéndole el tema.

Ava cortó un buen trozo, que colocó en un platillo vacío, para ofrecérselo a Mary.

—Pruébalo. Es de arándanos rojos que hemos encontrado cerca de casa. Preparé otro igual para nosotros y gustó.

Contempló su masticar lento, saboreando cada nuevo mordisco. Se imaginaba cómo la textura suave se fundía en su boca con algún arándano de por medio. Así se lo había descrito Malcolm cuando lo había probado.

—¡Muy bueno! —expresó en el momento en que entraba de nuevo Angus—. No te marches, prueba este pastel. Querida, córtale una porción.

Ava obedeció al tiempo que él servía el té. Se lo entregó al hombre, que lo aceptó con timidez.

—Esto resucitaría a los muertos —dijo con la boca llena—. Está mejor que los de Gertru.

—No se lo digamos.

—No, señora, no; su enojo duraría más allá del día de Navidad. —Metió el último trozo en la boca—. ¿Lo elaboraron ustedes? —inquirió con una bola en su mejilla derecha.

—Ella —señaló Pipper orgullosa.

—Tiene una mano excelente. Ahora, si me disculpan, debo regresar a mis quehaceres.

Ava se agarró a la taza caliente para sobrellevar aquellos halagos.

—Córtame un poco más —pidió Mary, limpiándose la boca con una servilleta blanca impoluta—. ¿Cómo os va por allí arriba?

—Bien, al ser una casa pequeña, se mantiene limpia. —Pipper movió hacia los lados la cabeza—. La tierra da más trabajo.

Su mirada se encontró con la de Ava. Le hizo un gesto para avisarle de que debían sacar el tema que las había llevado hasta allí.

—Mary, ¿quién vivió en la cabaña?

La anciana dejó de masticar y alzó una ceja.

—¿No te lo dijo tu esposo?

Ava negó con la cabeza sorbiendo un poco de té.

—Era de sus padres. —Tragó y recogió con la lengua algunas migas que tenía por el labio—. Vivió toda su vida en ella, junto con Malcolm, al que acogieron tras la muerte de sus padres. Y Alan, después de su primera boda, también se fue a vivir allí. —Se acercó la taza a la boca para terminar el té—. ¿Es que tampoco te contó nada de aquello?

—¿Contarme qué?

Sentía el corazón en la boca. Continuaba agarrada a la taza, como si fuese su salvavidas, a la espera de que Mary hablase.

—Esto debería referírtelo él, no yo, pero veo que no se molesta. —Se recostó en la butaca—. Tu marido estuvo casado antes con una mujer... ¿Cómo la calificaría? Extraña. A su madre le gustaba y él le cumplió el capricho casándose con ella. Siempre decía lo mismo: quería que su madre muriese

feliz, mas él no lo era. No la amaba, y todo indicaba que aquella muchacha, sí.

—¿Quién era ella? —intervino Pipper.

—Se llamaba Leonora Dunn. Era una mujer muy peculiar. Vosotras aún bajáis algunas veces; ella, en cuanto se casó, hizo toda su vida allí arriba. También es verdad que Alan la dejaba mucho tiempo sola y, bueno, no era muy apreciada por aquí. Su madre se había granjeado muy mala fama tras la muerte de su esposo, y la hija mayor... —Meditó unos segundos—. No me acuerdo de su nombre, de la noche a la mañana desapareció. Estaba media loca, corría la voz de que se había casado tres veces y sus esposos murieron en circunstancias que nadie puede explicar. —Chasqueó la lengua—. Eran viejos, y se dice que los engañaba con otros hombres a los que metía en casa a escondidas. Leonora era distinta: no hablaba con nadie, era callada y escurridiza. No me gustaba, y así lo hice saber. Se decía que su madre les había enseñado ciertas artes... Artes oscuras. —Lo dijo rápido, tras lo cual se santiguó. Después miró a Ava con orgullo—. No era como tú.

—¿Qué le sucedió? —quiso averiguar Ava con voz trémula.

—Nadie lo sabe con certeza, querida. —Soltó aire por la boca—. Un día subí allí arriba y no había nadie. Alan se había marchado a trabajar, no recuerdo adónde, y ella había recogido lo indispensable. Nadie volvió a verla ni a saber de ella; unos dicen que se marchó con su hermana, hay rumores que señalan que las dos se embarcaron y perecieron en el mar. ¿Quién sabe?

## Capítulo 30

### Más que palabras

Se marcharon de la casa de Mary con la promesa de volver pronto, sobre todo, porque habían quedado un poco alarmadas por la salud de la mujer. Se pararon en el mercado a comprar algunos víveres con el dinero que Alan y Malcolm habían conseguido aquellos días en el puerto. Les aconsejaron que adquirieran todo lo que necesitasen, ya que el desconocimiento de Ava sobre cómo regresar al futuro los afectaba en todos los aspectos, aunque lo mantenían a raya para que no alterase la convivencia. Además, el propio Malcolm, como profesor de Historia Moderna, mantuvo que había que normalizar sus vidas en lo que pudieran.

Ellas lo cumplieron.

Sin embargo, tras la historia revelada por Mary, Ava se sumió en sus propios pensamientos. Su relato estaba imbuido de verdad. Se refería a aquellos antepasados de los que buscaban información, pero la certeza que acuñaba en cada palabra señalaba directamente a Alan. ¿Cómo podía ser? Agitó la cabeza para deshacerse de esa absurda duda.

Pipper dio un traspie con una piedra.

Por muy abstraída que estuviese, no le había pasado desapercibido que en casa de Mary el carácter de su amiga había cambiado. Al principio se había mostrado interesada por conocer quién o quiénes habían vivido allí, incluso una de las preguntas fundamentales la formuló ella, pero a medida que el

relato acumulaba detalles, alguno escabroso, percibió que había sido un *shock* también para ella; tanto que no pronunció una palabra ni mostró intenciones de analizar nada, cuando siempre era la primera en buscar aquellos aspectos que no coincidían o en resaltar lo que le sonaba sospechoso.

Dio otro traspie, con la suerte esa vez de que a escasos metros estarían en casa.

No habían traspasado el umbral y Ava ya se había propuesto abordar a su amiga.

Con la cesta encima de la mesa, la capa en una silla, no lo pensó más.

—Pipper, ¿qué tienes?

—Nada.

Su actitud la delató. No solo rehuía mirarla, sino hablarle. Nunca, en todos los años de amistad, había intentado eludirla. Ni en sus peores momentos, cuando la sinceridad se hacía escuchar.

—Pasa algo, ¿qué es? —insistió, presa de los nervios.

—No quieras saberlo.

Pipper salió de allí hacia la habitación. Al regresar, estaba más blanca que antes.

—Quiero saberlo. —Se agarró al respaldo de la silla para sostenerse, las rodillas comenzaban a temblarle—. Nunca me has escondido nada, ¿por qué ahora?

Pipper echó hacia atrás la cabeza, agobiada. Se volvió hacia ella hasta que quedaron frente a frente.

—¿Has hablado con Alan algo de su vida?

—No.

—Vale. —Respiró hondo, tomando fuerzas—. Lo que te voy a contar, me lo dijo Malcolm en total confianza hace unas noches y le prometí guardar silencio, pero debes saberlo. Durante la comida en casa de Mary, la conversación que mantuvieron me suscitó algunas dudas, así que le pregunté a él.

—Creo que las mismas que a mí.

—La historia que me contó es casi igual que la de Mary, salvo el siglo en el que ocurrió. Alan es viudo. Se casó en su momento con la hija de una amiga de su madre, cuando esta estaba ya muy enferma, para cumplirle el deseo. Alan tuvo rolletes con chicas, pero ninguno fue tan intenso como para formalizarlo en un noviazgo y luego en matrimonio. Malcolm me contó que ella era consciente de que Alan no la quería. Ella a él, sí. Pasado el tiempo de luto tras la muerte de su madre, él quiso divorciarse porque le salió un trabajo en Harvard; ella se opuso. Un día recibió una carta de ella en la que le anunció que se divorciaban. Al día siguiente apareció muerta.

La consternación se apoderó de Ava. Una neblina espesa le cubrió la mente y le impidió pensar con claridad. Un sudor frío le empapaba la piel. Se le congeló la sangre en las venas, de hecho, ni oía los latidos de su corazón.

—Siento no habértelo contado antes —dijo arrepentida.

—Se lo prometiste a Malcolm.

—Ya, aun así, debí confiártelo...

—Me lo has contado.

—No me descubras, por favor, ni en esas discusiones que tienes con Alan —le rogó a la desesperada.

—Pipper, jamás se me ocurriría —la interrumpió una poco ofendida.

—Todos conocemos su carácter tan especial.

Ava apartó la silla que tenía delante y se sentó.

—Él cuenta lo que cree conveniente y se calla lo que no. —Encogiéndose de hombros demostró que ella en eso no podía interferir—. Sí, las dos historias tienen ciertas similitudes.

—Muchas —afirmó Pipper categórica.

—Mary la pintó como una hechicera.

—Ya sabemos el origen de tus plantas —señaló con acierto—. Malcolm, evidentemente, no me dijo nada de eso, pero sus nombres son casi idénticos: la llamó Eleonor.

—Pueden ser meras coincidencias.

—Demasiadas para estar separadas por dos siglos, ¿no te parece?

—Tampoco es raro que en una familia ciertas historias se repitan, y claro está que surgen dudas...

—¡Eh! —exclamó, con lo que cortó su discurso sin fundamentos—. Ahora te toca a ti.

—¿Qué? —inquirió, desconcertada.

Pipper se inclinó sobre la mesa, como si quisiera que aquello que fuera a decir no saliera de allí:

—Preguntarle a Alan.

\*\*\*

Esa noche Ava actuó con normalidad, o al menos lo intentó, y pareció lograrlo, pues Alan no había mostrado su disconformidad ni cuando estuvieron en la íntima soledad de la habitación compartida. Tampoco lo habría notado. Ese día habían llegado más tarde de lo normal, extenuados de sus trabajos en el puerto. Sus vidas acomodadas y tranquilas del siglo XXI en la universidad, donde solo debían preocuparse de tener sus clases preparadas y corregir exámenes, era un sueño, una fantasía, una quimera en comparación con ese otro más pesado que resentía todos los huesos del cuerpo y les robaba el aliento. Se percibía en la fatiga que los acompañaba.

En esas tesituras, Alan no había notado nada.

Se metieron en la cama, compartieron un par de frases, él cerró los ojos y cedió al cansancio acumulado durante el día.

Ava no tardó mucho en apagar la vela de un soplido. Miró al techo y, durante un buen rato, observó los juegos de claroscuros que se dibujaban en el techo por la luz de la chimenea. Perdida en ellos, meditó. Debía buscar el momento idóneo para hablar con él, para preguntarle sobre su vida. Ella lo había hecho partícipe de su secreto más importante, el mejor guardado: su condición de

bruja.

Sí, iba a tratar ese tema con él.

Con todo decidido, se acurrucó a su lado. Alan se movió un poco acomodándose a ella. El calor del interior de las sábanas, el mismo que transmitía el cuerpo de él, surtió un efecto narcótico que la arrojó en brazos de Morfeo.

\*\*\*

*Una borrosa silueta masculina, alta, empujó la puerta y la lanzó contra la pared. Entró a grandes zancadas, cual animal salvaje. Miraba hacia todos lados muy rápido; movía los labios, algo decía, mas no se oía. Estaba enfadado y, más que eso, frustrado. Detrás de él apareció otra figura, también desdibujada, más baja. Se estiró cuan alto era, moviendo la cabeza despacio, de un lado a otro, para rastrear mejor el aire. Era un sabueso. Sus inspiraciones quedaban amortiguadas por unos fuertes pasos que se oían de fondo: unas botas golpeaban la madera del suelo. El primer hombre buscaba algo o a alguien que ya no estaba.*

*—¡No está! —gritó el rastreador para que lo escuchara. Se acercó a la chimenea y se acuclilló delante para tocar entre sus dedos la ceniza que reposaba como polvo fantasmagórico en el hogar—. Hace días que se fue, la ceniza está fría, por eso veo mi aliento al hablar. —Una sombra lo cubrió. Se puso de pie para encararla—. Te lo dije desde que la trajiste, no escuchaste y el tiempo ha confirmado mis peores temores. —El otro hombre se defendía, pero no se escuchaba—. Ha sido tu culpa, asúmelo.*

## Capítulo 31

### Un paseo con revelaciones

**A**l día siguiente Ava se levantó con un humor de perros. No quería que nadie le hablase, ni que se le acercasen. Prefería estar sola antes que malinterpretar cualquier palabra o gesto que pudiera causar una discusión. No, no estaba para tonterías.

Pipper trató con ella lo mínimo imprescindible, la conocía muy bien. Era muy raro que su amiga se levantase con el humor torcido, pero ese día había que dejarla tranquila, no atosigarla y que se fuera apaciguando. Aunque también había que situarse lo bastante cerca por si quería desahogarse, que nunca había sido el caso.

Pasó todo el tiempo centrada en el huerto, en las plantas, pero ese trabajo al aire libre no le sosegó el corazón. No había modo, pues el grito «¡No está!» retumbaba en su mente. Sí, los sueños volvían a perturbarla, esa vez de una forma extraña: se mezclaban entre sí; podía ver a la mujer, que lloraba de rodillas en el suelo, y al mismo tiempo oír un bramido de frustración, no así al hombre que lo emitía. El aspecto que más la turbaba era no poder concederles un significado. Minna le había enseñado desde niña a interpretarlos, a asignarles la importancia que tenían, ya que en ellos siempre había un mensaje oculto que desentrañar.

Ella simplemente no era capaz.

Incluso aquel cambio de carácter parecía reflejarse en la naturaleza que la

rodeaba. Aun así, no era ajena a la naturaleza, pues a sus oídos llegaban murmullos desde lo profundo del bosque, a los que no les prestaba ninguna atención, ya que consideraba que era una mera ilusión provocada por su ánimo.

Sumida en sus pensamientos, no percibió cómo su cuerpo se electrificaba debido a la energía que irradiaba la persona que caminaba hacia ella a grandes zancadas. Vio a Alan cuando ya lo tenía a su lado porque su sombra, igual que la del gigante que venía a por su presa, se proyectaba sobre ella.

—Ava, ven conmigo.

Aquella orden, impregnada de ese tono tan autoritario, le sentó muy mal. Clavó las uñas en las malas hierbas que había arrancado y quedaron tintadas de verde.

—¿Me lo ordenas?

—Sí.

Fue la gota que colmó el vaso. Furibunda, se irguió ante ese hombre que la sacaba de sus casillas. La enervó más la expresión tranquila de su rostro.

—¡Pues no! Tú no tienes que mandarme nada, además, hay mucho...

—Por favor, quiero enseñarte algo, si me lo permites —le rogó.

Entrecerrando los ojos, Ava lo observó con desconfianza.

—Está bien. Me tengo que limpiar. —Sin permitirle hablar, se dirigió hacia el interior de la casa.

Allí, en un cubo lleno de agua, se lavó las manos restregándolas con un paño. Al terminar se las secó en el mandil que tenía puesto y se lo sacó.

—Ava —la llamó Pipper detrás de ella.

Se giró y sus miradas se encontraron. Pipper estaba seria.

—¿Voy bien? —inquirió sin razón aparente.

—Sí, todo lo bien que se puede esperar de nosotras en esta época. —La agarró de las manos; se sorprendió de lo fría que estaba—. Deja a un lado ese humor de perros y disfruta con Alan.

—¿Adónde me va a llevar? —La impaciencia la carcomía por dentro.

Pipper la soltó e hizo el gesto de mantener la boca cerrada.

—Ya lo verás. Déjate sorprender. Espera. —Con destreza soltó un mechón a cada lado de rostro, los enroscó en los dedos para darles forma de tirabuzón —. Así, mejor.

En la puerta de entrada Alan estaba esperándola sosteniendo la cesta que ella utilizaba para bajar al pueblo.

—¿Lista?

—Sí.

Se sentía nerviosa e insegura, un cóctel que le agarrotaba el estómago. Se puso la capa con manos temblorosas.

—Vamos. —Le hizo un gesto con la cabeza hacia el exterior.

—Pasadlo muy bien —se despidió Pipper.

Malcolm dejó lo que estaba haciendo y, junto con ella, salió al porche.

—Mira, Pipper, qué grandes tenemos a los niños, si parece que fue ayer cuando los estábamos enseñando a hablar, y ahora ya salen de fiesta. Solos —bromeó alzando la voz para que su primo lo escuchase.

—Larguémonos de aquí —murmuró Alan entre dientes.

La risilla de Pipper hizo que Ava bajase la cabeza un poco avergonzada. Además, notaba un calorcito incómodo en las mejillas.

Tomaron el camino en sentido contrario al pueblo. Todo indicaba que iban al bosque, que deseaba que aquella muchacha de cabellos castaños subiese hasta el final del sendero por donde iban, pero se desviaron por otro sendero más estrecho. Flanqueado por la maleza, seguía la línea de la costa, de hecho, en el ambiente se podía respirar el olor más puro de la naturaleza, no solo a tierra o a la madera de los árboles que se esparcían a su diestra, sino al mar. Las notas a salitre que llegaban a la cabaña eran ya características del Salem del siglo XVIII. Asimismo, el sol permitía que se recrease en ese paraíso natural, que disfrutara de los verdes más claros en las zonas bañadas por los rayos, o de los verdes intensos de las otras en penumbra, como la tierra por la cual caminaba, que, húmeda, la hacía resbalar por momentos debido al lodo

formado por la lluvia de días atrás. Se fijó en Alan, que iba delante de ella, despreocupado, pisando todo a su paso, ya fuese tierra, hierba, lodo, o todo junto. Esa sensación resbaladiza duró poco, pues el camino se abrió campo a través y confluía en una zona más escarpada, salpicada con grandes rocas, para terminar en una línea bien recortada por unos acantilados de gran desnivel. Allí, ningún árbol proporcionaba sombra.

Ava sujetó las esquinas de la capa y cruzó en aspa los brazos sobre su pecho, así, se dejó llevar por la calidez que le proporcionaba el astro rey, más bajo y menos abrasador que en verano; calentó su cabello; la reconfortó cómo sus rayos traspasaban las fibras de lana de la capa hasta pasar a sus omóplatos. Sin saber la razón, el paseo estaba siendo el antídoto para calmar su enfado. Por eso disfrutaba de todo lo que la rodeaba: la serenidad del paisaje sin un ruido, coches, claxon que sonaran, ni tropezar con gente apurada. Lo observaba todo con ojos nuevos; llenaba los pulmones con el aire puro; se podía atender a los cantos de los pájaros, aunque a sus oídos llegaba otra melodía que no procedía de ningún ser de la naturaleza.

Miró a Alan con curiosidad antes de preguntarle:

—¿Qué canción estás silbando?

—*Valerie*, de Amy Winehouse —especificó.

Ava apretó el paso hasta ponerse a su lado.

—Es verdad, la noche del accidente se comentó. —Giró la cara hacia él; su rostro seguía mostrando la alegría que la había molestado—. Te relaja —dio por sentado.

—No. —Le devolvió la mirada estirando los labios en una sonrisa—. Escucho a Amy siempre que estoy de buen humor; si no, al maestro.

—¿Al maestro?

—Humm... Beethoven.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando tengo un mal día, o tengo el ánimo un poco sombrío, su música es capaz de que ponga distancia con todo. Me reanima cualquiera de sus

piezas: una sonata, una sinfonía. —Se encogió de hombros—. ¿Qué música te gusta?

—Lady Antebellum es mi grupo favorito. —Alan comenzó a silbar *I need you now*. Ava estaba boquiabierta.

—Solo conozco esta canción —confesó encogiéndose de hombros—. Vayamos al borde.

Poco a poco se aproximaron y allí, Ava respiró libertad. Aquella emoción anudó una lazada entre su garganta y su pecho, que le hacía latir descompasado el corazón. Quiso extender los brazos para lanzarse a volar. Era un día calmo, pero una brisa procedente de las olas que rompían contra las roca le golpeaba la cara y, si lo permitía, su alma se podía mecer en ella.

—¿No sientes que tu propia libertad te pertenece?

—Sí.

—Ya no me acordaba de ella —comentó. La melancolía con que pronunció la frase no pasó desapercibida para Ava, que se volvió hacia él. Estaba relajado, su expresión así lo determinaba, aunque también ausente, a años luz de allí.

—Hablas como si te la hubiesen arrebatado. —Se sujetó la cofia, que la notaba un poco suelta por efecto del viento.

—En el siglo XXI es muy difícil percibirla a pesar de la tecnología, las comodidades y una vida aparentemente más fácil. Solo nos preocupamos por aspectos superficiales, por obtener cuantas más riquezas mejor, lo que cada cual entienda por riqueza material, sin comprender que todo eso, una vez que muramos, quedará aquí y nadie nos recordará porque no hemos dejado un legado a los nuestros. Cuando has... —Hizo una pausa—. Cuando has estudiado sobre otras épocas, como la Edad Media o todo el desarrollo que se produjo en el siglo XIX, y, de repente, vives *in situ* casi el propio objeto de investigación en el que te has especializado, tratas con estas gentes, las observas de cerca, te das cuenta de que el hombre no ha cambiado. Siempre va a permitir que lo más puro que tiene, su corazón, se corrompa.

No supo qué decir ante aquella reflexión, por eso, antes que meter la pata, prefirió respetar su silencio y disfrutar de lo que le regalaba la naturaleza.

—¿Estás más tranquila? —inquirió con cautela.

—Sí, lo estoy; creo que necesitaba esto.

—Bien, entonces comamos algo.

## Capítulo 32

### Las apariencias engañan

Alejados del peligroso margen del acantilado, sentados en una enorme roca plana, comieron la merienda que Pipper les había preparado con esmero: unos sándwiches con pan de centeno y restos de carne de la comida, otros que no sabía muy bien cómo los había hecho y dulces, acompañados por una pequeña jarra de vino que ellos habían traído ese mismo día.

—¿No te gustaría saber en qué punto estamos? —Ava miraba a todos los lados buscando alguna referencia que la situase en ese lugar en el siglo XXI.

—El punto exacto, ni idea. —Dobló una pierna, sobre la rodilla reposó un brazo—. Continuamos en la región de North Shore, fuera de Salem, que ya no se ve.

—Es cierto. ¿Y la cabaña?

Ava tenía la vista clavada en él, que hablaba mirando al frente. Parecía que la estaba evitando.

—Malcolm y yo imaginamos que en nuestro siglo estaría en algún punto de los bosques que se extienden entre Salem y Marblehead. Tampoco puedo afirmarlo.

Podían estar en lo cierto.

—¿Cómo diste con este sitio?

—Malcolm me habló de él, ha traído a Pipper.

—Vamos, un picadero —comentó con ironía.

—¡No!

—Es una manera de verlo: el picadero oficial del siglo XVIII.

—Para mí, no. —Alan frunció la nariz y la boca en un divertido gesto de asco. Durante un rato meditó antes de decir—: Si algo me ha demostrado este extraño viaje es que todavía puedo vivir sin tecnología y sin redes sociales. ¡Puag! Cómo las odio.

«¡¿Qué?!», se gritó a sí misma. Estaba mintiendo, Pipper le había contado que tenía redes sociales.

—Eres de los pocos que no las utilizan.

—Lo reconozco. —Se acomodó un poco más cerca de ella, esa vez con sus largas piernas estiradas—. También es cierto que Malcolm me abrió algún que otro perfil que no actualizo; no sé si los acabó cerrando. Me trae sin cuidado. Cuando nací, no había móviles, Internet, ordenadores, y eso que de estos tres no prescindiría. Me fastidia no acceder a ellos porque, sobre todo, las dos últimas son mis herramientas de trabajo.

—Me da que yo soy la más rara de los cuatro.

—¿Por qué?

—Echo de menos a mi familia: a mi abuela, las pullas con mi madre. — Sonrió con tristeza al recordar eso último.

Alan puso una mano sobre su muslo y le dio un suave apretón en señal de apoyo. Acortó más la distancia. Una calidez ajena a su cuerpo traspasó la tela de la ropa y, filtrándose a través de su piel para recorrerla entera, le erizó cada vello.

—Es normal...

—¿Tú no?

—No, cuando mi único familiar está aquí, conmigo.

Conocía su historia por boca de Pipper, pero Ava deseaba con todas sus fuerzas oírla de su voz, y Alan no la defraudó. Se la contó con todo lujo de detalles; se abrió a ella en canal, lo que también le sorprendió. Entre ellos había una clara diferencia: ella escondía; Alan, en cambio, era discreto,

escogía a quién confiarle su vida más íntima. Esa conclusión le calentó el corazón y tuvo que controlarse para no dar saltos de alegría. Se esforzó para no perder el hilo.

A medida que Alan le contaba aquella parte de su vida, Ava pudo observar que no se enorgullecía de ello; sus ojos, a pesar de brillar por efecto del sol, se mostraban oscurecidos como un día de tormenta, quizás porque en su interior batallaba todavía el recuerdo de aquellas vivencias. La barba le endurecía el gesto y no disimulaba las líneas de expresión, incluso resaltaba las finas arruguitas que se formaron en una esquina de sus ojos.

—Malcolm y yo procedemos de una familia humilde, y reconozco con orgullo que mis padres eran agricultores.

—Nunca me imaginé que tuvieses esos orígenes, ya que la primera vez que te vi parecías muy estirado.

—Las apariencias engañan.

—Me he dado cuenta.

—Sé de dónde vengo y reconozco mis propios defectos: impulsivo, a veces demasiado sincero cuando a la gente no le gusta oír las verdades. Sé que hay momentos en la vida en que debería controlarme, pero no quiero ni voy a cambiar.

—Es lo que nos define como personas.

—Efectivamente. Cuando empecé a trabajar en la universidad —retomó el tema—, mi padre ya hacía tiempo que había fallecido; al afincarme en Nueva York decidí que mi madre se viniera conmigo. Craso error: tuve que aguantar sus ganas de verme con pareja y casado. —Bufó—. No paraba de repetirme: «Tienes que casarte», «Debes asentar la cabeza de una vez» o «Encarrila tu vida».

—Sé de lo que hablas. —Reconoció, un poco abrumada, aquellos comentarios que le sonaban tan familiares. Cogió un pedacito de sándwich nerviosa.

—¿Tú?

Ava masticó lo más rápido posible.

—Sí, mi señora madre inventa todo tipo de excusas para repetírmelo. No suele resfriarse casi nunca, pero un año la gripe la tumbó en cama varios días y una tarde me soltó: «Si yo me muero ¿qué va a ser de ti?; me moriré sin ver a mis nietos».

Alan comenzó a reírse a carcajadas, lo que consiguió que Ava también sonriera.

«¿Cómo es posible que con él esas palabras no me cabreen?», reflexionó.

—No te rías, es muy frustrante. Se nota que no la conoces.

Ya daba igual lo que dijera, Alan estaba doblado sin parar de reírse. Sus carcajadas se debían de oír a lo lejos, sin embargo, a ella no le molestaba. Solo quería disfrutar de aquella tarde otoñal, y que él tuviese tan buen ánimo compensaba el resto.

—Esperemos que no todas las madres sean así —precisó, limpiándose las esquinas húmedas de sus ojos con los índices.

—No lo creo, aunque un porcentaje elevado, seguro.

—¿Conoció a alguna de tus parejas?

—No. Tuve pocas parejas —apuntó, por si quedaba alguna duda—. Como todos, empiezas en secundaria con el típico tonto, y en el Instituto Culinario de América salí con un compañero que, bueno, estaba más interesado en que lo ayudase a aprobar y en mi repostería que en mí.

Ava oyó un sonido gutural, similar a un gruñido. Se tapó la boca con una mano para disimular que le había hecho gracia. De soslayo, comprobó que estaba buscando la expresión más adecuada. Jamás creyó tratar con Alan de temas tan personales.

—¡Qué idiota! —exclamó al fin—. También debo darle la razón: eres capaz de cautivar a cualquiera con una simple magdalena.

—Bueno... no es para tanto.

—Sí —asintió con la cabeza—. No quieras restarle mérito a tu trabajo, ni debes ser tan discreta. Reconozco que mi estómago está rendido a tus pies, es

verdad, y no me corto en decirlo.

«¡¡¡Qué!!!». Si aquello era una broma podía avisarle. Empezó a respirar de manera tan agitada que una maldita miga de pan se le fue por el lado que no era. Se atragantó. Tosía de modo convulsivo, apenas podía coger aire y se empezó a poner roja. Alan, asustado, reaccionó como no debía, golpeándola en la espalda.

—¡Ey! No es necesario que pretendas suicidarte, tendrías que estar orgullosa de que un hombre como yo te diga que lo has conquistado por el estómago.

—Eres un engreído —dijo medio afónica.

—Fue a propósito. Toma, bebe un poco, aliviarás el picor de garganta.

—Gracias.

Bebió varios sorbos para recomponerse un poco. Con el trasero un poco dolorido, cambió de postura y se colocó sobre sus rodillas, que quedaron amortiguadas por la falda y las enaguas, aunque no eran de gran alivio. Alan, por el contrario, sí que parecía más cómodo, con las piernas dobladas, los brazos sobre ellas y jugando con una pelotilla de miga de pan.

—Ava, debo preguntarte algo que espero que no te parezca mal —comentó sin mirarla, como si quisiera mantener las distancias.

—Dime. —Su voz sonó más segura de lo que realmente estaba. De hecho, estaba envarada, la rigidez le estaba provocando dolor de espalda, y las manos le empezaban a sudar frío.

—¿Me contaste tu secreto porque querías o por obligación? —Bajó la cabeza. Desde su posición parecía que la barbilla le rozaba el pecho—. Observé que no estás cómoda hablando de magia.

—Te lo dije en su momento y te lo repito: lo hice para demostrarte que confío en ti. Es verdad, no hablo de ello todo el tiempo, ni con Pippet; lo tiene muy asumido. También es verdad que a veces vosotros mismos no comprendéis por qué no soluciono el regreso a nuestro tiempo, pero la magia no funciona como creéis.

Alan, movido por un impulso, se pegó a ella. Lo escrutó y pudo comprobar

cierta inseguridad en él.

—Nadie te exige nada, Ava. —Envolvió sus manos entre las suyas—. Si alguna vez te hice sentir así, te pido disculpas.

La espontaneidad de su gesto, la calidez de su cuerpo, la suavidad de sus manos, de las que hasta ese instante —allí, solos, perdidos en su nada particular, mientras el sol los iluminaba— no había sido consciente. Ver en su rostro la angustia por lo que había referido tuvo consecuencias inmediatas en ella: la primera, su corazón saltó varios latidos por los nervios, pues no se había olvidado del beso; la segunda, nunca en su vida un hombre, aparte de su padre, se había mostrado tan atento, preocupado por que se sintiera a gusto, también por sus sentimientos.

La verdad, del último que lo esperaba era de él.

Al final, iba a ser cierto eso de que las apariencias engañaban. Y mucho.

Surcando aquellos mares de plata con sus ojos, procuró hablar de un modo que sonara más o menos coherente, si podía.

—No es eso, es que creo que pensáis que ser bruja te da la respuesta a todos los problemas. No es verdad, y menos a mí. Es una faceta que mantengo al margen.

—¿Rehúyes de ella?

—Para nada, pero no quiero que interfiera en mi vida, menos en Salem. Todavía es muy sensible a ciertos temas que despiertan viejos fantasmas y arrancan las suturas de sus heridas. —Suspiró—. Hay lugares que nunca olvidan, pasen los años que pasen; su pasado siempre es su presente. Ese es Salem. Allí, bueno, aquí, soy una Owens, somos conocidas en todos los rincones, aunque solo un círculo muy cerrado sabe nuestro secreto. Es más, ¿te has parado a pensar cómo vas a explicar tu ausencia del siglo XXI?

Alan alzó las cejas asombrado. Estaba claro que no se había planteado esa pregunta.

—No había caído en ello. —Paseó los dedos de su mano derecha por su velluda barbilla, pensativo, sin soltarle las manos.

—Omite que has viajado en el tiempo, miente, te tomarían por un loco.

—«Tal vez el mundo no esté lo bastante iluminado para comprender una experiencia como la nuestra».

—¿Hardy?

Alan, sin saberlo, volvió a sorprenderla, pues aquella cita de *Jude el oscuro* la repetía su padre al referirse a la naturaleza mágica de las Owens.

—¿Has leído alguna obra? —Alan arqueó una ceja, admirado.

—Sí.

—¿Cuáles? —Su alegría era casi inusitada para ser él.

—Alguno de sus relatos, *Lejos del mundanal ruido*... Mi padre siempre repetía esa cita. Profesor de Física que leía a los clásicos. Era muy amante de la literatura, y Hardy estaba entre sus favoritos. —Durante un rato en el que Alan respetó su silencio, se mordió las mejillas por dentro para contener todas las emociones que la situación le provocaba—. Mi abuela siempre dijo que él era la conjunción perfecta de ciencias y letras.

Alan rio por la nariz. Sí, era un hábito.

—Un comentario un poco raro.

«Mi abuela es única», repuso para sí.

Él acertó más la distancia.

—También me gusta Charlotte Mew, sobre todo su cuento *Algunas formas de amar*. —Tragó nervioso—. Hubo un tiempo en el que lo leía todos los días, creo que me obsesioné con él y a veces aún recuerdo la definición, si se puede llamar así, del amor: «El amor, aunque no lo recordemos a menudo, tiene un extenso vestuario. No todo el mundo puede llevar sus más ricos atavíos... y tú y yo no podemos. Alegrémonos de que nos ofrezca alguno de sus ropajes, pues, sin su caridad, iríamos desnudos». —Tragó, y la expectación de Ava aumentó. Se pegó a ella más todavía; la punta de la nariz rozaba la de ella, podía oler su aliento y habló con los ojos clavados en su boca—. Deseé tocarte desde la misma noche en que te vi; llevo días deseando volver a besarte.

—Hazlo —susurró. Respiraba entrecortado; el corsé no la ayudaba nada, le molestaba al impedirle coger aire. Temblaba como nunca en su vida, pues las ganas que tenía de que ocurriese no le permitieron moverse por miedo a que él se apartase en el último momento.

No obstante, para Alan no había vuelta atrás. Pasó el dedo pulgar por sus labios. Ava inconscientemente los entreabrió y, sin más dilaciones, Alan la besó. Atrapó su labio inferior entre los suyos. Los mantuvieron unidos durante unos segundos en los que sus pulsos se aceleraron; sus corazones latían al unísono. El mundo se paró a sus pies; el siglo XVIII se diluyó en ese beso. Se separaron unos milímetros para coger aire. Lo repitieron igual de contenidos. Alan, con una ternura y delicadeza que parecían surgir de lo más profundo de su alma, rodeó el rostro de Ava y la besó anhelante, compartiendo el mismo deseo que les fluía por la sangre. Ella también posó las manos sobre su rasposa barba, en un intento de mantener sus bocas unidas. Sin embargo, duró poco. Alan se separó, en un acto que le pareció de control, cuando ella lo que quería era más. ¡¿Por qué se controlaba ahora?!

Una sonrisa sesgada se le dibujó en la boca y la volvió más apetecible. Ava se abalanzó y él solo le permitió un beso fugaz. Ava frunció el ceño, no entendía ese «sí pero no» que estaba marcando.

—Debemos regresar —le explicó—. No quiero que nos coja la noche en el camino de vuelta.

Ava asintió triste. Cuando Alan se giró para empezar a recoger, miró al cielo y, sí, no se equivocaba. La luz diurna había menguado considerablemente; el sol crepuscular se retiraba como si estuviese avergonzado de ser testigo de aquel ósculo y permitiese avanzar a la noche seguro de que ella guardaría mejor el secreto.

\*\*\*

Unos ojos verdes, brillantes como dos esmeraldas, ocultos tras un velo de tul

negro, espiaban a la joven pareja. Atisbaban con anhelo, desde los alejados árboles, las carantoñas que el hombre le dedicaba a aquella extranjera usurpadora. Su pecho subía y bajaba rápido debido a la alteración de su respiración. Los celos le carcomían el corazón al igual que hacen las polillas en la madera; en su cuerpo, convertido de pronto en un crisol, se mezclaban la rabia y la pasión que le bullían en la sangre, le nublaban la visión, le encolerizaban la mente hasta hacerla chillar en su interior.

¡Ahí debía estar ella! Le habían arrebatado el sitio que le correspondía. Debía hallar la manera de recuperarlo, deseó la muerte de su esposo años ha. Ahora que estaba liberada de su yugo, codiciaba a aquel otro. Aquel a quien siempre amó. No había creído a las pérfidas lenguas que comentaban en todas las esquinas de la ciudad su regreso.

—No voy a malgastar mi tiempo, Alan Payne. —Clavó las uñas hasta sangrar en la corteza agrietada de un árbol en el instante en que la pareja pasaba muy cerca de ella—. Serás mío.

## Capítulo 33

### Olores en la brisa

—**E**stupendo, ya se han ido —le informó Pipper, cerrando la puerta.

En aquella mañana de sábado, Alan y Malcolm fueron llamados para acudir a una urgencia en el puerto. A medio desayunar, salieron a la carrera sin tiempo que perder, pues el muchacho que vino en su busca era desconocedor de lo acaecido.

Ava se sentó en la silla que normalmente ocupaba Malcolm, así quedaban cara a cara.

—No hay peligro. A ver, cuéntame, ¿qué tal con Alan?

—Muy bien, la verdad. Estuvo hablando de su vida y me dio la misma versión que Malcolm te dio a ti.

—Vamos, que no mienten.

—¿Creías que te había mentido?

No se esperaba aquella apreciación. Pipper no era una persona desconfiada si no le daban motivos, por eso le chocó aquella pregunta. Se fijó con más detenimiento en ella: su labio inferior estaba doblado hacia abajo dibujando un puchero, y sus ojos reflejaban la firmeza de sus pensamientos.

—No, pero bueno, ya sabes que a veces, cuando queremos a una persona, ocultamos ciertas cosas.

—Pues aquí ya ves que no. Es más, su madre y la mía se parecen bastante en el tema de las parejas.

—Bueno, lo importante: ¿surgió algo entre vosotros?

Llegadas a ese punto, Ava no dudó más, no le mintió a su amiga.

—Sí, nos besamos.

—¡Aleluya! —gritó de la emoción a la vez que aplaudía—. Estoy escuchando a Leonard Cohen cantando *Hallelujah*, ¡Dios mío!

—No te voy a contar nada más —le advirtió negando con la cabeza.

—Sí, sí, sería demasiado escabroso y no podría mirarlo a la cara.

Ava sonrió por la manera que Pipper tuvo de quitarle importancia a los detalles, que, en otro momento, quizás si estuviesen en el siglo XXI, no se saltaría. Aunque el nerviosismo que la atenazaba no era muy normal. Debía de haber algo más que se le estaba escapando. Por ello, indagó:

—¿Y tú con Malcolm? Cada día se os ve mejor. —Empujó su taza de té.

—Fabuloso, maravilloso —suspiró—. Es el hombre de mi vida —reconoció sin tapujos.

—¿De verdad? —Ava estaba anonadada—. ¿Así de simple?

—Sí. —Tímida, bajó la cabeza y se puso a jugar, nerviosa, con la esquina de la servilleta.

—Me alegro por ti, Pipper, en serio. Al fin has encontrado a alguien que te merezca.

Ava extendió su mano. Agarrándose a ella sin demora, Pipper demostró que su amistad era indisoluble, que continuaban apoyándose la una a la otra.

—No me equivoco al decir que Malcolm es el definitivo en tu vida.

—En aquel conjuro a Hécate vi a Malcolm, estoy convencida de que era él. Si algo tenéis las Owens es que en estas cosas vuestras nunca falláis.

Cierto. Las predicciones de su abuela rara vez resultaban equívocas. Estaban muy bien consideradas entre sus allegados o por aquellos que venían por recomendación del amigo del amigo del amigo, arropados con un manto de escepticismo que su abuela se encargaba de arrancarles. A pesar de todo ello, no había tanta gente que conociese su secreto, pero, entre los que lo conocían, Minna casi era una eminencia. Sin embargo, Ava no entendía qué le sucedía,

¿por qué era incapaz de dar con la manera de regresar? A veces, intentaba acordarse del grimorio y de todas las enseñanzas que las mujeres Owens habían plasmado en él, pero no podía, era como si su memoria estuviese bloqueada. Sí, había algún detalle, pero nada de utilidad. ¿Aquello era ser una bruja?

—Ahora debo enseñarte lo que encontramos ayer.

Pipper se levantó y se dirigió hasta el umbral de la puerta de la cocina, que no traspasó. Ava se puso a su lado a la expectativa.

—¿Ves la distancia que hay entre estos tablones? —inquirió mientras señalaba con la punta de su pie derecho.

—Sí. —Ava no se había percatado de ese detalle.

—Bueno, si me ayudas...

Se acuclilló al lado de su amiga, que le mostró cómo meter los dedos en la ranura para ejercer fuerza y así poder abrir la trampilla. Cuando se quedó anclada en el tope, una bocanada de aire viciado a humedad, olor a viejo y a comida en mal estado golpeó la nariz de Ava, que se llevó una mano a la boca para no vomitar.

—Aquí está el sótano que faltaba —dijo como si nada.

—Huele un poco mal. —Su voz sonó amortiguada por la mano.

—Es más de lo que parece. Bajemos, porque alucinarás con todo lo que hay.

Con la decisión propia de Indiana Jones, Pippet se levantó el vestido y con cuidado fue bajando los anchos escalones de madera de la escalera que permanecía fija entre los tablones del suelo de la casa.

—¡Vamos, Ava! Aquí abajo no huele tan mal.

Titubeante, hizo lo que le pidió su amiga, pero antes giró la cabeza hacia la puerta de la calle, tomó una gran bocanada y contuvo la respiración. Bajó poco a poco. Nunca la habían seducido ese tipo de escaleras que crujían bajo sus pies. Además, la madera, de un tono que tiraba más al negro que al marrón, estaba enmohecida, lo que tampoco le dio seguridad. El suelo era de piedra, y sobre él se alternaban unas rústicas baldas en las que habían frascos con

diferentes contenidos comestibles, si se podían llamar así, aparte de algunos utensilios. Había barriles al lado de la escalera, y sobre una mesa, o algo similar, alargada, cestas que contenían fruta en buen estado. Todo estaba iluminado por unos pequeños ventanucos rectangulares que debían de quedar a ras de suelo de la casa. ¿Cómo no los había visto? Había andado mucho tiempo por fuera y ni se había fijado. Del techo bastante alto, en el que se cruzaban dos vigas, colgaban ganchos iguales que los de las carnicerías. Desperdigados por el suelo, había vasijas, cántaros, garrafas recubiertas con mimbre. La suciedad del sitio flotaba en el aire, el polvillo lo recubría todo y volaba liviano al trasluz.

—Mira, manzanas. —Pipper metió la mano en una cesta y sacó una lustrosa manzana roja—. Podemos hacer compota o cualquier otra cosa.

Ava asintió. En el fondo, era muy bueno haberlo encontrado, porque había verduras bastante aprovechables. Con todos esos ingredientes se podía cocinar otro menú echándole un poco de imaginación.

Contemplando todas aquellas posibilidades, sintió una brisa que le acariciaba los pies. Giró y se encontró con una pared lisa en la que había más objetos. Le extrañó mucho.

—¿Notas eso?

—¿El qué? —Pipper sacó la cabeza de la cesta.

—Acércate a mí —le pidió.

Pipper obedeció en absoluto silencio.

—¡Aire! —Comenzó a dar vueltas sobre sí misma buscando el agujero o grieta que permitía su paso—. ¡Ah! —exclamó, asustada—. No se colará ningún animal que haya hecho aquí su madriguera, ¿no?

—Lo dudo, habría un agujero y no lo veo... —Se interrumpió al oler una fragancia bastante repelente. Estiró el cuello. Aquello no podía ser, debía de estar equivocada, pues por allí no había ninguna mandrágora.

Siguió aquel rastro fétido y fue a dar al otro extremo del sótano. Quedaba justo unos metros por detrás del hueco de la escalera, lo que le concedía una

mayor profundidad. Había que aguzar la vista para apreciar, en medio de la pared, la forma alargada de una pequeña puerta, pues estaba escondida a ojos indiscretos gracias a la oscuridad que bañaba aquella parte. Tampoco contaba con mucha ventilación, por eso el olor de la planta se intensificaba. La puerta estaba bloqueada por una mesa de tamaño medio, vacía. ¿La habían dejado ahí para prohibir el paso al otro lado? Con Ava consiguió el efecto contrario, ya que el ansia de abrirla se incrementó.

Se acercó. Era más que evidente que salía de aquella misteriosa puerta.

—El aire sale de ahí —dijo a media voz Pipper, conteniéndose.

—Sí, lo sé. Por eso la temperatura es tan fresca y todo se conserva tan bien.

—Es que parece un frigorífico.

—Pipper, ¿podrías traer algo con lo que alumbrar, por favor?

—Voy a por la lámpara de aceite. Malcolm la preparó y gracias a la amabilidad de Angus podemos utilizarla.

—¿Angus? —Volvió el rostro hacia ella, con el ceño fruncido, sin comprender.

—Sí, nos dio un poco de aceite y le dijo a Malcolm dónde se podía hacer con él —le explicó—. Vengo ahora.

Pipper salió apresurada. Sus pasos sonaban encima de la cabeza como si un pelotón militar hubiese entrado en la cabaña. Dicho y hecho: en un minuto escaso apareció a su lado con una lámpara oxidada. A su claridad pudieron descubrir que la pared estaba recubierta con los mismos tablones con que se había construido la cabaña. ¡Era una prolongación bajo tierra! Ava estaba asombrada, no obstante, la convicción de que allí se escondía algo grande iba en aumento.

—¿Se me permite decir algo? —inquirió Pipper en voz baja.

—Claro.

—Vale. —Carraspeó—. Estoy asustada; a mí esto no me seduce porque mi mente se está acordando de *Thriller*, de Michael Jackson, y ese aullido de lobo me congela la sangre.

—Aquí no hay lobos, ¿ves alguno? —la increpó por aquella descabellada fantasía.

Pipper le colocó la lámpara delante de los ojos para demostrarle lo en desacuerdo que estaba con ella.

—Apártala. —Giró la cabeza al lado contrario tapándose los ojos.

—Puede estar ahí dentro. —Señaló con su dedo índice la puerta.

—No. Ayúdame a mover la mesa.

—¿Vas a abrirla?! —Agarrándola del codo le impidió caminar.

—Quiero saber qué hay detrás.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó sin dar más explicaciones.

La seguridad que borbotaba en sus venas la empujaba a seguir adelante, pues estaba decidida a desentrañar todos los secretos que guardaba esa cabaña. La agarró con fuerza de los extremos para moverla, pero era más pesada de lo que aparentaba.

—Coge el otro lado.

Pipper, dejando la lámpara en el suelo, fue en su ayuda. Estaba a punto de cogerla cuando se llevó la mano a la boca.

—¡Espera! —Ava resopló y soltó la mesa con resignación—. Debes de estar muy segura de esto. Mira que pueden salir bichos, ratones, a saber qué otros animales rastreros...

—Pipper —la interrumpió—, separemos la mesa.

Con movimientos sincronizados, la levantaron. A causa del aire, la puerta se entreabrió a la vez que el corazón de Ava brincaba en su pecho. Del interior llegó un olor cargado que no supo cómo definir.

Pipper se acercó con la lámpara y las dos compartieron una mirada cargada de intenciones.

—Toma. —Se la tendió—. Ve delante; lo siento, a mí esto me da mucho miedo.

Cogió la puerta con fuerza, al igual que Pipper lo hacía con sus hombros. Sus

manos, a pesar de estar tan ateridas que le dolían incluso los nudillos, la apartaron. Tomó aire y dio varios pasos titubeantes al frente, hasta quedar en el umbral. La confianza se le escapaba por segundos, no así la curiosidad por ver lo que se escondía allí. No hizo falta que levantase mucho la lámpara: cerca de la cornisa se abría al exterior una especie de ventanuco alargado y rectangular que permitía un escaso acceso de luz. Lo que se encontró delante de los ojos fue un lugar donde se había practicado magia. ¡Lo sabía! ¡Sabía que no podía estar equivocada! Aquellas plantas del jardín llevaban de manera directa a ese lugar.

—Entra —le exigió Pipper desde atrás.

Le obedeció de inmediato sin percatarse de que estaba conteniendo el aire por la emoción. Alzando la lámpara, observó con admiración aquella habitación de planta cuadrada, paredes de piedra, techumbre revestida de madera de abedul; en sus cuatro vigas reconoció el sauce. Justo en el lado en el que debería situarse la chimenea en la planta superior, se abría un pequeño hogar; en su interior había un caldero igual que el que usaban su abuela y su madre para hacer sus conjuros y brebajes: de acero, negro y con tres patas puntiagudas.

—Tenías razón —confesó Pipper. Ava ni se había dado cuenta de en qué momento la había soltado—. Había un segundo sótano.

Ava se adentró más. Estaba muy poco amueblada en comparación con el sótano de Collins Beach, salvo por el mueble que ocupaba casi toda la pared a su espalda. Era alto, de muy buena madera, quizá mágica como la del techo. Estaba dividido en dos secciones: en la parte baja había unas alacenas con puertas dobles; la superior era un conjunto de pequeños cajones ordenadamente cerrados; en medio se abría una vitrina. Se acercó y pudo ver que allí se guardaban pequeños albarellos destapados; frascos, cada uno cerrado con un tapón de corcho, que contenían líquidos o tierra; en otros, partes de animales, hojas disecadas. Avanzó un poco más y la cofia chocó con algo que pendía del techo. Alzó los ojos, abiertos todo lo que le daban a esas

alturas, y se encontró colgadas ramas de artemisia, verbena, ¿laurel?, no estaba segura, entre otras. Era increíble, su abuela las colgaba del mismo modo para secarlas. Cuando bajó la vista, agazapada por el mueble, se encontró una balda pegada a la pared. Hacía de mesa. Sobre ella, había un mortero, muy similar al de su familia, de color oscuro, en el cual se machacaban las mezclas; una copa; un cuenco de acero muy ennegrecido; un candelabro del que habían caído las velas allí desperdigadas y una piedra de forma ovalada. A sus pies, y lejos de la claridad del ventanuco, se hallaban las mandrágoras, la belladona, los beleños, el acónito. Ahí estaba el herbolario de las brujas.

—Mira, las plantas de las que hablabas. —Pipper señaló con un dedo.

Ava respondió con silencio. Estar en una estancia como esa la hizo acordarse irremediabilmente de Collins Beach, de cómo su abuela preparaba los conjuros o los rituales de los solsticios; cómo, de niña, le enseñaba el uso de cada una de las plantas del invernadero. Entre el pecho y su garganta notó un vacío que solo había sentido la primera vez que soñó con aquella mujer. La oprimía con más fuerza hasta llenarle los ojos de lágrimas. «Nunca te dejes influir por las emociones, Ava, eres una bruja», le había dicho múltiples de veces Minna. Unas enseñanzas que jamás olvidaría, aunque el siglo XVIII se empeñase en llevarle la contraria.

Ninguna de las dos salía de su sorpresa, pero Ava se asustó al contemplar, entre las raíces de la *Mandragora autumnalis*, la muñeca de sus sueños. Un grito se le congeló en la garganta. ¿Cómo era posible que estuviese allí? ¿Quién quería atormentarla? ¿Quién pretendía enloquecerla? Dio varios pasos hacia atrás con las rodillas temblorosas. Era tal su estado nervioso que notó que el corsé se le clavaba en las costillas como dagas afiladas que le dificultaban respirar.

—No te muevas —le advirtió Pipper.

Ava la miró alarmada. Giró sobre sus pies y no necesitó alumbrar para ver que delante de ellas había dibujado en color negro un gran trisquel.

—¿Qué es?

—Una triqueta. Un antiguo símbolo que alude a la dimensión femenina del universo, a la vida, la muerte y la resurrección en muchas civilizaciones antiguas, donde las dríades lo utilizaban para sus rituales. Para muchos simboliza los tres niveles del hombre: el físico, mental y espiritual.

Pipper la empujó suave por el hombro para estar frente a frente. Su amiga había perdido el color del rostro, sus labios formaban una línea y sus ojos castaños brillaban del mismo miedo que le revolvía las entrañas.

—Ava, ¿te das cuenta de que Mary tampoco nos mintió? Aquí vivió una bruja, y a lo mejor esto es una señal para regresar a casa.

## Capítulo 34

### La dama velada

Pipper dejó en manos de Ava el contárselo a ellos o no. Ella, sin ningún motivo especial, prefirió callarse, aprovechando que llegaron del puerto bastante cansados. Y después, lo que duró el día, no salió a colación ningún tema relacionado con la magia.

La noche no fue mucho mejor. Su mente aturrullada mezcló de manera caótica la muñeca, la mujer y aquellas figuras masculinas que buscaban a alguien. Se despertó entre sudores fríos, palpitaciones y unas enormes ganas de llorar. Se levantó con cuidado, se envolvió en una manta y, con los ojos clavados en las llamas del fuego que ardía en la chimenea, se desahogó. Sacó para fuera el miedo, la rabia, la añoranza por los que no tenía, la impotencia. Todo. En parte, liberó un poco su alma de la carga que arrastraba desde que estaba en el siglo XVIII. Así pasó la noche.

Al día siguiente, domingo, acudieron a misa, aunque no tenía muchas ganas después de no haber dormido. Durante el oficio, los ojos indiscretos que contemplaban a esa chica de sonrisa tímida, mirada dulce y gestos delicados darían fe de que estaba muy atenta a los consejos del pastor. En realidad, la mente de Ava estaba en su mundo onírico, además de en las palabras de Pipper: «Aquí vivió una bruja». Además de eso, estaba la muñeca de mandrágora. Era la misma que la de sus sueños y ahora estaba en aquella cabaña, ¿por qué? Había muchas posibilidades, sin embargo, la única y

verdadera se le escapaba.

A la salida, las dos esperaron a Mary para darle un preparado que Ava había elaborado a partir de corteza de sauce y otras plantas que encontró al revolver entre aquellos cajones que estaban en mueble del sótano. Recordando alguna mezcla de su abuela, guiada siempre por el olfato, que era el mejor método para diferenciarlas, le preparó una infusión reconstituyente. Le vendría bien para que le levantara un poco el ánimo y se sintiera más activa. Mientras esperaban a que terminase de hablar con el reverendo, escucharon a tres mujeres que hablaban de espaldas a ellas mirando descaradamente a Alan. Por su corpulencia se asemejaban a las gracias de Rubens, con una diferencia: estaban embutidas en sus vestidos.

—¡De todos era sabido! Esa muchacha estaba fuera de sus cabales, como su madre —enfaticó una con el dedo índice estirado—. Al fin, él supo escoger.

—He oído que su hermana era muy fanfarrona y aparentosa...

—Así es —afirmó tajante la tercera señora, que todavía no se había pronunciado—. Tras su desaparición, mi cuñada, la que vive en la aldea, me contó que en un tugurio de mala muerte, a las afueras, vieron a su hermana reírse de su difunto marido. —Asintió con la cabeza—. Todavía con el cuerpo caliente bajo tierra.

—Reírse de un difunto es de mal agüero. Nadie quiere enojarlos —dijo la primera.

Las tres se santiguaron a la vez.

Ninguna de las dos daba crédito a lo que estaban escuchando. ¡Estaban hablando de Alan! Ava bajó la cabeza abochornada; Pipper las miraba boquiabierta. Para su fortuna, Mary se acercó a ellas. Su sonrisa maternal y aquellos ojos que brillaban, contentos de tenerlas cerca otra vez, caldearon el alma de Ava, que no pudo evitar sonreír también.

—Mis muchachas. —Las abrazó a ambas, candorosa—. Cada día me alegra más vuestra presencia. —Suspiró como si le faltasen las fuerzas.

—¿Cómo estás? —preguntó, cariñosa, Pipper.

Sus blancas mejillas se inflaron al tomar aire.

—Podría estar mejor...

—Mary, tomate esto. —Ava abrió su monedero y sacó la bolsita en la que estaban envueltas las hierbas.

—¿Qué es? —Su tono reticente demostró que no era muy amiga de los brebajes.

—Es una infusión. Mi abuela me enseñó a elaborarlas a partir de hierbas que crecen a nuestro alrededor.

—¿Es bueno? No me matará, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Te hará sentir mejor, el cansancio desaparecerá.

—Hazle caso, Mary, tiene muy buena mano para las infusiones —intervino Pippet

—Está bien, trae. —Cogió la bolsa y la guardó en su monedero—. Cuéntame, ¿cómo se prepara?

—En agua hirviendo se vierte una cucharada de estas hierbas y se deja reposar hasta que el agua adquiere un color amarronado —le explicó al detalle—. Antes de tomarla echa unos granitos de azúcar; suavizará su sabor.

—Muy bien, ya te contaré cómo va.

—Mirad quién viene por ahí —avisó la segunda señora a sus secuaces.

—¡Qué poca vergüenza! —amonestó la primera, hostil.

—¡Qué desfachatez tan grande! —exclamó asqueada la tercera—. ¿Es que sus amantes la hastían?

—Debería estar prohibida su presencia en la casa del Señor —sugirió la segunda.

—Se rumorea que todas las noches la visita un hombre y no se marcha hasta que despunta el alba —chismorreó la primera.

Mary, Pippet y Ava, curiosas por aquellos comentarios, se volvieron. La expectación era debida a la presencia de una mujer vestida de negro con el rostro velado por una muselina del mismo color. Era alta, aunque más baja que Ava, y delgada. Sus andares eran pausados, seguros, y se movía con una

donosura innata en ella que no le permitía pasar desapercibida porque hasta las almohadillas bajo su falda conseguían el efecto adecuado. Su estrecho busto en uve resaltaba sobre unas caderas sinuosas, no muy voluptuosas, que se convertían en el deseo de los hombres, sobre todo, de los más jóvenes. Todos la miraban: las mujeres, con acritud; los hombres maduros la desviaban, otros la desnudaban.

—¿Quién es? —Pipper fue más rápida que Ava al preguntar.

—Es Sarah Corey, la viuda de Samuel Corey. —Mary chasqueó la lengua, negando con cabeza—. Un gran hombre.

—¿Lo conocías? —Ava sabía que aquella pregunta sobraba.

—Todos lo conocíamos. Era un hombre muy querido en el pueblo, el mejor amigo de vuestros esposos, pero es normal que no os hablasen de él; su muerte sorprendió a todos. Fue el mejor capataz que he tenido, dispuesto y resuelto, pero perdió la sesera por esa mujer, que solo se aprovechó de su bondad. Bebió los vientos por ella hasta espirar su último aliento. Ella nunca lo mereció; metería en su lecho a todos los varones de este pueblo y de varios kilómetros a la redonda si se lo permitiesen.

Ava no le quitaba ojo de encima a aquella mujer, que tenía más pinta de ser una aparición que real. Estaba saludando de un modo más que cordial a Alan y a Malcolm. No le pasó desapercibido cómo ponía una mano enguantada en el hombro de Alan y la deslizaba a lo largo de su brazo hasta rozarle los dedos. La sangre se le convirtió en lava al comprobar que él no la apartaba.

Bajó de nuevo la cabeza.

Alan no era nada suyo. Sí, se hacían pasar por matrimonio; sí, la había besado, pero no habían conversado de su situación. Nada había cambiado entre ellos, solo tenían permiso tácito de besarse. Aquellos besos le pertenecían a ella, la hacían vibrar, olvidarse del mundo. La lengua sedosa de Alan la transportaba a un viaje único donde el deseo era el destino. Jamás lo hubiese pensado tras todo lo vivido, aunque sí le gustaba y se había sentido muy atraída por él desde el principio. Tampoco podía sacar todo de quicio; el

gesto de aquella mujer no tenía por qué significar nada.

No obstante, algo dentro de su corazón se desprendió.

—Ava, Ava, te ha mirado con cara de puerco espín —dijo Pipper, molesta.

—Sí, muy buena definición. —Mary rio por lo bajo—. Intuyo por qué Malcolm te quiere: eres de mente ágil, cualidad rara en las mujeres de por aquí, y muy graciosa.

Ava levantó la cabeza y se topó con el rostro de la viuda ladeado hacia su dirección.

—Estate ojo avizor, querida. —Mary le dio unos suaves golpecitos en el antebrazo.

—¿A qué te refieres?

—Creo que... —Pipper sopesó las palabras antes de concluir—. Eres su rival.

—No, no lo soy.

—Lo eres —sentenció Mary—. Pues ese hombre al que tanto anhela te pertenece.

\*\*\*

—¿Sarah? —inquirió atónito Malcolm.

—¡Cuánto tiempo sin veros! —respondió ella escondida detrás de su velo—. Me alegro de que hayáis regresado.

—Lamentamos tu pérdida —le expuso Alan con educación y lástima—. ¿Cómo te encuentras?

—Mal. El vacío que ha dejado Samuel es muy grande...

—Tú marido era muy querido en Salem —recordó Malcolm con acritud.

Alan se volvió hacia él y lo notó incómodo.

—Lo sé, pero eso no alivia el dolor que siento. —Se limpió las esquinas de los ojos con un pañuelo que sacó del bolsito—. Ni la soledad. Las noches se hacen eternas, ya no duermo igual por miedo a los maleantes... Todo el mundo

sabe que vivo sola. —Su voz sonaba cada vez más afectada.

—Es lo que tiene quedarse viuda.

Alan le pegó un codazo disimuladamente.

—¡No miento! —exclamó en su defensa.

—Sarah, estamos aquí para ayudarte —le dijo Alan. Esa mujer no era santo de su devoción, tampoco le quería ningún mal.

—Malcolm dice la verdad, la vida pinta mal para una mujer sola que no sabe defenderse ni tampoco ni arreglar su casa, no tengo la fuerza suficiente para cambiar tablonos podridos por otros nuevos. —Suspiró, pesarosa—. ¿Por qué tuvo que irse tan pronto?

—Lo digo en serio, si necesitas algo, cualquier cosa, solo avísame.

—No quiero molestar. —Le recorrió el brazo de un modo demasiado cariñoso para un momento así.

Alan entornó los ojos hacia esa mano enguatada con rechazo.

—Debéis atender a vuestras esposas. —Ladeó un poco la cabeza en dirección a las dos mujeres.

—Por ellas no te preocupes, nosotros podemos...

—Habla por ti —masculló, Malcolm.

Puso los ojos en blanco nada más oírlo. ¿No se percataba de que necesitaba apoyo?

—Te echaremos una mano.

—No, no me gustaría abusar de tu bondad. —Sonrió detrás del velo, deshaciéndose de su pesar en cuestión de segundos.

—Reitero lo dicho, eres la esposa de mi mejor amigo y creo que a él le gustaría que te socorriésemos. Lo hago por Samuel.

—Bien, ya que insistes no voy a negarme. —Se rio por lo bajo—. Solo una necia lo haría. —Sarah le acarició su mano de nuevo—. Hasta más ver —se despidió.

Alan se limpió la mano en la pernera del pantalón para luego meterlas en los bolsillos. Sentía pena por esa mujer, más por su amigo. La observaron

mientras se alejaba.

—No me fío, primo, ten mucho cuidado —le advirtió con un marcado tono de misterio.

—Repito, es la mujer de Samuel, no puedo negarle mi ayuda. No entiendo a qué viene tu negación.

Su primo se giró hasta que quedaron frente a frente. Alan lo conocía bien y sabía que la presencia de Sarah lo había alterado. Malcolm lo agarró por el brazo.

—¿Tú te oyes? Te molesta mi comportamiento y no el buen trato que le has dado. ¿Desde cuándo te cae bien? Todavía me acuerdo como tú la rechazabas incluso delante de Samuel.

Era verdad. Nunca pudo verla. Su mala fama —codiciosa, ramera para algunos— la predecía más allá de Salem.

—Ha llevado un golpe con su muerte. —Se separó de él.

—No, Alan, me he fijado en cómo te miraba a través del velo. Estoy seguro de que finge. Yo te repito: no me fío de ella. Bastante tenemos ya para añadirle a nuestras vidas a Sarah Corey.

Alan ya estaba convencido, aunque en su interior se batallaba un dilema: su mente sabía que hacía lo correcto; su corazón lo empujaba hacia Ava. Quería regalarle cada segundo de tiempo; conocerla mejor, acariciarla... ¡Quería estar con ella! No tendría por qué impedírselo nadie, ¿no?

## Capítulo 35

### Traición y celos

*And I wonder if I ever cross your mind?  
For me it happens all the time  
It's a quarter after one, I'm all alone and I need you now  
Said I wouldn't call but I've lost all control and I need you now  
And I don't know how I can do without  
I just need you now  
Lady Antebellum, Need you now*

—Ava, antes querías hablar conmigo, ¿qué sucede? —La despreocupación que Alan destilaba en sus movimientos al calzarse las botas y al no levantar los ojos para mantener aquella conversación empujó a Ava a callarse.

En aquel instante el ambiente en la habitación se heló.

—No, nada...

—¿Qué me querías decir? —repitió con urgencia.

—Nada, no debería de ser muy importante, porque no me acuerdo —le mintió con el corazón en un puño mientras un nudo le apretaba la garganta.

—Puedes confiar en mí. —Se acercó a ella y le dio un rápido apretón en el hombro.

—Lo sé.

—Cuéntame todo lo que suceda.

«Si al menos estuvieses aquí alguna vez», le recriminó en silencio, con la cabeza baja y la mirada clavada en sus manos unidas en el regazo.

Solo asintió con la cabeza.

—¿Vas a venir? —se arriesgó en preguntar.

—Intentaré llegar antes.

La puerta se cerró tras él.

Esa había sido la última vez que habían intercambiado unas palabras.

Desde hacía una semana, Alan no era el mismo: no la miraba, no le hablaba apenas, no la tocaba ni la besaba.

Desde hacía una semana sus ausencias eran cada vez más prolongadas. Cuando se abría la puerta de la cabaña, el único que entraba era Malcolm. El primer día ella había preguntado; el segundo, el tercero, siempre oía una excusa nueva: una ventana, el tejado, cualquier disculpa era buena para que la pesada de la viuda retuviese a Alan a su lado, lo que alteraba los ánimos de todos. Al cuarto día solo con mirarlo se entendieron. La traición la carcomía por dentro, le roía las entrañas. Sentía un inmenso hueco en el pecho al respirar; los ojos le escocían, pero no soltaban una sola lágrima; era incapaz de llorar y no sabía por qué. Tenía una vaga idea: la falta de explicación por parte de Alan. No había habido entre ellos ninguna discusión para distanciarse.

No hubo nada.

Simplemente, él se fue alejando.

Nadie sabía lo que aquello le dolía en el alma.

«¿Por qué ya no quiere estar conmigo? ¿Qué hice mal para que me ignore? ¿Acaso aquella tarde que nos besamos no significó nada? ¿Es que me ha mentido?». Todas esas preguntas le asaltaban la mente si paraba quieta un segundo. Desde hacía una semana, en la mente de Ava sonaba una y otra vez su canción favorita de Lady Antebellum, con la que por múltiples circunstancias se sentía identificada, todavía más tras conocer a Alan. No comprendía cómo la letra podía contener tantos sentimientos y emociones juntas. La recordaba

también para olvidarse de las palabras de advertencia que Mary había pronosticado aquel domingo.

En el sótano era donde podía encogerse sobre sí misma a modo de protección, renovar las pocas fuerzas que le quedaban para continuar como si nada pasara. De ahí que no fuese por el huerto, aunque hubiese una razón más de peso: el bosque. Hacía ya un tiempo, había cambiado: tenía la sensación de que la naturaleza la llamaba y la arrastraba para mostrarle lo que se escondía en sus profundidades. Sus sentidos estaban alterados; quizás esas paranoias podían estar influenciándola. Sin embargo, allí abajo, podía ser ella misma sin disimular. Se mantenía ocupada y entretenía la mente durante horas en otros menesteres, de ese modo se alejaba de todo lo que sucedía encima de su cabeza y aligeraba su ser.

Todos aquellos acontecimientos pesaban más que la vida, que los recuerdos perdidos en la faz del tiempo. Eran más insoportables que el silencio que la separaba de Alan.

Por otro lado, dormir se había convertido en un suplicio. A medida que Alan se alejaba más y más, Ava se hermanaba con aquella mujer de la que no sabía nada, salvo lo que soñaba. Comprendía que sus sueños podían recrear retazos de su vida, de la cual hacía suyo su dolor por la pérdida, y cada vez era más consciente del calvario que había sufrido al ser rechazada por un hombre sin motivo aparente.

¿Cómo era posible que sus vidas se pudieran parecer tanto?

Había vuelto a verla tirada en el sueño llorando. Ava intentaba ayudarla, pero la inmensidad se lo impedía. Se despertaba temblorosa, acongojada, con el corazón palpitante en el cuello; otras veces, hipando por la falta de aire en los pulmones. Cada noche se hundía un poco más debido a que sus horas de sueño se iban acortando. El resto de la noche la pasaba sentada en el suelo, envuelta en una manta para combatir el frío, observando el fuego que ardía en la chimenea mientras su calor le calentaba un poco el cuerpo. Pero ya no había nada que le caldeara el corazón, pues era como si una mano invisible se lo

arrancase de cuajo. Hubo noches en que, sin poder evitarlo, contemplaba a Alan dormir. En aquellos dolorosos minutos en los que se obligaba a permanecer allí, las yemas de sus dedos hormigueaban por acariciarle su mejilla o por separar los traviesos mechones de pelo que le caían por la frente; recorrer el puente de su larga nariz y terminar en esos labios que eran la fuente inconsciente de su deseo.

Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

No obstante, su carácter, por lo general tranquilo, se resentía más de lo que ella creía. El colmo que le hirvió la sangre había sido el consejo que le había dado Malcolm: «No bajes por el pueblo durante unos días». Ella le preguntó varias veces, pero él no le dio más explicaciones. A la mañana siguiente, Pippet le comentó que los rumores que corrían por las calles de la ciudad eran que Alan se veía con la viuda Corey.

—La gente piensa que soy una cornuda. —Decir en alto esa frase fue una patada en el estómago que le cortó la respiración.

No la cogía por sorpresa, solo confirmaba sus sospechas: había algo entre ellos. Pero dolía cuando la idea de hacerse pasar por matrimonios había sido propuesta por ellos y aceptada por ellas dos.

Malcolm y Pippet se volcaron a animarla. Se pasaban el tiempo de broma en broma para distender el ambiente tenso, rancio, que se estaba generando. Ava no participaba en nada. Muy de vez en cuando sonreía, y Malcolm, testigo de toda la situación, fue claro: «Ava, soy el novio de Pippet y puedes contar conmigo para lo que quieras. Te considero mi amiga».

Esa mañana Mary también había puesto su granito de arena. Haciéndose eco de las habladurías que corrían sobre Alan y la viuda Corey, se personó en la cabaña, primero, para agradecerle a Ava aquella infusión que la había repuesto casi de manera inmediata. Segundo, para dar su opinión.

—¡No te merece! —Dio una palmada contra la mesa—. A saber qué mosca le ha picado a ese badulaque.

Después le había ofrecido a Ava su ayuda.

—Aléjate de él. Eres joven, y una muchacha como tú no tiene que aguantar esto. —Miró a Ava con determinación y habló más como una madre que como una amiga—. Vente conmigo a casa, distánciate de ese malnacido.

Ava le agradeció sus palabras, pues en casa de Mary sí podría tener un poco paz, pero declinó aquella oferta tan tentadora. No obstante, antes de decidir con la cabeza, escuchó a su corazón, por ello quería enfrentarse directamente a Alan. Tener una última conversación y escupirle en la cara sus palabras: «Es la manera en la que te puedo proteger. Este sitio es impredecible».

Lo esperó despierta sentada en la mecedora, agazapada a un lado, donde no se proyectaba la luz de la chimenea. Esperó y esperó. Los párpados comenzaron a cerrársele, el cansancio le estaba pasando factura. Iba a ceder sin remisión cuando la puerta crujió al abrirse y se fijó en una figura que cruzaba la habitación con cuidado.

—¿Qué tal con la viuda Corey? —Lo asaltó desde la oscuridad.

Alan pegó un brinco.

—¿Dónde estás, Ava?

Ella, con movimientos medidos, se acercó a la chimenea, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué tal con ella?

—Bien, es una buena mujer que necesita compañía.

—Ya veo.

—¿Cómo dices? —inquirió con aspereza.

—Se ve que lo pasáis muy bien, tanto que ella a tu lado se olvida del dolor.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Mientras que vosotros lo pasáis bien, yo debo aguantar las habladurías...

—No te preocupes, no pasa nada, seguro que nadie habla. —Le restó importancia.

—¿Que no?! ¡Malcolm y Mary me advirtieron de ello! —Se puso delante de la mesa donde se apoyó en los puños, que cerraba con todas sus fuerzas. Los nudillos eran lunares blancos en su piel—. Me estás poniendo en el punto de

mira cuando yo solo quiero pasar desapercibida para que nadie sepa que no pertenezco a esta época.

—¡Y tú no mientas! —arremetió, poniéndose frente a ella en el otro extremo de la mesa—. Ando todo el santo día por el pueblo y nadie me ha señalado ni ha murmurado nada. La mentira no es típica de ti. Estás celosa, se te nota. — Soltó una carcajada socarrona.

Su afirmación y verlo reírse de ella la hicieron arder en las llamas de su propio cabreo. Fuera de sí, se acercó a él con ganas de matarlo.

—¡Pregúntale a Malcolm!

Justo en ese mismo instante, Pipper y él, que estaban acostados, se levantaron al oír aquella tremenda discusión.

—¡Estás ciego, idiota! —El labio inferior de Ava empezó a temblar sin control, pero no le importó—. Desde que llegamos he intentado comportarme con las normas de protocolo que se requieren sin conocerlas, acaté todo lo que me dijisteis, ¿y qué recibo a cambio? ¡Pasotismo! Haces como si no existiera, nunca estás, ¡hasta Malcolm parece más mi marido que tú!

Ava notó en su hombro el agarre de Pipper.

—Ava, mira, es una mujer desvalida...

—¿Y la defiendes?!

—Alan, no —le aconsejó Malcolm, detrás de él.

Le echó una mano al hombro para frenarlo también.

—Sí, porque es una mujer desvalida. Tú tienes a tu amiga, tienes a Malcolm; ella, a nadie.

—A esto se le llama arreglar las cosas, sí, hombre, sí —intervino Pipper.

—Alan... —advirtió otra vez Malcolm.

—¡Pero no te tengo a ti! —le gritó a la cara, dando otro paso al frente.

—¿Qué? —Alan se tambaleó.

—Déjalo —dijo, derrotada—. Da igual.

—Ava... yo... —titubeó—. Ava...

—¿Sabes qué? Yo también paso. —El cuerpo le temblaba como una hoja,

tenía la respiración tan entrecortada que le costaba hablar—. No tenemos por qué fingir, este no es mi tiempo, me da todo igual, incluso tu falsedad. —Se soltó del agarre de Pipper, pasó por su lado en dirección a la habitación. Desde el umbral habló una última vez antes de encerrarse. Se iba a vengar de él—. Esta habitación es mía, y tú ve a calentarle su cama, concédele ese gusto.

\*\*\*

*La tarde había quedado reluciente y hermosa. Él cortaba leña con el hacha; su espalda desnuda, ancha, de piel dorada por el sol, brillaba por las gotas de sudor; sus músculos se marcaban con cada nuevo movimiento. Nuestro alrededor se semejaba al paraíso. Nuestro paraíso. Lo único que deseé fue que todas fuesen así.*

*Una ráfaga virulenta de viento, procedente de lo alto del bosque, me golpeó el rostro con fuerza, y me sacó de mi ensoñación. Su silbido sonaba más atronador que días anteriores, incluida esa mañana; sus susurros no pronosticaban nada halagüeño; su cambio había sido repentino y cuando ocurría, a veces, enloquecía a la tierra. Con él arrastraba nubes compactas, grises, que observaba arrimada a una de las columnas del porche, pues querría acompañarlas, al menos no estaría sola. Iba a llover, la humedad se olía en el ambiente.*

*—Elizabeth. —Mis labios arrastraron el nombre de mi hermana.*

*Algo estaba por suceder.*

## Capítulo 36

¡Me lo debes!

**D**urante toda la mañana Alan tuvo el cuerpo resentido de haber dormido en la mecedora de madera, dura e incómoda. No era la mejor manera de pasar la noche para nadie. Tampoco llegó a comprender todo lo que Ava le había echado en cara. Sí, iba a visitar a Sarah, ¿y? Eran solo eso, visitas sin más importancia, pero resultaba que todos la apoyaban y la entendían, incluido Malcolm. Bueno, de Malcolm ya no podía fiarse: su amor por Pippet lo estaba convirtiendo en un cordero fiel. Él no había cometido un acto tan vil como para que se montase ese espectáculo, ¿es que no podía ayudar a la mujer de su mejor amigo? ¡Ni que se acostase con ella!

Mas estaba claro que algo había pasado. Percibía que Ava se le escurría entre los dedos y no era capaz de retenerla. Eso era lo que quería: tenerla a su lado. Todo mostraba lo contrario. A pesar de lo mal que pintaba la situación, hubo y había un hecho que lo hacía brincar: ¡Ava estaba celosa! Aquel sentimiento era la muestra tácita de que en su interior sentía por él más de lo que aparentaba. Aunque lo acaecido entre ellos no se podía calificar de jocoso, la imagen de sus mejillas encendidas cuales luceros en la noche le arrancó una sonrisa maliciosa.

Pronto se le desvaneció.

Malcolm se dirigía hacia él con la mandíbula apretada. La furia se reflejaba en sus ojos y el azul de sus iris era un mar embravecido. A su altura, sin

pararse, lo cogió por la manga de su camisa y lo llevó a un almacén cercano que no se utilizaba. Sus formas incomodaron a Alan; eran indicio de pelea. No tenía tiempo para sus tonterías cuando la situación con Ava se complicaba. Tampoco comprendía su actitud, así que con cierta desgana le preguntó:

—A veeer. —Estiró la palabra, una conducta impropia de él—. ¿Qué hice ahora?

El recochineo en su pregunta alteró más a su primo.

—¡Uy, perdone, su majestad! —Malcolm levantó los brazos y movió las manos burlándose de él—. Es verdad, estoy hablando con el profesor Payne, la eminencia. Déjame darte un consejo: a veces hay que rodearse de gente más normal para conocer la otra cara de la vida, y no de tanto cerebro que te recuerde lo brillante que eres en tu profesión.

—Créeme, me estáis haciendo...

—¿Te estamos? ¡¿Tienes la cara de echar la culpa a los demás cuando tú solito estás cometiendo el mayor error de tu vida?!

—Me estáis haciendo sentir un tonto.

Alan estaba perdiendo los papeles: su mirada sesgada y felina quedaba ensombrecida por el ceño fruncido; sus labios se convirtieron en una línea bajo las aletas de la nariz abiertas todo lo que le daba. Le faltaba poco para llegar a las manos con su primo.

—¡Es que eres tonto!

—No entiendo esta situación.

—¿Debo explicártelo? —Se sostuvieron la mirada en un pulso a muerte—. ¿Y tú eres profesor de Historia? No de los buenos, porque debo recordarte que te estás olvidando del decoro de esta época. No puedes estar todo el tiempo con Sarah: es la viuda un amigo, ¡no pertenece a tu familia!

—No le hago daño a nadie...

—¡Estás casado! —le gritó de nuevo.

Un pinchazo le cruzó el estómago.

—Para esta gente, le debes fidelidad a Ava. También te vuelvo recordar que

esa mujer, a la que ahora pareces defender hasta la muerte, no te gustaba para Sam. Le contaste sin reparos la fama que la precedía. ¿Ahora te rindes a sus pies?

—No me estoy rindiendo ante nadie —le dijo apretando los dientes.

—Sí lo haces, y estás tan ciego que no eres capaz de ver que te está seduciendo. Tu lugar es al lado de Ava, ella es quien puede romper la maldición.

—No voy a doblegarme ante ella.

—¡Me lo debes!

Malcolm, fuera de sí, lo cogió de la pechera. Los tres centímetros de diferencia en altura no fueron un obstáculo para levantarle los pies del suelo y pegarle la espalda contra la pared de madera del almacén. Alan estaba aturdido, jamás se había esperado aquella reacción de su primo.

—Solo te importas tú; solo eres tú, tú y más tú, ¿y yo qué? —Lo empujó sin soltarlo. De la garganta de Alan salió un sonido gutural—. ¡Contesta! —No hubo respuesta. Lo soltó como si quemara—. Jamás te has parado a pensar un minuto en mí, cuando me vi arrastrado a esta historia sin yo buscarlo, solo por tu mala cabeza para con Leonora. —Se frotó la cara frustrado—. Esta vida a mí no me pertenece porque al que maldijeron fue a ti...

—¿Crees que no lo sé?

—¡Calla y escucha por una vez! —le ordenó. Alan iba a protestar, pero reculó—. A lo largo de estos dos siglos yo sí me he enamorado y fue mucho a lo que tuve que renunciar, no te haces una idea. Nadie, nadie sabe lo difícil que es abandonar a una persona. Me he sacrificado miles de veces para mantener tu secreto a salvo. Siempre por ti, relegando mi propia vida a un segundo plano.

—Yo no te lo pedí.

Malcolm levantó el brazo y le pegó un puñetazo.

—¡Egoísta! —Le dio otro—. Arruiné mi vida para mantenerte a salvo, ¿y así es como me lo pagas?

Alan, limpiándose la sangre de la comisura de la boca, observó el gesto de asco de Malcolm. Aquello le dolió más que los puñetazos

—Arruiné mi vida y la volví construir sobre tu mentira, pero estoy cansado —reconoció con los ojos anegados en lágrimas—. Estoy cansado de esta maldita vida, de seguir mintiendo a las personas a las que quiero, porque yo sí he encontrado en Pipper al amor de mi vida. —Esa confesión asestó otro puñetazo a Alan—. Quiero vivir con ella, quiero formar esa familia que siempre he añorado, quiero envejecer a su lado al mismo tiempo, no quiero ver cómo ella sola llega al invierno de sus días. ¡No quiero sobrevivirla! No lo aguantaría. Quiero morir a su lado y no puedo porque tú eres incapaz de hacer lo que debes. —Se limpió los ojos con los puños, furibundo—. Tú me has arrastrado al infierno al que Leonora te mandó y tú me debes el salvarme. —Lo volvió a coger por la pechera.

Alan no se defendió. Estaba consternado. Nunca se había parado a pensar lo que él estaba sufriendo. Se dio cuenta de que detrás de aquella máscara sonriente y amable había un sufrimiento desgarrador.

—Si es cierto que sientes un mínimo cariño por Ava, cultívalo hasta que se convierta en amor y rompe ya esta maldición. Te aseguro que, si tengo que abandonar a Pipper, te mataré con mis propias manos y terminaré de una vez con esta mierda. —Le dio una advertencia más—: Si eres capaz, regresa a su lado, si no, no vuelvas por la cabaña. No serás bien recibido. Pero piensa: me lo debes.

## Capítulo 37

### No es a ti a quien beso

Alan se dejó curar la herida y los hematomas por la única persona en el pueblo que ese día no le daba problemas. Postrado en el incómodo canapé, donde su fibroso cuerpo no entraba, se relajó, aunque su mente no se lo permitía del todo. ¿Qué les pasaba? ¿Por qué Malcolm le había vuelto a advertir sobre Sarah? Su confesión lo había cogido desprevenido. Era verdad, nunca le había preguntado a su primo qué opinaba o cómo se sentía.

Solo había visto lo que quería ver: su fachada.

Se tapó los ojos con un brazo, quería desaparecer durante unos instantes, que el mundo girase sin él y que le diese un respiro para poner sus pensamientos en orden. ¿Qué había que ordenar cuando su propia vida estaba en juego?

«¿¿Cómo son capaces de creer que Sarah me gusta?!», se gritó; de inmediato bufó. Le crispaba tanto los nervios que apretó los puños con todas sus fuerzas, y aun así no se sintió mejor. No lo haría hasta que no solucionase todo aquello. ¿Pero cómo? Por la fuerza no podía, por las buenas tampoco, porque lo atacarían en manada. Había que...

De pronto, unos labios sedosos, húmedos, se posaron sobre los suyos. ¿Echaba de menos a Ava como para sentirla tan cerca? La intrusa le atrapó el labio inferior estirándolo un poco. La sangre y el cuerpo se le caldearon. Se estaba dejando seducir por un recuerdo.

No, no era un recuerdo, pues una mano se posó en su entrepierna. Ava jamás

haría cosa semejante.

Separó el brazo de su cara y se le apareció Sarah Corey. Una bola de repulsión comenzó a subirle por el estómago hasta convertirse en una arcada cuando llegó a la garganta. Con el asco de ver lo que esa mujer estaba haciendo, la empujó sin miramientos. Se puso en pie para que no lo volviese a tocar.

—Alan, ¿qué...?

—¿Estás loca?! —exclamó, asqueado—. ¿Cómo te atreves a besarme?

Ella se puso en pie sin dificultad; sus rostros quedaron a escasos milímetros. Echó mano al cinturón de su pantalón.

—Me dejé arrastrar por el momento y tú estabas tan receptivo... —Se interrumpió para pegarse más a él—. Siempre nos hemos anhelado, cariño. —Apoyó su mejilla contra la de él—. Siempre me he percatado.

—¿Qué dices, loca?! —La empujó y se encaminó hacia la puerta de la sala—. Jamás he estado enamorado de ti. Ni me hubiese fijado en tu persona si no fuera por Samuel.

Ella, sin amilanarse ni darse por vencida, siguió sus pasos para convencerlo de lo contrario con sus artes de seducción, con el bamboleo de sus caderas y su sonrisa arrebatadora, igual que a sus otros amantes.

—No disimules...

—¿Jamás! Es tu difunto marido al que ahora traicionas. Mentalízate, no hay nada en ti que me guste.

Ella intentó abrazarlo.

—¿Déjame! —La rechazó una vez más sin disimular un ápice la repulsión que le producía aquella escena y esa mujer.

—Reconócelo, te gustó el sabor de mis labios...

—Ese beso no iba para ti —afirmó con tono gélido.

—¿Cómo te atreves...?

—No, cómo te atreves tú a engatusarme cuando el cuerpo de tu marido está todavía caliente en su tumba. Samuel era mi mejor amigo y nunca lo

traicionaría. Tengo que darles la razón a todas las cotillas: eres una ramera.

—¡Fuera de mi casa! —chilló histérica, con las mejillas coloradas por la furia.

—No hace falta que me eches, ya me voy yo. Tampoco me acompañes a la salida, sé dónde está.

Llegó a la puerta en un par de zancadas. Agarró el pomo y se acordó de un último detalle que le hizo saber con toda premura.

—No te acerques a mi esposa, ni a Malcolm ni a su familia, mucho menos a mí. Si estás en apuros, seduce a algún tonto de los que está lleno el pueblo, que para eso tienes muchas mañas.

El portazo que Alan dio al salir fue el disparo que mató a aquella mujer.

\*\*\*

Ava estaba recluida en el sótano desde hacía más de una semana. Allí cuidaba de las plantas con la misma abnegación que su abuela; estudiaba cada papel, el contenido de los albarellos. Allí encontraba cierto sosiego. Pipper había bajado con la capa puesta.

—¿Una copa en un lugar como este? No lo entiendo —había inquirido Pipper con curiosidad.

—Está relacionado con el agua.

—¿Con el agua?

—Sí, mira. —Ava le señaló el suelo con el dedo—. Tierra, fuego. —Indicó el hogar—. Aire —El ventanuco, y luego cogió entre sus manos la copa—. Agua. Para los celtas, cuya sabiduría ha sobrevivido entre nosotras, el agua de arroyos, ríos y pozos es sagrada porque emana de la tierra y está imbuida de una magia profética muy poderosa. Así, al recipiente en el que se vierte se le confiere la misma fuerza espiritual y visionaria —le explicó al detalle.

—¡Pipper! —llamó Malcolm desde la trampilla—. Debemos irnos antes de que se haga más tarde.

Se acercó a la puerta y asomó la cabeza por fuera.

—¡Voy! —Se volvió a su amiga—. ¿Estarás bien? —La preocupación por dejarla sola se reflejaba tanto en la mueca de su rostro como en el brillo apagado de sus ojos.

—Sí, tranquila. Ve y dile a Mary que le agradezco su oferta.

Se despidieron.

Ava miró a su alrededor. Ese día el sótano se desdibujaba en unos profundos claroscuros. La triqueta se hacía muy evidente, ya que la poca claridad que entraba la iluminaba directamente, así como a la vitrina, que a veces desprendía algún haz de luz.

Escuchó la puerta de arriba cerrarse y, agachando la cabeza, suspiró. Al fin se quedaba sola. Arrastrando los pies, salió, no sin antes bloquear la puerta con la mesa. Luego, fue hasta el huerto para asegurarse de que todo estaba bien. La naturaleza estaba más vívida; a cada paso que daba alzaba sus brazos invisibles y le agarraban los tobillos. ¿Qué estaba pasando? Ciertamente era que su cuerpo se había tornado hiperestésico en comparación a semanas anteriores. En él confluían fuerzas mágicas que conectaban con ella, quizá por ello percibía la naturaleza en todo su esplendor y su vínculo se había multiplicado por mil.

Su mente, por otro lado, muy traicionera, rescató del recuerdo aquella mañana en la que Alan, en ese mismo sitio, la había besado. Su corazón se encogió. No había pasado tanto tiempo como para verlo lejano, todo lo contrario; si cerraba los ojos y se concentraba, todavía podía sentir la caricia de sus labios sobre los suyos.

Desde aquel beso, mucho había cambiado la situación. Debió haber seguido su primer impulso: no ilusionarse. Pero no se prestó atención a sí misma...

—Ava. —Le pareció escuchar la voz de Alan.

Desoyéndolo, se mantuvo en su sitio, solo se cruzó de brazos para mantenerse fuerte. Sí, lo echaba de menos, pero ¿tanto como para oírlo tan cerca? Encogida sobre sí misma, contempló aquellas plantas.

Unas manos fuertes la cogieron por los hombros, la giraron; no supo descifrar el brillo de aquellos intensos ojos grises que, en otro momento, en otro lugar, había llegado a sentir pegados a su cogote. El rostro de Alan estaba pálido, cansado, pues el movimiento convulso de su pecho indicaba que había corrido, aunque permanecía serio y firme. Iba a abrir la boca para protestar cuando le tomó el rostro entre sus manos y la besó.

De repente, los labios de Alan eran suyos otra vez.

Alan aprovechó para introducir su lengua sedosa, húmeda, cálida, en su boca con una leve caricia a su paso. Buscó la suya, azuzándola, le caldeó el cuerpo y la sangre. Ella comenzó a seguirle cada movimiento. Aquel juego la seducía, la agitaba, la precipitaba a entregarse a ese beso. Alan gimió en el interior de su boca; ese sonido la despertó. Abrió de golpe los ojos, sin saber en qué preciso momento los había cerrado. Deshizo el nudo de sus brazos y apoyó las manos en su firme pecho. Lo empujó hasta apartarlo.

—No, Alan, no quiero que me beses —arremetió contra él sin resuello—. No puedes llegar aquí como si nada hubiera pasado...

—Perdóname, Ava —la interrumpió, suplicante. Parecía arrepentido.

—¿Crees que soy un juguete de usar y tirar? No lo soy, y no voy a permitir que me llenes los oídos de palabras vacías para que luego cojas y te marches a la mínima. Quiero...

—Te deseo, Ava —la interrumpió, tomando de nuevo su rostro entre las manos. La calidez de aquella piel se le filtraba por cada poro, notaba cómo la recorría entera—. Te deseo desde la primera vez que te vi en aquella discoteca.

—¿Ahora? ¿Te acuerdas de mi existencia ahora? —Sus ojos se fijaron en la herida que tenía en el labio—. ¿Qué te ha pasado? —Formuló la pregunta desasosegada.

—Esa es otra historia que no viene a cuento. —Él apretó más su agarre—. Siempre he sabido de tu existencia. Perdóname. Siento haberme alejado de esa manera y haberte herido. Debí prestarte más atención. Debí haberte escuchado.

Ava, no soy perfecto; cometeré errores a cada paso que dé, pero de tu mano lograré no errar más —pronunció aquella sentencia con solemnidad, la misma que le resplandeció en los ojos.

—¿Cómo sé que puedo fiarme?

—Eres lo más bonito que me ha sucedido en la vida desde hace mucho, mucho tiempo —declaró con cierta timidez que tornó su belleza casi en juvenil.

Ava vio la sinceridad reflejada en sus iris grisáceos. Ciega por aquellos extraños instantes en los que no sabía cómo iba a terminar todo, asintió con la cabeza.

Alan acercó sus labios a los de ella sin rozarlos; Ava no fue capaz de separar la vista de ellos. Sus alientos se convertían en uno. La sangre le ardía en las venas a causa de esa mezcla entre miedo y excitación que se cocía en su interior y se iba acumulando en su bajo vientre hasta producirle dolor. Un tanto valiente por la actitud de él, por la anticipación de un deseado beso, se lanzó a su boca. Se lanzó al abismo, sin protección. «Soy una inconsciente», se reprochó.

Le dio igual. Ahí, al lado de un manojo de plantas mágicas, de espaldas a un antiquísimo bosque y con el viejo pueblo de Salem a sus pies, Ava confirmó que aquel podía clasificarse como el mejor beso de su vida. Alan, a diferencia de otros hombres, besaba con una delicadeza propia de los buenos amantes. Avezado en ese arte, dirigía, pero al mismo tiempo era generoso. Ninguno de los dos quería dominar. Sus lenguas se unieron deseosas de contacto, como si llevasen milenios esperando ese momento.

Perdidos ya en la pasión que los envolvía, con sus cuerpos cada vez más anhelantes —pues Ava percibió su dureza en el vientre—, con sus corazones que latían al unísono, Alan la levantó del suelo y se dirigió a la cabaña. Rompieron el beso entre risas. La sonrisa que él le regaló la deslumbró e hizo que lo deseara más. Cuando estuvieron encerrados en la intimidad de la habitación, se desinhibieron. Por una vez desde que se habían conocido

permitieron que los sentimientos aflorasen y los sometiesen. Ava estaba convencida: había que terminar lo que había comenzado en el siglo XXI.

En aquel instante, solo eran labios y manos. Las de ella, temblorosas, se deshicieron de su camisa; las de él, ansiosas, le arrancaron el corpiño, seguido del corsé. Sin miramientos, sin poder aguantar más, Alan la tumbó en la cama. Ava, deseosa, abrió sus piernas para que culminase. Él, con extremo cuidado, como si hubiese una mínima probabilidad de que ella se rompiera, se puso encima. Sus manos grandes, de dedos delgados y fuertes, le recorrieron las piernas desde la rodilla al interior de sus muslos, separándole así la falda para permitirle el paso sin que nada se interpusiera entre ellos. Ava, en esa posición, pudo acariciarle la suave piel que cubría su pecho y la espalda con la yema de sus dedos, lo que provocó que él se estremeciese y abriese las aletas de la nariz; ella continuó hasta llegar a la cinturilla del pantalón. De un modo sensual, Ava alzó las caderas. No quería que se controlara.

No en la cama.

No en aquel momento.

Deseaba fervientemente tenerlo dentro. Lo necesitaba. Alan bajó su boca, ella le dio paso de inmediato. Al roce de sus lenguas, él se estremeció y soltó un gruñido que se ahogó en su garganta. Sentirlo así hizo que de repente se volviese más valiente: metió la mano por el pantalón para hacer suyo su enhiesto miembro. Alan tembló por aquel roce.

—¿Estás segura?

¿En serio le estaba preguntando aquello?

—Sí —jadeó.

Alan se separó un poco, se deshizo de la ropa lo más rápido que pudo y, sin ninguna dilación, de un solo embate, la penetró.

Sus cuerpos se fundieron en uno.

Casi desfallecida, se abrazó a él. Bajo los dedos sentía los músculos de su espalda tensarse a cada nuevo envite. Le rodeó la cintura con las piernas. Alan impuso un ritmo constante, duro, no daba tregua. Sus cuerpos encajaban a la

perfección. Su menudo y estrecho cuerpo lo recibía arqueándose cada vez más para que llegase más adentro.

Estaban hechos el uno para el otro.

Aumentó el ritmo con movimientos más rápidos que la enloquecieron e hicieron que ella también moviese sus caderas para recibirlo. Sus gemidos rompían con el silencio de la habitación. La tensión y la atracción acumuladas desde que se habían conocido se arremolinaron en su vientre. Poco a poco un temblor la cubrió para liberarse en una explosión de placer y emociones, ya que no sabía si sería capaz de sobrevivir a tanta pasión. Él aceleró más las embestidas, apoyando su frente en la suya. Ella sintió las primeras sacudidas de su cuerpo y gritó al tiempo que el éxtasis la envolvía entera. Alan la siguió emitiendo un leve gruñido. Ava pudo inspirar las particulares esencias a cedro, verbena, albahaca, acompañadas de unas notas a cuero que tan inconfundible hacían a Alan del resto de los hombres. Embriagada por su olor, entreabrió los labios para acariciar con la punta de la lengua la base de su cuello. Su piel salada picaba a causa del sudor.

Atrapada entre sus brazos, el mundo se desvaneció.

## Capítulo 38

### El sonido del corazón

*When I first saw you, I saw love.  
And the first time you touched me, I felt love.  
And after all this time, you're still the one I love.*  
Shania Twain. *You're still the one*

**E**n la habitación, el ambiente candente aumentaba la sensación de calor. Sus cuerpos sudorosos se humedecían más por el aire que los rodeaba, cargado del perfume de sus pieles.

Agotados tras casi tres asaltos, continuaban unidos más allá del acto carnal. A través del silencio que guardaban, disfrutaban de ese estado de satisfacción, incluso de sopor: Ava se adormecía mientras disfrutaba de la ternura de Alan, de las caricias que las yemas de sus dedos, cadenciosos, le esparcían por la espalda, al tiempo que le producían agradables cosquillas.

Quien viese esa imagen podría afirmar que ese hombre le rendía devoción a la mujer que compartía su lecho.

Una mano de Alan se aferró a su cadera. Le robó un dulce beso; le regaló una sonrisa y hubo un pequeño detalle que a Ava le cortó la respiración y le aceleró el corazón: en el tiempo que hacía que se conocían, jamás la había mirado con tanto cariño. Aquellos ojos grises no la miraban, la traspasaban en cuerpo y alma.

—«Tu melena, cual rebaño de cabras, que ondulan por el monte de Galaad».

—Enterró sus dedos entre los mechones de su pelo, que captaba la luz del ocaso que entraba por la ventana—. «Palomas son tus ojos a través de tu velo». —Perfiló sus cejas sin apartar los suyos de los dos océanos en los que podía navegar—. «Tus labios, una cinta escarlata; tu hablar, encantador. Tus dientes, un rebaño de ovejas; miel virgen destilan tus labios. Hay miel y leche debajo de tu lengua...» —La besó hasta consumir su aire. Se separó, no sin antes frotar la punta de su nariz con la suya. Sonriente, le acarició el rostro con el contorno de su dedo índice—: «Tus mejillas, como cortes de granada a través de tu velo». —Bajó el dedo a la barbilla y lo deslizó hasta su clavícula —: «Tu cuello, la torre de David, erguida para trofeos. Tus pechos, cual crías mellizas de gacelas pacen entre lirios».

La agarró con firmeza por la cintura y asaltó sin preámbulos sus pechos. Los besó, los lamió, estimulando los pezones con sus dientes, los endureció en cada nuevo asalto. Ava echó la cabeza hacia atrás extasiada; el cuerpo le temblaba. Estaba prendido en llamas. Se agarró a su pelo a la vez que arqueaba de placer la espalda. Se sentía desfallecer a cada roce, a cada movimiento de su lengua. Cuando alejó su boca el frío que notó sobre ellos la excitó una poco más.

Alan la movió hasta dejarla tumbada de costado

—«Las curvas de tus caderas son como collares, obra de manos de artistas». —Posó su mano en su costado y con los dedos abiertos le recorrió las costillas hasta la vertiente de su cintura y de ahí a la colina que marcaban los huesos de sus caderas, donde depositó un suave y fugaz beso—. «Tu ombligo es un ánfora redonda, donde no falta el vino». —Su mano navegó a través de su piel hasta que logró bordearlo con la yema de su dedo corazón. Ava se mordió el labio inferior, jadeante. ¿Cómo era posible que él le despertase mil sensaciones?—. «Tu vientre, un montón de trigo, de lirios rodeado».

La movió para tener mejor acceso a esa parte de su cuerpo, que acarició. Luego rodó sus labios desplegando una serie de besos. El roce de su barba sobre su fina piel estremeció a Ava. Hundió los dedos en su pelo; necesitaba

una sujeción ante la creciente de la sensación de diluirse entre sus brazos. Aun así, pudo preguntarle:

—¿Cómo...? —suspiró—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Alan, sonriente, alzó la vista hacia ella y apoyó la barbilla en su vientre.

—Es el «Cantar de los cantares».

¿Era una broma?! Ava abrió los ojos todo lo que dieron, sin fijarse en la oscuridad que comenzaba a adueñarse de la habitación y diluía sus cuerpos entre las sombras. Aquella confesión la dejó anonadada. Retiró las manos de su pelo y se irguió sobre sus codos para encararlo.

—¿Has recitado un pasaje de la *Biblia*?

—Exacto.

—Mientras me excitabas.

—Efectivamente. —Le guiñó un ojo.

—¡Estás loco! —exclamó en baja.

—No.

—Sí.

—No, cuando lo considero un bello poema de amor, una bella exaltación al cuerpo de la mujer y resulta que el cuerpo de la mujer que comparte mi cama es sagrado para mí. —Apoyó la cabeza en la palma de una mano—. Nunca enmudeceré aquello que considere verdad o que enaltezca tu persona. Jamás —aseveró.

Ava se dejó caer en la cama. La última semana le pasó por la mente como una película. Todavía le pesaba mucho en el alma. Además, estar allí, compartiendo la intimidad propia de una pareja, actuar con normalidad sin haber aclarado la situación debidamente, de repente no le pareció apropiado. La realidad la golpeó en el pecho y le restó magia a ese momento idílico que estaban viviendo.

—Alan, si no te lo pregunto, reviento. —Se giró hacia la ventana.

—¿Dime?

—Tú y... —Carraspeó—. Tú y ella habéis...

—¡No! —Se sentó en la cama. La cogió en brazos y la puso en su regazo para reafirmarse mirándola a los ojos—. No, Ava, ¡por Dios! Olvidé que lo cotidiano en el siglo XXI, como es ayudar a una persona, no es posible en este siglo sin herir a nadie, ni que te juzguen por romper las normas sociales que laten en esta sociedad.

—No conoces de nada a esa mujer —le recriminó entre enfadada y acongojada.

—Cierto, pero me encuentro con que todo el mundo aquí me conoce, porque deben de confundirme con mis antepasados. —Apoyó la barbilla en su hombro desnudo—. No sé cómo comportarme, solo daño vuestra imagen. He sido un gilipollas.

—Sí, lo fuiste, pero entonces, ¿por qué no me hablabas, no me mirabas?

—Tú también te mostrabas distante conmigo; lo único que estaba evitando era volver a discutir y la cagué otra vez. No sé cómo lo hago, siempre acabo equivocándome y haciendo daño a los míos...

Ava lo apartó con un nudo en el estómago. Desde que lo conocía, nunca lo había visto tan afectado por una situación como en aquella ocasión, ya que la imagen que proyectaba de hombre inalcanzable, maleducado, egoísta, incluso, quedaba diluida, y el verdadero hombre, el que sentía y padecía, salía por fin a la superficie. En sus ojos había dolor.

—Seguro que Malcolm...

Alan puso un dedo sobre sus labios para callarla.

—Los dos puñetazos se los perdoné en el mismo momento en que me los dio. Fue el modo en que me recordó lo que tantas veces hemos estudiado de esta época. —Le rodeó el rostro, la miró fijamente casi sin parpadear para que atisbase su interior—. Lo que no me he perdonado es haberte lastimado. Sí, me gusta picarte, enfadarte, solo por ver cómo se te arrebolan las mejillas y la intensidad que cobra tu mirada. Una cosa es bromear y otra distinta es que arremetas contra mí con el sufrimiento de la otra noche.

Bajó la mirada apesadumbrado.

Una risilla se escapó de entre los labios de Ava, pues le parecía entrañable aquella imagen de hombre desamparado. Sin embargo, él estaba permitiendo que ella conociese los sentimientos que le rondaban por la cabeza, que le fluían por las venas.

—¿Te estás riendo de mí?

—No me estoy riendo de ti —se defendió, sonriendo—. Me asombran tus palabras, nunca me imaginé que pudieras pronunciarlas. Me gusta oírte hablar de esta manera.

Le dio un suave beso en los labios.

—Las apariencias engañan.

Ava se sujetó a su cuello cuando Alan se giró para acabar tumbado sobre ella. Él le agarró las manos por encima de la cabeza y en aquella posición, de ese modo, percibió su erguido miembro. Inconscientemente, alzó las caderas. Se besaron al tiempo que Alan se hundía en ella, así sus gemidos quedaron ahogados en sus gargantas. Con cierta cadencia, se disfrutaron mientras se mecían lo que restó de noche.

## Capítulo 39

### Departamento de inseguridades

La mañana siguiente se despertó soleada para asombro de todos los habitantes de Salem. El cielo brillaba sobre sus cabezas con ese inigualable azul intenso gracias a la falta de nubes, mientras el mar, para tranquilidad de los trabajadores del puerto, bailaba en un vaivén suave, típico de la época estival. El sol de otoño calentaba el ambiente y se dejaba sentir en el carácter de los convecinos, más risueños de lo normal, al tiempo que alejaba de ellos la brusquedad, la desconfianza que se habían asentado casi un siglo atrás.

El astro rey también logró que el camino que recorría todos los días Alan, un verdadero viacrucis desde su llegada, fuese diferente, bucólico. Aquel candor que le calentaba la espalda no era molesto, sino que reflejaba el interior de su cuerpo. El canto de los pájaros, silbido estridente que le había alterado los nervios en algunos momentos de su existencia, pues no había compartido nunca esa algarabía, se convirtió por arte de magia en el compás de su corazón. Ahí, en esas profundidades de carne roja y vívida, florecía, cual pequeña semilla, la alegría. Aquellos diminutos retazos de felicidad le mudaron el ánimo. Su alrededor, el mismo en el que había crecido, ya no era igual; el olor de la naturaleza desperezada tras la noche era una bocanada de aire fresco entre los brotes de su nueva vida. Sus andares, más ligeros, lo convertían en un hombre diferente. En el hombre que debería haber sido desde el principio, no en el ser amargado, taciturno, egoísta, engreído, que había interpretado para protegerse

del mundo.

Aquel Alan estaba desapareciendo en pos de su verdadero ser.

Esa mañana Alan se marchó a trabajar no sin antes despedirse de la mujer que era la dueña de su sonrisa. Le daba miedo pronunciarlo en alto, incluso pensarlo por miedo a que se estropease. Pero en pocas horas, Ava había conseguido aflojar ciertas cadenas que lo ataban a su presente procedentes de su pasado. Un pasado que de verdad parecía lejano; hasta la maldición no pesaba tanto. Aunque su alma, muy malherida, le gritaba precaución, porque todo podía destruirse en cuestión de segundos. Sin embargo, su mente solo recordaba cómo sus manos habían peregrinado por el estrecho cuerpo de Ava, por aquellas largas y torneadas piernas; el modo en que lo había abrazado para no dejarlo escarpar; la tórrida respuesta a sus besos, a las embestidas... Había sido la primera vez en su vida que había permitido manar el torrente inagotable de su pasión.

—Alan, oye. —La voz de Malcolm le pegó un susto detrás de él. Su primo lo había evitado casi todo lo que llevaban de día.

—¿Qué quieres? —preguntó, limpiándose las gotas de sudor de la frente con la manga de la camisa.

—No debí haberte pegado. Lo lamento, perdí los nervios.

Alan se encogió de hombros:

—Te perdoné en el mismo instante, no lo tengo en cuenta. Soy yo quien debe pedirte perdón por no escucharte. —Le ofreció su mano para dejar todo solucionado. Malcolm se la estrechó y al final se dieron un abrazo de hermanos.

—¿Viste a Mary? —prosiguió Alan

—No, ¿por?

—Me gustaría tener libre el día de mañana, quiero estar con Ava.

—Veo que habéis limado asperezas.

Alan se fijó en los destellos que desprendían los ojos de Malcolm; sabía más de lo que decía.

—Sí, es la manera de pasar más tiempo con ella y ... —calló—. Y conoernos —mintió.

—Me alegro de que estés dispuesto a dar ese paso. Por ahí viene la jefa —le comentó señalando por encima de su hombro.

Alan giró sobre sus pies y vio a Mary, que caminaba en su dirección.

—Ve, adelántate a ella. Por su cara me da que no está de muy buen humor. — Malcolm lo empujó.

Anduvo hacia ella con decisión. Le importaba bien poco su endiablado carácter, que sí, lo tenía, pero en aquellos momentos nadie ensombrecería su pequeña alegría.

—Mary, tengo que hablar contigo.

Ella le dirigió un gesto malhumorado: su ceño fruncido le arqueaba las cejas en unas uves invertidas que oscurecían sus ojos y generaban unos claroscuros que se prolongaban hasta el pómulo; las aletas de la nariz y sus labios fruncidos no acompañaban a ningún vestigio de amabilidad.

—A ver, destripaterrones, ¿qué quieres, que te solucione tus problemas de alcoba? —le espetó sin miramientos—. Ya tienes edad de solucionar tú solito tus cuitas. El Señor te ha dado unos bonitos ojos para no ser tan badulaque, ¿es que no ves la realidad? Esa muchacha que tienes encerrada...

—No tengo encerrado a nadie.

—¡No me contradigas, muchacho! Tengo edad para pegarte un guantazo. ¿Es que no ves que esa esposa tuya te quiere? —lo riñó—. Eres tan pazguato que ni de eso te has percatado y te vas junto a esa maldita viuda. ¡De ella es de quien debes escapar! ¿Debo recordarte lo que se rumorea?

—Sabes que no hago caso a las habladurías...

—¡Paparruchas! —lo interrumpió dándole un suave golpe en el pecho—. No me vengas con esas, soy vieja, pero no tonta. Tú te debes a la mujer que te espera todos los días en casa, no a esa otra y como me entere que le das un nuevo desplante a Ava, te las verás conmigo y me daréis igual tú y este pueblo.

—Es de ella de quien vengo a hablarte —pudo comentarle al fin.

—¿De qué se trata? ¿Está bien?

\*\*\*

Aquel día Alan había aparecido antes en casa y había sorprendido a Ava, que continuaba buscando en el sótano, por orden expresa de Pipper, alguna huella de información para regresar a su tiempo. Al escuchar su voz, salió atropellada, dejando todo desordenado, pues no quería que descubriese aquella habitación; todavía no quería hablarle de ello, aunque era consciente de que no podía tardar mucho en mostrársela. Con el corazón en la boca y las entrañas atenazadas por los nervios, apareció a través de la trampa. Su sorpresa fue mayúscula cuando él le dijo qué hacía allí.

—Todo mi día de hoy y el de mañana son tuyos. —Inquieto, alzó levemente las cejas, que arrugaron su frente en tres profundos surcos—. Le expuse a Mary mi deseo de estar contigo y me lo ha concedido. He pensado que podíamos pasar el día fuera en vez de quedarnos aquí. ¿Qué dices?

La emoción le nubló el raciocinio; jamás se imaginó que Alan pudiera hacer eso por ella. Era verdad que habían pasado una noche increíble, única, pero todavía sobre ella pesaba la sombra de la viuda Corey. Le había creído cuando afirmó que entre ellos no había pasado nada, aun así, ciertas reticencias no le permitían fiarse del todo. Aquello lo había hecho por ella, para estar con ella, debía de significar algo, ¿no? Por eso le costó reaccionar. A Pipper, no.

—Es romántico —farfulló Pipper, que miró a su amiga embobada—. ¡Ava, reacciona!

—¿Adónde vamos?

Aquella pregunta la arrastró hasta una pequeña cala, de acceso muy escarpado, peligroso y, por lo tanto, poco transitado. El arrullo del mar, su suave brisa, en la que se apreciaban esas notas a salitre, los rayos del sol reflejados en el agua con sus centelleantes destellos se asemejaban a esa

felicidad que le envolvía el alma a pesar de estar dividida: una parte le mandaba mantener la calma; la otra, le gritaba «*Carpe diem*». Sí, vivir el momento. Eso iba a hacer, y lo estaba disfrutando.

Después de una copiosa comida, se tumbaron en una vieja manta para regalarse besos, robarse caricias. La pasión fluía solo con que el gris de unos ojos se fundiese en el azul de esos otros que había escogido como compañeros de viaje. Sus corazones atravesaban la piel, la ropa, para latir al mismo compás que los convertía en las piezas extraviadas de un puzle. Pero el cansancio, entre sonrisa y sonrisa, y el cálido ambiente que los rodeaba provocaron que Alan cediese al sueño. Ava sostenía su cabeza en su pecho mientras le acariciaba el pelo de color castaño, que, a la luz del sol, parecía más claro de lo que era. Se estiró; su mano derecha quedó en la arena, granulada y fina al tacto, como con la que jugaba de niña con Pipper o con sus padres en verano. La hundió y percibió la humedad cuanto más se adentraba, en comparación con la ardiente superficie. El oído se le afinó hasta el punto de notar que el agua la llamaba.

Se deshizo del abrazo de Alan, se quitó zapatos y medias para acercarse a la orilla. Parecía que había descubierto por vez primera el mar. La cotidianidad del siglo XXI se disolvía en el horizonte que se abría frente a ella en un nuevo siglo como un sueño. Recuerdos de su vida fueron pasando onda tras onda.

No obstante, su corazón lacrimoso brincó de miedo.

Su memoria se iba haciendo cada vez más opaca. Cada evocación, cada vivencia se arrinconaba en un lugar oscuro e inalcanzable de su mente, al que le era imposible acceder. Con sus articulaciones cada vez más agarrotadas, con los pies más hundidos en la arena, intentó acordarse de las personas más allegadas y descubrió que esas caras familiares se desdibujaban. Metió los labios para dentro mordidiéndolos con los dientes; debía saber si estaba viva. Lo estaba, pues un nudo invisible se ató alrededor de su garganta y la oprimió hasta arrebatarse el aliento. ¿Y si era el efecto del viaje en el tiempo? ¿Y si el siglo XVIII le estaba borrando sus recuerdos? ¿Y si...?

¡No! No. No podía suceder; no podía permitir que los rostros de su madre y de su abuela se esfumasen. Ellas no. Un trozo de su corazón se desmembró y cayó en el vacío que había entre su pecho y su estómago. Las lágrimas se desprendieron de sus ojos y corrieron mejilla abajo para caer en la arena mojada hasta licuarse en las frías aguas del océano, donde desaparecieron para siempre. Se limpió los ojos con los dedos en el instante en que unos brazos fuertes la rodearon por la cintura.

—No vuelvas a marcharte sin avisar. —Alan la besó cerca de la oreja.

Esa frase la hizo sonreír.

—¿Por? —Trató de sonar desenfadada, contener las emociones que arremetían contra ella con fuerza.

—Tu lugar está a mi lado. —Apartó la muselina con dedos diestros y la besó en la base del cuello mientras el aire que espiraba por la nariz le acariciaba la piel—. Ojalá pudiera congelar el tiempo para permanecer abrazado a ti por siempre.

—A mí también me gustaría. —Apoyó la cabeza en su hombro, trémula.

—Quiero más momentos como este, contigo, y te prometo, aquí, ahora, que pondré todo mi empeño para darte más y que todo salga bien. —La besó en la sien.

Al abrazarse más fuerte, los latidos acelerados de Alan se acompañaron a los suyos y formaron un único corazón que los mantendría unidos ante cualquier peligro. Era invencible.

—Sé que un día te irás porque no soy el hombre adecuado para ti —susurró con una suavidad lacerante.

Ava se envaró. La burbuja que se había creado se rompió. Jamás se habría esperado aquella confesión cuando todo se había terciado entre ellos en dulces momentos compartidos, sin fingir ni disimular. Molesta con esas palabras, giró entre sus brazos para encararlo.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque lo sé...

—No me vale esa respuesta. Estás eludiendo la realidad. Hay algo que te ha removido para decírmelo y quiero saber qué es —exigió, firme.

Suspiró.

—Quizás cuando me conozcas mejor no te guste. —Bajó los ojos.

Cansada de tanto despropósito, desesperada en parte porque no entendía nada, le rodeó el rostro con sus manos. En sus ojos iluminados por la claridad de la tarde pudo leer el miedo y se mostraron igual que un paraje yermo. El corazón se le encogió.

—Es una tontería. —Le acarició los pómulos con las yemas de los pulgares en un intento de sosegar aquel temor infundado y a la vez imprimirle la seguridad que había perdido—. Soy yo la que escoge qué le conviene, la que toma las decisiones. Es muy egoísta querer tomarlas por mí cuando no te corresponde. Y vete olvidando que me marche.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque no quiero hacerlo.

## Capítulo 40

### De nuevo en mis sueños

—*¡Elizabeth!* —grité. *Me levanté presta a su llamada y tiré al suelo la labor que reposaba sobre mis piernas.*

*No sabía cuándo me había quedado traspuesta en la mecedora, la cuestión era que había cerrado los ojos agotada de llorar, postrada de tanto penar, exhausta de dolor. El cansancio me embargó mientras él, cual ave libre, se marchaba sin mirar atrás, sin preocupaciones. Yo no existía para él... Era su escollo en el camino. Ojalá siguiera las indicaciones de mi amada hermana, pues con un amarre ahora estaría aquí, junto a mí. Lo haría inmensamente feliz, porque mi amor por él crecía cada día más.*

*No debía seguir viviendo de espejismos. Él no me quería, esa era la verdad por la que mi corazón, dolido, sobreviviendo con un pequeño hálito de vida, clamaba con amargura en mi pecho y yo me precipitaba en un abismo desconocido, yermo, donde el odio era el único sentimiento.*

*Observé la lumbre del hogar, extendí los brazos con los dedos separados, me concentré en ella antes de exhortarla.*

—*Muéstramela.*

*Reavivándose, la llamarada se alzó delante mí. Entre su flamante rojo, naranja, amarillo y azul, mostró el rostro compungido de mi hermana. Solo si la conocías bien entreveías su ardid: eran lágrimas de alegría, mas nadie se percataba. Todos creían que acompañaban a la doliente viuda en ese*

*instante.*

*El desenlace había sucedido tal como le había pronosticado en mi última carta, acelerado con el poder de la belladona. Barrunté mal la capacidad de Eliza para su uso.*

*Su vida irradiaba luz. Ya podía ir con el hombre que amaba.*

*Un ruido en la puerta, aviso de una nueva misiva, quebró la quietud de mi casa. Giré hacia ella frotando y retorciendo las manos; esa vez un halo lóbrego me rodeaba.*

*Congeló el aire dentro y fuera de la casa.*

*El fuego descendió casi hasta apagarse.*

*La naturaleza enmudeció.*

*No estaba sola, una presencia me acompañaba. Alcé la vista hacia el techo sin moverme, escuché unas pisadas encima de mi cabeza seguidas por la voz del cuervo. Cantó tres veces, mientras de la tierra surgía el grito de la mandrágora que estaba plantada en el sótano, justo debajo de mis pies.*

Hacía varias horas que Ava no podía dormir, así no se enfrentaba a aquella mujer que la perseguía oníricamente. Era la única manera de mantenerla a raya.

Había sido tan vívido aquel sueño que entre las llamas del fuego de la chimenea podía repasarlo una y otra vez. Aún podía oír el eco de los graznidos que la despertaron en el silbido furibundo del viento que soplaba fuera, arremetiendo contra la casa; sentía en sus huesos el frío que le había cubierto el cuerpo, pues estuvo largo rato tiritando sin controlar el castañeteo de los dientes. Se apartó el pelo de la cara para frotársela y discernir si continuaba dormida o no. Durante unos instantes se quedó abrazada a sus rodillas. Necesitaba encontrar de nuevo el sosiego. ¡Solo había sido un sueño! Sin embargo, era más que eso: era un relato de vida, ya no le quedaba duda alguna. Miró al otro lado de la cama, hacia Alan. Estaba de espaldas a ella, dormido, ni se había enterado. Se levantó, no quería interrumpirle el descanso.

Al menos uno de los dos podía dormir con tranquilidad. Se envolvió en la capa y se sentó, como un indio, frente a la chimenea.

Con la mirada fija en el fuego, pretendió dejar la mente en blanco, lejos de sueños, de ruidos y de animales de malignas simbologías pasadas. En aquella cadencia, en el silencio de la noche, cayó en la cuenta de que estaba muy cerca de la soledad. Distanciada de su madre y de su abuela, a las que siempre había tenido a su lado, ahora estaba a dos siglos de ellas. Además, entre Pipper y ella se había abierto una distancia provocada por las mentiras que le fue contando a su amiga. Mentiras por omisión, pues todavía no le había dicho nada de esos sueños que la perturbaban.

Recordó la frase de Alan: «No soy el hombre adecuado para ti». ¿Podría haber sido el detonante del sueño? No, no tenía sentido. Aquella frase tampoco lo tenía, no entendía a qué venía tanto miedo. Increíble, ¡Alan sentía miedo! ¿Pero a qué? Si de algo estaba segura era de que Alan había llegado a su vida como una exhalación; más aun, podía afirmar que había venido para quedarse y él ni se había esforzado en ello. Esa noche, tras todo lo vivido con él, estaba en disposición de asegurar que Alan estaría ahí para sujetarla si caía. Eso mismo fue lo que tuvo que demostrarle en la playa a él. Que iba a estar a su lado por mucho que él se opusiera. A lo mejor sus miedos radicaban en volver a sufrir. ¿Cuál era la razón de aquella frase? Sin embargo, cuando compartían cama y se amaban sin ambages, él era conocedor de sus secretos, de aquello que le gustaba, que la hacía temblar y perder la cabeza; sabía dónde tocar o rozar. Le rasgaba todas las cuerdas, de ese modo, obtenía todo de ella. No se reconocía a sí misma: si discutían, ardía en furia; si se amaban, la hoguera de la pasión era infinita e inagotable. ¿Alan podía alcanzar las profundidades de su corazón? ¿Aquellas a las que incluso a ella le costaba llegar?

¿La leyenda de las almas gemelas se estaba cumpliendo? ¿Acaso él era la suya? Posiblemente. No lo descartaba, ni lo afirmaba.

No obstante, a él también le estaba mintiendo por omisión, pues no le había

referido nada del sótano. Tenía que hacerlo y no podía tardar mucho.

Percibió un movimiento en su espalda mucho antes de que él la rozase.

—¿Qué haces levantada? —le preguntó aguantando un bostezo. Se sentó detrás de ella y, pasándole un brazo alrededor de su cuello, la pegó a su pecho.

—No podía dormir y no quería molestarte. —Ava, como si necesitase un apoyo, se sujetó a su antebrazo.

—Tú nunca molestas. —Le retiró la melena castaña y la colocó sobre el hombro izquierdo—. Si fueses Malcolm, seguro que sí, pero quiero que me despiertes siempre que lo necesites. ¿Has vuelto a soñar? —Su hálito le circuló por la piel y se la sensibilizó.

«¿¡Cómo lo sabe?!» exclamó, nerviosa. No, aquello no podía ser una casualidad... De pronto, se acordó de que él la había despertado una noche.

—Sí —confesó al fin.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, no tienen sentido —mintió de nuevo y cayó sobre su alma como una losa—. Solo ha sido una pesadilla.

Notó que Alan asentía con la cabeza.

—¿Te ha pasado? —le preguntó, interesada.

—No, nunca.

—Entonces, ¿por qué asientes?

Se volvió para mirarlo a los ojos. Alan aprovechó para besarla.

—Porque entiendo lo que quieres decir. A mí las preocupaciones me alteran las horas de dormir, y soy de esas personas que no recuerdan lo que sueñan.

Sus miradas se quedaron prendidas en un punto del infinito donde solo ellos tenían cabida.

—Cada vez que te miro es como si fuera la primera vez.

—La primera vez —repitió Ava. Aquellas tres palabras resultaban extrañas, pues parecía que había pasado una eternidad.

—Me deslumbraste y, como soy tan caballeroso, con este carácter amable

que me distingue —se burló de sí mismo—, tuve que darte la espalda. Debía esconder la alteración que me producías. —Carraspeó—. Llámame loco, pero solo podía pensar en ti, en tus ojos.

—Me sucedió lo mismo.

—¿De verdad? —El entusiasmo casi adolescente de Alan le arrancó una sonrisa.

—Sí, no podía sacarte de mi mente.

Alan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada alegre que retumbó en las paredes.

—No hagas ruido.

—Me da igual.

Ava pudo contemplar su espléndida sonrisa, así como los pequeños huecos de los hoyuelos bajo la barba. Sin poder evitarlo, alzó las manos para tocarlos. Le encantaba verlo sonreír.

—Debes sonreír con más frecuencia, tienes una sonrisa muy bonita.

—Ya lo sé —dijo con chulería.

—Engreído. —Le dio un suave golpe en el hombro, conteniendo la risa.

Se inclinó sobre ella y acercó los labios a su oreja.

—Eres la primera mujer que me lo dice.

Alan, con la punta de su nariz, recorrió la línea de la mandíbula. Aquella caricia fue erizando la piel de Ava a su paso y despertó su cuerpo dormido. La excitación comenzaba a arder de igual modo que el fuego frente a ella. Él se detuvo en la colina de su barbilla, clavó la mirada en sus labios y los atacó sediento de sus reclamos. Fue un beso impregnado de pasión, profundo, enloquecedor. Sus respiraciones, nada más tocarse, se alteraron. El ardor fue en aumento a medida que el beso se hacía cada vez más profundo. Alan dominó desde el momento en que sus lenguas chocaron.

Ava, necesitada de más contacto, se movió y notó en el hueso de la cadera la erección. Se dio cuenta de que Alan estaba desnudo, lo que la excitó más. Separó su boca de la suya sintiendo el latido del corazón en su cuello y,

apoyándose en él, cambió de postura. Poco a poco, de la manera más sensual que le salió, se fue quitando la camisa, que quedó arremolinada en sus caderas. Perdió la razón cuando él le masajeó un pecho con ternura y la besó de nuevo.

—Este no es un buen lugar, no quiero hacerte el amor en el suelo —susurró sobre sus labios con voz enronquecida.

Ella sonrió cómplice ante lo que estaba por venir. Alan se levantó y la ayudó, pero sus piernas le fallaron. Él reaccionó rápido, la cogió en brazos, en dos zancadas la dejó sobre la cama. En aquella posición Ava era espectadora privilegiada de ese fibroso cuerpo. Se recreó en su musculatura; en su pecho de apariencia dura, salpicado por un vello oscuro que resaltaba su piel blanca. Siguió por su cintura, el botón que tenía por ombligo, su cadera y, como si de un acto reflejo se tratase, se humedeció los labios al ver su miembro enhiesto. Aquella visión la excitó más, al punto de notar la humedad de su sexo. Sí, con Alan experimentaba lo que ningún hombre antes le había hecho sentir.

Extendió los brazos apremiada por la necesidad. El obedeció. Se tumbó lentamente, cubriéndole el cuerpo con el suyo, y la embistió sin esperas. Ava se abrazó a sus hombros mientras recibía en su interior sus envites cada vez más urgentes.

Era como si quisiera marcar su cuerpo.

El mundo había desaparecido.

No dejaron de besarse en ningún momento, así sus gemidos morían en la garganta del otro.

Alan bajó una mano a lo largo del costado, por su cadera, hasta el muslo. Le agarró la pierna y se la levantó para que la penetración fuese más profunda. Ava clavó los dedos en su espalda debido al placer que se iba acumulando en su bajo vientre con sus implacables embestidas. Toda esa vorágine de sensaciones hizo explosión en cuestión de segundos.

## Capítulo 41

### Primer paso: el sótano

—Soy tonto porque no entiendo qué hacemos en el sótano —sentenció Malcolm, rascándose la nuca.

—Ahora lo comprenderás —dijo Ava.

No le pasó desapercibida la mirada desconcertada que Malcolm compartió con Alan y cómo este se encogió de hombros sin comprender.

El ambiente del sótano era más frío de lo normal, incluso Pippet lo notaba, pues no paraba de frotarse las manos. Fuera, el viento no había amainado, al contrario, parecía que soplaba con más fuerza contra la casa. ¡Quería destruirla! En días así su abuela decía que alguien había perturbado el sueño de Eolo y mostraba su enfado revolviendo la tierra con furia. Parecía que alguien no quería que estuviesen allí. Hasta Salem se palpaba bajo sus pies, más apático de lo general.

Ava, atenazada por los nervios, avanzó con piernas temblorosas a causa de lo que iba a mostrar y había escondido *motu proprio*. Solo esperaba que no preguntasen mucho, pues desconocía la mayoría de las respuestas. Arrastró la mesa al otro lado. De repente, la puerta se batió y la golpeó en el hombro, pero con el agobio apenas percibió el dolor. Se hizo a un lado para permitirles el paso y, al final, fue Alan quien arrebató de las manos de Pippet la lámpara y se adentró, seguido por Malcolm.

Notó a Pippet detrás.

—¿Qué-es-esto? —Malcolm solo movía la cabeza. No se creía en dónde estaba, así lo demostró el tono grave de su voz.

—Es un aquelarre —le esclareció Alan, dando un paso más al frente.

Su primo volvió la vista hacia él, boquiabierto; después las miró con expresión interrogante, señalando a Alan con su dedo índice.

—No lo es —repuso Ava.

—En el sentido oficial, es decir, lugar de reunión, no, pero mantiene las connotaciones mágicas.

—¿Cómo lo sabes?

Alan se giró hacia ella sonriendo con suficiencia:

—La triqueta, símbolo mágico indoeuropeo.

—Acuérdate —recriminó Pipper, irónica, a su amiga—, es profesor de magia.

—Exacto, por eso sé que huele a bruja.

—¿Tú qué eres?, ¿un tipo de Van Helsing que, en vez de matar vampiros, matas brujas? —se burló Pipper.

—¿Tú te escuchas, primo?

—Sí.

—No, quien lo haga pensaría que has perdido definitivamente la cabeza.

Ava, muy ofendida por ese comentario, apretó los puños hasta notar las uñas clavadas en la palma. Se acercó para arremeter contra él:

—¿Y a qué debemos oler las brujas según tú, señor profesor?

—No me refiero a ti, Ava. Todavía hueles a esos dulces que horneas, en cambio aquí huele a azufre y...

—¡Esperad! Chicas, ¿le habéis contado esto a alguien?

—No.

—Podemos respirar aliviados, ¡ya no nos pueden colgar por brujería!

Alan resopló molesto.

—Tranquilo, a estas alturas los juicios por brujería casi han desaparecido. En esta zona el ambiente está...

Ava contuvo la respiración al ver que Alan se acuclillaba delante de las solanáceas. Ella misma lo había puesto sobre aviso de su falta hacía ya bastantes días. El temor se apoderó un poco más de ella.

—¿Cuándo habéis encontrado este sitio?

—¿Que hará? ¿Una semana? —Ava se dirigió a Pipper en busca de su ayuda.

—No lo sé. Desde que estamos aquí me cuesta controlar el tiempo, pero creo que algo más. Un poco antes de que apareciese en tu vida la viuda Corey.

Aquella respuesta dejó a todos en silencio. Incluso el ambiente se enfrió más.

—¿Quieres decirme algo, Pipper?

—Estoy esperando la ocasión adecuada, aunque te adelanto: eres un cabronazo de cuidado.

Ava solo escuchaba el retumbar de su corazón en los oídos. Nunca se imaginó que Pipper tuviera algo contra Alan, ni tampoco que lo revelase de un modo tan notorio. Inconscientemente, comenzó a retorcerse las manos. Alan no le respondió, dirigió su atención a Ava.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —La acusación brillaba en sus ojos grises y pendía en su tono reprobatorio. Ella iba a pagar lo del sótano más lo de Pipper—. No te fías de mí.

—No es eso...

—¿Y qué es si no?

—Encontré este lugar a la vez que apareció la viuda y no, no me fiaba de lo que pudieras hacer —le reprochó.

—Ahora vamos siendo sinceros.

—Siempre he sido sincera contigo. —La furia se deslizaba por sus venas—. Si alguna vez escondí algún tipo de sentimiento o pensamiento con respecto a ti fue porque no sabía cómo ibas a reaccionar. Tienes un carácter muy difícil y, aunque no te guste escucharlo, cuando estabas ensimismado con esa mujer yo no existía para ti; es más, apenas pasabas por aquí. ¿Cómo iba a decírtelo si estabas más pendiente de ella que de la gente que vivía contigo?

¡Explícamelo!

—Ava, tienes toda la razón y me encanta que le des guantazos verbales a mi primo, pero haz el favor de acercaros aquí.

Se arremolinaron a su alrededor para mirar de cerca una especie de papiro que sostenía entre las manos.

—¿Qué es este círculo? —La pregunta salió de la boca de Pipper, aunque pudo hacerlo de la de cualquiera de ellos.

—No lo sé, por eso os avisé.

El grabado representaba una antiquísima muralla de piedras, cada una de diferente grosor y tamaño, y justo en medio se elevaba un arco en forma de circunferencia perfecta en el que se ensamblaba una puerta de hierro forjado hecha a partir de treinta flechas unidas entre ellas, dispuestas a atacar a todo aquel que se atreviese a traspasarla o, en el peor de los casos, intentar abrirla. En sus extremos y en la mitad, donde las dos partes se unían en el cierre, unos maléficos cuernos custodiaban el paso al otro lado.

Aquel símbolo era muy reconocible.

—Parece una puerta —observó, Alan.

—¡Muy bien, primo! La cuestión es ¿de aquí? ¿De Salem?

—No, lo conoceríamos.

—Es la puerta de Tituba.

Ella ni se fijó en cómo la miraban todos, solo tenía ojos para aquel dibujo que más de un vez había visto en el grimorio de las Owens.

—Nunca me lo habías contado, ni tampoco oí a tu abuela hablar de ella.

—No existe, solo queda la leyenda.

—Ava, ¿a qué leyenda te refieres?

La mente de Ava se transportó a una cálida tarde del solsticio de verano. Su abuela la había llevado a los pies de la desvencijada cabaña que utilizaba como invernadero. Sentada en su silla de mimbre, la sostenía fuerte en su regazo. Ese día le habló de aquella puerta misteriosa que nadie conocía.

—Cuenta la leyenda que la Puerta de Tituba, o de los mundos, era una

antiguísima entrada mágica cuya principal labor era mantener separados el mundo humano del sobrenatural. Solo se abría durante las horas de los solsticios, en fechas muy señaladas, o para dar cobijo a nuevos espíritus. Era un lugar milenario: los antiguos Naumkeag realizaban allí sus rituales; pasado el tiempo, sería un lugar de culto entre las hechiceras donde realizarían aquelarres y ofrendas al señor del mal. Muy poca gente conocía su existencia. Se sabe que aquellos que se acercaban a ella pidiendo algún tipo de favor lo pagaban con creces, a veces con su vida. Se cree que, durante los procesos, la puerta se mantuvo abierta para recibir a los espíritus dolientes e inocentes que perdían la vida, acusación tras acusación, en la horca. Cuando terminaron los juicios por brujería del siglo XVII, el lugar quedó en el imaginario colectivo, porque las niñas que fueron descubiertas en el bosque bailaban a los pies del círculo de piedra, donde habían sido llevadas por la criada Tituba. De ahí su nombre. Su enclave exacto allí se perdió con el paso de los siglos porque ellas siempre omitieron su ubicación exacta, también la leyenda se olvidó, nadie la conoce, salvo mi familia.

A lo lejos, comenzó a escucharlos hablar, mas ella continuaba anclada en aquella tarde. En lo cómoda que se sentía con su abuela; en cómo atendía cuando le contaba esas historias. La admiraba y se prometía a sí misma ser como ella, no obstante, el siglo XVIII le demostraba que aún le faltaba mucho a pesar de estar en la treintena.

—¿Me podéis dejar sola? —Tragó para deshacer el nudo de emoción que la ahorcaba—. Por favor.

—No creo que...

—He dicho *por favor* —interrumpió a Alan sin mirarlo.

\*\*\*

Ava arrastró un gran desánimo lo que restó de día. Acordarse de su abuela y de su madre la llevó a buscar con más ahínco alguna pista, entre esos papeles,

sobre cómo realizar un viaje en el tiempo. Se pasó más de una hora contemplando el dibujo, ese círculo que solo existía en el imaginario mágico. Su intuición le decía que, si existiera, podía ser su pasaje al futuro.

Su retraimiento fue tal que apenas habló con ninguno de los tres, solo intercambió algún monosílabo que manifestó sus pocas ganas de entablar una conversación. Amasó el pan que se debía hornear y se preparó con algunas hierbas del sótano una infusión. Quería dormir sin que nadie le interrumpiese el sueño.

Un poco antes de la cena salió al porche a respirar. El viento había amainado, aunque de vez en cuando alguna ráfaga la golpeaba violenta. Desde la esquina derecha del porche, la que daba de frente al bosque, había logrado vaciar un poco la mente para que su alma se sosegase lo suficiente. Sin embargo, la presencia de Alan, al que percibió antes de verlo, interrumpió su quietud.

—Ava, ¿podemos hablar? —se acercó, solícito.

—Sí, claro.

—Quería pedirte disculpas por lo ocurrido en el sótano...

—No pasa nada —lo interrumpió, presta a zanzar ese tema cuanto antes—. Los ánimos estaban un poco alterados, así que es comprensible todo lo ocurrido.

Él, sin decir más, le rodeó los hombros con un brazo, la pegó a su cuerpo y le dio un beso en la frente. Ella se dejó hacer, pero no lo abrazó. Así, pasaron un rato. De pronto, en el silbido del viento escuchó: «Ven».

—¿Dijiste algo? —Alzó la mirada hacia Alan, que enarcó una ceja.

—No, ¿por?

—Nada, solo me pareció.

—Chicos, a cenar —les avisó Pipper.

Esa noche, Ava durmió de un tirón. Se despertó cuando Alan se movió para vestirse.

## Capítulo 42

### Susurros entre los árboles

El día siguiente Ava lo pasó en el sótano, después de que Pipper le recordase el tema de los horóscopos. ¡Estaba convencida de que había acertado! Increíble.

Analizaba y reflexionaba sobre el dibujo de la puerta de Tituba. ¿Cómo era posible que alguien la hubiese dibujado? ¿Eso significaba que en el siglo XVIII había indicios de su existencia? ¿La habían visto? A cada minuto, a cada vuelta de las agujas de un reloj imaginario en su mente, surgían nuevas incógnitas. Sin cejar en su empeño, rebuscó de nuevo en el mueble para encontrar alguna pista y, como ya le había pasado, resultó infructuosa. Pero lo acaecido la noche anterior en el porche todavía la alteraba bastante como para pensar en ello con coherencia. «Ven». Aquella llamada le rondó por la cabeza todo el día hasta que, cansada de darle vueltas, de no encontrar ninguna explicación, decidió salir de su refugio.

—Pipper, voy un momento al huerto —avisó a su amiga para no preocuparla.

—Vale.

Fuera, recibió el candor de los rayos del sol, que estaba preparado para esconderse dentro de una hora o algo más. Decidida, entre la cadencia vespertina que sosegaba a la naturaleza, se dirigió hacia el bosque. Bajo sus pies, notó cómo Salem también la empujaba hacia él, parecía que con el propósito de que descubriese todos los secretos que habían quedado en el

olvido de los siglos. Tomó aquel camino que se contemplaba tan poco transitado, pues la hierba que crecía alta a ambos lados no mostraba signos de huellas ni estaba aplastada por las ruedas de los carros. A eso podía añadir que desde la cabaña no había visto transitar a nadie. Se paró justo a la entrada del bosque con las sienes palpitantes y bastante nerviosa; sentía el flujo de la sangre en las venas. De repente, un remolino invisible de viento la rodeó y en su mente escuchó:

—Ven.

Una fuerza sobrenatural la empujaba a adentrarse. Algo más vacilante, miró hacia atrás por si veía a Pipper.

No, no estaba.

Respirando hondo, comenzó a andar. Primero un pie, después otro, así hasta que sin darse cuenta ya estaba dentro. Había dejado un camino inofensivo por otro que no sabía bien cómo definir. Era ascendente e inquietante: el desconocimiento de dónde terminaba lo impregnaba de un mayor misterio. ¿Era un sendero al futuro? ¿A ninguna parte? En el poco trayecto andado, debía sortear las raíces retorcidas de los árboles, que salían a la superficie rajando la tierra cual trampas mortales. Incluso las enterradas salían a su paso. A la vez, debía esquivar las ramas caídas, las enormes piedras recubiertas de musgo humedecido, y pisaba firme la alfombra de hojas que se acumulaban sobre la tierra.

Ese paraje agreste, zafio y opaco —por las copas perennes de los árboles que no permitían la entrada de ningún rayo de sol— originaba un ambiente cada vez más lóbrego, húmedo incluso, que traspasaba la ropa y le calaba los huesos. Podía oler los aromas a hierba, a madera y tierra mojadas; a la par percibía uno más fuerte: azufre. Allí no se apreciaba el salitre del mar o el humo procedente de las chimeneas del pueblo. Ava, en su ascenso, también notaba que el aire era más gélido; le dolía la nariz y le raspaba en la garganta. No obstante, si algo caracterizaba a ese bosque inescrutable era el silencio. Un silencio atronador que lo envolvía todo, que no auguraba nada bueno. Aun así,

sus capacidades sensoriales aumentaron de tal manera que su oído, más fino de lo normal, captaba el reptar de la serpiente, el movimiento de la cabeza del búho, la mirada oscura del cuervo sobre su cogote. Este, al sentirse descubierto, alzó el vuelo, y el graznido que soltó produjo eco y congeló todavía más el bosque. Pero no fue el único sorprendido por su presencia. Pudo descifrar en el crujido de los troncos de los árboles la conversación que mantenían entre ellos.

Tuvo que parar. Aquella cuesta empinada le arrancaba el aliento. Apoyó las manos en la cintura y la apretó con fuerza en un burdo intento de mitigar los puntos de fatiga en sus costados; la ropa le molestaba. Decidió aflojarlo aprovechando que estaba en aquella nada sombría.

¡Bum, bum!

Ava giró sobre sus pies. Un corazón que no era el suyo taponaba sus oídos. El suyo se estaba sincronizando con ese otro. Conocía al dueño de ese corazón delator.

—Alan —susurró.

—¡Ava! —oyó que gritaba a lo lejos.

Sin perder más tiempo, salió a la carrera en su busca. A cada zancada, su cuerpo se iba liberando del embrujo en el que el bosque la había sumido sin percatarse de ello, pues no lo podía explicar de otro modo.

—Alan.

Creyó que tardaría más en encontrarlo.

Se fundieron en un abrazo. No fue un simple abrazo; se sujetaban mutuamente, era un reencontrarse luego de extrañarse. Eso fue lo que Ava percibió en sus rasgos prominentes y marcados, en el gris de sus ojos, en el ademán serio de sus labios, resaltado por la barba que contrastaba con su empalidecida piel, en la que brillaban algunas partículas de sudor. Era verdad, no sabía cuánto tiempo llevaba en aquel lugar, pero tuvo que ser el suficiente para que él la echase en falta.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba dando un...

—No me gusta este sitio. —Miró a su alrededor con desconfianza—. No me da confianza.

Ava le tomó el rostro entre las manos y lo besó. Las palabras de Alan le aclararon que la protegería de todo. Aquella realidad la empujó a profundizar en el beso. Alan se dejaba hacer sin permitirle escaparse: la aferró con fuerza por la cintura con una mano; con la otra la sujetó por la nuca. Ella quedó atrapada en sus brazos, lugar de donde no quería salir. Sus lenguas avivaban el deseo que chispeaba cuando se tocaban. Comenzó así un juego controlado por el ardor de unos nervios que ya habían desaparecido. Ava pegó más sus caderas a las de él en busca de un mayor contacto y percibió su erección. Se excitó más. Insaciable, bajó las manos hasta los hombros para sacarle la chaqueta mientras Alan rompía el beso. Con manos temblorosas, la izó y la apoyó contra el árbol que tenía detrás. Como pudo, se desabrochó los pantalones y de una estocada certera la penetró. Ava, extasiada, arqueó la espalda. Sin demora, comenzó a moverse con urgencia, con violencia. Hambrientos de más, se abalanzaron en otro beso feroz, devorándose. Estaban tan ansiosos que sus dientes chocaban. Ava recuperó el control de las sensaciones de su cuerpo a medida que Alan se clavaba más hondo en su interior, olvidándose del bosque, del viaje en el tiempo. Aquel arranque de frenesí salvaje disipó las dudas que le habían surgido durante el día. Pronto cedieron al éxtasis. Una oleada de placer hizo explosión en un orgasmo demoledor al sentir cómo Alan se derramaba en su interior y, convirtiéndolos en uno, los dejaba exhaustos en mitad de la naturaleza.

## Capítulo 43

### Segundo paso: el método para llegar a ella

*Sin coger nada de abrigo, sin perder tiempo porque debía saber la decisión que había tomado mi hermana, salí a la carrera de casa, candil en mano para iluminar mi camino. Todavía faltaba mucho para la llegada del alba. Tampoco era que necesitase luz, sabía muy bien adónde me dirigía, mas debía cuidarme de los animales salvajes; no era la primera vez que me encontraba con uno en el jardín. Mi casa estaba bastante alejada del pueblo, pues mi esposo, como buen leñador y cazador, hombre muy solitario, no disfrutaba mucho de la compañía de los convecinos, cosa que mi condición de hechicera agradecía.*

*Gracias a mis pies veloces, como los de Hermes, me dirigí bosque arriba sorteando las raíces de los árboles, las ramas caídas y las enormes piedras recubiertas de musgo. Con gran esfuerzo, nerviosa, subí la escarpada cuesta en la que terminaba el sendero. No iba desde finales de verano, cuando le remití la última correspondencia.*

*Cuando el terreno se allanó, pude ver el círculo. Se trataba de una muralla antiquísima levantada otrora con piedras de diferentes tamaños y, en medio, un círculo perfecto. En él se ensamblaba una puerta de hierro forjado de treinta y una flechas unidas entre sí. En sus dos extremos y en el centro,*

*troquelados en la fragua del submundo, los diabólicos cuernos de nuestro Señor custodiaban el paso al otro lado. Un grupo de cuervos sobrevolaba el lugar y originaban un remolino entre las nubes; sus graznidos ensordecedores se confundían con el trueno.*

*Me acerqué a la muralla. Alcé el candil para asegurarme de que iba en la dirección correcta. Busqué la piedra negra que ocultaba la pequeña oquedad a través de la cual nos comunicábamos. Dejé el candil en la muralla, retiré la piedra y metiendo la mano en su interior, saqué la tela amarilla. Mis manos temblaban al desenrollarla; pronto vi la letra de mi hermana:*

*Hermana mía, ha sucedido, soy libre.*

*En la próxima luna negra te salvaré de tu yugo marital.*

*Nos vamos, Leo, nos vamos.*

\*\*\*

Un graznido obligó a Ava a incorporarse en la cama, sobresaltada. Todavía desorientada, escuchó los saltos de un ave en el tejado, justo sobre su cabeza. Un escalofrío la recorrió entera. Volvía a estar cubierta por un sudor frío, temblaba y le castañeteaban los dientes, pues la temperatura de la habitación había descendido. Se tapó la cara con las manos, reparando en el aquí, en el ahora, en la cabaña de madera, antes de fijarse en la chimenea apagada. Dejó caer la cabeza hacia delante abatida, mientras estrujaba las sábanas con las manos y la melena ocultaba el temor que la invadía. Había soñado otra vez con esa mujer: conocía la puerta de Tituba. ¿Es que se estaba volviendo loca? ¿Debía prestar atención a esos sueños en los que se mezclaba todo? Las sienas le latían y en su cabeza comenzaba a punzar un leve dolor, lo que no le impidió escuchar a su abuela: «Cariño, mantén la mente abierta, quiere que conozcas su historia». Esa frase se la repetía durante la adolescencia para analizar sus sueños y visiones.

Se recogió el pelo en un tirabuzón que quedó entre sus omóplatos y miró al otro lado de la cama, esperando ver a Alan dormido a su lado; en cambio, no había nadie. Estaba sola. Moviada por un impulso casi histérico, ya que el mundo se precipitaba a sus pies, gateó por la cama, bajó y a toda prisa, al llegar a la puerta, la abrió. Se encontró con Pipper, que estaba a punto de llamar.

—¿Y Alan?

—Hace un rato que se han marchado, venía a despertarte.

Aquella respuesta la sosegó.

—Ava, ¿estás bien? —inquirió Pipper, preocupada. Le apoyó la mano en el brazo en señal de cariño.

—No. Hace mucho que no estoy bien, espero que no te enfades.

—¿Por qué me voy a cabrear?

—Te lo debí contar antes, no después de tanto tiempo.

—Bueno, cuéntamelo desayunando.

Ava la siguió arrastrando su pesado secreto en dirección a la mesa. Lo que debía confesar no era de su agrado.

El ambiente en esa parte de la casa era más cálido que el de la habitación. Se sentaron y guardó silencio hasta que Pipper terminó de servir.

—Venga, sabes que no me gustan los misterios, y menos a primera hora de la mañana —la azuzó, dando buena cuenta de su desayuno.

Ava, por su parte, lo apartó. En lo último que pensaba era en comer. Temía su reacción. Su amiga siempre había dado muestra de que la entendía en todos los casos, humanos y mágicos, así que no la hizo esperar más. Con todo lujo de detalles, le narró lo acontecido desde la noche del desmayo hasta esa última, sin olvidarse de su sospecha: su madre y su abuela tenían cierta información que se habían callado.

—¿Crees que saben algo?

—Viniendo de ellas, estoy segura.

—Entonces, saben que estamos en el siglo XVIII.

—No sé tanto porque recuerda que se marcharon antes de la noche de Halloween.

—Es verdad —asintió meditabunda—. Y no conoces a esa mujer.

Ava negó en silencio y se calló aquel nombre que todavía recordaba con meridiana claridad: Leo. Un diminutivo que podía ser la supuesta hechicera llamada Leonora. Lo sospechaba.

—No hay modo de descubrirlo —dijo Pipper más para sí misma que para Ava. Movía los ojos buscando una posible solución.

—Hay un modo —admitió.

—¿Cuál?

Ava se levantó y fue hasta la ventana. Con los ojos clavados en el camino, le respondió:

—Durmiendo.

—¿¡Qué?! —exclamó estupefacta.

—Dormir —repitió. Se volvió hacia ella con los brazos cruzados. Pipper estaba sentada de lado, con el rostro desencajado—. En el sótano hay hierbas, y recuerdo una vieja receta bastante sencilla que mi abuela me enseñó hace años.

—¿Es peligroso? —inquirió con voz queda.

—Solo si no se despierta.

Pipper se tapó la boca con las manos, que amortiguaron un pequeño grito. Ava era consciente de los riesgos, pero iba a asumirlos porque, si su abuela tenía razón, detrás de todo aquello había una historia y debía conocerla.

Pipper tosió.

—No creo que Alan esté de acuerdo con todo esto.

—¿Quién te dijo que iba a estar al tanto?

—¡Estás loca!

—No. Por esa razón, no pienso decirle nada.

—Debe enterarse —arremetió en desacuerdo.

—No, Pipper, con que lo sepas tú es suficiente.

Su amiga bufó angustiada.

—¿Y a él qué le vas a contar?

—Nada.

—¡Me dejas el follón a mí! —Se levantó como si la silla le quemara.

—No, porque se lo contarás solo si es necesario.

—Ava, no lo veo claro. —Negaba con la cabeza. El miedo se reflejaba en sus ojos castaños, en el rictus entristecido de sus labios.

—Vamos a ver, todavía voy a tardar un tiempo en preparar la poción. Una vez hecha la cocción debe pasar una noche al aire libre para que los rayos de la luna la bañen e inyecten su energía, así surtirá efecto.

—¡Ah, bueno! No es mañana.

—No, dentro de tres días.

—¿Qué?! —El horror iba creciendo en Pipper.

—En tres días hay luna llena.

—¿Cómo lo sabes?

—Anoche, antes de acostarme, salí y, con el cielo despejado, lo comprobé.

—¡Joder, Ava! No creo que sea buena idea...

—¿Confías en mí? —Se acercó a su amiga y la agarró de las manos.

—Sí, pero...

—¿Por qué ahora no?

—Te vas a poner en peligro, quieres que le mienta a Alan, a Malcolm...

—Necesito hacerlo, Pipper, necesito saber quién es esa mujer.

—¿No hay otra manera? Piensa, debe haberla...

—No la hay. —Apretó más su agarre—. Por favor, Pipper —le suplicó.

Pipper bajó la vista al suelo, pensativa.

—Vale, está bien —susurró temerosa.

\*\*\*

Tras aquella conversación, Pipper, rendida, observó cómo su amiga se

encerraba en el sótano y comenzaba a preparar aquel horrendo plan. Jamás había sentido tanto miedo, ni cuando sus padres desaparecían durante meses, perdidos en alguna comuna del país. Era cómplice, para bien o para mal, del disparate que Ava quería cometer y no la podía frenar.

Le afectaba incluso en el carácter, Malcolm lo apreciaba. Cuando nadie la veía, lloraba. Lloraba de impotencia, ¡ojalá fuera más lista para tener otra solución! También comprendió, entre lágrimas, que debía aprovechar el tiempo al lado de su amiga antes de que durmiese como la bella durmiente del cuento. Acabó ayudándola en todo lo que podía.

Por las noches, tampoco pegó ojo. Pretendía estar atenta a todos los ruidos: oía la voz de Alan, la de Ava, o los oía hacer el amor; luego, nada. Pero ella, con los ojos abiertos como un búho, permanecía vigilante. Salvo la última noche.

¡Crack, crack!

El crujido de la madera la alertó. Se levantó con cuidado de no despertar a Malcolm. Cogió un candelabro, se acercó a la chimenea y con un pequeño trozo de madero encendió la vela. Procurando no hacer ruido, salió de la habitación y vio la puerta de entrada abierta. No hacía viento –todo estaba en calma, como en las películas de miedo que echaban los sábados por la noche en la tele–, ni frío, era como si todo estuviese suspendido en el tiempo de una manera extraña. A pesar de todo ello, los nervios le atenazaban el corazón, que palpitaba desbocado en su pecho y le provocaba cierta tiritera. Asomó la cabeza y se encontró a Ava arrodillada delante del frasco en el que había vertido aquel líquido color oro, hecho a partir de la belladona, que le reduciría las convulsiones mientras estuviese dormida. La había mezclado con otras plantas también de propiedades sedantes, pues debía conseguir permanecer en un estado de coma. Parecía que estaba orando. De repente, miró por encima del hombro, se levantó y se metió dentro de la casa. Con ojos brillantes le dijo:

—Mañana es el día.

Al día siguiente, Pipper se levantó con ellos y los acompañó en el desayuno. Un nudo le rodeaba la garganta como una soga. Ellos comían, inconscientes de lo que iba a suceder pocas horas después de su marcha. Cuando se disponían a salir, no se pudo callar más:

—Alan, ¿te despediste de Ava?

Él frunció un poco el ceño, extrañado por aquella pregunta.

—Sí, claro. Pipper, sé que estás resentida conmigo...

—El otro día me pasé, no supe manejar la situación. No quiero ver a mi amiga sufrir.

—Ni yo.

—Lo sé, se nota que la quieres. —Alan abrió los ojos cuanto le dieron por el asombro que le causaron sus palabras—. ¿Le has dicho que la quieres?

Alan negó con la cabeza.

—Debes decírselo cuando todavía no sea tarde.

—¿A qué te refieres?

—Es una tontería.

Alan la miró pensativo y, sin pronunciar palabra, se fue.

Malcolm la abrazó desde atrás y la besó en el cuello.

—¿Estás bien? Llevas unos días rara. —Habló con los labios sobre su piel.

—Quiero volver a casa. —Mintió con una excusa que le creería.

—Todos lo queremos y lo conseguiremos. No te preocupes por el tonto de Alan, se lo confesará a Ava más tarde o más temprano. —La giró entre sus brazos para darle otro beso—. Me voy, nos vemos luego.

Pasadas varias horas, de quien se despedía con un fuerte abrazo era de Ava.

—Acuérdate, si dentro de un par de días no me despierto, entonces cuéntaselo a Alan, ¿vale? —Le recordó.

—De acuerdo.

Estaba sentada al borde la cama sin perder detalle de su amiga, tumbada con el pequeño frasco abierto en una mano; con la otra le asía las manos.

—Hasta la vuelta —se despidió antes de levantar la cabeza y beber de un

trago el líquido.

Pipper la agarró con más fuerza, como si aquello no le fuera a permitir dormirse, pero fue en vano. En cuestión de segundos, Ava cayó en un profundo letargo, pues su mano estaba inerte.

## Capítulo 44

### Leonora

*Me and my head high and my tears dry  
Get on without my guy (...)  
And I tread a troubled track  
My odds are stacked  
I'll go back to black*  
Amy Winehouse, *Back to black*

*Eliza siempre ha sido mujer de palabra y, como me anunciaba en su mensaje, apareció en la noche de luna negra. Nos fundimos en un gran abrazo; hacía años que no nos veíamos. Ella había dejado Salem un poco antes de la muerte de nuestra madre; por aquel entonces ya había contraído matrimonio con su primer esposo, que corrió la misma suerte que el último.*

*Le proporcioné descanso y comida, porque había estado varios días caminando por los bosques, escondiéndose de todos ante su despavorida huida. Daba gracias de que no hubiese ocurrido en pleno invierno, cuando el manto de la nieve, tan esponjosa a la vista, tan helada y lacerante al tacto, lo ocultaba todo.*

*—¿Cómo lo conseguiste esta vez?*

*—Beleño, y lo rematé con acónito —me aclaró sin perder un ápice de apetito—. Estoy encinta, Leo. Voy a tener un hijo de mi amante.*

*—Eso es muy bueno, Eliza. ¿Él lo sabe? —Con aquella noticia entendi*

*mejor la razón de su partida.*

*—No, se lo anunciaré en nuestro nuevo hogar. Y tú vendrás con nosotros, saldrás de este yugo que te apresa. —La señaló con su fino dedo índice pringoso por la carne—. Madre siempre supo que tu marido no te quería.*

*—Podías ahorrarte esas palabras.*

*—¿Consumaste el matrimonio? —Me lanzó una mirada inquisitiva que se acentuaba más por el movimiento de su mandíbula.*

*Asentí. De la vergüenza, bajé la vista a mis manos entrelazadas en mi regazo.*

*—Sí, una vez...*

*—¡Una! —profirió, horrorizada. Bebió un poco de vino antes de continuar—. Tu marido es un mastuerzo, ya lo sabía yo. Leo, si he aprendido de los hombres, no de mis dos difuntos maridos, es que ven aquello que quieren ver y solo piensan con la entrepierna. Cuando los tienes dentro de ti creen que son ellos quienes te dominan, mas no discernen que están indefensos, que nos han entregado todo el poder, porque con un viraje los tenemos apresados bajo nuestras piernas y son rehenes de los movimientos de nuestras caderas. Eso es un hombre. Lo descubrirás en nuestro nuevo hogar, allí encontrarás a uno que te ame de verdad y siempre debes acordarte de esto: en el matrimonio debes servirle a cualquier hora del día o la noche, siempre boca arriba. Ese es el principal trabajo de una mujer.*

*Un resabio amargo se desprendió de mis entrañas Y subió tripas arriba a mi boca. Lo saboreé con cierto tormento. Ella había vivido más que yo y portaba en su vientre el fruto de un hombre, lo amase o no. ¿Conocía el amor? ¿O solo la lujuria? ¿Lo amaba a él como yo amaba a Alan? Creo que no, Liza se quería demasiado para amar de verdad a otra persona. Yo la envidiaba. Codiciaba lo que ella tenía.*

*—Venga, no te quedes ahí como una mojigata, prepara un pequeño petate con aquello que te quieras llevar.*

*Presta, doblé una sábana por sus cuatro puntas, y en ella guardé alguna*

*muda limpia. Pero Eliza no estuvo de acuerdo y vació casi todo porque «Debemos ir ligeras». Acaté su decisión en silencio, mas no estaba de acuerdo.*

*Pasó la tarde en el porche con la mirada perdida sobre la bóveda soleada de ese día. Iba de un lado a otro malhumorada, lo aprecié en sus andares airados, ya que con el ruido de sus zapatos parecía que quería arrancar los tablones.*

*—Leo, ¿podemos ir al sótano?*

*—Sí.*

*—Llena la jofaina de agua fresca.*

*No pregunté, conocía bien sus intenciones. La obedecí y bajamos las escaleras de la trampilla. Separó la mesa que atrancaba la puerta para entrar en la habitación ritual.*

*—¿Tu marido qué opina de este lugar?*

*—No lo sabe, nunca ha bajado.*

*—Además de mastuerzo, ciego.*

*Sin más demora, mientras fuera caía el ocaso, nosotras entramos en ese lugar donde podíamos practicar magia seguras de no ser vistas. Eliza se acercó a la raíz de mandrágora que había colgado del techo, en una zona oscura para que no se pudiese. Cortó un trozo con las manos, al tiempo que yo vertía el agua en un cáliz que había sido de nuestra madre.*

*—Arráncate un pelo.*

*Solté un mechón del recogido, separé uno del resto y tiré con fuerza. Apenas sentí un leve pinchazo en la cabeza. Se lo di a Eliza, que había hecho lo mismo. Los unió humedeciéndolos con su saliva, luego los ató alrededor de la raíz con dos nudos, uno por mí; otro por ella. Poco a poco, la hundió en el agua, donde comenzó a moverla en círculos. Nos cogimos de la mano y pronunciamos un hechizo invocando la ayuda de nuestra señora Melusina para proteger nuestro camino hacia el puerto, implorándole que nos escondiese en la bruma de la noche.*

*Nos echamos al camino cuando la oscuridad estuvo a nuestro favor. Nos adentramos en el bosque aledaño a mi casa. Sentí un pinchazo en el corazón al cerrar aquella puerta para siempre, pues sabía que no regresaría. «¡Maldita sea!», bramó esa parte de mí que no quería marcharse; la otra, aunque apesadumbrada, sonreía esperanzada por seguir a Eliza. Sí, al lado de Alan no tenía futuro.*

*El bosque estaba cubierto por una espesa niebla que no nos permitía observar nada, solo si lo teníamos delante. Los árboles nos custodiaron, al igual que el cuervo o la lechuza, que desde sus alturas no perdían detalle de nuestra huida. Recorrimos senderos ocultos que ningún vecino o extranjero conocía y que bordeaban Salem, así no levantaríamos las sospechas de la gente. Mi aliento se mezclaba con la neblina; en ese paraje agreste, el ambiente era muy frío, tanto que empapaba la ropa hasta convertirla en un lastre y me humedecía la piel. Varios pasos más adelante la naturaleza cobró un halo diferente; el aire cambió, arrastraba consigo nuevas esperanzas envueltas en sal.*

*—¿Lo hueles? —inquirí jadeante.*

*—Ya estamos cerca. —Se paró y giró hacia mí. Un sentimiento de pesar punzó mis entrañas—. No te aflijas, mujer, ya no volverás a penar por amor.*

*Asentí, aunque nada cambió en mi interior. Tenía razón, no había avanzado un paso cuando el horizonte se abrió ante mis ojos y contemplé el puerto.*

*Bajamos el pequeño barranco que nos separaba de nuestro destino. Corrimos entre las sombras, entre mercancías tapadas con grandes lonas. Nos resguardamos entre unos enormes bidones. Me senté en el suelo y sentí mi cuerpo completamente fatigado. El petate lo estrujé entre mis piernas y mi pecho, notando la dureza de algunas viandas que había metido sin que Liza se enterase. No supe cuánto tiempo estuvimos allí, mas fue bastante, porque si me abandonaba, me dormiría.*

*—Elizabeth —llamó un hombre—. Elizabeth, ¿dónde estás?*

—Aquí, William. —Liza se puso en pie—. ¡Oh, William, pensé que no llegaba! Mira, esta es mi hermana, Leonora.

Me saludó con una inclinación de cabeza. No entendía lo que había visto en él Liza, pues no era atractivo a la vista.

—Podéis embarcar, están todos durmiendo —nos explicó.

Lo seguimos hasta un enorme barco de nombre Minerva que, como todos, tenía tallado el busto de una mujer. Los brazos extendidos parecían empujar a la embarcación a continuar camino, su pelo estaba revuelto a causa del viento y la túnica se le pegaba al cuerpo, mas no se lo tapaba, puesto que sus pechos quedaban al descubierto. Subí la rampa percibiendo una presencia; la busqué sin decirle nada a Liza. Alcé los ojos a las velas y en uno de los palos del mástil había tres cuervos que nos observaban. Todo el mundo sabía que tres cuervos eran señal de mal agüero: significaban muerte. Caminé detrás de ellos, portando aquel pesar sobre mi alma, hasta una bodega que se había vaciado al arribar y en la que nadie entraría hasta llegar a destino.

—Permaneced aquí, estaréis a salvo. —En su acento extranjero escuché la traición.

El tal William resultó ser un marinero de origen inglés, que le había prometido una nueva vida en otra parte del país. De ahí la alegría de mi hermana por ir al Sur. Así fue como me enteré de que viajaría allende los mares, a la tierra de los antepasados de nuestra madre.

Ocultas entre dos montones de cajas, tapadas por una vieja lona, permanecimos en esa nauseabunda bodega que olía a madera, pescado y carne podridos, a sal... La concentración de humedad hacía el aire más pesado sobre mi cabeza.

—Leo, eres una floja —me atacó, molesta.

No podía rebatirle. Tenía el cuerpo convulso. Así estuvo hasta que mi olfato y estómago se acostumbraron a aquel lugar fétido. Me arrimé a mi hermana en silencio. Solo el suave golpeteo del agua contra el barco

*llegaba a mis oídos. Con ese ruido me dormí.*

*El rugido de mi estómago me despertó tiempo después, aunque también un vaivén brusco que me lanzó al otro lado.*

*—¿Dónde estamos? ¿Por qué nos movemos? —Miré para todos los lados desorientada.*

*—Estamos navegando —me explicó con las manos reposando en su vientre —. Estabas durmiendo y no te percastaste.*

*Me rasqué la cabeza, despeinándome más de lo que ya estaba. El estómago rugió de nuevo, entonces busqué entre mi petate las viandas.*

*—No te molestes, me lo comí todo; ahora debo comer por dos.*

*—¡Me podías haber dejado algo! —chillé en voz baja.*

*—Te llamé y no despertabas.*

*«¡Egoísta!», la increpé en mi interior, furiosa. «Y a ti, Alan Payne, te odio. ¡Si me quisieras, no estaría en este barco inmundo!». Yo había podido elegir, mas fueron sus malos ademanes para conmigo los que me impelieron a ello. Apoyé la cabeza en las cajas que estaban a mi diestra, cerré los ojos y el velo de Morfeo me cubrió. Era el modo de no pensar en comer. Ni en él.*

*Así estuve durante horas. A veces entreabría los ojos por algún vaivén del barco, sin embargo, sucumbía de nuevo al sueño. Cuando realmente me desperté, fue al percibir una mano en mi hombro. Era Eliza.*

*—Toma, comida.*

*Sin agradecerse, atacé el plato de pan y una manzana pequeña que no sabía dónde había conseguido. No era de mi incumbencia, ya que apaciguaría mi apetito. En alguna parte de la bodega, mi hermana estaba acompañada de William; se reían como dos zagales enamorados. Eso eran. Hablaban en susurros para que no los oyese. No lo hacía, solo estiré las piernas en el suelo y las rodillas protestaron con agudos calambres por pasar encogida tanto tiempo. Todo era tolerable a cada nueva dentellada. Pronto, las risas se acallaron, mudándose en gemidos de placer. Aquella situación me hastió tanto que no pude comer más. Guardé en el bolsillo de*

*la falda el último pedacito de pan y la manzana mordisqueada. Cerré los ojos cruzándome de brazos, como si quisiera protegerme contra alguien. No tardé en quedarme dormida.*

*Las visitas de William se volvieron más asiduas, también se prolongaban en la noche. Yo comía a escondidas de Eliza, mientras dormía. Tres o cuatro noches después, todo cambió. Eliza me despertó con la disculpa de que alguien quería conocerme. Al principio no entendí nada. Me levanté y tuve que asirme a las cajas; mis piernas entumecidas no podían con el peso de mi cuerpo. Salimos al pasillo, bastante largo, estrecho y algo iluminado, mas esos haces de luz me dañaban los ojos. ¡Me lagrimearon! Entramos en un camarote grande aunque austero: unas puertas en una esquina —era un armario—, un camastro en la otra parte y un escritorio donde estaba servida una succulenta cena. Salivé. Un movimiento en el lado contrario al que me encontraba llamó mi atención. Era un hombre enorme y muy atrayente.*

*—Sé que tienes hambre. —Señaló la mesa con una de sus enormes manos —. Mas debes hacerme un pequeño favor.*

*—No —me negué de inmediato.*

*—No temas, ¿eres virgen?*

*—No.*

*Se acercó a mí y me acarició la mejilla. Su dulce tacto no me suscitó rechazo, al contrario, me produjo un excitante cosquilleo en el estómago. Aun así, me separé de él para demostrar un mínimo decoro.*

*—No te creo, tu piel se ha arrebolado bajo mis dedos.*

*—Esta yegua tiene dueño y todavía lo quiere.*

*—¿Dónde está? —Miró a los lados, buscándolo. Se burlaba de mí.*

*De repente, con ese azul fijo en mí, puso una mano en mi entrepierna con un descaro impropio incluso de los hombres y me besó. Sus labios eran más cálidos de lo que aparentaban, lanzaron sobre mí un embrujo que jamás había sentido. Permití que me besara, que me robase la consciencia y me calentase el cuerpo sin yo pretenderlo, sin atender a mi compromiso con mi*

*marido. Rompí el beso, dolida conmigo misma.*

*—No soy esa clase de mujer, señor. —Me limpié la boca con el dorso de la mano.*

*—Lo sé, pero te deseo desde que entraste...*

*—Estoy casada.*

*—Me da igual, te voy a tomar esta misma noche.*

*Dio un paso hacia mí, pero me adelanté.*

*—Acabemos con esto. —Le di la espalda y me dirigí a los pies del camastro. Me senté con la falda arremangada hasta los muslos. Me tomó allí mismo, sin más caricias ni ósculos que me despojasen el hábito. Fue el mero acto, instintivo, sin compasión ni sensibilidad, salvo al asirme a su cuello; entonces, nuestras bocas se rindieron a la pasión mientras su miembro me golpeaba y agitaba mi interior. Él lo desconocía todo de mí, por ello no sabía que con él descubrí lo que era que un hombre me tomase de verdad.*

*Aquel trueque nos benefició a ambos: él saciaba mi apetito, yo, su cuerpo. Duró más tiempo del que creía, puesto que en mis entrañas intuía que el final estaba cerca, y así fue.*

*Los elementos jugaron en nuestra contra, no establecían ningún devenir. De todos era sabido que una mujer subida a un barco solo podía traer mal fario. Así sucedió: el barco se estancó en un agua que no fluía; el viento no soplaba; la tierra, canal por el que todo fluye, era inalcanzable. Los ánimos se caldearon y entre los hombres se oía: «Es cosa de brujas». El capitán, por miedo a una insurrección, nos exhibió como la causa de sus males. Todos pedían muerte. Fue más ladino para guardarse el gaznate: antes de acabar con nosotras, se podían beneficiar. No lo dudaron.*

*Día y noche.*

*«¡Os maldigo, bastardos! Ningún hombre de este barco podrá jamás tener prole!». Por esa condena de Eliza, se apresuraron a darnos muerte.*

*En la oscuridad de la bodega, donde todo había empezado, desnuda, aún*

*podía cerrar los ojos y pasear una última vez por mi pequeña casa. Oía cómo crujían los tablones bajo mis pies, el ruido de la puerta al abrirse. Era extraño reflexionar en el confín de los mares, a las puertas de la muerte, sobre aquello que me oprimía el corazón y que añoraba como lo máspreciado que jamás tuve.*

*Eliza se movió en mi regazo.*

*—Lo siento, Leo, lamento haberte arrastrado conmigo, aunque me alegro de que estés. —Su voz daba muestras de su llanto, no así sus ojos hinchados de los que no salía una triste lágrima.*

*Ella había llevado la peor parte: perdió el fruto de su vientre. Solo cuando sangró y el barco se tinto de color grana, se detuvieron. Yo... Aquel dolor evocaba la afrenta cometida.*

*—Prefiero estar aquí contigo que esperando a mi marido. Te maldigo, Alan Payne. Penarás a lo largo de la eternidad por no amar a quien una vez te amó; conocerás el dolor del amor. Tu corazón lo salvará aquella que te ame de verdad.*

*—Hágase tu voluntad —sentenció mi hermana para darle cumplimiento.*

*Mi maldición fue guiada a su sino por una suave brisa que se escapó del fondo del mar, allí donde mi maltrecho cuerpo pereció.*

## Capítulo 45

### Una eternidad sin ti ¿qué sentido tiene?

Aquellas cuarenta y ocho horas fueron las más ominosas en la larga vida de Alan. Había pasado por momentos muy dolorosos al ver cómo sus conocidos, o las personas más allegadas, desaparecían en manos de la muerte, o cuando amigos perecieron en las garras de las guerras.

Mucho había vivido.

Aun así, nada era comparable con aquella situación.

Se acordaba de cómo corrió la distancia que separaba el puerto de la cabaña dispuesto a confesarle su amor a Ava; si no era suficiente, le haría el amor hasta que desfallecieran. Sin embargo, se topó con otra realidad. «Ava sufrió un desmayo y no despierta», esas palabras de Pipper lo habían domeñado a una pesadilla que ya duraba dos días.

Dos días en los que la vida de Ava se iba perdiendo en los confines del tiempo. Con otras palabras, fue lo que expresó el galeno con sus tecnicismos y añadió el peor de los diagnósticos: «Parece que no la retiene nada en esta vida. No tiene motivos para vivir».

Esa tarde nunca se le olvidaría: se sintió morir cuando vio a Ava tendida en la cama, sin vida. Después de intentar despertarla, de zarandearla, les había pedido a Malcolm y a Pipper que llamasen a Mary. La anciana no había

dudado en presentarse allí, no sin antes avisar al galeno, que llegó lo más presto que pudo. La primera noche la había pasado cogido de la mano de Ava, había sido su manera de mostrarle que estaba ahí; la había velado por si acaso se despertaba, que fuera a él a quien viese primero. Mary había permanecido a su lado, al igual que lo había hecho al fallecer su madre. Mas en aquella situación, a lo largo de esa noche, su corazón —del cual renegaba alegando que había perdido— se resquebrajó y lo dobló en el dolor más puro que jamás había padecido.

Un dolor que no se podía edulcorar.

Un dolor que no había tardado en rasgar su máscara de hombre invicto. Lloró. Lloró agarrado a la mano de Ava y abrazado por Mary, que, como bien pudo, lo consolaba. Entre lágrimas se sinceró:

—La quiero, es lo más importante que tengo en la vida —había dicho soltando un gemido de dolor.

—Lo sé, muchacho, lo sé.

Por primera vez en su vida, la imagen de debilidad que le mostraba a Mary era completamente digna de amor. Cada lágrima que derramaba era un latigazo por las veces en que no la había tratado bien, por las horas perdidas en enfados idiotas, por haber malgastado días sin confesarle sus sentimientos. Por sus miedos. Esas horas habían sido las más largas de su vida. Las más duras. Se recriminaba haber sido tan cretino y orgulloso. Era un monstruo; él siempre se había visto así, Ava se lo mostraba con claridad. Se había convertido en un engendro escondido detrás del hombre arrogante. Ese pensamiento impregnaba su sangre de ira y golpeaba su maltrecho corazón al advertir que la situación era culpa suya. No debería haberse acercado a ella. Él había originado todo, pues lo que sucedía era la consecuencia de sus mentiras. ¡Qué agotador era mentir! Se dio cuenta de ello frente a aquel cuerpo casi inerte. Abrumado, al amanecer, comprendió que debía ser considerado con Ava y se prometió que, si despertaba, afrontaría la decisión más ardua de su vida: contarle su asquerosa y vergonzosa historia.

«¿Quién va a creerte?», se rio con amargura de sí mismo.

Había salido al porche para respirar o perdería el juicio. Sin embargo, sus manos que estrujaban la baranda de madera demostraban que no lo había conseguido. Miró al cielo estrellado, que se mantenía tranquilo en aquella oscuridad que no solo cubría la Tierra, sino también su interior. Rozaba la locura. Cuarenta y ocho horas, y Ava no despertaba. Se mantenía alejada de él. La impotencia lo carcomía; rozaba con los dedos la desesperación; lo prendía en llamas. Su humor se resintió: era imposible hablar con él, máxime desde la última visita del galeno, tras la cual indicó que no había evolución para bien, tampoco para mal. La dramática situación que estaba viviendo le enseñó que, si quería romper el hechizo para tener toda una vida al lado de Ava, no valía con contarle la verdad, debía arrancarse el corazón y mostrárselo. Eso era el amor: un uno por cien de felicidad y un noventa y nueve de dolor. Pero estaba decidido a luchar hasta el final, a pesar de que en aquel instante su alma y su ser cantaban a coro una entristecida canción de amor.

Una lágrima se desprendió de sus ojos, brilló bajo el tenue resplandor de la luna y quebrantó un poco más al hombre.

Una mano amiga se posó en su hombro y le dio un pequeño apretón. Los dos primos terminaron fundidos en un abrazo fraternal. Alan sabía que contaba con el apoyo de Malcolm, no obstante, percibirlo lo alentaba un poco.

—La culpa es mía, Malcolm, solo mía. Si no me hubiese interpuesto en su camino, no estaría ahora así —confesó agarrando de nuevo la baranda con la barbilla pegada al pecho.

—No es culpa tuya, no es de nadie.

—Lo es, Malcolm, le he mentado desde el principio. —Se le quebró la voz.

—Debíamos hacerlo.

—Esto es la consecuencia de tanto engaño. Pesa mucho, y alguien debía pagar por ello.

—Ava saldrá de esta...

—¿Cómo estás tan seguro? —lo interrumpió.

—Porque siempre se ha mostrado fuerte.

—Le voy a contar la verdad.

—¿Qué?! —exclamó.

—Me he prometido que, si despierta, le contaré la verdad.

Malcolm lo empujó por el hombro para que se lo dijese a la cara, mirando al interior de la casa por la ventana por si Pipper andaba cerca.

—¡Estás loco! Quieres hacerlo a marchas forzadas y puedes echarlo todo a perder. Debes esperar, al menos, hasta que Ava se recupere. Todo tiene su momento. —Bajó la cabeza y se masajeó las sienes. Subió la vista para ser totalmente sincero—. Si lo confiesas ahora, solo ocasionarás más sufrimiento.

—Malcolm, lo entiendo. Sé que la culpa es toda nuestra, más mía que tuya, pero ya no podemos mentirles más, el daño está hecho.

Malcolm meneó con la cabeza.

—¿Qué propones?

—Contar la verdad, cueste lo que cueste.

—Las vamos a perder —anunció, pesaroso.

—Malcolm, si amamos y no les contamos las verdades más dolorosas, ¿qué sentido tienen estas relaciones? ¿Qué sentido tienen ellas en nuestras vidas? ¿Qué sentido tiene amar a alguien y mentirle a la vez?

¿Qué sentido tenía su existencia si no era por Ava? Esa fue la pregunta que se le quedó perdida en la lengua. Movido por una fuerza extraña, con el hálito congelado entre la garganta y la nariz, entró a toda prisa en la casa justo en el momento en que Pipper salía de la habitación.

—Malcolm está fuera. —La despachó a toda prisa y cerró la puerta tras de sí.

Se acercó a Ava y se sentó al borde de la cama con cuidado de no perturbarla. Le tomó una mano y, en un burdo intento por calentarla, apretó sus labios contra los nudillos. Debía ayudarla a mantenerse con vida.

No podía perderla. Dos lágrimas se le escaparon de los ojos.

—He estado una eternidad sin ti, y te esperaré mil años más solo por volver

a ver, aunque fuese un segundo, el azul de tus ojos; una de tus sonrisas, por las que mi corazón late. Vuelve conmigo, tú me haces mejor...

De repente, la puerta se abrió.

—¿Qué? —protestó.

—Ven, Pipper nos quiere contar algo.

—¿No puede esperar? —inquirió, exasperado.

—No.

Alan se despidió de Ava con un beso en la frente. Se levantó y, con paso rápido, salió de la habitación. Lo estaban esperando sentados a la gran mesa; Pipper, cabizbaja.

—¿Qué eso que quieres contarnos? —formuló la pregunta con urgencia.

—Siéntate —le ofreció su primo.

—No, gracias, estoy cómodo así.

—Se lo prometí a Ava si no despertaba —confesó.

Los dos hombres la miraban aturridos.

—¿Cómo que si no despertaba? —inquirió Alan al borde de perder los papeles—. ¡¿Qué quieres decir?!

—Alan, ya —lo reprendió Malcolm. Le rodeó el rostro a Pipper con las manos para imprimirle valor—. Pipper, Ava lleva durmiendo más horas que un koala, ¿ella sabía esto?

Alan soltó el aire por la nariz ruidosamente, al tiempo que Pipper se separaba de Malcolm.

—Ava es bruja y uno de sus dones son las premoniciones; también tiene visiones o revelaciones, a veces en forma de sueño. Sueña con gente, y el otro día me dijo que llevaba un tiempo soñando con una mujer, por eso se durmió a sí misma —explicó nerviosa

Malcolm se removió en la silla tapándose la cara con las manos.

—¡¿Qué?! ¿Y tú se lo permitiste? —le recriminó Alan muy enfadado.

—¿Qué querías que hiciese? ¡Ella es la bruja!

—¡Deberías haberla persuadido! —Golpeó la silla con tanta fuerza que se

estrelló contra la mesa.

—Según ella, no podía dormir tranquila.

Alan comenzó a caminar furibundo. Recordó aquella noche en que la despertó por una pesadilla.

—Ahora el problema es si no despierta. —La voz de Pipper estaba teñida por la preocupación.

—¿Si no despierta? —Malcolm salió de su mutismo.

—Me dijo que el peligro radicaba en si no despertaba a la segunda noche...

—¿Qué le va a suceder? —preguntó Alan con la mandíbula apretada. La barba le endurecía más el gesto.

—No me lo dijo, supongo que quedará en una especie de limbo, ¡no lo sé!

—¡Ah!

Todos callaron al escuchar el grito Ava.

## Capítulo 46

### La dolorosa verdad

Ava se despertó desorientada, mareada. Recordaba lo que había hecho: se había dormido a sí misma.

Lo último que había visto en su sopor había sido a Alan, sus fieros ojos grises inyectados de desdén eran la confirmación; entró en tromba en la cabaña en la que ella se encontraba en aquel mismo instante, con la cabeza ensangrentada. Tras él, Malcolm, también malherido.

Unos pasos atropellados interrumpieron su recuerdo, para luego sentir cómo unos brazos fuertes la estrechaban, la estrujaban tanto que con el dolor podía hacer recuento de las costillas. Se sentía tan dolorida como agotada. Se dejó abrazar; se dejó hacer. El dueño de aquellos brazos la besaba con desesperación, incluso notaba sus mejillas húmedas. ¿Por qué lloraba? Poco a poco fue abriendo los ojos, tomando conciencia de todo.

—¡Oh, Ava! Has vuelto —susurró Alan, lloroso y aliviado.

De pronto, el revuelto puzzle de su cabeza comenzó a unir sus piezas de un modo claro. Colocando las manos en su pecho, lo empujó para separarlo. Ya no podía estar con él. Un inmenso dolor le atravesó el alma. La abrió en canal. El hombre al que quería y que se mostraba compungido frente a ella, ya no era el mismo que conoció en el siglo XXI. No era el mismo al que se entregó.

Un abismo se había instalado entre ellos y los había alejado en lo que parecía un para siempre.

¿Cómo se iba reponer de todo aquello? ¿Cómo iba a mirar a la cara a aquel traidor de corazones? Con tristeza, percibió que el amor emprendía el vuelo.

Giró el rostro y entre las sombras vio a su amiga.

—Pipper.

Acudió a su llamada y se fundieron en un reparador abrazo.

—Pensé que no despertarías —lloró—. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó. De momento debía disimular antes de atacar, por eso desvió la atención a otra parte—: Tengo hambre.

\*\*\*

Ava nunca había comido a esa velocidad ni con esas ansias.

No comía, devoraba.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —inquirió con la boca llena.

—No, qué va. Nos lo trajo Mary... —Meditó qué iba a decir después—. Todos creían que habías caído enferma.

Ava percibía la afilada mirada de Alan sobre su persona. Estaba agazapado en la semipenumbra que le concedía la pared próxima a la ventana. Tenía los brazos cruzados sobre su pecho. Lo conocía bastante bien para saber que algo estaba rumiando. No así Malcolm, que aparentaba tranquilidad sentado junto a Pipper.

—¿Por qué lo hiciste, Ava?

Presa de la furia, tuvo que contenerse para no saltar sobre él. Dejó caer el trozo de pan sobre el plato antes de contestar:

—Dilo tú. —Después se dirigió a su amiga con el dedo índice alzado—. Nos han mentado, los dos —sentenció señalándolos.

—Qué... —musitó Pipper sin aliento.

—¿Cómo te atreves? —Alan salió de su escondite y se situó frente ella en actitud defensiva.

—Ese ataque lo debería hacer yo a vosotros por ocultarnos a Leonora.

—¿Leonora? —Pipper estaba completamente confundida.

—La primera mujer de Alan, Mary nos habló de ella...

—Se llama Eleonor, tú me lo dijiste. —Giró el rostro hacia Malcolm—. ¿Malcolm? —El silencio fue la respuesta—. ¡Oh, Dios mío!

—Venga, valientes, contadle la verdad. Contadle que esos antepasados no existen, erais vosotros.

El silencio que siguió a aquella provocación se prolongó durante un minuto que se hizo eterno. Todos se vieron envueltos en un ambiente enrarecido.

—No todo lo que os contamos es mentira —habló por fin Alan—. Me casé con Leonora para que mi madre, en su lecho de muerte, descansase tranquila. Es verdad, yo no la quería y ella lo sabía, pero se aferraba a sus propias ilusiones. No sabía que era hechicera. —Separó una silla y se sentó—. Había comentarios en el pueblo sobre su familia y ella, pero no hice caso.

—La dejabas sola, aquí, en esta misma cabaña que es vuestra casa —refirió entre dientes Ava.

—Sí, porque salíamos a cazar... —explicó Malcolm.

—Por eso os conoce todo el mundo en el pueblo —analizó, amedrentada, Pipper. Se levantó escapando de la cercanía de Malcolm, que la siguió—. ¿Cómo es posible? —Le pegó en el pecho con el puño—. ¡¿Cómo es posible?!

—Era hechicera —repitió Alan, frustrado.

—De ahí la materia que imparte en la universidad —espetó Ava con desprecio.

—¡Mentira! Todos esos temas han acompañado al hombre a lo largo de su historia.

—Explicadme por qué esta gente os conoce —pidió Pipper entre dientes—. ¡Quiero la verdad!

—Nos hechizó —confesó Malcolm intentando abrazarla.

—¡¿Cómo?!

—Los maldijo —le aclaró Ava a su amiga.

—Fue un accidente —intervino Alan—. Cuando regresábamos los caballos

se encabritaron y nos tiraron al suelo. Nos golpeamos, y de las brechas...

—Contagio de sangre —terminó Ava por él.

—Sí, la sangre de Alan se unió con la mía, por eso estoy hechizado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cuántos años tenéis? —preguntó inconscientemente, pero reaccionó de inmediato—. No, no quiero saberlo.

—Algo más de dos siglos.

Ava vivió la aclaración de Malcolm como si la vaciaran por dentro. El golpe de realidad fue tan acusado que la cabeza estaba a punto de estallarle, pues ¿en quién se había fijado? ¿A qué tipo de ser le había entregado su cuerpo? Se encogió sobre sí misma de solo pensarlo. Se sentía engañada, además de utilizada. Se cabreó por haberse ilusionado con aquel hombre.

—Ava, atiende, sigo siendo el mismo, si lo hice...

—¡Cállate! —le chilló y congeló todo a su alrededor, incluso la naturaleza fuera de la casa se agitó—. No quiero que me hables, no quiero escuchar tus burdas disculpas, ¡me engañaste! —Se levantó con una pregunta sangrante clavada en el corazón—. ¿Sabías que era una bruja?

Alan se mantuvo en silencio. Nunca había visto el gris de aquellos ojos tan apagado.

—¿Lo sabías?!

—No...

No le creyó. Sus pies cobraron vida, comenzaron a caminar hacia atrás para, al final, enajenada de dolor, salir de la cabaña.

Corrió todo lo que daban las piernas.

—¡Ava, espérame! —le gritó Pipper a sus espaldas, pero ella ya no prestaba atención a nadie.

Percibió al cuervo que sobrevolaba el cielo justo encima de su cabeza, como si la guiase a alguna salida.

Corrió bosque adentro; sorteó raíces, ramas que aparecían delante de ella cual espadas o lanzas dispuestas a cortarle el paso. Solo le produjeron un arañazo en una mano y otra, al apartarla, le raspó la frente. Prosiguió monte

arriba, entre aquella naturaleza que ya no se le antojaba tan tenebrosa. Fatigada, se subió la incómoda falda al quedársele prendida en una rama caída.

—¡Ava! —Escuchó la voz de Alan.

Miró atrás un instante sin parar. Tosió; la garganta le picaba, ya que respiraba por la boca debido a la opresión que le generaba el corsé. El pecho le subía y bajaba descompasado, igual que los latidos de su corazón, pero eran la fuerza que la hacía seguir adelante. La piel le sudaba frío y hacía que los mechones que se habían soltado de su moño se le pegaran a las mejillas, donde el sudor se mezclaba con las lágrimas. Sí, estaba llorando. Eran lágrimas de rabia por aquel vil engaño. Continuó corriendo aferrada a la tela de la falda, por aquel sendero cuyo aire estaba impregnado de adrenalina. Ella quería escapar. Quería regresar a casa.

De pronto, la cuesta terminó y el camino se hizo recto. Continuó varios metros y se encontró con la Puerta de Tituba. ¿Cómo era posible? ¿Aquella puerta existía? Se paró frente a ella asombrada ante lo que tenía delante. El antiquísimo círculo con su muralla de piedra, su puerta de hierro forjado con sus flechas y sus cuernos diabólicos se erigía orgullosa y altiva a través de una extraña neblina que solo la cubría a ella, aun así, pudo observar al cuervo justo en el diámetro del círculo. Parecía estar esperando algo o a alguien. A su alrededor no había nada: ni árboles, ni hierbas, ni arbustos. La tierra parecía yerma, no obstante, el suelo estaba cubierto de follaje seco, típico de la estación otoñal. Lo que ella no sabía era que ese manto muerto llevaba siglos ahí.

—¡Ava! —Alan otra vez.

Giró la cara hacia atrás, luego miró de nuevo a la puerta; volvió la vista otra vez. Hasta que, en un arranque, corrió hacia ella, la traspasó y cayó a una especie de vacío oscuro. Comenzó a dar volteretas, a cada giro chocaba contra muros invisibles, mientras que en su cuerpo se clavaban miles de cristales. Era como si diese mil vueltas de campana en un coche sin gravedad y no

hubiese salida. Gradualmente, sintió una enorme presión en los oídos y la cabeza, muy similar a cuando se contiene la respiración bajo el agua del mar. A medida que se incrementaba aquella sensación, su cuerpo se hizo más pesado, mientras se desplomaba en una especie de espiral sin fin. A lo lejos pudo oír las familiares campanadas de un reloj. El viento, en esa caída interminable, atizaba contra ella, la lanzaba con mayor rapidez, hasta que vio un resplandor y cayó sobre algo compacto.

## Capítulo 47

### De regreso en casa

*Collins Beach. Salem, Massachusetts.*

*Noche de Todos los Santos.*

Ava sintió el cuerpo dolorido, extenuado.

La cabeza le retumbaba.

El latido del corazón estaba apresado en sus oídos.

Su respiración era lenta y acompasada.

Se obligó a moverse. Los dedos de las manos fueron los únicos que reaccionaron, estrujando algo fino y frío, similar a la hierba. ¡Era hierba!

Una bola de pelo se frotaba contra su frente mientras ronroneaba. Le lamía la cara.

—Percy —dijo el nombre del gato.

Intentó abrir los ojos, pero no pudo. Parecía que le habían pegado los párpados con pegamento.

—Ava, cariño, ya estás en casa. —Aquella voz le sonaba.

—¿Abuela?

—Sí, aquí estoy.

Tiró de las pocas fuerzas que le quedaban para apoyarse sobre las manos. Cada movimiento le suponía un gran esfuerzo. El cuerpo le pesaba. Cuando al fin consiguió erguirse, fue abriendo los ojos y delante de ella se apareció el

rostro redondeado de Minna. Unas arrugas marcadas en el contorno de la boca encuadraban su sonrisa, al tiempo que sus ojos aguamarina brillaban de emoción.

—¡Oh, abuela! —Se abrazó a ella fuerte.

—¡Ava, hija! —exclamó también Stella, emocionada.

Ava estiró un brazo hacia su madre, que estaba junto a ellas, y terminaron las tres abrazadas, sosteniéndose unas a otras como siempre había sido. Fue tal el cúmulo de sentimientos que, superada por todo lo acontecido, rompió a llorar convulsamente. Las lágrimas, entre la alegría y el miedo, rodaban por sus mejillas y humedecían los rostros de las dos mujeres a las que abrazaba. Allí, se prometió no separarse de ellas jamás.

El vínculo entre las tres se estrechó.

—Hija, debes ducharte, hueles un poquito a caballo y a humo.

\*\*\*

Creyó que no necesitaba una ducha hasta que estuvo debajo del chorro de agua caliente. El agua se confundía con las lágrimas que sus ojos no cesaban de derramar, pues en la bañera tomó conciencia de todo lo vivido. ¿Cómo había podido suceder? ¿Por qué había llegado a Collins Beach? El recuerdo de Pipper la embargó y un sollozo se escapó de su garganta. ¿Qué habría sido de ella? ¿Seguiría atrapada en el siglo XVIII? Su mente rememoró también el rostro de Mary. Mucho había ocurrido, y aquella mujer había estado presente casi desde el principio.

No obstante, su corazón sanguinolento estaba roto, descompuesto por la traición de un hombre. El dolor se clavó de nuevo en su vientre, pero fue tan inmenso que le cortó la respiración. Se apoyó en la pared para no caerse; las piernas le temblaban, amenazaban con doblarse. Desesperada, estiró el brazo para alcanzar la esponja. Debía borrar todo rastro de Alan de su piel. Se frotó con ímpetu. Se irritó la piel, le escocía al contacto con el agua, sin embargo,

todavía lo sentía muy dentro. Esa sensación le reportaba recuerdos dolorosos de besos y caricias.

Cuando estuvo vestida con un viejo chándal que le costó ponerse —ya que, para su sorpresa, los pantalones le resultaron inusuales—, se miró al espejo. Su rostro estaba más recompuesto que la última vez: su piel había recobrado su tono natural; su boca formaba una simple línea debido a la mandíbula apretada. La diferencia más notable estaba en sus tristes ojos, enrojecidos de tanto llorar. Se los frotó para no preocupar a su abuela y a su madre, pues debían mantener una charla.

Salió de allí seguida de Percy. Bajó las escaleras y se dirigió al salón, alumbrado por las dos lámparas de araña que pendían del techo, algo raro, porque normalmente solo se encendía una. De ese modo, se podía observar cada detalle de ese salón, sobre todo las filigranas y los preciosos remaches dorados de los candelabros de acero.

—Cariño, ¿qué haces que no estás en la cama? —inquirió su madre levantando la vista del libro que sujetaba entre sus manos. Lo cerró, con el dedo índice señalaba dónde se había quedado.

—Mamá, no te hagas la tonta. Debéis de tener una idea de por qué estoy aquí —espetó. Se sentó a su lado en el sofá de pana marrón.

—Como madre debo preguntar, no dar por supuesto.

—Es lo justo, Stella. No te atormentes, está en su derecho —repuso Minna—. Cuéntanos.

—Lo haré si vosotras me contáis qué sabéis.

Sí, era un chantaje. Deseaba conocer qué información manejaban. Su abuela, más tranquila, estirando las piernas, cruzó un tobillo sobre otro y entrelazó sus manos a la altura de su vientre.

—Está bien —aceptó Minna sin rechistar.

—Vosotras sabíais que soñaba con una mujer.

—El espíritu que te acecha llegó en el solsticio de verano, cuando la Puerta de los Hombres se abrió. Sin embargo, no se fue como el resto de las criaturas

que, durante esos días, cohabitan este mundo. Esa hechicera vino a nosotras mientras hacíamos el ritual del equinoccio de otoño.

—¿Predijiste que iba a viajar en el tiempo? Lo sabéis, ¿no? —Ava alternó la mirada entre su madre y su abuela.

—Nos enteramos nada más llegar al consejo de brujas. Esa noche la luna tenía un círculo azulado a su alrededor y se produjo una extraña variación en la dirección del viento del Norte —reveló Stella.

—Cierto. Estuvimos allí el día 31, aunque, cuando dieron comienzo los rituales, regresamos. —Percy se subió al regazo de Minna de un salto.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me marché?

—Tranquila —le dijo su madre dándole unos golpecitos cariñosos en el brazo—. Estamos en la madrugada del uno al dos de noviembre.

—¿Cómo es posible?! —El asombro se apoderó de Ava.

—Hay épocas del año y fechas destacadas en las que la trama espacio-temporal se ralentiza. En Halloween hay que darles tiempo a los espíritus para regresar a sus hogares y permitirles merodear entre sus familiares para que el año restante puedan reposar en paz —le explicó su abuela.

—¿Pipper? ¿Sabéis si ha regresado?

—Sí, está en el apartamento —confirmó Minna.

—¿Por qué no está aquí conmigo?

—Sencillo: tú perteneces a esta casa; siempre que piensas en tu hogar, tu alma regresa aquí. En cambio, Pipper considera su casa el apartamento, por ello os separasteis en el viaje de regreso. Ahora me toca preguntar a mí: ¿qué razón os llevó a viajar en el tiempo?

—¿No lo sabes?

—Quiero que me lo esclarezcas tú.

—Fue por esa mujer. Me acordé de ti, quería contarme su historia. —Ava les relató su triste final, incluso se arriesgó a contarles que se había dormido a sí misma; le sorprendió que no la riñesen. Narró todo con el máximo detalle que pudo sin nombrar ni a Alan ni a Malcolm. Su intención no era otra que

descubrir si continuaban ocultando información.

Su abuela la observaba con atención; su madre la escuchaba, hasta que no pudo más y sentenció:

—Tienes algo que le pertenece. —Cerrando el libro de un golpe, lo colocó después a su lado.

## Capítulo 48

### ¿Cómo es posible?

Ava miraba a su madre boquiabierta. Era cierto que durante su estancia en el siglo XVIII la había echado de menos; allí, a su lado, ya no lo tenía tan claro, porque la desquiciaba de la misma manera. Esa vez no se quedó amilanada y contestó:

—¿Qué quieres decir?

—Hija, no creo que necesite explicación. A ti te gustan mucho los objetos de segunda mano, tienes tres o cuatro camafeos...

—Tres.

—Uno de ellos pudo pertenecerle a ese espíritu, o está hecho a partir de un original. —Apoyó la barbilla entre el pulgar y el anular.

El maullido de Percy sobresaltó a Ava. Le protestaba a Minna por haberse sentado de medio lado en la butaca. El gato saltó al suelo y se acostó en su cesta.

—Las tres sabemos que un espíritu regresa cuando tiene algún asunto pendiente o lo mueve la venganza, cosa que me creo más. Solo los más vengativos tienen la fuerza de este. Soy vieja, de estos asuntos sé algo más que tú, Stella.

—Mamá, por supuesto que hay una razón, y no es ningún objeto material.

—¿Ah, no?! ¿Y cuál es? —inquirió, desconfiada.

—Un hombre. —Esa confesión sacudió Salem de temor. Siempre ocurría por

las sentencias de las brujas.

—Exacto. El hechizado —declaró, Minna—. Ella es la sombra que lo ronda.

—¿Quién?! —Ava, inconscientemente, lo asoció con Alan.

—En el ritual del equinoccio, antes de que se apareciese la hechicera, en la lectura de la cocción, desciframos al mismo hombre que te viene marcado por el destino y que vi en tu carta astral. El plenilunio auguró que una sombra lo persigue y es un hombre que porta una carga muy pesada. —Su abuela la escrutó unos segundos—. ¿Lo conoces?

—Sí, desde...

—¿Por qué no lo dijiste antes? —Stella se levantó, encarándose con su hija.

—¿Quién fue a hablar! ¿Antes de qué? ¿De vuestro silencio o de que os marcharais sin despediros?

Su madre se sentó de nuevo.

—¡Callaos de una vez! Si no, os tapo la boca con esparadrapo. —Minna zanjó la discusión—. Hay asuntos más urgentes que vuestras estúpidas regañinas. ¿De qué modo ese hombre está unido a la hechicera?

—Era su marido... Ella lo culpó de todo y lo maldijo al borde de la muerte.

—No hay nada más peligroso que un corazón herido, aunque más peligro acarrea un amor no correspondido —musitó Minna al tiempo que Ava tomaba asiento.

—Entonces, ¿qué quiere de mi hija? —Ese era el miedo de su madre.

—Aún se me escapa.

—No te creo. ¿Qué quiere de mi hija? —Esperó una respuesta no más de un segundo—. ¡Di algo, mamá! Yo expuse una teoría y fue acertada.

—Una bruja no debería obsesionarse con una única solución.

—Me da igual.

—No debería.

—A lo mejor es que no soy tan buena bruja.

—Stella, una bruja no se hace, nace —sentenció la anciana.

Ava tomó asiento, tragando saliva y alternando la mirada entre ellas,

nerviosa porque no sabía cómo iban a terminar.

—Sospecho que no quiere que se rompa su maldición.

—Tienes muchos modos de conocer más sobre esa mujer, no solo conjeturar —le recriminó.

—¿Y cómo se rompe esa maldición? —preguntó Ava con miedo.

—No estoy segura, precisaría de un tiempo para estudiarla. —La atención de su abuela regresó a ella—. No todas las maldiciones son iguales, y con esta hechicera no se puede dar todo por supuesto.

—Cambiando de tema, que este me altera, ¿cómo conseguiste regresar?

Se frotó las manos en las perneras del chándal y tomó aire antes de responder:

—Por la Puerta de Tituba —confesó.

Su abuela se levantó como un resorte al tiempo que su rostro se volvía lívido. Salió del salón y se perdió en la oscuridad del pasillo. Su madre se tensó tanto que lo percibió a través de los cojines del sofá.

Minna entró de nuevo con el grimorio en la mano. Lo colocó con cuidado en la mesa y, poniendo la mano abierta sobre él, las páginas empezaron a moverse solas hasta encontrar la que quería. A Ava le encantaba verla hacer magia: su poder de concentración era tal que, solo con mirar a alguien a los ojos, conocía su pensamiento más fugaz. Cuando estaba alterada, había que alejarse; cualquier objeto podía convertirse en un proyectil. Stella había heredado sus dones, pero no los había desarrollado a cambio de estar en sintonía con la naturaleza: sabía perfectamente cuándo cielo y mar rompían su beso sempiterno en una riña, pues su fino olfato olía la tormenta. Ella podía descifrar mensajes que a otros se les escapaban. Así eran las dos mujeres más importantes de su vida: fuertes y poderosas.

—Acércate, cariño. Dime, ¿traspasaste este círculo?

Ava se acercó a su abuela, que le señalaba a dónde debía mirar.

—Sí, ese.

—Mamá. —Stella se colocó al lado de ellas—. ¿Existió?

—Este lugar para muchos es imaginario, no real. Nuestras ancestras fueron muy astutas como para recogerlo en el grimorio, puesto que no se trata de un lugar mágico, sino místico. Por ti sabemos que no es así. Son muchas las historias que se cuentan, mas todas tienen un punto en común: la primera luna llena del verano y del invierno se situaba perpendicular a la puerta, hecho extraordinario donde los haya.

Mientras su abuela contaba historias desconocidas sobre la puerta – desconocidas para Ava–, no quitaba ojo de encima de ese viejo libro de tapa dura recubierta en piel, muy gastado. Sus hojas gruesas describían con toda minuciosidad las plantas, las tisanas o los conjuros.

«Alan disfrutaría viéndolo», comentó para sí. Al darse cuenta, agitó la cabeza para apartarlo. ¿A qué venía pensar en ese mentiroso?

Debía cerciorarse de algo.

—Abuela, ¿seguro que hemos llegado todos?

—Sí —afirmó. El gesto de su rostro se tornó curioso.

—Ava, ¿a qué te refieres con todos? —Su madre le puso una mano en el hombro.

—Viajamos cuatro personas.

—¿¡Cómo es posible?! ¡Eso no puede ser! —exclamó Stella con convicción.

—No tan rápido, hija —la corrigió Minna—. Pudo suceder si todos tienen alguna conexión con la hechicera. ¿Esa cuarta persona tiene algún vínculo con ella? ¿O con el hechizado?

—Sí, con los dos.

—Ahí lo tienes, Stella.

—Mamá, debes averiguar más sobre esa mujer...

—Lo haré cuando lo considere, no pienso poner en peligro la conexión que Ava tiene con ella. Si la pierde, perderemos todos.

—He tenido que perderla, ya me contó su historia —le recordó Ava.

—Te equivocas. Tu conexión con ella, de momento, será permanente, pues si mi teoría es cierta y ese espíritu no quiere que su maldición se rompa, está

viendo en ti a la salvadora. —Chasqueó la lengua—. Puede que haya venido a cobrarse la vida de su portador. Es más, estoy por asegurar que esta hechicera regresó al mismo tiempo que lo hizo su víctima.

—¿Sabes si ese hombre es natural de Salem? —inquirió Stella para continuar la línea de investigación de su madre.

—Sí, lo es.

Minna asintió en silencio cerrando el grimorio.

—Stella, por favor, ve a guardarlo. —Se lo extendió—. Voy a visitar a Pipper, tampoco podemos dejarla sola.

—Abuela, voy contigo.

—No. —Fue tal la rotundidad de la negación que Ava se quedó clavada en el sitio—. Esta noche dormirás aquí, así sabré que estás protegida. No te preocupes por nada, pero recuerda lo que los hados te han designado: luchar por aquel a quien amas.

## Capítulo 49

### Reencuentros

—¡Ava! —Pipper se lanzó sobre su amiga.

—¿Cómo estás? —Su madre le había dicho que había pasado muy mala noche al igual que ella.

—No muy bien —suspiró pesarosa.

Ava se separó de ella para mirarla. Estaba demasiado pálida y sus ojos castaños habían perdido brillo. Su rostro era reflejo del suyo, pues las dos acarreaban un dolor indescriptible. Todo indicaba que habían dejado el corazón en el siglo XVIII y eso dolía en lo más profundo del alma y no había calmante que lo aliviase.

—Ven. —La arrastró a su habitación—. Sabes si...

—Ellos aterrizaron, si se puede decir así, en la Casa de los Siete Tejados —le aclaró. Tomó asiento a los pies de la cama.

—No era eso lo que quería saber. Pero ya puestos, ¿cómo te has enterado?

Ava abrió el armario y su propia ropa le resultó singular. ¡Debería estar feliz por reencontrarse con sus vaqueros! Para nada. Los trajes dieciochescos se habían convertido en su atuendo cotidiano. Volver a la normalidad del siglo XXI, aquella que había añorado, le estaba costando desde la noche anterior. No le quedó más remedio que coger un vaquero, una camiseta y una chaqueta negra de lana, pues tenía mucho frío. Se giró hacia Pipper para vestirse. Su elección era muy parecida a la de su amiga, salvo que ella tenía puesta una

blusa de cuadros rojos combinados con líneas negras y azules que no paraba de tirar hacia abajo. A las dos les estaba ocurriendo lo mismo.

—Me llamó Malcolm unos minutos antes de que viniese tu abuela. —Bajó la cabeza como si fuese culpable y rompió a llorar—. ¿Por qué aparecimos cada uno en un sitio?

—Se debe a lo que piensas en el trayecto de un siglo a otro, según mi madre. —Se acuclilló cogiéndola de la mano—. Ya estamos en casa.

—Es lo único bueno.

\*\*\*

Los tres días siguientes Stella y Minna ayudaron a las chicas a retomar la vida normal: familiarizarse con los electrodomésticos, como los de cocina en el caso de Ava; la cafetera se convirtió en un suplicio, o incluso acostumbrarse al sonido de la campana de la puerta, que las sobresaltaba cada vez que alguien entraba. Las consecutivas noches, Ava durmió con Pippet, pues no paraba de llorar y debía consolarla. En silencio, ella también lloraba. Todas las noches Malcolm la llamaba por teléfono; lo poco que podía oír eran conversaciones neutrales, pero en Pippet pesaba mucho su amor por él, y cada día más. En la tercera noche, no pudo más: tenía que salir o reventaba. Subió a la terraza que había encima de la casa, arrebujándose en su chaqueta de lana. Aunque era una noche serena, a veces las nubes tapaban las estrellas; la helada humedecía las fibras de la lana y su piel se atería. Le daba igual, necesitaba expandirse, así cedió a la sensibilidad de sus sentidos. Recordó viejas historia que su abuela narraba sobre Salem: en noches como aquella, contaba, dormida plácidamente bajo sus pies, plañía la aciaga historia que acarreaba desde hacía siglos, cuando el hombre confundió fanatismo con poder. La encubría al salir el sol; de nuevo, rezumaba con la oscurecida bóveda celeste, donde, si era verano, las pléyades besaban desde arriba a los lacrimosos espíritus desvelados en sus tumbas; apaciguaban a los vetustos árboles del pueblo en el

momento en que sus raíces se revolvían en la tierra; las ramas crujían de rabia y las hojas se sacudían, aunque los cuatro vientos no despertasen. El letargo del hombre contrastaba con el sufrir de la archiconocida ciudad de las brujas.

Perdida en esos cuentos, su estómago comenzó a hormiguarle; el corazón le brincó en el pecho saltándose varios latidos; sus mejillas se encendieron. Todos aquellos síntomas terminaron en un pinchazo de excitación en su vientre.

«Alan», su nombre atronó en cada rincón de su mente con fuerza, ejerciendo un inesperado poder sobre ella. Como una autómatas, se acercó al borde del muro y observó la acera frente a la cafetería. A simple vista no había nadie, pero, prestando un poco de atención, en la orilla donde la luz de la farola no iluminaba, había una sombra alta, delgada, con las manos metidas en los bolsillos. No era ningún espíritu de Salem, pues estaba muy vivo. No sabía cuánto tiempo llevaba allí parado. No pasaron ni cinco minutos hasta que se fue.

Verlo supuso una batalla constante contra sí misma.

Deseaba con todas sus fuerzas que no volviese; para ella todo había terminado al descubrir su mentira y la posibilidad de que Alan supiese, desde el principio, su origen mágico. Eso la laceraba por dentro. Estaba completamente hundida por esa lucha encarnizada entre el amor y el odio que le profesaba a ese hombre. No subió más a la terraza, ni se asomaba por la ventana de su habitación para saber si estaba allí acechándola como una sombra. No obstante, la verdad era otra. Solo quería lamerse las heridas; escuchar el eco de su maltrecho corazón que, cual tambor despellejado, sonaba arrítmico y sin fuerza. Las lágrimas comenzaron a asaltarla sin previo aviso, por eso, en más de una ocasión, corría a esconderse de los demás. No quería que la viesen llorar, prefería el resguardo de la soledad, la única que la aliviaba un poco.

No habían pasado ni quince días de su llegada del futuro, cuando decidió hablar con ella seriamente por su propio bien. Fue una mañana, tras pasar una

noche en vela consolándola. Aprovechó un instante de tranquilidad en la cafetería para abordarla.

—Pipper, ¿puedo hablar contigo? —Se acercó a ella por dentro de la barra.

—Sí. —Su voz cada día sonaba más triste y apagada.

—No puedes seguir así. Te estás infligiendo más dolor...

—Me ha mentado, Ava. —Se golpeó el pecho.

—¿Y por qué hablas con él todas las noches?

Su amiga se desinfló. Ava sabía la razón: le avergonzaba ser tan débil con Malcolm. Hecho que le debía hacer comprender que si el corazón mandaba no era tan malo.

—Pipper, lo amas.

—¿Qué harías tú?! —arremetió contra ella.

—No debería importarte cómo actuaría yo. Actúa siguiendo los dictados del corazón, siempre y cuando no sufras. Los dos estáis sufriendo y, cada vez que habláis, vas a peor.

—Lo echo de menos —reconoció al fin—. Me encantaría volver con él.

—Pues hazlo, nadie va a impedírtelo. Ve a la Universidad Estatal de Salem...

—No tiene clase ni tutorías a esta hora —aclaró, mirando el reloj con una débil sonrisa en los labios.

—¡Sí que estás informada!

—Te recuerdo que estuve saliendo con él.

—Ve a recuperarlo.

Se abrazaron. Pipper abrió el cajón justo debajo de la caja registradora y cogió las llaves del coche.

Ava, al verla salir por la puerta, se dio cuenta de que pronto se vería cara a cara con Alan. Tardó varios días. El primero con el que se tropezó, por razones obvias, fue Malcolm. Apareció al día siguiente de aquella conversación y su cambio físico la asombró: ojeras, las líneas de expresión más marcadas, arrugas de las que antes ni se había percatado, ¿había perdido parte de su juventud? La simpatía y la cercanía que siempre lo acompañaban

fueron un buen antídoto para que Ava no estuviese suspicaz. Ayudó la sinceridad con la que le habló.

—Ava, lo siento mucho —se disculpó—. Hablo por mi primo y por mí al decirte que no sabíamos que eras bruja. Créeme, por favor.

Aceptó las disculpas por el bien de su amiga, sin embargo, aquella última petición se le atragantó y decidió callarse. A los pocos días, Alan apareció en la cafetería. La impresión que se llevó al tenerlo cerca otra vez le cortó la respiración: parecía cansado, además de envejecido. Tenía el mismo mal aspecto que Malcolm. Ella se mantuvo firme en su posición: eludirlo. Idea que era muy buena, aunque no pensó en todo lo que le supondría.

Por mucho que le doliese reconocerlo, los sentimientos hacia él afloraron como un tsunami, pero debía reprimirlos en contra de su voluntad: marcar las distancias, no hablarle. Tenerlo delante e intentar olvidarlo al mismo tiempo le reportaba un calvario que la iba consumiendo desde dentro. Por eso le gritaba en silencio con rabia: «¡Ojalá desaparecieras! ¡Márchate lejos!». Sería más fácil, no se enfrentaría a él y su recuerdo se diluiría poco a poco, así recuperaría su vida anterior, aquella en la que su corazón permanecía resguardado del dolor. Si se comparaba con Alan, ella llevaba las de perder, como siempre: iba buscando un café y se marchaba son dirigirse a ella. Él, en su seriedad, no daba muestras de sufrimiento.

Esa actitud de él incrementaba el orgullo y la cabezonería en ella. El único desahogo que Ava tenía eran sus pasteles. Días tras días, se recluía más en la cocina. Era el modo de desaparecer, aunque se percató de que todavía suspiraba por él, ¡hasta cuando dormía lo sentía cerca! Soñaba con sus caricias, sus besos, su sonrisa. No eran sueños, eran recuerdos que perduraban en su mente. La mayor parte de las veces, lloraba. En esos instantes, su raciocinio le jugaba muy malas pasadas: «¿Adónde irías con un hombre que no envejece ni muere? ¿Crees que te va a querer para siempre?», se reprochaba. Esas quejas se le clavaron como espinas en el corazón.

En la cocina también se alejaba de la felicidad que había recuperado su

amiga. La envidiaba, porque estaba segura de que ella no iba a perdonar a Alan. Pipper también jugaba con una ventaja: Malcolm no era Alan.

No obstante, no era tonta: la probabilidad de estar a solas, algún día, con él era alta. Su afilada intuición se lo advertía. Así sucedió una mañana. Pipper había salido a comprar. Aprovechando que no había mucha gente en la cafetería, Ava limpiaba con ahínco los estantes acristalados de las bebidas, cuando una sacudida eléctrica que la recorrió entera le erizó la piel y reactivó su corazón en latidos desbocados. Miró por encima de su hombro y ahí estaba Alan sentado en un taburete de la barra.

—Ponme un *whisky* —ordenó, tamborileando los dedos en la superficie lisa de la barra.

Ava bajó de un salto de la silla en la que estaba subida. Rebuscó entre las botellas desordenadas y cogió la que quería. En ningún momento sus miradas se buscaron; él estaba más pendiente del ritmo de sus dedos. Sin abrir la boca, con los nervios a punto de estallar, le sirvió la copa mientras miraba la hora disimuladamente en su reloj de pulsera.

—Un poco pronto para darle a la bebida, ¿no crees? —le dijo en tono irónico.

De un trago, él se bebió el líquido marrón y no tuvo ni la menor decencia en contestarle. Sabía de su mala educación, aunque aquello ya cobraba tintes muy exagerados.

—Otro.

—El alcohol no es la solución a los problemas.

—¿Qué?

«¡Qué fuerte!», exclamó para sí misma. ¡No le estaba prestando atención! Ante esa afirmación le subió una pelota de ira desde el estómago a la garganta, que, en vez de ahorcarla de rabia, la hizo reaccionar. Puso la botella encima de la barra bruscamente; con el choque se hizo el silencio. La sujetaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. De la exasperación, mordió la punta de la lengua entre los dientes.

—Los problemas no se irán por mucho que bebas.

—¿Quién tiene problemas?

—Déjalo. —Retomó su trabajo, era más fructífero, y lo dejó con su amiga la botella.

—Dímelo. —No contestó—. Ava, ¿eres tú la que tiene problemas?

—No soy yo quien bebe dos vasos de *whisky* a las diez de la mañana —lo atacó, hasta las narices de su juegucito.

—¿Crees que tengo problemas?

Aquella pregunta la envaró por el tono socarrón que utilizó. Lanzó el trapo, que quedó colgado de algunas botellas; se giró sobre sus pies con los brazos en jarras y los ojos entrecerrados. Ver la sonrisa sesgada que tanto le gustaba la dejó sin aire.

—Es verdad, tengo un problema. Debo disculparme con la mujer que me gusta y no acierto con la mejor manera: un ramo de flores, no, es muy simple para ella; una caja de bombones, no, es cocinera. —La miró directamente a los ojos—. Ava, tú que eres mujer, dame tu opinión.

Se había quedado petrificada y su capacidad de habla había desaparecido. Alan lo aprovechó a su favor.

—Ese es mi problema, no sé cómo hacer para que me perdones. Todos estos días lo he intentado y no podía, no me salen las palabras exactas para pedirte una oportunidad más. —Carraspeó—. Una vez te dije que iba a cometer errores y no quería; ya he empezado. También te dije que tú me haces mejor persona...

—¿Cuan... cuándo me dijiste eso? —Estrujaba el pantalón entre sus dedos.

—Mientras dormías —confesó a bocajarro—. Quiero volver contigo, Ava.

—¡Oh!

—¿«Oh»? ¿Qué es «oh»? ¿Eso es una respuesta?

—Alan... Yo...

—Di sí o no, respetaré tu decisión, aunque preferiría que fuese positiva.

—Yo...

—Di sí, por favor —suplicó.

—Vale, pero debemos hablar. —Lo señaló con el dedo—. Y no más mentiras.

—De acuerdo, como quieras, cuando quieras. —Miró el reloj—. Debo irme ahora, tengo clase, después vuelvo. —Se estiró por encima de la barra y consiguió darle un beso en la frente.

—¡Hola, Alan! —lo saludó Pipper radiante, además de cargada con dos bolsas marrones a rebosar—. Me alegro de que estéis los dos aquí, así os doy la noticia: Malcolm y yo nos vamos este fin de semana a Boston.

## Capítulo 50

### Una oportunidad al amor

Alan regresó esa tarde y todos los días siguientes. No como esperaba ella: mantenía bastante las distancias. Si le daba un beso, era en la mejilla o en la frente, no en los labios; evitaba rozarla, hasta que un día ella propició el roce de sus nudillos; entonces sus dedos se entrelazaron, cuando solo anhelaba que la estrechase entre sus brazos. ¡Parecía que Alan no arrancaba! Pronto descubrió que él la estaba reconquistando con aquellos pequeños detalles que encendían su cuerpo. La atracción estaba más viva que nunca, percibía su presencia. Comenzaron un juego de seducción en el que recuperaron las miradas cómplices, sonrisas escondidas, caricias disimuladas. Inconscientemente, quizás, reconstruyeron la burbuja que siempre los rodeó.

Y como Pipper había anunciado, aquel fin de semana se despidió de su amiga para una escapada romántica, alegando que «Nos lo merecemos después de todo lo que hemos pasado». Para una vez que decidía viajar, Ava la echó en falta. Aquel sábado por la tarde la cafetería estaba atestada de gente; la radio apenas era un murmullo en la lejanía; las mesas estaban todas ocupadas, incluso en los taburetes de la barra se arremolinaban varios grupos. Encima se sumaba la gente que entraba en busca de algún dulce. No entendía de dónde salían tantas personas. ¡Solo con mirar se agobiaba! El corazón le pegó un brinco al escuchar el sonido de la campanilla que anunciaba la llegada de más gente.

—Hola —la saludó Alan.

—Si vienes buscando a Malcolm, no hace ni un cuarto de hora que se han marchado. —Vertió leche en las tazas—. Alan, lo siento, no me puedo parar contigo, estoy hasta arriba de trabajo.

—Tranquila, puedo esperar.

Ava sirvió los cafés bajo la atenta mirada de Alan y anotó nuevas comandas. Para su sorpresa, él decidió tomar cartas en el asunto del modo más inesperado: se convirtió en camarero. Cogió el bloc de notas que tenía al lado y fue a atender la mesa.

—Un café solo y un té —le dictó—. ¿A qué mesa llevo esta bandeja?

—A la mesa de la izquierda, la pegada a la ventana —le indicó con un gesto de la cabeza.

Nunca había visto a nadie coger una bandeja con la soltura con que él lo hizo. No era propio de un profesor de Harvard demostrar tanta destreza en el oficio de camarero. Estaba pendiente de todo, ya que caminaba entre las mesas fijándose si faltaba algo, o si algún cliente requería de su presencia. No solo era buen camarero, con un trato muy agradable y cordial hacia los clientes, sino que la fregona tampoco se le resistía. En ningún momento Ava percibió cansancio, molestia u otro sentimiento negativo, al contrario, él estaba cómodo en ese empleo. Aquella nueva versión le gustaba, y mucho. Era muy *sexy*.

Por otro lado, quedaba clara su naturaleza. Aquella tarde demostró estar acostumbrado a reinventarse como modo de supervivencia, pues, evidentemente, con dos siglos de vida habría desempeñado múltiples profesiones. Ahí radicaba el temor de ella. No envejecía; no moría; sus biorritmos no funcionaban como los de una persona normal. Ella, a sus treinta años, ya peinaba alguna que otra cana; su cuerpo se desgastaría con el paso del tiempo y los años la mermarían y... ¿entonces qué? Se acordó de la canción que un año antes Pipher escuchaba a todas horas, *Young and Beautiful*, de Lana Del Rey: «*Will you still love me when I'm no longer young and beautiful? Will you still love me when I got nothing but my aching soul? Will*

*you still love me when I'm no longer beautiful*». Aquellas tres preguntas resumían el estado en el que se encontraba desde hacía semanas, pues percibía que caminaba por una cuerda floja, sin una red debajo, con un final marcado cuando Alan desease. Tampoco sabía cómo romper la maldición: si conseguía liberarse, ¿lo afectaría a él de algún modo? Eran muchas preguntas que responder, pero antes debían mantener una conversación muy seria.

—Tienes la cafetería lista para abrir mañana y, no te preocupes, te ayudaré como hoy —le comentó Alan entrando en la cocina.

—Gracias, por todo. Mañana no hace falta que vengas, todos los domingos mi madre y mi abuela nos ayudan.

—Insisto —incidió en tono cortante—. Si me necesitas, avísame.

Ava asintió.

—Ven, te invito a cenar —le propuso.

—Perfecto, así no la tengo que preparar yo. Dime, ¿qué hago?

—Ve a la cafetería y coge unos cubiertos.

Ella se dirigió al frigorífico y sacó algunos platos que habían preparado entre Pipper y ella aquella mañana. Se sorprendió de que él la hubiese obedecido sin rechistar, de lo bien que estaban si no discutían. Sus sentimientos por él la sobrecogieron, eran más grandes cada día.

—¿Qué vas a beber? —Alzó la voz.

—Cerveza —dijo detrás de ella. Ava pegó un brinco—. Perdona, no fue mi intención.

Alan colocó las manos en sus hombros y su cuerpo reaccionó cual cerilla, y se produjo ese calambre de excitación que la cubría entera.

—Estoy bien. Venga, comamos. —Sacó dos botellines y lo llevó todo a la mesa de acero.

Alan fue el primero en dar buena cuenta de toda la comida. Comía bastante, algo que había comprobado en el siglo XVIII.

—En serio, te felicito, Ava, cocinas muy bien. —Bebió cerveza—. Esta es una de las cosas que más me gustan de ti.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé. Déjame empezar a mí. —Se limpió la boca con la servilleta de papel, que estrujó para luego dejarla a un lado—. Te mentí, no debería haberlo hecho...

—Ni una mentira más, Alan —lo interrumpió con determinación, olvidándose de la comida—. Dime lo que me tengas que decir, lo asumiré, lo comprenderé, ahora bien, no me mientas más. Sé que no voy a aguantarlo.

—¿Cómo te lo iba a contar?! Ava, ¿es que no lo ves? Soy un monstruo.

—No hables así de ti.

—Es la verdad. Llevo vivo más de doscientos años, debería estar bajo tierra y todavía camino por la superficie. Sí, debí explicarte mi situación, pero como comprenderás, es muy difícil.

—Por eso me dijiste en la cala que no eras el hombre adecuado para mí. —Ava no preguntó, ya que los mensajes crípticos empezaban a encajar.

—No quería perderte —le dijo mirándola fijamente a los ojos—. Es cierto, no soy un hombre afable, ni cariñoso, ni romántico. Sí, también soy egoísta: preferí callarme a enfrentarme con mi horrible realidad, a verte huir de mí.

«Y yo tengo miedo a que dejes de quererme cuando ya no sea joven», le reveló en silencio.

—Sigo siendo egoísta por pedirte una oportunidad. —Bajó la cabeza, parecía cabreado consigo mismo—. Eres tan joven, tan vital y con tantas ganas de vivir que no puedo creerme que quieras depositar una mínima esperanza en tener algo conmigo, o que al menos pienses en retomarlo cuando ya sabes que soy... A veces me odio demasiado.

Ava pudo comprobar que Alan se despojaba de todos sus caparzones hasta quedar vulnerable. Aquellas ya no eran disculpas, se estaba desnudando ante ella. En su rostro, un tanto envejecido, la barba resaltó la tristeza de las líneas de expresión que rodeaban su boca y el gris de sus ojos se iba apagando. Movida por un impulso, se acercó a él. No pudo más que abrazarlo.

—No es verdad.

Él la apartó.

—Es verdad, me siento como una lágrima en la faz del tiempo, que rueda y rueda y jamás encuentra su final.

—¡No hables así de ti! —exclamó con un nudo en la garganta—. Eres un hombre que llora, ríe, tropieza y se levanta, son emociones de la vida...

—No me hables de la vida. Eso que idolatras está lleno de mentiras, de fantasías. A veces la realidad está en el dolor que sufres, ese que se te clava profundo en el corazón. Ava, tendrías que nacer un millón de veces para darme una mínima lección.

—¿Sabías que Leonora te había maldecido? —inquirió con un nudo en la garganta.

—Lo averigüé a finales del siglo XIX, en Nueva Orleans. Date cuenta de que no podíamos parar en un mismo sitio mucho tiempo.

Ava permaneció muy pendiente de la historia que relataba Alan, pues estaba dispuesta a recordarle a su abuela la maldición de Alan y su posible liberación.

—¿Te comentó alguna manera de romperla? —Aprovechó que él estaba bebiendo cerveza.

—No me acuerdo. —Durante unos segundos se mantuvo pensativo—. No lo sé ahora mismo, tengo la cabeza embotada.

—Te lo decía porque...

—Ava, no te estoy pidiendo ayuda, ni te pido que me salves. Solo quiero permanecer...

—Pero si...

Alan la calló con el dedo índice en sus labios, negando con la cabeza.

—Solo quiero estar a tu lado. Las relaciones sociales nunca han sido mi fuerte; a lo largo de mi errante vida me fui cubriendo de capas, de imperfecciones que son mentira, para protegerme, porque he perdido a personas, a muy buenas amistades, algunas por las atrocidades de la guerra. Me he separado de la gente para no sufrir, hasta que te vi por primera vez, y no

en la discoteca, sino aquí, en la cafetería. Estabas hablando animada con los clientes, te reías, y supe que debía conocerte. Inconscientemente, estar a tu lado se convirtió en mi meta, y sin querer caí en las garras de tu amor. —Le tomé el rostro entre sus manos; Ava se agarró a él por la emoción—. Tu sonrisa, tu mirada, tu voz alegran mi día; tú eres el faro que ilumina mi vida, lo que me guía y estoy seguro de ello. Desde la noche en que te cogí en brazos supe que mi lugar estaba a tu lado, para protegerte... Eres una rosa en la penumbra de mi vida.

Ella se derritió con esas palabras que le curaron en parte el alma y el corazón, también con la dulzura que él imprimió en el beso que depositó en sus labios. Fue muy romántico, ¡según Alan no lo era! Fue un beso sin pretensiones que selló todo aquello que le había confesado a corazón abierto. Ava, emocionada y al mismo tiempo con el cuerpo que le ardía tras esos días en los que la atracción se había ido acumulando entre ellos, lo agarró por la camiseta y lo pegó más. Abrió la boca y le permitió a Alan apoderarse de ella. Su lengua lo retaba a un fogoso juego que los arrastraba sin remisión al deseo que compartían. Dominante, Alan fue marcando un ritmo ávido que les aceleró la respiración, los corazones, incluso el cuerpo. En la mente de Ava no tenían cabida dudas, ni diferencias de edad, ni la maldición. La calidez de Alan la hizo perderse. El ímpetu se incrementaba por segundos en los cuales sus dientes chocaban.

Ella se abalanzó de nuevo sobre su boca, en tanto sus manos cobraron vida. Recorrieron los musculosos brazos, la torneada espalda, para entrelazar los dedos en la nuca, donde las puntas del pelo se le rizaban, y aquel duro y fibroso pecho se fundió con el de ella. Alan tampoco perdía el tiempo: agarrándole el trasero, la empujó hacia su palpitante entrepierna, que hizo vibrar su húmedo sexo. En un impulso casi animal, Alan se puso en pie, la izó y, subiéndola a la mesa, tiró todo al suelo. Ya nada importaba. Solo querían saciar sus cuerpos tras lo que se había iniciado días atrás.

Cegado por la pasión y movido por el deseo, Alan rompió la blusa y, tirando

del sujetador hacia arriba, dejó al descubierto sus pechos, que atacó sin preámbulos. Su lengua cubrió un pezón, que mordisqueó y succionó. Ava, extasiada, rendida al placer, con la sangre convertida en puro fuego, se arqueó en busca de más, pues estaba embriagada por un mar de sensaciones excitantes. Solo era consciente de los pinchazos de placer a los que reaccionaba su cuerpo. En un arrebato, metió la mano por la cinturilla del pantalón, y rozó con la yema de los dedos la punta humedecida de su pene. Soltó un pequeño gemido entre el placer y la sorpresa. Sintió a Alan estremecerse ante su roce. Sin dilaciones, se deshicieron de la ropa que les sobraba: él metió la mano por debajo de su falda para quitarle sus braguitas; ella le desabrochó el pantalón y lo bajó junto con la ropa interior. Con la mirada suspendida en la de Alan, ella le rodeó la cintura y él la penetró sin delicadeza, con furia, con ganas, con brusquedad. Un escalofrío de placer la recorrió entera a la vez que soltaba un grito. Resultó ser lo más lascivo que habían vivido en años.

En aquel instante, con Alan dentro de ella, comprendió que estaba enamorada, que él era el dueño de su corazón, donde todavía palpitaban las palabras de su declaración. En sus brazos estaba su felicidad, ya no había dudas.

A medida que bailaban esa sensual danza, las embestidas de Alan eran más rápidas. La tensión se fue acumulando en su vientre hasta que, temblorosa, alcanzó el clímax que la liberó de toda la pasión. Alan, tras dos embestidas más, alcanzó el orgasmo. Se abrazaron más fuerte y acabaron acostados en la mesa.

## Capítulo 51

### Corazones alineados

—¿Qué tal en Boston? —inquirió Ava sentándose en una mesa libre de la cafetería.

—Muy bien, ¡buf! —Pipper se tapó la cara negando con la cabeza de la emoción—. Más que bien, y mira que esa ciudad no es de mi agrado, pero Malcolm ha conseguido que me guste un poco. Fue todo muy romántico. Lo amo, Ava, es... No tengo palabras para definirlo.

—Estás enamorada.

—Más que eso, diría yo, y es muy peligroso porque, si un día lo dejamos, me quedaré hecha un trapo.

Su rostro era el mapa de la felicidad: sus ojos brillaban a pesar de que el día estuviese nublado; sus mejillas tenían una sombra sonrosada y su sonrisa era perenne desde por la mañana. En general, irradiaba una alegría que salía directa de su corazón.

—¿Y tú con Alan?

Ava se acercó más a ella para aquello no saliese de allí, aunque los pocos clientes que había tampoco escucharían.

—Hemos vuelto.

—Me alegro. —Cogió a su amiga de la mano.

—Creo que Alan quiere llevar un ritmo más pausado, es la sensación que tengo, aunque no le pregunté. A mí me da igual, mientras estemos juntos. Me

pasa como a ti: nunca sentí algo así, me sorprenden mis propios sentimientos.

—Te quiere. Es más, no me delates. —La señaló con el dedo índice.

—Vale.

—Malcolm me ha comentado que jamás lo había visto así con una mujer y yo lo pude comprobar cuando te dormiste en el siglo XVIII. Vi a una persona muy preocupada. Lo pasó fatal, Ava. Me dio mucha pena.

—Te creo. A veces es muy cerrado para expresar lo que siente, es de otra época...

—¡Vaya mano que tenemos para los hombres! Vamos y nos enamoramos de dos tipos de otro tiempo. ¿De este tiempo? Bueno, eso, tú me entiendes.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—Ayer hablé con mi abuela, aprovechando que ellas abrieron. —Ava sentía que debía revelar sus planes.

—¿Y qué? —El interés de Pipper se convirtió en nerviosismo—. ¡Eh! Si tengo que hacer presión, dímelo, que hablo con ella.

—No va a hacer falta. Además, el día que llegamos del pasado le hablé de la maldición y ya me había dicho que miraría. Y está en ello, porque no todas las maldiciones son iguales y el espíritu de Leonora...

—Siento lo que voy a decir: hasta muerte da problemas. ¿Sabes cómo murió?

Ava le relató parte de lo que había visto, edulcorándolo un poco.

—¡Uf...! Sí que lo pasó mal. —Pipper tensó el gesto.

—Mucho. Mi abuela me pidió que llevase a Alan a casa; espero que acepte.

—¿Y Malcolm?

—Esa parte la tengo más clara...

—¡Qué suerte! —dijo con ironía—. Yo no.

—Verás, si es como nos lo contaron y fue por contagio de sangre, si Alan se libera de la maldición, Malcolm quedará también liberado.

—¿Así de sencillo? —Arqueó una ceja interrogante.

—Sí...

—Imagínate el cuadro si seguimos con ellos: nosotras arrugadas como pasas y ellos más frescos que una lechuga y con ese atractivo sexual intacto, ¿pues no!

Las dos amigas se echaron a reír en el momento que la campanilla de la puerta sonaba. Antecedió a la entrada de las gemelas Borrow y el matrimonio Morris. La emoción abrumó a Ava. Jamás le había afectado tanto ver a aquellas cuatro personas. La alegría de tenerlos otra vez cerca le anegó los ojos en lágrimas. Imitando a Pipper, que se mostraba igual de nerviosa, se levantó y se metieron detrás de la barra para recibirlos.

—¡Ay, muchachas! ¡Qué gustito hace aquí dentro! —Martha Borrow ya se había puesto en su lado de la barra preferido y se sacaba su chubasquero algo húmedo.

—¿Ya llueve? —Ava, miró hacia la puerta.

—Llovizna —le aclaró John Morris.

—¿Qué os servimos? —consultó Pipper.

—Nada. —Sophia Borrow levantó la mano en señal de *stop*—. Después de estar aquí ya nos iremos a casa.

—Veníamos a informarnos. —Las chicas se mantuvieron expectantes—. ¿Vais a ofertar algún cursillo?

Los cuatro alternaban sus respectivas miradas entre las dos chicas, a la espera de una respuesta. Ava fue sincera con ellos, viendo que su amiga no arrancaba:

—No lo teníamos pensado —reveló para disgusto de su público.

—¿Ni para antes de Navidad? —reiteró Sophia.

—Bueno, algo podíamos hacer después de Acción de Gracias, ¿no te parece? —propuso Pipper.

—Está bien, puedo pensar algo.

—Tranquila, muchacha, nosotras aportamos el tema. —Martha sonrió emocionada.

—Afrodisiacos —declaró con ojos brillantes Sophia.

Ava y Pipper se miraron atónitas, era más, ninguna podía esconder su estupor por aquella petición. Por suerte, la campanilla volvió a interrumpirlos. Alan y Malcolm entraron sonrientes: el primero portaba una pequeña maleta de mano; el segundo, su bandolera de cuero colgada de un hombro, y saludó a su chica con un beso en los labios, lo que despertó suspiros. Alan, cortado, depositó un beso en la frente de Ava, lo que ella agradeció de buen grado.

—¿Qué son los afrodisiacos? —preguntó John, lo que rompió el momento romántico a ojos de las tres ancianas.

—Son alimentos que supuestamente aumentan la excitación —explicó Alan.

—¿Qué pasa con los afrodisiacos? —interrumpió Malcolm con su alegría.

—Les estamos ofreciendo hacer un curso de cocina sobre afrodisiacos —explicó Martha con mejillas arreboladas por los recién llegados.

—¿Vosotros vendrías? —El desparpajo de Sophia dejó a las chicas pasmadas.

—¡Oh, claro! —aceptó Malcolm.

—No veo la relación entre alimentos y excitación... —El señor Morris continuaba dándole vueltas.

—No se preocupe —le dijo Alan—, hay mucho de mentira.

John iba a hablar, pero su mujer lo cortó.

—¡Calla! Tu tendrías que estar tomando la pastilla y la dejaste porque te entraba el sueño. Unas verduras no te van a hacer más potente.

—Al menos tienes a alguien —le reprochó Sophia entornando los ojos—. Todavía me acuerdo de cuando vi a un hombre desnudo; lloré.

—El día que me entierren seré virgen de nuevo —comentó Martha sin pelos en la lengua—. Hace décadas que no cato hombre; estoy convencida de que es la única parte de mi cuerpo que se ha regenerado.

Todos desviaron la mirada. Alan rodeó con un brazo los hombros de Ava, así escondía su rostro en el pelo de ella para disimular su inminente ataque de risa ante tal comentario embarazoso. El único que parecía disfrutar de aquella conversación era Malcolm, que observaba a Sophia con admiración.

—¿Tan feo era? —retomó el tema con total confianza con la anciana, para asombro de su primo y de las chicas.

—No, era guapísimo, ¡y qué cuerpo! —Sophia se llevó las manos al pecho para dar un mayor énfasis—. Lloré porque era la primera vez que veía a un hombre desnudo, y fue por televisión. Nunca en vivo y en directo.

\*\*\*

Si Ava pensaba que las sorpresas habían terminado, se equivocaba. La maleta que portaba Alan no era más que para pasar la noche con ella, ya que la otra pareja de enamorados se quedaba en la Casa de los Siete Tejados. Tenerlo allí, verlo en ropa más cómoda; sus enseres, tales como el cepillo de dientes, su colonia, entremezclados con los suyos, daba una cotidianidad que le produjo la sensación de que mil mariposas revoloteaban por su estómago. Su corazón se aceleró y se le calentó de alegría, ya que era lo que siempre había soñado, lo que siempre descartaba casi por ser un imposible. Ahí estaba delante de sus ojos. Caminó por el pasillo hacia la habitación y se encontró con su cama invadida por miles de papeles que rodeaban a Alan, que estaba concentrado corrigiendo los trabajos de unos alumnos. Apoyada en el quicio de la puerta, pudo comprobar que, con él allí, su habitación aparentaba ser más pequeña, ¿cómo era posible? Alan levantó la vista de los papeles y en cuanto la vio sonrió.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó con socarronería.

—No está mal.

Él echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Espera, te hago un sitio. —Comenzó a recoger y ella se sentó al estilo indio.

—Alan, tengo que comentarte una cosa.

—¿Qué?

—Hablé con mi abuela...

—Oye, Ava, de verdad...

—Déjame hablar. Está dispuesta a ayudarte para romper la maldición. Alan, es una oportunidad.

—No tenías por qué, no quiero que piensen que me he unido a ti por ser bruja.

—Alan, lo hago también por Malcolm —añadió con total sinceridad. Le cogió una mano, él se la tomó con fuerza—. Este tema nos afecta a los cuatro y creo que va siendo hora de que Malcolm y tú empecéis a hacer una vida normal.

Él bajó la vista, negando con la cabeza.

—Hazlo por mí —insistió ante la posibilidad de una negativa—. Solo te pediré esto.

—¿Qué debo hacer?

—Debemos ir mañana hasta su casa.

—Vale, iremos.

Ava se abalanzó a sus brazos. Él la recogió encantado sin soltar los papeles. Enterrando el rostro en su pecho, ella aspiró aquel aroma tan suyo y lo besó.

—¡Gracias! —le dijo con la voz amortiguada por la camiseta.

Se puso a horcajadas sobre él y lo observó: así pudo ver cómo unas pequeñas líneas se habían formado entorno a sus ojos. Al igual que aquellas que salían de su nariz, se remarcaban debajo de su barba. Y sus ojos, de cerca, parecían cansados. En general, su rostro alargado no desprendía la viveza de antes.

—Alan, ¿estás bien? —La preocupación por él se abrió paso en su pecho.

—Sí...

—No me mientas, no más mentiras.

—Estoy un poco cansado desde que regresamos de ese maldito viaje en el tiempo.

Dejando a un lado el trabajo, puso sus manos en las caderas de ella.

—¿Duermes bien?

—Nunca fui de dormir mucho, incluso los fines de semana me levanto a la misma hora. No he cambiado nada de mi rutina habitual, pero no me llegan las horas que duermo. Quizás sea algo pasajero. —Se encogió de hombros.

—Vamos a ver, ¿sueles tomar algo antes de irte a dormir? —Ava se bajó de la cama.

—No.

—Pues es hora de que pruebes las infusiones.

Fue a la cocina y allí le preparó una de las muchas infusiones de Minna. Aun así, una extraña emoción crecía en su interior y le advertía que a lo mejor no funcionaba. Cuando la tuvo lista, se la puso encima de la mesa, ya que él la había seguido.

—¿En esta taza? —Enarcó una ceja.

—Sí, bebe.

—Es una taza muy... ¿cómo se dice? —Pensó durante un minuto.

Ava se resignó. No merecía la pena protestar.

—¡Ya está! —Chasqueó los dedos—. Cuqui.

—Muy bien, Alan, ahora bebe.

## Capítulo 52

### El destino tiene un as bajo la manga

Ava conducía con una extraña sensación en las entrañas. Su alma estaba más agitada de lo normal desde la noche anterior y sus sentidos le advertían sobre algún tipo de suceso que no podía desentrañar. Le daba incluso un poco de miedo, pues todo parecía confabularse para echar al traste sus planes. Además, la naturaleza mustia y el día, con aquel cielo plomizo recorrido por pesadas nubes color carbón, pronosticaban tormenta, una que se podía desatar también en tierra. A pesar de todo, desechando su intuición, que nunca le había fallado, llevaba a Alan a Collins Beach dispuesta a enfrentarse a lo que fuese por el bien del hombre que tenía a su lado.

—¿Nervioso? —El repiqueteo de su corazón lo delataba.

—Un poco. No todos los días conoces a la familia de tu chica y más en estas circunstancias, que no son las normales. —Respiró hondo—. ¡Que voy a conocer a mi suegra!

—¿Tu suegra?!

—Por supuesto. Si crees que te voy a dejar así como así, vas equivocada.

Aparcó delante de la casa y bajaron ante la atenta mirada de Percy, que estaba enroscado en uno de los escalones del porche. A cada paso que daban, aquellos ojos verdes felinos se iban entrecerrando; los observaba con recelo.

Sí, algo iba a acontecer en breve, puesto que la brisa marina había desaparecido y la casa se encogía un poco sobre sí misma. ¿Sería la maldición la que estaba provocando esos misteriosos efectos? ¿O quizás...? Sus dudas se disiparon cuando vio a su madre abrir la puerta. Ava notó cómo Alan buscaba su mano. Las entrelazaron y, disimuladamente, alzó la vista al cielo pidiendo que se controlase un poco. No era mucho pedir, ¿no?

—Hola, muchachos —los saludó afable, como solo ella sabía ser.

Ava le dio un beso a su madre.

—Hola, mamá. Él es Alan; Alan, ella es Stella Owens, mi madre.

—Encantado, señora Owens. —Inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¡Oh, no, no! «Señora» es mi madre, a mí llámame Stella. Venga, pasad.

Los encaminó hasta el salón, donde la chimenea estaba encendida y caldeaba el ambiente. En el aire fluctuaban notas del incienso hecho de angélica, planta purificadora que, además, mantenía alejados a espíritus intrusos. Ava no se relajó. Stella les señaló que tomasen asiento en el sofá mientras ella lo hacía en la butaca de Minna, algo que le chirrió a Ava.

—Bueeeno, ¿y a qué te dedicas Alan? —inquirió a bocajarro.

—Soy profesor de Harvard...

—De Historia Moderna, mamá —lo interrumpió, con lo que se llevó una reprimenda silenciosa de Alan.

—¡Anda! Mira qué mano tiene mi hija —sentenció sin separar sus ojos marrones de él—. Cuéntame, ¿libro o televisión?

Ava se tensó.

—Libro, a no ser que den algo de mi interés en la televisión —repuso Alan como si le hubiera preguntado de cocina.

—¿Te gustan los clásicos?

—Sí, son un referente histórico importante. Tengo mis preferidos, pero sus lecturas son siempre reconfortantes.

Ava se tapó los ojos con la mano derecha. Su madre se estaba luciendo con aquel interrogatorio. Entre los dedos la vio atacar con una nueva pregunta y

decidió terminar con aquel desaguisado.

—¿Dónde está la abuela, mamá?

—En el sótano, haciendo no sé qué.

—Está bien. —Se dirigió a Alan, esperando que aceptase su petición—.

¿Alan, te apetece algo de beber o comer?

—¡Oy! Qué maleducada, no os ofrecí nada —se regañó Stella.

—Un vaso de agua, gracias.

—Voy. Mamá, ¿me acompañas?

—Claro, hija.

Ava cruzó el pasillo y fue directa a la cocina, que estaba al fondo, justo detrás del hueco de la escalera. Las grandes ventanas, con la puerta de cristal que daba al jardín trasero, iluminaban aquella estancia no demasiado grande, en la que muchos encontrarían una cocina pasada de moda en los colores oscuros de la madera de cedro americano de la isla central, de las alacenas o de las altas vigas del techo —la única parte de la casa en la que se veían—, en los colores claros del suelo y también de la pared detrás de Ava, donde estaba la antigua cocina en la que tantas veces había observado a su abuela preparar sus famosas pócimas. Para ella siempre había sido la parte más mágica de la casa, más incluso que el sótano, ya que allí, bajo la supervisión de Minna, había hecho sus primeros conjuros. Además, era donde Pippet y ella rieron de niñas. Su corazón se calentó con los recuerdos, sin embargo, no se olvidó de su madre.

—Mamá, ¿qué estás haciendo? —Se volvió a ella, apretando los puños a los lados del cuerpo.

—Cariño, atiende, estas preguntas tienen sentido. He presentado que este hombre, a pesar de ser mayor que tú —criticó—, es el adecuado para ti. Se parece muchísimo a tu padre, por cierto, no sé qué tienen los profesores...

—¿Qué dices! Si conociste a papá en la universidad cuando erais estudiantes.

—Ya tenía ese *sex-appeal* que tienen los profesores.

—¡Alan Payne!

La voz de Minna resonó por todas las paredes de la casa hasta llegar a la cocina, donde Stella y Ava se quedaron estáticas por aquella exclamación. Salieron desconcertadas, ya que Minna no solía tratar a los desconocidos con demasiada familiaridad.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Ava, sin aliento por los nervios.

—Mamá, ¿lo conoces? —Stella estaba muy sorprendida.

—Por supuesto, nos conocemos desde hace muchísimo tiempo —les explicó con alegría—. Fue mi primer amor.

## Capítulo 53

### La última mentira: una historia desconocida

«Mi primer amor. Mi primer amor. Mi primer amor». Aquella frase, simple donde las hubiera, bonita cuando se pronunciaba con sentimiento, le producía rechazo, ira y un dolor inconmensurable, pues dos de las personas a las que más quería la habían traicionado. Aquella declaración tan espontánea de su abuela le cayó como un jarro de agua fría que le congeló la sangre en las venas. Los ojos le picaron al ver a Alan pálido tras aquellas palabras. Se fue de esa casa tan suya y tan desconocida en aquellos aciagos segundos, porque era un patíbulo, no el lugar en el que había crecido.

Condujo sin rumbo por las calles de Salem, silenciadas a su paso como si ella fuese una procesión en la que nadie podía hablar; hasta los pájaros que se veían solo volaban, no cantaban. El cielo, compartiendo su pesar, empezó a soltar pequeñas gotas de lluvia. Él también lloraba. Llegó un momento en que el dolor se transformó en una polilla que la iba royendo por dentro, la dejaba yerma, la estaba convirtiendo en escombros de sí misma.

Condujo a ciegas, con la respiración entrecortada y la vista nublada por las lágrimas.

La ira de aquel recuerdo la prendía en llamas.

Enajenada, mientras la mente le recordaba todo lo sucedido a cámara lenta,

aparcó en el Salem Willows, el parque al que siempre acudía cuando quería meditar. Su lugar favorito en toda la ciudad.

—¡Estúpida! —se gritó a sí misma. Así comenzó a pegarle al volante sin remisión—. Eres patética, ¿por qué le diste una oportunidad si sabías que te iba fallar? ¿No te das cuenta de que no sirves para el amor?

Empezó a respirar por la boca de modo tan acelerado que el aire no le llegaba a los pulmones. Estaba al borde de un ataque de ansiedad. La impotencia y el ahogo que le producía el coche se convirtieron en la soga que necesitaba para desaparecer.

Sí, eso necesitaba. Bajarse del mundo y tomar unas vacaciones. Ya había vivido bastante.

Levantó la vista sin ver a las personas que la observaban, solo veía figuras borrosas, distantes. Sacó la llave del interruptor, salió y cerró de un portazo. Caminó hacia una de las esquinas del parque que daba al mar. Allí, la brisa marina, que le golpeaba suavemente la cara, y el sonido del mar lograron, aunque fuese un poco, aflojarle la pena. Se sentó en un banco. El frío de la madera traspasó la tela de su vaquero, pero ella ni se enteró. Solo prestaba atención a aquellas aguas, plateadas al fondo, aunque azul marino cuanto más cerca de la orilla. Entre lágrimas, quería olvidarlo; olvidarlo todo, incluido el amor.

El amor era la invisible fuerza centrífuga por la cual el corazón latía a un ritmo distinto, acompasado al de su gemelo. Era alfa y omega. Según narraba la leyenda, el encuentro de los gemelos. Sin embargo, ahí quedaba todo, pues era un engaño. El amor, esa quimera que todos esperaban encontrar alguna vez en su vida, mataba de la manera más lenta a una persona, la desposeía de todo, la convertía en un harapo. Eso era ella, un andrajo cuya alma huyó a su escondrijo para lamerse las heridas, así evitaba que la vapuleasen más.

El amor era ese estado ficticio de felicidad en el que las agujas del reloj corrían en contra de uno. Eso también lo vivió, ya que habían faltado horas, días, para que aquella estrambótica relación entre su abuela y Alan saliese a la

luz. Su traicionera mente comenzó a proyectar flashes en las que su abuela besaba aquellos labios que ella una vez deseó; era acariciada por aquellos dedos que un día su piel ambicionó; ver cómo le regalaba la sonrisa sesgada... No, no podía seguir por esos derroteros. Las imágenes que dibujaba su calenturienta mente arrasaban su interior. Tal fue el impacto que, de repente, su estómago se contrajo y se dobló por las arcadas.

—¡Ava! Ava, por Dios. —Unos brazos la sujetaron. Su cuerpo se fue relajando al tacto, pero la furia la dominó. De un empujón lo separó de su lado.

—No me vuelvas a tocar. —Se limpió la boca con la manga, mirándolo con desprecio—. Vete, ¡vete y déjame en paz! —Un vacío que antes no había percibido se abrió paso en su pecho al tenerlo delante.

—Necesito explicarte...

—¿Explicar qué?! ¿Cómo la besabas? ¿Vuestras noches ardientes de verano? ¿Que su forma de acariciar es similar a la mía? Ahórrame...

—No pasó nada entre nosotros; además, no me acordaba de la casa, ni de Minna hasta que la tuve frente a mí. ¡Ni sabía que era tu abuela! —se defendió.

—No te creo, Alan. Ya no puedo.

—Si me permites hablar, comprobarás que no es como crees.

—¡Está bien! Quiero saber cómo conociste a mi abuela, estoy en mi derecho.

—Lo comprendo.

—Entonces, habla.

La incertidumbre sobre ese asunto la mataba, porque no estaba segura. También vio la frustración de él al echar la cabeza hacia atrás frotándose la cara con las manos.

—Alan, ya estás tardando en hablar.

—Bien —respiró profundamente—. Tu abuela era una muchachita de unos dieciocho años cuando nos conocimos. Malcolm y yo habíamos regresado. Ya te comenté que no parábamos mucho tiempo...

—¡Ve al grano!

—Si quieres saberlo, déjame empezar por el principio, no por aquello que más te interesa. —Bajó su mirada al suelo negando con la cabeza; apretó la mandíbula, lo que endureció las líneas de su rostro. Al levantarla, su rictus era una clara advertencia para mantener silencio, al igual que el intimidante brillo de sus ojos—. Habíamos regresado a Salem no por obligación, sino por interés. Queríamos volver a casa, aunque también teníamos otra motivación: nadie nos conocía. Todos nuestros parientes y amigos habían muerto hacía siglos. Nuestra nueva vida aquí era muy tranquila. Encontramos trabajo muy pronto, en un viejo aserradero que ya no existe, y frecuentábamos la cafetería en la que Minna ayudaba a su madre, tu bisabuela. —Su mirada se dulcificó—. Ahora sé de dónde te viene esa estupenda mano para la cocina...

—Déjate de tonterías que no llevan a ningún lado y sigue, rápido, que tengo que retomar una vida y no perderla contigo —arremetió contra él rabiosa.

—Malcolm y yo vivíamos cerca del aserradero, en un pequeño edificio propiedad de nuestro jefe. Nos lo arrendó a buen precio; no era para menos, la cocina había sido desmantelada. Así fue como nos convertimos en clientes fijos de la cafetería. En pocos días Malcolm se granjeó la simpatía de las dos, por eso, a veces, nos preparaban un menú especial. Así pasaron los meses y nos acostumbramos a estar en casa sin que nadie sospechase nada. Fue Malcolm quien se dio cuenta de que Minna estaba enamorada de mí. —Se sentó en el banco de piedra agotado, con los codos apoyados sobre sus muslos y el cuerpo tenso bajo el traje—. No se equivocó. Ya sabes que para los asuntos del amor no soy muy perspicaz. Lo llamé de todo, tuvimos una discusión bastante fuerte. Pero no me quedé quieto. Lo quería comprobar por mí mismo. Aproveché que a tu bisabuela no le gustaba que su hija fuese sola hasta Collins Beach, así que uno de nosotros dos la acompañaba siempre. Esa noche me tocaba a mí. Llegué antes de tiempo...

—Los murales, tú los conocías. —Ava se acordó de la primera vez que Alan estuvo en la cafetería.

—Sí, esas fotos son de la época de la que te estoy hablando. —Ava se tapó

la boca con una mano—. Llegué antes y Minna estaba fregando el suelo mientras escuchaba música en la radio. Cuando terminó, lista para marcharnos, empezó a sonar una de sus canciones favoritas y, con todo su descaro, me pidió bailar. Se lo concedí. Todo podía quedar en una mera anécdota si no fuera porque quiso besarme. Yo la rechacé de inmediato. Cualquier hombre en su sano juicio se pondría a saltar; tu abuela era una mujer muy guapa, muy llamativa, agradable y con un carácter arrollador que no dejaba indiferente a nadie.

«¡Mierda! Me estoy celando de mi abuela. ¿Quién en su sano juicio se celaría de su abuela? Yo», se recriminó torciendo el gesto. No soportaba que elogiase de esa manera a su abuela. Encogió las piernas para pegarlas al pecho de modo que la protegiese de aquella historia que le estaba repugnando y se fijó en que Alan se había levantado; dándole la espalda, miraba al mar.

—Pero yo sí me había fijado en que un chico perdía los ojos por ella: Joe.

—Mi abuelo.

—Sí. Aquella noche la acompañé a casa. Ella estaba fría conmigo; normal, la había rechazado alegando que no podía darle lo que ella buscaba en mí.

\*\*\*

—Willerminna, espera. —La tomó por el codo.

No podía ver sus ojos a través de la oscuridad de la noche, mas era consciente de que lo estaba matando con sus iris aguamarinas.

—Rápido, que mi madre me está esperando.

—Eres muy joven y seguro que conocerás a alguien que te ame de verdad. — Le habló casi como si fuese su hermana—. ¿Me perdonarás?

—No hay nada que deba perdonarte, tú a mí, sí...

—¿Por?

—Eras un capricho, tampoco me gustas.

\*\*\*

—No tuve nada con ella —reiteró, girándose hacia ella, justo en el momento en que Ava se marchaba.

—Creo que ya oí suficiente.

Dos manos que la sujetaron fuerte por los hombros le impidieron que se marchara así sin más. Su tacto la quemaba y le provocaba rechazo, ya no era lo mismo.

—Ava...

—No, Alan, déjame. —Se soltó de su agarre con los ojos anegados en lágrimas—. No vuelvas a por mí, desaparece, vete lejos, porque no volveré contigo. Quiero recuperar mi vida antes de ti —hipó— y solo podré conseguirlo si sales de ella. —Levantó las manos para frenarlo cuando él iba hacia ella—. No insistas, Alan, solo harás que te odie más de lo que lo hago ahora.

Ava salió corriendo hacia el coche.

## Capítulo 54

### Atrapado en el tiempo

Desde aquella aciaga tarde, Alan había cumplido la dolorosa petición de Ava: darle su espacio. Si pasaba por la cafetería era de un modo muy fugaz, aunque en ningún momento habían coincidido. Gracias a Malcolm supo que ella lo evitaba.

Aquello fue una puñalada en el corazón.

El amor siempre le había parecido una ruleta rusa. Nunca se sabía cuándo el disparo iba a ser certero y mortal. Eso era: el amor despojaba a uno, esclavizaba el alma y hacía al hombre prisionero de la otra persona. Sus mieles, la ambrosía de la que brotaba la vida. En la suya quería que estuviese Ava. La amaba más allá de los límites de la razón. A pesar de todo, la comprendía. Le había mentido desde el principio para que no descubriese su verdadero ser, aquel que lo transformaba en un engendro. Dos siglos de vida no podían quedar impunes. Lo estaba pagando, sin embargo, iba a luchar por ella.

¡Qué tozuda era! ¿No veía que la amaba más allá de lo indecible? ¿Qué estaría dispuesto a morir por ella?

Sí, había errado debido ante todo a sus temores de que ella saliese corriendo, que no lo viese como el hombre que era. Pero solo podía pedir otra oportunidad; si moría, quería morir luchando por la mujer a la que amaba. Debía demostrarle a lo que estaba dispuesto a llegar por ella, antes de que

fuese tarde. ¿Cuándo era demasiado tarde? Solo sabía que no quería una vida sin Ava; ya había transcurrido una eternidad antes de encontrarla y ahora que la tenía cerca no estaba dispuesto a perderla. Eso le dolía en lo más profundo de su ser. Debía demostrarle que era la mujer de su vida.

Secundando aquella idea, sonrió cansado. Sí, así se encontraba. Muy cansado. Era la primera vez en esas centurias vividas que se sentía así; a veces le temblaban las manos y debía ponerlas debajo de las axilas para calmarlas. En aquel momento, estaba bastante agobiado en ese cuchitril que se denominaba despacho. Lo oprimía y le cortaba la respiración en determinados intervalos de tiempo. ¿Qué le sucedía? Después de regresar de aquel viaje al siglo XVIII había sido como si algo en su interior se reactivara. La maldición no se había roto, si no, se hubiese convertido en cenizas, ¿no?

La puerta del despacho se abrió y ante él apareció Minna. Esa inesperada visita no le gustaba.

—Minna, ¿qué haces aquí?

—Tranquilo, no te levantes. —Ella tomó asiento frente a él con rictus serio—. Vengo a hablar contigo.

—Si vienes a pedirme que deje a Ava, ni lo sueñes —le advirtió con demasiada confianza.

—Hay cosas que no cambian. —Puso los ojos en blanco—. Sigues siendo el mismo maleducado y engreído.

—Espera.

Durante unos segundos tecleó en el portátil bajo la atenta mirada de la anciana. De pronto, la voz de Doris Day llenó el habitáculo y le concedió un ambiente más íntimo.

—¿Todavía te acuerdas? —Se sorprendió ella, pues *Dream a little dream of me* había sido la canción que bailaron una noche de verano.

—No todos los días una chica me saca a bailar.

—Era una muchacha insensata...

—Que supo hacer su vida —repuso, poniendo un tobillo sobre la otra

rodilla.

—Estaba escrito en mi destino. —Minna ladeó la cabeza y en sus ojos Alan se reencontró con la chica que había conocido—. Nunca me imaginé que te volvería a ver, menos que mantendrías tu juventud intacta.

—Ni yo a ti.

—Han pasado muchísimos años... Si te soy sincera, hubo un tiempo en el que me sentí mal: el día que mi madre me dijo que os habíais marchado de Salem. Creí que no habías perdonado mi atrevimiento.

—Eso es falso. Nos mudábamos con mucha frecuencia para no levantar recelos.

—¡No importa! —Minna chasqueó la lengua—. No he venido a solucionar el pasado, sino para hablar de tu vida.

—Ya te he dicho que no voy a dejar a Ava...

—¡Pobre iluso, a tu edad y tan ingenuo!

—¿Has venido a insultarme?

—¡No conoces a Ava! —Agarró el bolso que estaba en sus piernas con fuerza—. Es cabezona como yo, cuando se cabrea es impulsiva como su madre y de ideas fijas, como su padre.

—La reconquistaré

—¡Suerte en tu empresa! —Alan captó la ironía en su comentario—. Si crees que lo vas a tener fácil, olvídalo.

—No pienso perderla —repitió con firmeza.

Aquella aseveración congeló el ambiente. Las últimas notas de la canción, que terminaba de sonar, consiguieron que el silencio entre ellos fuese más profundo. Alan no se atrevió a decir nada más por un vez en su vida.

—Alan, si estoy aquí es porque debo contarte lo que aquella tarde no pude y lo primero que debes saber es que tú eres el hechizado de Ava.

—¿Cómo?!

Alan la escuchaba muy atento. Le contó de manera muy detallada que el día del nacimiento de Ava descubrió, en la lectura de la posición de los planetas y

las estrellas, a un hombre procedente del pasado con una característica especial: su larga historia. «Ava es mi sino», discernió. Un nuevo rayo de ilusión acrecentó su seguridad.

—No sospeché de ti.

—Es lógico, desconocías mi verdadera historia.

—Hay más.

—Dime. —Alan cambió de postura. Cerró la tapa del portátil y encima entrelazó las manos.

—Creo que ya he encontrado el modo de liberaros a Malcolm y a ti de la maldición —confesó.

—¿Qué debo hacer? —contestó, ansioso.

—Ya me has revelado que tu parte está hecha: amas a mi nieta.

—Lo daría todo por ella.

—Lo sé, aunque sin Ava la maldición no se romperá. ¿Te ha confesado su amor?

—No. Yo lo intenté. Entonces...

—El vuestro debe ser un amor correspondido y debe declararlo en un acto de amor. Si no, continuarás siendo presa del tiempo.

## Capítulo 55

### Dejarla ir

—*No quiero escuchar tus inútiles disculpas, desde que te conozco no te he oído decir más que patrañas. —Ava apretó los puños a los lados de su cuerpo y le clavó una mirada de odio—. No te conozco y tampoco me quedan ganas, porque eres un ser que no debería estar aquí. A tu alrededor solo hay dolor y putrefacción, y a mí no me vas a dejar marchita como hiciste con Leonora, ¡vete!*

Pese a que hacía tres semanas de la ruptura definitiva con Alan, su mente era capaz de revivir de forma meridiana aquellas palabras que salieron de lo más hondo de su dolor. Un dolor que le agarrotaba los huesos y se emponzoñaba en sus entrañas. Recordaba el sollozo con el que rompió a llorar, el nudo insoportable de su garganta y la manera en la que soltó la rabia y la impotencia acumuladas a lo largo de las horas, incluso de los días.

La semana que siguió a aquella discusión con Alan fue la más dura de su vida. No se podía comparar a cuando su padre falleció, ya que en aquella ocasión había contado con el inagotable apoyo de su abuela, una mujer a la que ya no reconocía. Tampoco quería saber nada de ella, ni verla, porque también le había mentido.

Tardaría mucho tiempo en recuperarse de la traición. Y debía afrontarlo

sola. Sola en todos los sentidos, pues tampoco podía contar con el apoyo de Pippet, con la que había tenido otra disputa:

*—No sé cómo puedes seguir con él; es un ser antinatural que, cuando te salgan arrugas, te abandonará. Él continuará siendo joven. ¡Te creía más inteligente!*

*—¿Tonta por amar? —arremetió Pippet con furia contenida.*

*—Nadie quiere amar para siempre, y menos a un monstruo con piel de hombre...*

*—¡Eso lo crees tú! —Ava se calló—. Estás obsesionada con que todos te mentimos. ¡Nadie lo hace! Sí, tu abuela conoce a Alan, pero te han repetido que no tuvieron ninguna relación. ¿Dónde están tus fantasmas? Jamás pensé que fueras tan egoísta. Ahora veo la clase de amiga que tenía. Prefiero amarlo que ser una amargada.*

Pasados unos días, su rencor alcanzó extremos tan altos que tiró las sábanas en las que estaba impregnado el perfume de Alan. Despertarse cada mañana se había convertido en un calvario que había que sortear de la mejor manera posible; solo conseguía dejar la mente en blanco debajo de la ducha, con las manos apoyadas en los azulejos ejerciendo presión en ellos. Llegó un momento que ni dormir pudo cuando el dolor le inundó la mente de recuerdos. Si conseguía cerrar los ojos, aunque fuese durante un segundo, no quería volver a abrirlos, porque una vez Alan había sido su amanecer; en esos instantes solo estaba su recuerdo. De hecho, le hubiese encantado perder la memoria para borrarlo de su cabeza, de su piel, de su cuerpo, pero era imposible. El daño estaba hecho y era incurable. Debido a ese dolor, debido a su caída a los infiernos, pudo discernir que había muerto amándolo.

Él la yermó.

Habían transcurrido tres semanas de todos esos sinsabores.

Tres semanas en las que su mente y su corazón, la rabia y el rencor se habían

apaciguado. Así pudo masticar su enfado –ante sí misma admitía que había sido muy dura con todos–. La historia que unía Alan y a su abuela ya no tenía aquellos tintes tan escabrosos, más aun, le daba credibilidad a que entre ellos no había pasado nada. Sí, se había tranquilizado bastante. No físicamente: agarrada al borde del fregadero notaba cómo su estómago se contraía debido al olor del café procedente de la cafetería. No había probado bocado durante el tiempo que portaba ese dolor, que arrastraba ese rencor y en el que su modo de vida era llorar. El simple olor a comida, incluso el de sus pasteles, le repugnaba. No era capaz de beber un simple vaso de agua. Tampoco las infusiones que su abuela amablemente le había dejado junto con una nota: «Mi querida niña, vengo a traerte una infusión, mezcla de rosas con aciano. Tómatela antes de dormir, te ayudará a descansar. Tu abuela que te quiere». Esa nota la había alegrado, había sido un nuevo soplo de confianza. Más pronto que tarde debería empezar a pedir perdón.

De repente, se tuvo que sujetar más fuerte porque una impetuosa presencia la arrollaba.

—Alan —susurró.

—Hola, Ava —dijo detrás de ella manteniendo las distancias.

—¿Qué...?

—Tranquila, no tardaré mucho. —Soltó el aire por la nariz, haciendo un ruido que Ava apreció como un latigazo en la espalda—. Vengo a despedirme. Me marcho, pero no podía irme sin decírtelo.

Ava abrió los ojos cuanto le daba ante aquella revelación que le cortó la respiración y su corazón se saltó varios latidos.

—Adiós, Ava —se despidió con voz enronquecida.

Ella, sin aguantarse más, giró sobre sus pies. Ahí estaba él, el hombre al que todavía amaba, desolado, más envejecido, como si los años le cayesen encima, mirándola una última vez. Ava reprimió un sollozo a la vez que grababa en su memoria todos los detalles de su rostro. Aquellos ojos grises, que tantos suspiros le robaron, brillaban acuosos. Sentirlos sobre ella fue

como el vuelo de un ángel que acarició su apaleada alma.

—Adiós, Alan. —Pretendió sonar firme.

Verlo marchar la desgarró en mil pedazos imposibles de unir. Sintió que su corazón hacía explosión por la tortura que esa despedida le había infligido. Sus piernas flaquearon y cayó al suelo llorando. La tristeza le nubló la razón; las esperanzas que su subconsciente aún mantenía puestas en él se esfumaban. Le iba a costar continuar con su vida, puesto que su alma murió en el mismo momento en el que Alan cruzó la puerta.

Ya nada volvería a ser igual.

\*\*\*

El ruido de la cremallera al cerrarse rasgó lo poco que quedaba del corazón de Alan. Un adiós y una maleta llena de ropa eran los únicos recuerdos que esa vez viajarían con él al salir de Salem, pues sabía que debía olvidarse de Ava. Por mucho que la necesitara en su vida, ya no por la maldita maldición, sino por el amor que le profesaba, su deber era marcharse. No era un nuevo impulso de los suyos motivados por el cabreo. Durante aquellas tres semanas no había pegado ojo meditando esa idea; sopesando los pros y los contras. Por una vez en su vida creyó estar haciendo lo correcto para el resto, no para sí mismo. Jamás se imaginó amar de una manera casi visceral. Al final, supo lo amargas que eran las hieles del desamor; los golpes mortales con los que arremetían las palabras salidas de un corazón roto. Al fin comprendía el sufrir de Leonora. O eso creía.

Alan Payne siempre tuvo controlada su vida, no se permitía dejar nada al azar, hasta que se tropezó con Ava. La mujer a la que amaba, la dueña de su corazón. La mujer por la cual debía comenzar un nuevo camino, para liberarla de su presencia y así librarla del dolor que él le proporcionaba. ¿Qué mejor manera de hacerlo? Poniendo tierra de por medio.

Él, por su parte, la recordaría como la chica que transformó su mundo

ordinario en uno de color.

Se dobló sobre sí mismo derramando las lágrimas que había aguantado. Estuvo así unos minutos hasta que, más repuesto, se limpió las mejillas y sorbió por la nariz. Intentando no mirar atrás, cogió la maleta, salió de su habitación y bajó las escaleras que lo llevarían a una nueva vida. ¿Nueva? La misma, pero recluida en Cambridge, a cierta distancia de Salem, adonde no pretendía regresar. En esa huida infalible, pretendía dejar la Casa de los Siete Tejados sin avisar a su primo, que entraba por la puerta justo en ese instante. Malcolm iba a saludarlo, aunque enmudeció al descubrir sus intenciones. Alan se sorprendió al contemplar en su primo la fatiga que él padecía y cómo las líneas de su rostro estaban más envejecidas. ¿Qué les ocurría?

—¿Qué son estas maletas? —inquirió entre la sorpresa y el enfado.

—Me voy. —Lo soltó sin anestesia.

—¡Qué dices! —Tiró su mochila al suelo de malas formas—. ¡Tú no te vas de aquí! Debes reconquistar a Ava, tu sitio está junto a ella.

—No soy tonto, sé dónde sobro. Ella no me soporta, no quiere verme...

—Tú no sobras —lo interrumpió nervioso. Agarró una maleta—. Vamos, deshagamoslas y no...

Alan echó mano de esa misma maleta.

—No hay marcha atrás, está decidido.

—¿Te has vuelto loco?! Ava es la única esperanza que tenemos, ¿por qué la dejas ir?!

—Porque la amo.

\*\*\*

Alan estaba de pie en el porche de la casa de Minna. También iba a despedirse de ella, era lo mínimo. Metió las manos en los bolsillos mientras esperaba a que alguien acudiese a la llamada del timbre. Volvió a pulsar aquel pequeño botón color blanco que parecía un bombón en un entorno verde oliva.

La puerta se abrió y allí estaba, sorprendida de verlo.

—Alan, ¿tú aquí? —inquirió desconcertada.

—Vengo a despedirme. —Se encogió de hombros con aire entristecido.

—¿Irte? —A Alan le quedaba claro que aquella idea no gustaba a la gente—.

¿Cómo que irte? ¿Adónde te vas a ir tú?

—Sí, Minna, me voy de Salem, es lo mejor para...

—Para la atontada de mi nieta. —Chasqueó la lengua a la vez que negaba con la cabeza.

Alan se tuvo que sujetar al marco de la puerta por un pequeño vahído.

—Ven, pasa y siéntate unos minutos...

Cuando ya estaba dentro se dio cuenta:

—No, no, tengo el coche fuera.

—¿Y vas a conducir en estas condiciones?

—Estoy bien, Minna —repuso sin apenas fuerzas.

—Tú no estás bien, no me mientas —lo regañó, entrando en el salón—.

¿Desde cuándo llevas así?

—Tras el viaje en el tiempo, pero es solo cansancio.

Minna se llevó las manos a la boca. Aquel rostro, arrugado por los surcos de la edad, que todavía guardaba la belleza de antaño, se cubrió de la sombra de la preocupación; su piel palideció en décimas de segundo, las mismas en las que él sufrió un nuevo vahído.

—Alan, no es cansancio —le explicó con voz trémula—, es la maldición. Se está cobrando tu vida.

Eso último ya ni lo escuchó, pues cayó desplomado al suelo.

## Capítulo 56

### El final de nuestros días

El sonido de las sirenas de varias ambulancias quebrantó la quietud en la que estaba sumida Salem. Sus vecinos miraban por encima del hombro para saber de dónde procedían los sonidos; otros, los poco disimulados y los más aburridos, se paraban en medio de las aceras para tener una mejor visión de lo que sucedía. Como ocurría siempre, las rápidas lenguas no tardaron en hacer sus cábalas e incluso apuestas.

El sonido llegó también a la cafetería, de la que salieron los pocos clientes que había, llamados por la curiosidad. Ava se quedó detrás de la barra. Su mente vagaba en el lugar al que se marcharía Alan, si ya habría tomado camino o, por el contrario, si aún estaba en la ciudad. En cuanto a las ambulancias solo tuvo un pensamiento: que no fuese nada grave. De repente, la apremiaron unas horribles ganas de llorar. Durante unos segundos no respiró, así tal vez controlaría sus emociones y su cuerpo podría recuperar una normalidad que no existía desde que Alan había pronunciado aquel «adiós» que la había vaciado por dentro. Pero sabía que el dolor era síntoma de que algo iba mal. Sus sentidos le advertían... Su madre entró en tromba en el local, descompuesta.

—Ava, cierra la cafetería y acompáñame —le ordenó sin aliento, al borde de las lágrimas.

—¿Qué pasa? —se apuró en preguntar, nerviosa—. ¿La abuela está bien?

—Sí, la abuela está bien... —Calló para controlar las lágrimas—. Son

Malcolm y Alan, están ingresados de gravedad.

A partir de ahí, Ava vivió todo a cámara lenta: cerrar la cafetería; montar en el coche; llegar al hospital, preguntar en recepción, ¿lo hizo? Girar y ver en una camilla a Alan fue una daga que se le clavó en el corazón. Correr hacia él, aunque, cuando lo tuvo al alcance, dos médicos los separaron sin permitirle tocarlo. Gritar: gritó su nombre con el fin de que la oyese, que supiera que estaba a su lado, que no lo había abandonado a su suerte. Y la espera. La larga espera en aquella sala impregnada por el olor antiséptico y el silencio enfermizo que le roía los oídos por dentro mientras le martilleaba en el cerebro.

Pipper, destrozada, se agarraba a su brazo. Unidas por esa infernal situación, por los aciagos pensamientos que sobrevolaban sus mentes como pájaros de mal agüero, por el horrible calvario que estaban sufriendo, volvieron a apoyarse. Una sostenía a la otra olvidando todo lo sucedido en los últimos días. Debían permanecer juntas como lo habían estado siempre en los malos momentos. Sin embargo, aquello no tenía comparación con nada de lo que habían vivido años atrás, pues percibían que a cada minuto las fuerzas las abandonaban y desfallecían un poco más. Ava no iba a resistir mucho más tiempo. Derrumbada, la esperanza se alejaba de su vida para dejarla yerma, sin un ápice de luz al que aferrarse ante la posibilidad de que Alan... «¿Y si...?»; no concluyó la pregunta. Tembló por lo que suponía. No, no podía seguir por esos derroteros, Alan siempre se había mostrado fuerte, podía con todo. ¡No podía dejarla!

Minna y Stella tomaron las riendas de ese aciago trance con la aparición del médico.

—¿Familiares de Alan Payne y Malcolm Wood? —llamó, alternando la vista entre los allí presentes.

—Nosotras —se adelantó Minna.

—¿Cómo están? —preguntó Stella.

—Aún no podemos dar una valoración. Debemos realizarles más pruebas

que nos esclarezcan por qué dos hombres tan jóvenes tienen la salud de un enfermo terminal. Jamás en mis años de profesión me he encontrado con un caso similar. —Se calló unos segundos—. Precisaría que nos ayudasen: ¿podrían decirme si en los últimos días, semanas o meses sufrieron algún tipo de afección que les sugiriese que algo iba mal?

—Sí. Alan se cansaba mucho. —Ava contó lo que aquella noche, tumbado en su cama, él le confesó. Omitió el viaje en el tiempo, ¿quién iba a creerle?

—Malcolm apenas tenía energía —explicó Pipper—. Él... Él iba caminando al campus, últimamente recurría al coche. Se quejaba de que le faltaba el aire.

«Es la maldición», anunció el subconsciente a Ava. La eternidad, que lo había puesto en su camino, se lo arrebató. Un escalofrío que la recorrió entera le erizó el vello. El miedo le caló tan hondo que se le filtró en los huesos.

Se clavó los dientes en el labio inferior, así evitaba que temblase. En el acto, paladeó el sabor metálico de la sangre.

—¿Algún otro síntoma?

—No —respondió Pipper por las dos.

—Doctor, ¿no puede decirnos más? —insistió Minna.

—Lo lamento. Procuraré mantenerlas informadas. —Estiró los labios en un amago de sonrisa consoladora—. En otra situación diría que es cuestión de horas...

El alarido de Pipper cortó el ambiente del hospital.

El mundo de Ava hizo explosión y le quitó el sentido.

Al punto que el médico se fue, Minna dio el verdadero diagnóstico.

—Nada podrá hacer la ciencia con la maldición que recae sobre ellos.

Su abuela de inmediato la abrazó. «Ten fe», dijo dentro de su mente.

La había perdido.

\*\*\*

El peor trago fue entrar en la habitación donde estaba instalado Alan y verlo entubado. Aquella imagen la derrumbó completamente, ya que fue más consciente del final. Entretanto, la soledad, que días atrás había sido una fiel amiga, en cuestión de segundos se transformó en el asesino que la aniquilaría a causa de esa imagen que jamás olvidaría.

Se acercó con sumo cuidado a la cama. Sus dedos temblorosos por la histeria buscaron la mano de Alan. La calidez de antaño había dado lugar a una frialdad más propia de los cuerpos inertes. «Lo estás perdiendo», se recriminó a sí misma recordando su comportamiento. Entre lágrimas giró el rostro hacia su abuela, que se mantenía en un segundo plano, a los pies de la camilla.

—Haz que viva, por favor, abuela, él tiene que... —sollozó.

—Querida —acortó la distancia que la separaba de su nieta—, creo que he encontrado la fórmula, pero hoy estamos en luna nueva, no en llena; espero que el astro regente nos ayude en este cometido. Aun así, haré todo lo que esté en mi mano.

Nada más decirlo, bajo la lacrimosa mirada de su nieta, Minna tomó la mano de Alan. Sacó del bolsillo de su chaqueta un alfiler con el que lo pinchó en la muñeca. Una pequeña gota de sangre brilló al salir al exterior, y la recogió en un frasquito de cristal.

—¿Y yo? ¿Qué...?

—Tú guíate por tu corazón.

\*\*\*

Ava no se separó de Alan en todo lo quedó de día. Nadie fue capaz de hacer que comiese o que saliese al pasillo. Además, el consejo de su abuela, con el paso de las horas, se había convertido en un látigo que le recordaba el mayor error de su vida: dejarlo ir; rechazarlo; no permitirle una simple defensa. «Solo harás que te odie más de lo que lo hago ahora», «a tu alrededor solo hay

dolor y putrefacción» habían sido algunas de las palabras que le había regalado cegada por el odio. Había sido muy cruel si tenía en cuenta la historia vital de Alan, sin embargo, en aquellos momentos de furia ni se había acordado. Se había equivocado, no había meditado las consecuencias que tendría para ambos. Agarrada a su mano y acompañada del sonido monitorizado del pulso cardíaco, los remordimientos de conciencia la fustigaban por su despreciable comportamiento y por no haber tenido más presente el corazón. «¡Deberías haberle mostrado tu amor, idiota!».

—Señora Payne —la llamó la enfermera. Ava levantó los ojos enrojecidos sin corregirla—. Háblele, quizás su marido la escuche.

—¿Usted cree?

—El amor no tiene fronteras. Pruebe. —Salió de la habitación apuntando algo en un papel.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, tomó el rostro de Alan entre sus manos y por fin permitió que sus sentimientos salieran a la luz:

—Lo siento. Lo siento en el alma. Nada de lo que te dije era verdad. Jamás pensé que fueras un monstruo, porque tu lugar en el mundo está a mi lado. Tú eres el hombre con el quiero pasar el resto de mi vida. —Tragó en un intento de contener las lágrimas que ya rodaban mejillas abajo y apretó su agarre—. ¡Vuelve conmigo...! —Rompió a llorar desconsoladamente, pensando que esas palabras llegaban demasiado tarde—. Te amo. —Lo besó en los labios mientras algunas lágrimas caían en la piel de él.

## Capítulo 57

### La fuerza de la vida: el amor

En Collins Beach, Minna y Stella estaban guarecidas en la semipenumbra del sótano. El ventanuco abierto permitía que los rayos del novilunio entrasen y se depositasen en el interior del caldero, donde habían preparado una cocción hecha expresamente para que el amor verdadero perdurase.

—La luna tiene un anillo a su alrededor —comentó Minna, que la observaba a través de la pequeña abertura.

—Un mal no muy lejano ronda —terminó Stella, colocando al lado del caldero un atril de madera que sostenía el grimorio.

—Es la hora. Ava le está declarando su amor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en un bolsillo de su chaqueta deposité, sin que ella lo supiera, una raíz de mandrágora en la que están entrelazados dos cabellos: uno de ella, otro de él. Aquí está su gemela, que acaba de temblar en el interior de mi mano.

Con paso seguro se acercó y la arrojó en el interior.

Madre e hija se cogieron de las manos para crear un círculo que rodeara la boca del caldero. Minna asintió con la cabeza y juntas pronunciaron el contrahechizo:

—A ti te invocamos, poderosa hechicera, oscura como la noche, que de la muerte te escondes. Libera a tu retenido, devuélvele su destino y que tu corazón perdone el amor no correspondido.

Sus pulsos se acompasaron, pues era necesario en el proceso para salvarle la vida a aquel que podía morir. Se agarraron con más fuerza a medida que repetían la fórmula mágica; alzaron sus voces hasta que despertaron al viento de su letargo, para que arrastrara sus palabras allí adonde tenían que ir. En la matriz del caldero se formó un gran remolino del que se desprendieron los efluvios que emanaban de la cocción. Las llamas de las velas, que iluminaban la posición de los puntos cardinales, flamearon sobre sus cabezas. En ellas resplandecía el color de la sangre maldecida de Alan en un abrazo sempiterno con la sangre mágica de Ava, que Minna tenía guardada. Ardieron en el fuego del amor eterno consumiendo aquel mal procedente de otra época. De repente, un alarido de ultratumba congeló la naturaleza, y produjo que los efluvios y las llamaradas volviesen a su sitio como si nada hubiese pasado.

Las dos brujas se miraron.

—¿Ya está? ¿Ha funcionado? —inquirió Stella, por primera vez desconcertada en temas de magia.

—En las próximas horas lo sabremos. —Minna tampoco estaba muy segura—. Ve al hospital con las niñas, yo me quedaré purificando la casa.

\*\*\*

Una mujer tumbada al lado del frío cuerpo de su pareja lloraba con amargura en una de las habitaciones del hospital. La noche era testigo de cómo derramaba lágrimas sin cesar. Su pena era tan grande que su alma no tenía consuelo.

Pipper jamás se sintió desfallecer por una persona. Ni por sus padres.

Sin embargo, Malcolm era otra historia. Una que aún no estaba terminada, por eso se aferraba a su cuerpo con desespero. Perderlo significaría perder al hombre, al amigo, al amante y al compañero con quien compartir el resto de su vida. No quería una vida sin él; anhelaba una vida plena a su lado, le daba igual dónde, pero tenía que ser con Malcolm.

Él había sido el único hombre con el que había podido ser ella misma sin avergonzarse de nada, pues sabía seguirle las bromas y calmarla si lo necesitaba. Le había entregado su ser. Era el amor de su vida, su...

Sorbió por la nariz y tragó antes de hablarle:

—Un... —Cogió aire para sonar segura—. Un día, Ava me relató una vieja historia sobre las almas gemelas. Cómo se separaron y el modo en el que se reconocen cuando al fin se tropiezan. Sus intenciones me sonaron exageradas; ahora sé que era verdad. Lo sé desde el inicio de nuestra relación. Por vergüenza, nunca me sinceré del todo contigo: tú... Tú eres mi alma gemela. No sé cómo explicarlo, ¿vale? No sé si tan siquiera existen...

—Sí que existen...

Pipper se mantuvo inmóvil. Debía de estar muy cansada, al borde de la locura más bien, para escuchar voces. Se incorporó un poco observando a Malcolm, que comenzaba a entreabrir los ojos

—¿Malcolm?!

—Eso siento por ti.

—¡Oh, Malcolm! —Lo abrazó fuerte—. ¡Malcolm! Malcolm, pensé que te perdía... —Lloraba cada vez más fuerte—. He tenido miedo de perderte.

—Yo también sentí miedo. —Giró el rostro hacia ella.

Se besaron.

—Te lo dije: jamás lograrás deshacerte de mí.

—No quiero deshacerme de ti; te quiero junto a mí.

Volvieron a besarse.

\*\*\*

Al despuntar el alba, el ajeteo en una de las habitaciones del hospital era máximo. Uno de los hombres que había ingresado con unas constantes vitales similares a las de un anciano gravemente enfermo había revivido como por arte de magia. Si eso no era suficiente, aparte de la desorientación que sufría,

su genio complicaba el trabajo del personal sanitario. Las voces llegaban a Ava distorsionadas. Tenía la cabeza colocada en el colchón de la camilla y continuaba agarrada a Alan. No, no lo había soltado en toda la noche.

—Hija, Malcolm ha despertado —la avisó su madre, asomando la cabeza por la puerta.

De pronto, se abrió de golpe y vio aparecer a Malcolm, vestido con el camisón del hospital. Ava se levantó sorprendida. ¿Estaba soñando?

—Ava —la reconoció con voz enronquecida.

Acortando la distancia que los separaba, la abrazó. Ella le correspondió, pues era un hombre de carne y hueso. Buscó a su madre entre los allí congregados y desde la distancia le regaló una sonrisa enigmática en la que descifró que su abuela había roto la maldición. Cuando la soltó, su amiga se le acercó.

—Preguntó por Alan a los pocos minutos de despertar. Se volvió loco al ver que yo no le respondía. Se desconectó de todos los aparatos —disculpó la actitud de su novio.

Ava guardó silencio. No pudo responder puesto que no le quedaban fuerzas en el cuerpo. Que Malcolm se hubiera despertado implicaba que Alan debía hacerlo ya. Con los ojos fijos en él, entendió que no iba a suceder tan rápido. En ese instante, escuchó a su madre.

—Pipper, hija, avisa a tu novio de que va enseñando algo más que el culo... Y vaya culo.

Su amiga se percató de aquel suceso, como de las miradas de algunas enfermeras. Se puso detrás para tapar la panorámica.

—Malcolm, cariño, no te agaches... —La miró con el ceño fruncido—. El camisón.

—¡Oh, por Dios! —Se dio la vuelta y fue consciente del público—. ¡Lo lamento señoras, el espectáculo ha terminado! —Se retiró a su habitación.

Stella fue la única que permaneció con su hija.

—Mamá, ¿por qué no despierta? —inquirió alarmada.

—Quizás le cueste más recuperarse. Es el portador de la maldición, no Malcolm. —Lentamente se acercó a ella y le acarició el pelo—. Estate tranquila, lo hará.

Esa mañana, los médicos también examinaron a Alan. Expresaron su desconcierto, debido a que había mejorado con respecto a la tarde de su ingreso. No había explicación médica a su letargo, solo uno de ellos aventuró: «Quizás con el paso de las horas reaccione».

Ninguna razón o palabra de alivio le servía; no podía mitigar la pena que la sumía en un pozo oscuro del que no había salida. Esperar, esa era la clave. Una que la desilusionaba más a cada hora.

Ava estuvo sola ese día. No permitió visitas que la incordiaran, dado que nada se podía hacer si Alan no despertaba. Cada vez iba flaqueando más: ¿qué le pasaba? ¿Qué lo retenía tan lejos de ella? «Él es el portador de la maldición», recordó que le había dicho su madre. «¿Y si con él la magia no funciona?», pensó con las entrañas agarrotadas. Ahí radicaba su mayor miedo: que, se hiciese lo que se hiciese, Alan estuviera condenado a perecer. Esa conclusión la desoló.

La desesperación le nubló todos los sentidos.

La decepción consigo misma le fluía por las venas y la machaba.

Vencida, apoyó los codos en las rodillas y se dejó arrastrar por el sufrimiento. El tiempo de sus vidas había finalizado de la peor manera posible. La rabia, el rencor, el perdón ya no servían. Nada era lo mismo. Se concienció de la cruda realidad. «Una eternidad sin ti», rememoró aquellas cuatro palabras que en más de una ocasión Alan le había repetido. Ya no volvería a escuchar su voz, ni a sentirlo cerca, ni la seguridad que le proporcionaban sus abrazos.

«Leonora», pronunció su nombre, exacerbada. Ava levantó los ojos hacia el techo.

—Has ganado, Llévatelo —le reconoció a un ente invisible llamado Leonora—. Atiende bien lo que te voy a decir: si lo quieres, debes llevarme a mí

también, adonde vaya él, iré yo. Si lo deseas, tendrás que compartirlo, porque yo sí que lo amo de verdad, no como tú, que te obsesionaste. —Comprobando que no sucedía nada, en un arrebato se levantó—. ¡Venga, hazlo! —la retó.

Se dejó caer en la silla.

La impaciencia y la angustia la iban quebrando más; percibió que su cuerpo, en cualquier momento, se resquebrajaría. Lloró inconsolable con la única idea en mente de pedirle a su abuela que, una vez que Alan desapareciera para siempre, hiciese lo mismo con ella. No estaba dispuesta a vivir toda una vida sin él. Quizás esa fuera la razón de su existencia: morir por quien amaba.

Lo decidió al segundo. Un remedio trágico que pondría fin a todo. Nadie la convencería de lo contrario.

Se limpió las lágrimas en los puños de la chaqueta. Tomó la mano de Alan con cuidado de no mover la vía. Acarició esos dedos largos y fuertes que un día la habían sostenido para no caer. Deslizó las yemas de sus pulgares por los nudillos, donde depositó un suave beso en el que iba impreso el deseo de estar junto a él. Sin previo aviso, notó un pequeño apretón. A lo mejor fue cosa de su imaginación o de su estado de nervios, aun así, se quedó muy quieta, con el corazón paralizado, a la espera de otra señal. Las lágrimas de nuevo corrían por sus mejillas al ver cómo aquella mano se cerraba en torno a la suya. Se fijó en el rostro de Alan y comprobó para su felicidad que abría los ojos.

Alguien, algo, no sabía qué, se lo había devuelto sano y salvo.

En un impulso, lo abrazó.

—Alan —susurró—. Alan, has vuelto...

—Ava —dijo con voz pastosa.

—Sí, sí, estoy aquí. —Lo besó varias veces—. Alan, te quiero.

—¿Qué?

—Te quiero. —Le rodeó el rostro para decirlo mirándolo a los ojos—. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

—Prométeme que jamás te marcharás.

—He vuelto para quedarme contigo. —La rodeó con un brazo.

## Epílogo

*Salem, Massachussets.*

*Varios meses después. Verano, 2015.*

El atardecer teñía el horizonte de amarillo, naranja y rojo fuego mientras la última porción de sol se escondía detrás del océano Atlántico. Las pocas nubes que atravesaban el cielo estaban pintadas de lila y rosa indiferentemente. Céfito marcaba un plácido ritmo que bailaba el mar, cuyo sosiego solo era roto por la risilla tímida de las pequeñas ondas que chocaban contra la orilla. En la naturaleza, todavía resplandeciente por el brío del verano, se empezaba a percibir la llegada del otoño.

Yo observaba aquella algarabía de colores con la espalda apoyada en el amplio pecho de Alan. Llevábamos un buen rato sentados en la playa, aprovechando las últimas semanas de sus vacaciones. La tranquilidad que vivíamos nos acompañaba desde que había salido del hospital, instante en el que nuestras vidas cambiaron para siempre: tras la celebración de las fiestas navideñas, Pipper se fue a vivir con Malcolm a la Casa de los Siete Tejados, por lo que Alan se trasladó al apartamento. Yo tomé esa decisión y él la aceptó enseguida. Fue un impulso, pero estaba segura de que era lo correcto. No me equivoqué; si soy sincera, ya no soportaría no respirar su aroma nada más entrar en casa.

Nosotros salimos reforzados tras romper la maldición de Leonora. Para Alan el amor había sido el antídoto que aplacó su carácter, su genio; ya no guardaba

ningún secreto, contaba todo lo que le sucedía, al igual que yo. Además, la acogida que recibieron los dos de mi abuela y de mi madre fue fundamental, pues como una noche me confesó Alan: «Hacía mucho tiempo que no sentía el calor de una familia». Esas palabras me encogieron el corazón. Tras haber estado al borde de la muerte, todos los días nos hacíamos pequeñas demostraciones de amor, ya que comprendimos que el nuestro era un tiempo regalado. Ese fue nuestro mayor aprendizaje: vivir cada segundo como si fuese el último, aunque con la tranquilidad de que ninguna hechicera o embrujo nos arrebataría la felicidad. En cuanto a mí, nunca me imaginé encontrar a un hombre que se complementase conmigo de la manera en que lo hacía Alan. Tanto era así que mi corazón jamás volvió a ser mío, sino de él.

Éramos felices y se notaba.

—Qué bonito está el cielo —suspiré, satisfecha.

—Todos los atardeceres son diferentes dependiendo del país en el que estés —me explicó él con los labios pegados a mi pelo.

—¿De verdad?

—Te lo aseguro. A lo largo de mi vida... —Tosió. Aún le costaba hablar de ello—. He visto bastantes, aunque prefiero estar aquí contigo que ver mil atardeceres distintos.

Sonreí como una idiota. Me encantaba que me dijera cosas tan bonitas.

—Me estás consintiendo mucho.

—Es lo que pretendo.

—Pues el día que no me digas esas cosas empezaré a pensar mal —le advertí.

Se movió un poco detrás de mí.

—Hace tiempo que llevo queriendo hablar contigo sobre un tema.

¡Lo sabía! Sabía que escondía algo. Desde hacía una semana estaba raro: sus ojos me querían confesar el secreto, hasta él mismo tuvo momentos de flaqueza; parecía que iba a contármelo y, en el último segundo, se echaba atrás. Cansada de ese extraño secretismo, me volví hacia él en el momento en

que se levantó. Hice lo mismo. Metió la mano derecha en el bolsillo de su pantalón de lino y sacó una cajita de terciopelo azul marino con el borde plateado. Empecé a temblar de arriba abajo; el nerviosismo no me dejaba pensar con claridad. El mundo se paró bajo mis pies al mismo tiempo que sentía la celeridad de mi pulso en los oídos y en la cabeza.

—Esto... Esto es... —La señalaba con el dedo índice como si se tratase de un huevo de dinosaurio.

—Tú solo atiéndeme.

—No...

—¿No? —inquirió arqueando las dos cejas.

—Alan, yo... —Moví la cabeza hacia los lados.

—Atiéndeme. He esperado por ti una eternidad y volvería a pasar lo mismo porque te amo. Adoro todo de ti, Ava: me encanta el olor a dulces de tu pelo; verme reflejado en tu mirada azul; me encantan esas sonrisas que con su recuerdo me alegran las horas. Es contigo con quien quiero pasar el resto de mi vida. Y por si todo esto no es suficiente, añadiré que hasta tu madre me agrada. —Hincó una rodilla en la arena y abrió la caja. El anillo era de oro blanco con una pequeña incrustación. Muy sencillo—. Ava, ¿quieres casarte conmigo?

—Yo... —Mi subconsciente estaba histérico.

—Di algo —susurró, desesperado.

Una brisa se había escapado del mar y justo en ese instante me acarició la espalda.

—Sí —respondí sin esperar un segundo más.

—¿Sí?

—Sí.

Rápidamente se irguió y, tomando mi rostro entre sus manos, depositó un dulce beso en mi frente, para luego besarme en los labios. Me abrazó con todas sus fuerzas y me levantó del suelo. Cuando mis pies volvieron a rozar la arena, nos recreamos en un beso más profundo. Al separarnos me fijé en que

su sonrisa era reflejo de la mía.

Sacó el anillo de la caja para colocármelo en el dedo. ¿Estaba soñando? No, no era ningún sueño. Respiré hondo para contenerme, sin embargo, la emoción pudo más que yo y dos lágrimas comenzaron a deslizarse mejillas abajo. Alan besó el dedo en el que ya habitaba el anillo. Con los ojos clavados en los míos, en un acto de infinita dulzura, me limpió las lágrimas con las yemas de sus dedos. «Cada alma tiene un solo gemelo en el universo. Cuando se encuentran, de inmediato se reconocen, y al final se manifiestan porque están íntimamente unidas y convierten esa unión en la más sagrada». Alan era esa parte de mí. Gracias a que él cruzó los límites del tiempo, pudo llegar a mi vida para quedarse. Gracias a Leonora, nos encontramos.

Ajeno a mis pensamientos, miró por encima de su hombro.

—¿Preparada para darle la noticia a la familia? —Una sonrisa sesgada se le dibujó en la boca.

—Vamos.

Entrelazamos los dedos y caminamos juntos, como sucedería a lo largo de nuestra vida.

## Nota de la autora

**S**alem –ciudad mágica y con encanto; tierra natal de Nathaniel Hawthorne, el afamado escritor de *La letra escarlata* o *La casa de los siete tejados*; ciudad de las brujas, que Arthur Miller inmortalizaría en su obra de teatro *El Crisol*– es el escenario de esta novela debido a su historia. El Salem que se retrata en estas páginas, como bien se menciona, es muy distinto al de hoy en día. Era más extenso y estaba dividido, por decirlo de manera sencilla, en dos partes: la ciudad de Salem (la zona portuaria), que estaba en expansión, ya que al puerto llegaban barcos de cualquier parte del mundo; y la aldea de Salem (correspondería a la ciudad de Danvers), una zona más rural. La rivalidad entre ellas, el cambio de mentalidad, incluso las guerras contra los indios, confluyeron en los famosos juicios. Este pasado no superado entre los habitantes de Salem es en el que se mueven los protagonistas.

En 1792, año al que viajan los personajes, apenas había procesamientos por brujería en Estados Unidos. Solo hay casos aislados o alguna que otra noticia en la prensa de la época. El último caso fue el de Moll Pitcher, una afamada adivina a la que acudían todas las clases sociales. Nunca se la juzgó, ni tuvo que enfrentarse a un tribunal. En ella muchos historiadores encuentran la nueva visión que el siglo XIX le conferiría a las brujas: la de los cuentos de hadas, no esa imagen confusa que se tenía en el siglo XVIII.

La tribu de los Naumkeag fue un pueblo nativo americano que habitaba el área noreste del estado de Massachusetts. Su historia, junto con los juicios de

brujas, fueron la semilla para la creación de la leyenda de la Puerta de Tituba.  
Una leyenda ficticia como el relato de las almas gemelas.

## Agradecimientos

Me gustaría agradecerle a mi editora, Lola Gude, la confianza que ha puesto en mí y en mis novelas desde el principio. Sin ella no hubiese llegado hasta aquí.

A Érika Gael, que fue más que una profesora, una maga más bien; una guía espiritual en muchos momentos difíciles del largo proceso de esta novela. Gracias a su ayuda, Alan pudo contar su historia.

A Caroline por sus mensajes: «hoy me he acordado de ti».

A Eugenia. Me ha encantado conocerte. Gracias por tu buen hacer y por todo.

Maripaz, Eva, Olga, Mari (sabes quién eres), Lola, Carmen y todas las chicas de WhatsApp, por vuestro interés.

A Celia, que con sus charlas mi mente se activa y las dudas se despejan.

A María y a Irene, que mostraron un gran entusiasmo cuando me decidí a contarles un breve resumen de esta historia.

A Bea, ahora sí que sí, eres Pipper. A veces la realidad supera la ficción y lo sabes.

A mis compañeras de Selecta por las charlas interminables y las risas.

Por último, a mi familia. Por todo el apoyo que me dais, gracias.

Si te ha gustado

*Una eternidad sin ti*

te recomendamos comenzar a leer

*La gran conquista*

de *Fernanda Suárez*



## Prólogo

—¿No te parece un poco prepotente, Emily? Es ridículo, prácticamente aseguras ser la mujer más hermosa de todo Londres, y aunque es cierto que tu cabello rojo, bastante fuera de lo común, es llamativo y muy hermoso, además de tus brillantes ojos azules que, seguro, hechizan a cualquiera, no creo que sea para tanto como para asegurar tan cosa —dijo Lady Elyse a su gran amiga, quien estaba sentada en la cama observando cómo Emily intentaba conquistar su reflejo en el espejo, ya estaba acostumbrada a sus arranques de supremacía, pero la quería demasiado como para juzgarla por ello. Era normal en una mujer que lo ha tenido todo y que ha sido la consentida de la casa sentirse más hermosa o importante que las otras damas de la sociedad y, claro está, también que las demás jóvenes en edad casadera.

—Claro que no, Elyse, ninguna mujer me iguala en belleza y, además, mi padre es uno de los marqueses más importantes en la nobleza inglesa. ¿Por qué crees que a pesar de ser mi primera temporada social ya estoy comprometida? Y el caballero en cuestión es un conde bastante adinerado, ningún hombre es capaz de resistirse a mis encantos. —La joven agitó sus pestañas coquetamente y se sonrió a sí misma, observando atentamente su reflejo en el espejo. Nadie podría negar que era hermosa, por eso le encantaba el color de su cabello, era único.

—Yo no te creo, la verdad. Seguro que el matrimonio con el conde de Dartmouth fue orquestado por tu padre, es demasiado perfecto para ser verdad —murmuró Elyse emocionada; tenía una idea, iba a enseñarle un poco de humildad a su gran amiga, debía aprender a valorar lo que tenía la suerte de poseer. Su gran amiga se giró y la miró ofendida.

—¿No me crees? Pues bien, aunque mi compromiso aún no ha sido anunciado porque quiero disfrutar un poco más del tiempo de mi primera

temporada social, te demostraré que tengo al conde comiendo de mi mano. Solo necesitaré un par de sonrisas y miradas coquetas. —Elyse se levantó de la cama de Emily, donde había estado sentada desde que llegó a visitarla, caminó hasta ella, que estaba sentada frente a su tocador y se miraron fijamente a través del reflejo del espejo.

—No vale la pena si es con el conde, es un hombre que fácilmente caerá, después de todo, ya prácticamente es tu prometido, pero tengo una mejor idea: ¿has escuchado algo sobre Adrián Wadlow? Es el heredero al marquesado de Bristol. —La joven pelirroja frunció el ceño al recordar los rumores sobre el caballero.

—Claro que he oído de él, creo que hasta hace poco llegó a Londres, es bastante grosero y se comporta como si fuese el mismísimo rey de Inglaterra según los rumores, pero ¿qué tiene que ver él en nuestra conversación? —preguntó confundida. Sin embargo, la sonrisa en los labios de su amiga hizo que un extraño cosquilleo atravesara la columna vertebral de Emily.

—Es muy sencillo, mi querida amiga, ahora él será tu conquista, estas comprometida así que no importa si llegas a enamorarlo o no, igual te vas a casar con el conde, solo debes demostrar que eres capaz de conquistarlo y tenerlo comiendo de la palma de tu mano. —Emily se lo pensó por un momento. A decir verdad, no sabía si era capaz de algo así, pero tampoco era capaz de negarse, tal vez era su orgullo, tal vez era otra cosa, pero no podía negarse, debía encontrar la forma de dejar de lado todos sus valores éticos y morales para cumplir con el reto de su amiga.

—Hecho.

Mientras tanto, en Ickworth House, hogar de los marqueses de Bristol, Adrián Wadlow se tomaba el contenido de su copa de un solo trago, sintiendo como el whisky quemaba su garganta a medida que el líquido avanzaba.

Jaime Liamberton, actual conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster, rellenó su copa.

—¿Qué te preocupa, Adrián? Seguro que tu padre buscará a la mujer

indicada, solo tienes que pedirselo, es lo que yo pienso hacer. Además no creo que deje que te cases con cualquier mujer, tienes 31 años, tus padres y todo Londres esperan tu matrimonio, necesitas un heredero, solo pídelo y tu padre lo arreglara. —Adrián negó con la cabeza, apenas conocía a su padre, hacia muy poco que había llegado a Londres, no podía permitir que fuera él quien eligiese su vida. ¿Es justo que a los 30 años conociera a su madre y a su hermana recién casada? No, claro que no, pero ahora lo único que podía hacer era disfrutar del tiempo que tenía a su lado y demostrarles que sus preocupaciones eran infundadas, él era capaz de organizar su futuro.

—¿Quién es la joven más exitosa en esta temporada? —preguntó directamente; su amigo se quedó sin palabras, terriblemente sorprendido. ¿Qué pensaba hacer Adrián? No era una pregunta sencilla, él tampoco había estado en lo que llevaba la temporada, sin embargo, había escuchado rumores. Además, no lo creía capaz de conquistas a la dama más exitosa de la temporada solo porque sí.

—Después de los matrimonios de Lady Dunne, Lady Lowell y tu hermana, posiblemente Lady Emily Beckett, hija del marqués de Launderry. Aunque aún no tengo el placer de conocerla, dicen que es una mujer muy hermosa, tiene un extraño cabello rojo, ojos azules y un perfecto rostro de ángel. —El joven sonrió al escuchar eso, ahora tenía un nuevo propósito, un nuevo proyecto de conquista.

**Él debía aprender a amar.  
Ella quería amar.  
Y una vieja maldición será la causa por la que lo  
hagan.  
Todo puede ocurrir en la noche de Halloween y,  
mucho más, en Salem, la ciudad de las brujas.**



En Salem, la ciudad de las brujas, lugar donde aún perdura ese halo de misterio por el que se ha caracterizado en siglos pasados, vive Ava.

Hija de Stella y nieta de Minna Owens, dos mujeres muy queridas allí, pero que esconden algo más que un secreto, Ava se encontrará con que su vida no será tan tranquila como creía.

Alan, un atractivo pero maleducado profesor de universidad, llega a Salem en busca de sus verdaderas raíces. Sin embargo, sus planes no salen como esperaba y, en la noche de Halloween, aquello que él también esconde comenzará a salir a la luz.

Una maldición, viejos secretos y un viaje en el tiempo que cambiará sus vidas para siempre.

**Emma J. Care** es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Emma J. Care

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-12-1

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Una eternidad sin ti

Prólogo. Su regreso

Capítulo 1. Los designios del destino

Capítulo 2. ¡Bienvenido, míster Surrealismo!

Capítulo 3. Noticias del domingo resacoso

Capítulo 4. Departamento de especulaciones y otras historias

Capítulo 5. Sucesos del sábado por la noche

Capítulo 6. Él, Superman; tú, Lois Lane

Capítulo 7. ¡OJO! Los augurios del horóscopo

Capítulo 8. Hécate

Capítulo 9. Un taxi y dos maletas

Capítulo 10. Doble I: Invitación e insistencia

Capítulo 11. Halloween

Capítulo 12. Viajeros del tiempo

Capítulo 13. Estamos... ¿muertos?

Capítulo 14. Un nuevo lugar, una nueva vida

Capítulo 15. Deben de ser parecidos razonables

Capítulo 16. Sombras en el tiempo

Capítulo 17. Corazones rotos

Capítulo 18. Nombre científico: *Burrocardus officinalis*

Capítulo 19. El rito de Salem

Capítulo 20. Conociendo a Mary Fellowes

Capítulo 21. Conversaciones de alcoba y fuego en la lluvia

Capítulo 22. Tentación

Capítulo 23. Un futuro, una larga espera

Capítulo 24. Quien no busca, a veces encuentra

Capítulo 25. Soy una bruja  
Capítulo 26. Alan, el profeso  
Capítulo 27. Contrastando información  
Capítulo 28. La cuestión es sencilla, Alan, muy sencilla  
Capítulo 29. Un bizcocho y una conversación  
Capítulo 30. Más que palabras  
Capítulo 31. Un paseo con revelaciones  
Capítulo 32. Las apariencias engañan  
Capítulo 33. Olores en la brisa  
Capítulo 34. La dama velada  
Capítulo 35. Traición y celos  
Capítulo 36. ¡Me lo debes!  
Capítulo 37. No es a ti a quien beso  
Capítulo 38. El sonido del corazón  
Capítulo 39. Departamento de inseguridades  
Capítulo 40. De nuevo en mis sueños  
Capítulo 41. Primer paso: el sótano  
Capítulo 42. Susurros entre los árboles  
Capítulo 43. Segundo paso: el método para llegar a ella  
Capítulo 44. Leonora  
Capítulo 45. Una eternidad sin ti ¿qué sentido tiene?  
Capítulo 46. La dolorosa verdad  
Capítulo 47. De regreso en casa  
Capítulo 48. ¿Cómo es posible?  
Capítulo 49. Reencuentros  
Capítulo 50. Una oportunidad al amor  
Capítulo 51. Corazones alineados  
Capítulo 52. El destino tiene un as bajo la manga  
Capítulo 53. La última mentira: una historia desconocida  
Capítulo 54. Atrapado en el tiempo

Capítulo 55. Dejarla ir

Capítulo 56. El final de nuestros días

Capítulo 57. La fuerza de la vida: el amor

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Emma J. Care

Créditos